

Manuel Tristante

Bajo el arcoíris



Bajo el arcoíris

Manuel Tristante

2019

Título Original: Bajo el arcoíris

Diseño e ilustración de cubierta: Manuel Tristante

Primera edición: Junio 2019

Alejandro es un muchacho alegre, amante de la lectura y poeta. Criado en un pequeño pueblo en el que la mayoría de los chicos de su edad tienen otras aficiones y lo normal es tener novia antes de los dieciocho, siempre se ha sentido que no encajaba bien por ser distinto a los demás. Su vida cambia radicalmente cuando abandona su pueblo para comenzar su primer año universitario en la ciudad.

A pesar del optimismo en su llegada, el destino no tardará en ponerle a prueba, no todo serán alegrías, y su vida se convertirá en un cúmulo de dudas, a las que solo podrá encontrar respuestas poniendo en duda todo aquello en lo que creía hasta ese momento.

Para Álex, quien llegó a mitad de esta novela.
Supongo que las casualidades y el Destino, existen.
Te quiero.

Sé quién eres y di lo que sientes,
porque a los que les molesta no importan,
y a los que importan no les molesta.

Dr. Seuss

La homosexualidad en efecto no es ventaja alguna, pero no es nada
vergonzoso,
ni vicioso,
ni degradante,
simplemente no puede clasificarse como enfermedad.

Sigmund Freud

El matrimonio gay es más viejo que el mundo.
Tuvimos a Julio César, Alejandro el Grande.
Dicen que es moderno y es más antiguo que todos nosotros.
Es una realidad objetiva. Existe.
No legalizarlo sería torturar a las personas inútilmente.

José Mujica

1

¡Qué bonitos son los atardeceres, ¿verdad?! No importa el sitio desde donde se contemplen, siempre tienen la misma belleza. Esos naranjas, rojos y amarillos, ese cielo en llamas. Esas nubes que cubren el cielo al finalizar el verano. ¡Qué idílico!

¿Cuántos suspiros habrán arrancado? ¿Cuántos «te quiero»? ¿Cuántos primeros besos? ¡Ay!, qué bonito el amor, ¿cierto? He de admitir que es mi momento ñoño del día. ¡Qué asco de amor! ¡Qué asco de todo!

Me he alejado del pueblo; me gusta la tranquilidad. A pesar de ser un pueblo pequeño, retirado de la mano de Dios donde hay más ganado que personas, las calles se están engalanando para el día de los enamorados. Bien, se podría pensar que estoy pasado de fecha, pero no. En mi pueblo, San Valentín se celebra a finales agosto; aquí somos así de especiales. Aunque, en realidad, se puede decir que se celebra dos veces. ¿Quién no se apunta a dos fiestas iguales?

A la gente le encanta presumir de lo que sus parejas les han regalado, de cuánto amor sienten el uno por el otro… ¡Bah! cuánta tontería. ¿Y el resto del año, no es igual el amor? Hay demasiada gente falsa, por eso creo que tengo pocos amigos, o mejor dicho, en realidad, pocas amigas.

No sé por qué, pero desde pequeño, solo tengo amigas. Tal vez no me llevo bien con los chicos, o no les caigo bien, o no sé. Creo que soy raro.

Ya desvarío y me voy por las ramas. Estaba hablando del segundo San Valentín y he cambiado de tema, inverosímil en mí (ironía pura y dura).

No me gusta ninguno de ambos días. ¿Por qué? Tal vez porque nunca me he enamorado, nunca he tenido una pareja. Y es extraño, para qué negarlo.

Tengo dieciocho años recién cumplidos. Soy alto, moreno y tengo ojos azules. Las chicas se pirran por mí, pero ninguna me atrae, no consigo que ninguna me llene. Mi padre me dice que soy un bicho raro, que en vez de mariposas en el estómago debo tener gusanos -él y sus sarcasmos-. Siempre me recuerda que él, a mi edad, ya había estado con más de veinte. Aunque, claro está, dime de qué presumes y te diré de qué careces.

A mí no me importa no haber tenido novia; y no será por pretendientas… aunque suene un poco alter ego, pero es así.

Yo no me veo guapo. Todo el mundo me dice que lo soy, bastante, un sex symbol. Pues qué queréis que os diga: llevan las gafas sucias. Muchas chicas del pueblo, y en el instituto, van detrás de mí, cierto. Algunas son muy guapas, y de buen cuerpo, otras no tanto, pero no soy una persona superficial. Aun así, sin dejarme llevar por eso, ninguna me atrae.

Probé una vez con una y aquel beso no me supo a nada, incluso llegó a agobiarme. No dejó de acosarme por mails, Messenger (aquella desaparecida aplicación con la que podías enviar zumbidos, sustituido ahora por el famoso WhatsApp)… Incluso creo recordar que me llamó unas cincuenta veces cuando salí corriendo después de besarme. Era un crío. Con catorce años, ¿qué se puede esperar?

Tal vez muchos no lo verán así. Muchos dirán, si no todos, que a esa edad se tiene un listón alto. A veces me arrepiento, porque podría haber vivido mi primer romance. Una bonita historia de amor… porque, lo afirmo, tengo ganas de enamorarme, de pasear al lado de esa persona que sea especial para mí. Darnos besitos, arrumacos… pero no, yo siempre tengo que ser la excepción.

¿Vendrá algún día ese dichoso Cupido a visitarme? A veces pienso que, siendo yo pequeño, lo asusté, porque no encuentro otra explicación lógica.

Ains. Me dan envidia todas esas parejas.

Esas novias comprando regalos que entregar a sus novios. Esos novios que no saben qué comprar y lo dejan todo para última hora…

No puedo venir a ver los atardeceres, me ponen sentimental; me da por pensar y pensar… y siempre termino pensando lo mismo.

El amor está siempre en el aire y, aunque queramos, no podemos evitarlo. Pensamos en él, queremos que llegue. No queremos sufrir por él, pero queremos que llegue. Y, sí o sí, a todos nos toca sufrir por amor alguna vez. ¡¿Y cuándo será mi turno?! Cuando vaya a los viajes del IMSERSO, seguro. Todos los abuelitos juntos y al subir al autobús, ahí estará, esa abuelita que hará que mi piel se rejuvenezca, que mi corazón palpite como nunca, que los atardeceres vuelvan a ser mágicos y compartamos el resto de nuestros días juntos. Y si fuera así…, pero creo que estoy destinado a estar solo. Eso, o necesito irme del pueblo si quiero encontrar a alguien. Es lo que me dice Mariam, mi mejor amiga, que tengo que huir de aquí, y con urgencia. Que aquí nadie me va a llenar como debería. Que el pueblo nunca ha sido ni será para mí, mucho menos para el amor.

Eso es cierto, el pueblo se me queda pequeño. Es como la jaula de un pájaro: estás atrapado y no ves escapatoria. Por suerte, me queda una semana para marcharme a la ciudad para comenzar la universidad. Me alegra mucho pensar en el cambio, aunque por otro me da miedo, como es normal. Grandes edificios, personas de todos los lugares, nuevos aires, adaptarme, dejar atrás a mi familia con la que he estado toda mi infancia y adolescencia… No obstante, hay que volar del nido, y es por mi bien, en todos los sentidos.

¡Qué ganas tengo ya de comenzar! ¡Filología Hispánica, allá voy! Es mi mayor pasión desde pequeñito. El mundo de las letras es el mío. Soy el típico bohemio, romántico sin conocer el amor, que escribe poemas pensando en cómo será. ¡Qué horrible es todo!

Me tiembla de repente el bolsillo derecho del pantalón como si fuera a echar a volar y me saca de mis pensamientos. El móvil. Lo ojeo: es mi madre. Tengo veinte wasaps que ni he sentido. Vale, me va a caer encima la de Dios. Acepto la llamada, conociendo de antemano lo que me va a decir:

—Alejandro, ¿cuándo piensas volver? Se está haciendo de noche y hace una hora y media que te envié a comprar una docena de huevos para la cena —estalla mi madre mientras la visualizo en mi cabeza con la sartén en una mano preparada para asestar el golpe—. Una de dos,

o se han llevado el supermercado al otro pueblo o estás esperando a que la gallina haga su puesta. Te quiero aquí en diez minutos. ¡Pero ya!

Bien, no lo he dicho: soy Álex (Alejandro para mi madre, Alexito para mi abuela), y tengo dieciocho años. Vivo en un pueblo alejado de la mano de Dios que apenas se ve en el mapa y en una semana me voy a estudiar a la capital y… nunca me he enamorado. ¡Qué resumida se puede hacer mi vida! Y puedo añadir que no he comprado los huevos para mi madre y en quince minutos cierran el supermercado. Y teniendo en cuenta que tengo que volver en diez minutos a casa… ¡Pies para que os quiero!

Ese soy yo, un despistado para lo que quiero, a quien le encanta retirarse al monte a ver los atardeceres, alejarse de todos y todo y pensar, relajarse, sacar su libreta y tomar notas para sus próximos poemas; y se me ocurre uno ahora mismo:

En diez minutos te quiero aquí,
o te vas a acordar de mí.
Esta noche tenemos tortilla para cenar,
y si no hay huevos sin nada en la barriga te vas a acostar.
Me viene como anillo al dedo.

Echo el último vistazo a la luz del sol que ya se esconde y salgo corriendo ladera abajo dejando tras de mí una enorme estela de polvo, con mi mala suerte unida a una torpeza descomunal que tropiezo y llego en un minuto abajo, rodando como un bollito de pan. ¡Mierda! Pantalones rotos. Mi madre es muy buena, a simple vista, y si la pillas de buen humor es la mejor madre del mundo, pero con estas cosas… Ahí es donde su parte buena se marcha y puede parecer un ogrito (digo ogrito porque es muy pequeñita). Pero, a fin de cuentas, es una madre. ¿Qué sería de nosotros sin sus rabietas?

Media hora más tarde llego a casa. Pantalones rotos, huevos en mano (suena mal, lo sé, pero es verdad, mi docena de huevos en la mano) y me encuentro a mi madre, nada más abrir la puerta de casa, apostada en el pasillo con su camisón blanco, cruzada de brazos con la sartén y su ceño demasiado fruncido. Así, sobrecoge: parece un Anima Bendita.

—¿Dónde no has comprendido la parte de «te quiero en diez minutos en casa», Alejandro?

Me quedo mirándola sin saber qué decir. ¿Le digo la verdad, que me he quedado contemplando musarañas por el camino? Mi vocecita interior me dice que permanezca callado, que es lo mejor. Me limito a encogerme de hombros.

—Esa es la mejor respuesta que me podías dar, hijo. ¡A quién habrás salido!

—Teniendo en cuenta que papá y tú sois mi fábrica… —se me escapa sin querer. Mi madre me mira con ojos de demonio y se echa a reír con ironía.

—No, hijo, tú no has salido a nosotros. A ti te cambiaron en el hospital, seguro. No has sacado ni mis ojos ni los de tu padre.

—Eso es porque el Dios de la Belleza hizo un buen trabajo conmigo, ¿a que sí? —Mi madre me arrebata los huevos sacudiendo la cabeza como si no tuviera remedio. Se da la vuelta para marcharse.

—Y no creas que no me he dado cuenta de que te has roto los pantalones. —Las madres

tienen ojos en todas partes. ¿Cómo se ha dado cuenta?—. Alejandro, que tienes dieciocho años… Eres muy maduro para unas cosas, pero no para otras. ¿Así crees que vas a encontrar novia?

Dedo en la llaga. Eso es lo que me gusta de mi madre, que siempre tiene que poner esa frase en todas nuestras conversaciones.

—¿Alguna vez te has preguntando si en realidad quiero tener novia? ¿Has pensado que tal vez soy feliz así, solo, sin ataduras, sin nada? —Mentira cochina.

—El amor no es una atadura: es dejarse llevar y el mañana para olvidar. Y si sale bien, verás mariposas toda tu vida.

—Y tú las sigues cazando con papá en la habitación, ¿no? —Me echo a reír disponiéndome a subir las escaleras dirección a mi habitación antes de que esos huevos que mi madre sostiene puedan caer sobre mi cabeza junto a la sartén.

—Lo que yo cace con tu padre es cosa mía, ¿queda claro? Cámbiate de pantalones, arregla tu leonera y sigue con la maleta mientras preparo la cena. ¡Y no tardes, que tenemos que cenar todos juntos, que queda una semana para que te marches! ¡Si al final te echaremos de menos!

—Sabes que sí.

Punto número uno: mi habitación no es una leonera; son obstáculos para que el fantasma tropiece por la noche si trata de asustarme. No soy desordenado, que quede claro, pero estos días con hacer la maleta, el no saber qué llevarme, empaquetar toda mi vida en unos cuantos centímetros, meter mis libros preferidos en cajas… Es toda una odisea, sí. Y no sé si estoy preparado para este nuevo paso. Es dejar todo atrás…

Ains. ¡Qué mal todo! Tengo que ponerme y ordenar todo este desorden, y lo más importante, terminar la maleta. Al final, como siempre, acabaré haciéndolo a última hora. Más probabilidades hay de eso a que me toque la lotería, y teniendo en cuenta que no juego…

Punto número dos: a mi madre le ha dado por ahí, con que estos últimos días cenemos todos juntos: los abuelos (por parte de mi madre ya que viven con nosotros), mi padre y yo. Somos cinco en casa y se nos queda pequeña en ocasiones. Y a ver quién es el guapo que le dice a tu madre que es un capricho la idea de cenar todos juntos porque voy a volver en nada. Pero ella cree que cuando salga por la puerta el próximo domingo va a tardar meses en verme el pelo. Por suerte para ella, está el teléfono que echará humo con sus llamadas cuando no responda a sus wasaps. ¡Ay, Dios, asísteme! Aunque lo diga así, supongo que en el fondo a todos nos gusta que las madres sean así.

Me cambio los pantalones y bajo a ayudar a hacer la cena y a prepararme psicológicamente para una velada en la que mi madre volverá a repetirme veinte mil veces todo lo que tengo que llevarme y hacer en cuanto llegue a mi piso de estudiante.

«¡Álex, tómalo con calma!»

2

Ha pasado una semana. Es domingo y en unas horas me marcho a la capital. No sé si llorar, reír, tomarme un calmante, quedarme metido en la cama o saltar por la ventana. Tengo los nervios a flor de piel. Si hace unos días tenía ganas de irme, ahora ya no.

Meses atrás estuve allí solo para buscar piso y entregar todo el papeleo típico de comienzo de carrera (que mucho internet, pero siempre falta algo y tienes que presentarte en persona haciendo una cola de tres horas para que, cuando sea tu turno, te digan: «Vuelva mañana, es hora de cerrar», y tus ganas de asesinar a alguien aumentan considerablemente).

A mis nervios no le sientan nada bien el estado hipocondríaco de mi madre. Creo que ella está peor que yo; lleva desde las ocho de la mañana preparando tuppers y botes en conserva para que me los lleve. No digas nunca a tu madre que sabes y puedes cocinar, porque aunque ella te vea hacerlo pensará que nunca sabrás. Madres. Me veo con mi maletón que casi es más grande que yo repleto de enseres y otra maleta solo de comida. Luego está la parte de (aunque aún no ha entrado el otoño) tienes que llevar más chaquetones que ropa, porque puedes pasar un día sin comer, pero no pases frío.

El mayor miedo de una madre es que cojas un resfriado y ella no pueda estar ahí para cuidarte; aunque siempre estará su remedio: una cebolla bien grande partida en dos al lado de la cama. Eso sí, después te pasas media noche llorando por la dichosa cebolla hasta que te levantas, abres la ventana y la ves volar por encima de los tejados de las casas de tus vecinos.

Así que aquí estamos todos, comiendo, que dentro de una hora sale el autobús. Me esperan cinco horas de viaje. ¿Llegará algún día el tren a mi pueblo? Supongo que sí, pero nunca lo veré con vida a este ritmo.

Es una situación tensa. Mi familia me mira con cara de pena, hasta el perro, y eso que a veces pienso que me odia. Tico es mío, me lo regalaron a mí, pero a veces no hay mucho apego por su parte. Mi madre dice que se debe a que lo saco poco a pasear.

La diferencia está en mi padre; supongo que sabe que me va a ir bien y que no tiene nada que temer, pero mi madre… Necesita diez cajas de pañuelos. La voy a echar mucho de menos, y a nuestras pequeñas y tontas discusiones, y a sus rabietas, pero tendré que acostumbrarme.

El único que falta en la mesa es mi hermano. Sí, no soy hijo único. Tengo un hermano mayor que yo –más concretamente siete años mayor-. Vive en la ciudad, la misma en la que yo estudiaré, junto a su hijo de dos años, casi tres (mi sobrino es adorable, ¡para comérselo!), y mi cuñada, Leyre; ella es un trozo de pan, no sé cómo aguanta a mi hermano.

Mi madre en un principio se empeñó en que viviéramos juntos, pero él es harina de otro

costal y vivir juntos sería la muerte para ambos. Además, ¿cómo me voy a meter yo en la casa de mi hermano con mi sobrino y cuñada? Mi madre está loca. ¡Rompería toda su intimidad, y yo sería el que se sentiría todo el tiempo desplazado! A mi cuñada sé que no le importaría, pero a mi hermano… Si yo soy raro, él me supera. Y dos raros en la misma casa… No está muy claro, no.

—¿Ya lo tienes todo listo, cariño? —me pregunta mi abuela una vez hemos quitado la mesa y me siento un rato a su lado—. Te voy a echar mucho de menos.

¡Mi abuelita! Yo también la voy a echar mucho de menos, pero estamos haciendo un drama de todo esto. Me voy a estudiar ahí al lado como quien dice, no fuera del país. Pero la entiendo.

—En nada estoy aquí de vuelta, abuela. No te preocupes por eso.

—Ya, pero la casa no será lo mismo sin tu alegría. —No puedo remediarlo: se me escapan unas lágrimas y me lanzo a abrazarla.

—Prometo llamarte de vez en cuando —le aseguro, sonriendo.

Se escucha desde la cocina a mi madre llamarme a grito pelado para que vaya bajando mis cosas que tenemos que salir en media hora para el autobús. Ya queda nada. ¡Me tiemblan las piernas!

—Entra a mi habitación, Alexito. En mi mesita, debajo de unas camisetas, hay una cajita negra, pequeña; tráela.

Mi abuela y sus cosas. ¿Qué me habrá preparado? Hago lo que me pide y le tiendo la caja.

—No es mucho, pero algo es. —Y me da cien euros—. Los tengo desde hace mucho y creo que lo mejor es que los tengas tú, puesto que yo ya no salgo. —Mi abuela, la pobrecita, con sus ochenta y dos años apenas puede caminar y lleva varios años sin salir de casa—. No digas nada; cógelos, y que no se entere tu madre.

—Abuela… —No sé qué decir. Me alegra tanto este gesto de mi abuela que me da miedo gastar el dinero. Prefiero guardarlos.

—Aún queda algo más —añade, y saca una foto de la caja. Salimos yo y ella cuando yo era pequeñito—. Mira, para que no te olvides de tu abuela: una fotografía de tu primer cumpleaños. ¡Qué pequeñín eras y lo que grande y guapo que te has hecho!

—Una monería, abuela —me río—. Era más guapo de pequeño.

—Tonterías, hijo. Tienes que tener a tu novia loquita.

No puede negarlo, se muere de ganas, como toda mi familia -y sobre todo mi madre-, de que ya tenga novia. El día que les dé una noticia así vamos a estar de fiesta una semana, seguro.

—¡Ay, abuela! —Me río por no llorar—. Mi mejor amor eres tú, y lo sabes. —Le doy un beso en la mejilla.

—Eres un pelota. Venga, ve a por tus cositas no vayas a perder el autobús. Ve.

Le doy un nuevo abrazo y subo a mi habitación subiendo los escalones de tres en tres. Mi corazón está desbocado. ¡Qué nervios!

Me siento en la cama y miro toda la habitación: mis estanterías repletas de libros y películas en DVD. Dejo la mayoría; dieciocho años de mi vida aquí y una parte empaquetada. Aunque volveré, nada será lo mismo. Una vez sales de tu casa para estudiar sabes que será definitivo, que después tocará trabajar lejos, formar una familia lejos… Comenzar de cero. ¡De cero!

Sobrecoge pensarlo así, ¿verdad? A veces pienso que más que tener dieciocho años tengo treinta. Maldita madurez prematura, aunque por dentro soy un niño que ha crecido de golpe y que no deja de visitar el País de las Maravillas en busca del conejo que Alicia perseguía.

Cojo las maletas, mi mochila (cargada con un buen libro, como siempre, mi libretita y portátil) y salgo de la habitación sin mirar atrás; es lo mejor.

—¿Ya estás listo, Alejandro? —pregunta mi padre desde el hueco de la escalera.

—Sí, voy para abajo. Abre el maletero.

Todo guardado, toca despedirse. Un dramón a la vista, seguro, menos en el caso de mi padre y mi abuelo, este último, el pobre, porque parece que ni siente ni padece, sordo y que se pasa el día durmiendo. Él vive en su mundo y en realidad es lo mejor. Así, a sus noventa años, está sano como un roble. Incluso me toca despedirme de la vecina, la típica cotilla que sabe todos los chismes del pueblo, una mujer que de todo sabe y de nada entiende.

—Ya se nos va el niño, ¿eh, Marta? —le dice a mi madre mientras me abraza hasta el punto de que siento que me va a aplastar las costillas. En el fondo no es mala persona, pero puede ser muy pesada—. Y hace nada eras una cosita pequeña, y fíjate: ¡todo un hombre!

—Aún me queda mucho, Adela. En vez de barba tengo pelusilla —digo poniendo los ojos en blanco.

—Ya te saldrá, igual que novia. ¿Eh, Antonio? Verás que nuera te trae —le dice a mi padre.

—A ver si es verdad y nos alegra la vista. —Mi padre se echa a reír, mirándome. Sabe que no me gusta que hablen de estas cosas y menos delante de mí.

Es lo que digo: todo el mundo tiene unas ganas enormes de verme con novia. Es una presión muy grande, que conste, porque si no cumplo las expectativas cuando la tenga… ¡pies para que os quiero!

—Tenéis todos más ganas que yo, ¿eh?

—Es que ya es hora de que te estrenes, niño —suelta la vecina con sutileza directa.

Me quedo de piedra; esto es lo único que me faltaba escuchar. Suelto una risa sin gracia y me meto al coche.

—Nos vemos pronto. Cuídate, Adela.

—Y tú también, hijo —se despide de mí mientras cierro la puerta.

—Y luego no queréis que esté deseando largarme de aquí —les digo a mis padres mientras dejamos atrás la casa. Mi casita. Trato de no ponerme melancólico y pensar que irme de aquí es lo mejor—. Novia, novia y dale con la novia. ¿No pueden dejarme vivir tranquilo?

—Bueno, si no es novia que sea un novio, pero trae algo ya —se ríe mi padre, y la mirada asesina que le lanza mi madre no es ni mucho menos normal.

¿Un novio? Es la primera vez que mi padre me dice algo semejante. No sé si en broma, o de verdad. Pero ¿por qué lo ha dicho? ¿Acaso piensa que yo…? ¡Qué burrada, de verdad! ¿El simple hecho de no tener ya novia implica que tal vez me atraen los chicos? Lo que me faltaba por oír.

—No digas tonterías, Antonio. Aquí una chica hecha y derecha; nada de novios.

Queda claro que, a mi madre, si yo fuera gay, no le haría la menor gracia. Apuntado queda.

3

No sé si han sido las ganas de irme del pueblo de una vez, de distraerme y vivir algo nuevo, o los nervios y toda la presión que se me está juntando en el estómago, pero he tropezado al subirme al autobús y casi acabo sentado encima del conductor. ¡Qué vergüenza! ¡Patoso al máximo! Afuera, mi madre diciéndome que abra los ojos con su típica expresión «que tienen bichos». Mi madre y sus dichos… Para colmo, se han reído de mí unas chicas que hay sentadas en la parte de delante. No las culpo, porque me estoy riendo yo también. No puedo contener la risa. Ha sido una situación graciosa, y tonta. Y aquí estoy, sentado en la parte central del autobús sin poder dejar de reír.

Esta situación me ha venido bien para relajarme y distraer la mente.

Mi WhatsApp suena. Es Sandra, mi otra mejor amiga. Tiene cuatro años más que yo. Ella es la única de todo el grupo reducido que no estudia, o ha estudiado. Se queda en el pueblo. El resto ya hace una semana que se fueron a sus correspondientes ciudades. Hemos caído cada uno en una distinta.

«Tío, perdona, no he podido ir a despedirme; me he quedado dormida». Lo acompaña de un emoticono con los dientes apretados y un mono tapándose los ojos.

Sandra, como ella no hay dos.

«No te preocupes. Además, nos despedimos hace tres días».

«Ya, pero me hacía ilusión ver cómo tropezabas al subir. Ja, ja, ja».

¿Y cómo se ha enterado de eso? Me llega otro wasap.

«Tu madre me lo acaba de contar. Me meo. Ja, ja, ja. Yo quería haberte visto».

«¿Ya te ha escrito para contártelo? Joder con mi madre. ¡Qué graciosa ella!» Añado un demonio enfadado y una mirada de soslayo. «Bueno, te dejo que me mareo. Cuando llegue escribo. Un beso, loca».

Guardo el móvil en el bolsillo. Saco mi libro y mis auriculares y me preparo para un viaje largo mientras el autobús se pone en marcha.

Una muchacha se queda de pie en el pasillo, mirándome, haciéndome sentir incómodo. Me quedó mirándola. ¿Qué pasa?

—Perdona, ¿puedes quitar la mochila? ¿Puedes?

—Ah, sí, claro, disculpa. —¡Vaya!, con el montón de asientos libres que hay y le apetece sentarse conmigo.

—Gracias.

Le sonrió cortés y me dispongo a leer cuando me interrumpe. Si hay algo que odio es que,

cuando voy de viaje, alguien me hable y me dé la tabarra; me gusta viajar tranquilo.

—¿Qué lees?

—Pues… Es un libro que he conocido hace poco: La Esfera. Es la primera parte de una saga, La Saga Geptalon. Fantasía y esas cosas. Me gusta bastante.

—No había oído hablar nunca de él, pero me lo apunto.

—Te gustará, seguro. —Y me dispongo a volver a leer y de nuevo me interrumpe.

—¿Vas a estudiar? ¿Eres de EntreCampos? No te había visto nunca antes.

¡Perfecto! Está intentando ser amable conmigo para poco a poco ligar. Y yo que quería ir tranquilo... ¿Por qué tengo este imán?

Me quedo mirándola de nuevo. En verdad es guapa y atractiva. Morena, ojos marrones rasgados y una sonrisa muy encantadora, pero nada más. No siento lo que se debería sentir cuando alguien te gusta o te llama la atención a simple vista. O no sé, creo que el molde se rompió conmigo.

—Sí a todo —respondo. Tal vez lo hago algo seco, pero no ha sido mi intención.

—¿Y qué vas a estudiar? —A pesar del corte que le he dado y quedarse unos segundos callada, continúa haciéndose notar—. Por cierto, soy Cristina. Encantada. —Me da dos besos que me pillan de sorpresa y me ponen colorado.

—Y… Y yo Álex, encantado. —No digo nada más; creo que se me han ido las palabras corriendo. Ella espera respuesta—. Voy a comenzar el primer año de Filología Hispánica.

La charla se alarga más de una hora. Ella también va a estudiar lo mismo que yo. ¡Qué casualidad! Conozco a alguien mucho antes de comenzar la facultad. Eso me alegra.

Al final, Cristina ha resultado ser una chica encantadora, muy maja y también muy loca; me atrevería a decir que casi tanto como yo. Nos vamos a llevar bien. Así, hablando, me he enterado de que no tiene novio y que tampoco le interesa por ahora tenerlo: por tanto, he juzgado mal. ¿Por qué pienso que toda chica que se me acerca busca ligar conmigo? Yo y mis pensamientos.

Hemos intercambiado los números de teléfono y hemos quedado el martes para ir a la presentación de los alumnos de primero, conocer la facultad y ver la ciudad. Ya tengo plan para distraerme.

El viaje no se me hace muy largo entre la conversación con Cristina, que al rato se ha dormida sobre mi hombro derecho (pobrecita), y leer otro rato más.

El día se ha tornado gris; se avecina tormenta. Perfecto. Pero perfecto con ironía bien grande. El piso me pilla bastante retirado de la estación de autobuses y el paraguas está en el fondo de la maleta. ¡Yo y mi cabeza!

«Hijo, te has dejado el paraguas», me llega un wasap de mi madre. ¿Qué? No puede ser. Si yo… Vale, sí, lo he dejado encima del escritorio. Las prisas nunca fueron buenas. «He llamado a tu hermano y allí ya está lloviendo. Irá a recogerte. Te quiere, mamá».

No sé qué es peor, si mojarme yendo por la calle cargado con todo, o que me recoja mi hermano. Pues bien hemos empezado esta nueva aventura.

Me despido de Cristina antes de bajar del autobús. Se ha disculpado como veinte veces por haberse dormido sobre mí y dejarme caer la baba encima. Ahora podré decirle a mi madre que una mujer me ha babeado. Me río por no llorar.

Me pongo la mochila al hombro y nada más pisar el primer peldaño me piso los cordones desatados y bajo los escalones de dos en dos viendo el suelo cada vez más y más cerca al que

voy a ir a parar con la punta de la nariz. ¡Qué bien! Subo tropezando y bajo tropezando. ¡Vergüenza nivel máximo!

Cierro los ojos queriendo que así la caída no me duela mucho, pero no llego a sentir dolor, solo una voz masculina y unos brazos que me sujetan.

—¿Estás bien?

Me quedo como bobo mirándolo sin saber por qué. Estoy en brazos de un chico unos años mayor que yo. He de admitir que es muy guapo. Tiene el pelo corto, estilo Spiky: muy corto por los lados y por arriba levantado dando una dirección distinta a cada mechón, un corte que combina muy bien con su barba bien recortada. Sus rasgos son muy marcados y los ojos color aceituna que eclipsan a cualquiera.

—S-sí, perdona. Los cordones… —Me encojo de hombros y me agacho a atarlos, avergonzado.

—Tranquilo, eso le puede pasar a cualquiera, ¿no?

Me aparto a un lado para dejar paso a los que quieren bajar.

—Sí, mucho más si eres un patoso como yo.

—Suerte que estaba yo para cogerte, ¿eh? —dice en tono gracioso sin dejar de sonreír.

Tengo la sensación de que él sí está intentando ligar conmigo y no Cristina. Y no sé por qué, pero no me siento agobiado como otras veces, si no que estoy sonriendo como un tonto viendo cómo intenta llamar mi atención.

—Sí, o hubiera besado el suelo. —Voy a sacar las maletas y viene conmigo. Me ayuda—. Gracias. N-no hacía falta que me ayudaras. —Es cuando me doy cuenta de que está lloviendo y nos estamos empapando—. Te estás mojando, déjalo; puedo yo solo.

—Un poco de agua no es nada.

—¡Álex, ven aquí ya y deja de hacer el tonto, que está lloviendo a mares! —chilla mi hermano desde el otro lado con el maletero del coche abierto.

—¡Qué sutil mi hermano! —exclamo, suspirando.

—Álex, ¿verdad? Yo soy Mateo. Un placer.

—Igualmente. Disculpa que no te dé la mano, pero las llevo ocupadas.

—Ven, te ayudo a llevarlas al coche.

—No, no hace falta —digo, cortante. ¡Me da vergüenza! Y ya tengo el corazón a mil—. Tendría que ser mi hermano el que me ayudase. ¡Mi madre se quedó a gusto con su parto! —Pongo los ojos en blanco.

Creo que estoy tan nervioso por el hecho de que mi hermano me haya visto con este muchacho, porque sé que me va a traer consecuencias.

Al final no puedo evitarlo y Mateo lleva hasta el coche las cosas mientras mi hermano espera dentro. ¡Me encanta su forma de ser!

—Mateo, gracias por la ayuda. Te debo una si te vuelvo a ver.

—Eso espero. Si quieres…

Mi hermano toca el claxon y le corta la frase.

—Lo siento, la genética es totalmente de chimpancé.

Suelta una carcajada mostrando una sonrisa perfecta. ¡Joder!, yo quiero una así. Y mi hermano vuelve a tocar las narices con el claxon.

—Álex, o subes o te dejo aquí: una de dos. Elije qué prefieres.

—Tengo que irme. Nos vemos. Gracias de nuevo.

—Eso espero, guapo. —Me guiña un ojo y se va con las manos en los bolsillos, bajo la lluvia.

Me subo al coche cabreado con mi hermano, pero a la vez sonriendo como un niño con un juguete nuevo. ¿Qué me pasa?

—Hola a ti también, majete —me dice mi hermano dándome una palmada en un muslo. Le quito la pierna y lo miro con una enorme expresión de psicópata—. A mí no me mires así, ¿eh? Lamento haberte roto el momento ligoteo.

—Pero ¿qué dices de ligue ni ligue? Me ha ayudado porque casi me mato al bajar del bus. Y ha hecho lo que tú no: ayudarme.

—No me iba a mojar por ti. Además, ya he hecho demasiado viniendo a recogerte.

—Calla y vámonos.

Me pongo el cinturón, cabreado, y miro por el retrovisor sin saber por qué. ¿Tal vez busco algo?

Aún tengo el corazón a mil. Se me escapa una sonrisa tonta y tengo unos ojos color aceituna flotando en la cabeza. Creo que no me ha sentado bien salir del pueblo, no. Todo ha empezado mal.

4

Si tardamos un poco más en llegar me da algo.

Mi hermano puede ser un sol con algunas personas, pero conmigo a veces es un sol apagado. ¡Qué trayecto más largo! No ha dejado de meterse conmigo en ningún momento: que si he ligado con Mateo nada más llegar; que si soy un lento; que me van a comer vivo aquí en la ciudad… Para colmo hay que sumar que lleva el volumen de la música al máximo, más concretamente música Heavy. Creo que alguien ahí arriba se está metiendo demasiado conmigo. El día que suba que se prepare, porque seré yo el que le haga la vida imposible. ¡Qué horror!

Que mi hermano se meta conmigo puedo dejarlo pasar. Total, no sirve de nada ponerse a la altura de él. Es una de esas personas que si refutas algo va subiendo el tono de voz hasta que tiene que sobresalir él, y mejor que no digas nada más, porque si continuas te revienta los tímpanos.

A veces pienso que en vez de hermano tengo un oso, pero no un osito mimoso, achuchable, adorable… no, yo tengo por hermano un oso de película de terror. ¡Ay si me oyera pensar esto! ¡Sería mi muerte!

En el fondo no es malo, pero muy en el fondo, aunque creo que le gustaba hacerme rabiar porque cree que estoy dando una mala imagen de él. Pero a veces, digamos, es más sinvergüenza que buena persona. Lo que me sobra a mí de bueno (que de bueno soy tonto), le falta a él. Todo se quedó mal repartido cuando la fábrica se puso en marcha. Siempre le he dicho a mi madre que me fabricaron leyendo novelas de amor. Y a mi hermano… A mi hermano... Discutiendo, creo yo.

Sin embargo, el caso es que todo le sale bien. ¿Cómo se las arregla para que sea así? No lo sé. Y tú intentas que algo salga más o menos bien y enseguida se tuerce de tal forma que dices: ¡Venga, Álex, no era para ti la cosa! ¡Seguro que hay personas igual que tú! Vamos, lo que se dice: el típico consuelo de tontos, porque no se puede decir que sea otra cosa.

Me llega un wasap de Cristina. No lo leo porque tengo que bajarme ya del coche y llueve a cántaros. Mi hermano, como es muy amable, se ha bajado para abrirme un paraguas. Es broma. Lo ha hecho para él, a mí que me jodan, para ser francos.

—¡Alberto, joder, ¿y mi paraguas?! —le chillo por la ventanilla a medio bajar, cabreado. Sí, mi hermano se llama Alberto. Pero tampoco vayamos a darle mucho protagonismo. A veces, simplemente, lo llamo «tú».

No he querido subir mucho la voz, pero una abuelita ha pasado por la acera en ese momento y me ha echado una mirada de «este es un macarra». Ganando puntos nada más llegar. ¡Qué

bien!

—¡Bájate ya y no seas más quejica! ¡Que si se te riza el flequillo no va a pasar nada! —me dice con toda la ironía que es capaz de soltar.

«Ojalá pase un coche por un charco y te salpique el agua», le deseo. Miro fuera otra vez: llueve torrencialmente.

—Tome, señora duquesa. ¡Que eres más quejica que un cachorro con hambre! —dice mi hermano abriendo la puerta del coche con el paraguas abierto. ¡Qué amable! Porque lo necesito, sino no lo cogía—. ¡Que no es más que un poco de agua, hombre! No vas a encoger.

—Te odio, y lo sabes —le suelto con el ceño fruncido. Agarro el paraguas y me bajo dando un portazo al coche.

—¡La última vez que pegas ese portazo al coche, ¿eh?!

Me quedo mirándolo, le sonrío con hipocresía y cara de niño que no ha roto nunca un plato antes de ponerme a descargar cosas del maletero.

Me han dado las doce de la noche, pero he terminado de ordenar todo. Tengo la habitación acondicionada de tal forma que parece la mía; así me sentiré como en casa. No es muy grande, pero acogedora, con varias estanterías, que es lo importante. Un gran armario empotrado en el que casi puedo jugar al escondite, y el escritorio también es bastante grande, de color negro y de cristal. Muy minimalista todo, teniendo en cuenta que la habitación es toda negra y blanca. Simplemente, me encanta. Y ahora mucho más que cuando la elegí.

También he organizado mi parte de la cocina. El piso en sí es bastante enorme. Tiene tres habitaciones más aparte de la mía. En total somos cuatro en el piso (no sé cómo va a resultar convivir tantas personas desconocidas, pero bueno, se llevará): dos compañeros y una compañera. A ella la conozco de la última vez que estuve. A ellos, no. Y ninguno estaba en casa cuando llegué. Cuando salí a cenar algo, tampoco. Ya mañana les veré y saludaré; ahora estoy muy cansado.

Coloco la foto que mi abuela me ha dado sobre el escritorio. Sonrió antes de tirarme sobre la cama y cojo el móvil. ¡Quince llamadas de mi madre! Y treinta y tres wasaps. ¡Se me ha olvidado escribirle!

«Mamá, perdona. Se me ha pasado escribirte y decirte que ya estoy aquí. Me ha recogido mi hermano y en cuanto estuve en el piso me puse a colocar todo y he terminado ahora. Está todo bien, así que tranquilos. Mañana llamo. Os quiero. Buenas noches».

No soy de decirles a mis padres «te quiero» en persona. Supongo que no soy al único que le ha pasado, pero da vergüenza. Vale, sí, todos sabemos que deberíamos decírselo más a menudo, demostrar lo que sentimos, pero los hijos somos así. Nos da tal corte que se te quedan las palabras ahí liadas en la lengua y sale cualquier cosa menos eso. Sin embargo, por escrito a veces es distinto. Más en situaciones como en las que estoy yo ahora, que los tengo lejos. Hace pocas horas que he estado con ellos, y ya los extraño. Es normal tener ese sentimiento de desazón. Ahora todo me lo provoca.

No estoy en mi habitación, esta no huele igual (la mía suele oler a papel y tinta de tanto libro que hay). El colchón tampoco es muy cómodo. El piso es frío y se me hace raro no tener a mis padres al lado de la habitación, ni que mi padre se levante cada dos por tres al baño en mitad de la noche…

Como siga pensando más en esto, me encierro en el armario y no salgo.

Echo un vistazo al mensaje de Cristina. ¡Se me ha pasado por completo leerlo!

«El tropezón ha sido muy bueno, Álex, pero el chico que te ha recogido ha sido todo un regalito del cielo, ¿eh? ¿Has estado hablando con él? ¡Qué mono y guapo era!»

¿Hola? ¿Y cómo digiero yo esto ahora? ¿Cristina cree que soy gay? No es la primera vez que me pasa. Pero ¿dónde me ven a mí con cara de gustarme los chicos? No lo entiendo.

«Je, je. Una de dos, o soy un patoso, o no miro por donde piso. Creo que un poco de ambas. Ja, ja.

Y sí, suerte que estaba Mateo ahí para ayudarme, sino hubiera sido "aterriza como puedas"».

Veo que Cristina se conecta y lee el mensaje. ¿A estas horas está despierta?

«Ja, ja. Eres un loco. Pero ¿qué sería la vida sin ese punto de locura? Y bueno, cuenta, cuenta: ¿qué tal con Mateo? Ya veo que sí has hablado con él, puesto que sabes su nombre».

No quiero ser borde, pero tengo que dejarle claro que no soy gay, que a mí me gustan las chicas.

«Sí, hablé con él. Fue algo muy gracioso, en verdad. Ya te contaré en persona cuando nos veamos el martes. Es mejor que por aquí. Pero tampoco es importante. Si hubiera sido una muchacha guapa me hubiera alegrado más. Ja, ja, ja». Le envío un muñequito sacando la lengua y guiñando un ojo.

Creo que ha sido una sutileza directa.

«Y yo que creía que te gustaban los chicos. Je, je. —Se queda parada. Tal vez se siente incómoda ahora—. Seguro que te estás quedando conmigo, Señor Modesto. Ja, ja, ja. ¡Ese chico es un pivonazo! Ya que me hubiera pasado a mí. ¿Te dio su número de teléfono?»

Bueno, le seguiré la corriente un poco, así se quedará tranquila. Le cortaré pronto y me iré a dormir que estoy agotado no, lo siguiente.

«No, no me lo ha dado; solo me ha dicho que esperaba que volvamos a vernos y me guiñó un ojo antes de irse. Ja, ja».

«¡El destino qué grande que es!»

«Sí, muy grande», pienso con humor.

«Bueno, Cristina, me marcho a dormir que estoy super cansado del viaje y de colocar cosas. Ya hablamos mañana para acordar una hora para el martes, ¿vale? Que descanses. Un besito».

«Valeeee. Ya en persona hablamos largo y tendido, ji, ji, ji. —Un muñequito guiñándome un ojo—. Hasta mañana, guapo. Un beso».

Dejo el móvil sobre la mesita y suspiro estirándome en la cama cuan largo soy. ¡Qué placer más grande!

Me coloco de lado, en posición fetal, como a mí me gusta dormir. Cierro los ojos esperando caer dormido en breve, pero mi cabeza no deja de pensar.

¿Por qué muchos creen que soy gay? No lo entiendo. En el pueblo porque es raro que uno ya a mi edad no haya tenido novia. ¿Y eso es malo? ¡No! No me ha llegado nadie que me llene, y no voy a estar con nadie que no me haga sentir, eso está claro, y menos para callar bocas. Que lo piense mi madre a veces tampoco es de extrañar. Ella se deja llevar por las habladurías y enseguida ya todo es así. ¿Pero también Cristina y eso que no nos conocemos de nada? Si yo fuera gay supongo que se me notaría. O tal vez soy la única persona que no se da cuenta y lo saben todos menos yo.

¡Qué mundo de locos! La verdad que es mucha casualidad que Mateo estuviera ahí para

ayudarme a que no me estampara contra el suelo y que, para colmo, él sí sea gay, porque yo no le digo guapo a un chico y que espero volver a verlo, no. Y si me detengo a pensarlo…

Cierto es que tenía unos ojos preciosos y una sonrisa encantadora. Tenía algo que me ha llamado la atención. He sido un borde con él, pero en el fondo…

—¡Álex, ya estás desvariando! —Me siento de golpe pasándome las manos por la cabeza—. No pienses tonterías porque no es así. Te estás confundiendo con todo lo que está pasando, nada más.

No me gustan los chicos, aunque Mateo me ha llamado la atención, sí. Pero si un chico es guapo, es guapo y hay que admitirlo. Que no vamos a ir de machitos por la vida, que ese rollo a mí no me va.

¡Ay!, creo que mi vida en la ciudad va a dar para muchas historias, sin duda. Ha sido llegar y ya es toda una odisea. Ahora no puedo conciliar el sueño; tengo un cacao mental sublime. ¿De verdad me gustan los chicos y yo no me he dado cuenta e intento negarlo?

—¡Ay, Dios! ¡Qué jaleo! —Todo me está enredando. Y yo que soy fácil para eso…

Me tumbo con frío y cierro los ojos con fuerza. Quiero dejar la mente en blanco para dormirme cuanto antes, porque si me pongo a contar ovejas seguro que lleno la habitación con ellas, con el pastor y con el perro y me tengo que salir fuera sin dormir porque la habitación está llena. Burrada número uno.

Me quedo mirando el techo y veo los ojos de Mateo en él.

No comprendo por qué,
tal vez no hay razón alguna,
pero ahora tengo en mis retinas sus ojos de aceituna.
Y su nombre suena en mi cabeza como un tambor,
y altera mi corazón.
¿Qué maldita sensación es esta?
¿Qué está pasándome?
¿Estoy perdiendo la cordura entre habladurías?
Supongo que, aunque ahora me ría,
si vuelvo a verlo me dará bastante alegría.
Y eso es lo peor, que creo que quiero volver a encontrármelo.

Es lo último en lo que pienso antes de dormirme.

5

Solo llevo un día en la ciudad y ya me he adaptado a la perfección, por lo menos por el momento. He salido a pasear, a comprar… y la gente no es tan huraña como se piensa en los pueblos (al contrario que en el mío, que sí son huraños). Mis compañeros de piso también son muy majos.

Ayer lunes nos preparamos nuestra primera cena en el piso, juntos. Compraron cerveza y tinto de verano y no os podéis ni imaginar qué risas. Yo no estoy acostumbrado a beber -y tampoco me gusta mucho el alcohol- y con nada se me sube a la cabeza pues enseguida salió el payaso del circo a relucir. Siempre tiene que haber uno en toda reunión.

He quedado con Cristina. Es muy buena chica, la verdad. Me encanta. Está tan loca como yo, aunque creo que mucho más; bueno, lo afirmo, mucho más.

He descubierto que no es de EntreCampos. Sus padres sí nacieron en mi pueblo, pero ella no. Hace un año que vinieron a vivir al pueblo de nuevo, por eso yo ni la conocía ni me sonaba haberla visto antes. Las casualidades de la vida, que siempre hay buenas y malas. Pero esta ha sido muy buena.

—¿Subimos ya para la facultad? Son casi las doce y la presentación es a las doce y media. Y si queremos dar una vuelta para conocer dónde está cada aula tenemos que hacerlo así —me apremia Cristina levantándose del banco en el que nos hemos sentado a descansar. Llevamos desde las nueve de la mañana sin parar de caminar, recorriendo la ciudad. Somos unos locos.

Nos ponemos en camino y nos equivocamos dos veces de autobús. Un show total. Y tenemos un problema, que con nada nos da la risa; es mirarnos y ya estamos riendo. La gente nos mira como extraños. Yo lo haría igual pero ¿tan extraño es ver a alguien feliz y divertirse? Creo que todo el mundo está tan abstraído en su trabajo y en lo frenética que es su vida que han olvidado hacerlo y desconocen qué es lo que se siente haciéndolo. Una pena.

—Disculpad, ¿estáis buscando el U2? —nos pregunta de repente un muchacho de nuestra edad, pelo corto, ojos marrones, vistiendo una cazadora de cuero rojo. Nos giramos los dos, asustados por el pronto—. Os he escuchado hablar que vais a Filología Hispánica. —Asiento, mirándolo sin parpadear. Parezco idiota, pero no me hago a la idea de por qué me he quedado mirándolo así—. ¿También es vuestro primero año? ¡Qué alegría! Por fin conozco a alguien de mi curso. Soy Abraham.

Cristina me da un codazo. Parpadeo repetidas veces; me he quedado ensimismado (creo que todos se han dado cuenta). Ella lo saluda dándole dos besos igual que si fuera un pulpo. No hay duda, le ha gustado Abraham. Y mucho. Ahí está, sacando sus armas de mujer.

—Yo soy Álex. Un placer —me presento tendiéndole la mano. Me la estrecha sin dejar de sonreír. Me intimida. Cristina no deja de mirar la escena y eleva una ceja, pareciéndole graciosa la situación.

Se acerca nuestro autobús y subimos. Caminamos hasta la parte de atrás. Va repleto de más estudiantes. Creo que las sardinas tienen más espacio en sus latas que nosotros.

—¿En qué grupo estáis? —nos pregunta Abraham.

Cristina y yo intercambiamos una mirada como diciéndonos «No nos hemos dicho el grupo para comprobar si estamos en el mismo».

—A —decimos los dos a la vez. Joder, ¡qué casualidad!

—¿De verdad? ¡Qué fuerte! Yo también. Mejor así, ¿no? —Y me guiña un ojo. O no lo guiña, pero yo ya creo que todo el mundo se me insinúa. Voy a perder la cabeza. Nos echamos todos a reír—. ¿Y de dónde sois?

—Bueno… Lo mío es largo de contar —dice Cristina.

—Lo mío no es tan largo. Soy de un pueblo que es el culo del mundo, que si lo buscas en el mapa ni con lupa lo ves. —Me encojo de hombros—. Y Cristina ha terminado viniendo a vivir en él.

—Cierto, así es. Ja, ja. Mis padres nacieron allí y después de dieciocho años hemos vuelto a EntreCampos.

—¿EntreCampos? No me suena de nada, la verdad.

—Nada, tranquilo, no eres el único. Tampoco lo esperábamos —digo con ironía, aunque suena borde. Humor negro—. Tiene su encanto, solo a veces, eso sí.

—Como todos los pueblos. Pero la grandeza de los pueblos no lo hace en sí sus viviendas y paisajes, sino cada habitante. Fijaos, como vosotros. —Y me vuelve a guiñar un ojo.

¡Viva! No veo visiones: se me está insinuando. Aunque… No, ahora que lo miro mejor me doy cuenta de que tiene un pequeño tic en el ojo derecho. Anda que yo también… ¡Qué Dios me conserve el oído porque la vista creo que ya no tiene arreglo!

—¿Y tú de dónde eres? —le pregunta Cristina.

—Yo vengo del norte. Totalmente del norte del país. ¿No se nota en mi acento? —Ahora que lo dice, sí. Gallego con mezcla de portugués—. Nací en Portugal, concretamente en Lisboa y hasta los catorce años he vivido allí; después marchamos a Galicia.

—Um menino bonito —dice ella, imitando el acento portugués.

—¿Y cómo es que hablas perfectamente español? —me sorprendo—. Quiero decir, habiendo estado tan poco tiempo aquí.

—Ah, bueno, mis abuelos vivían en Galicia. Mis tíos repartidos por media España… Tengo influencia por todos lados. Además, me gusta bastante aprender idiomas.

—Jo, ¡qué guay! Pues tienes que darme clases, porque yo con el inglés me tiro de los pelos —le digo, riéndome.

—Claro, será un placer. Solo es ponerte y tener un buen profesor que sepa darte los consejos justos y claves.

—Sí, más bien que el profesor sea bueno y esté bueno también, ¿no? —suelta Cristina con todo su arte. ¡Es única!

Nos echamos a reír sin remediarlo. Abraham el que más, sin dejar de mirarme. Mientras río me pregunto si Cristina ha dicho eso por algo en concreto.

—La verdad que sí —contesta Abraham.

Sí, estaba en lo cierto, Cristina lo ha hecho para saber si es gay, y le ha salido bien la jugada. Ella se ha dado cuenta desde el primer momento, pero yo no. Abraham se ve tan masculino. Creo que estoy tonto, completamente. El salir de la granja -que es como llamamos al pueblo- me va a venir bien, o eso espero.

—¿Tú qué opinas? —me suelta de pronto. Cristina me mira, graciosa.

—Yo… Uhmm… Bueno, para gustos los colores —digo sin saber qué decir. No quiero quedar como el típico macho diciendo: «¿Yo? Una chica guapa y dulce, mejor».

—Buena respuesta —asiente Cristina. Le da una palmada a Abraham en un hombro, suspirando—. Álex es muy extraño, y eso que lo conozco de dos días. Pienso que aún se está descubriendo.

—«¿Descubriendo?» Si el cascarón ya me lo dejé atrás —digo para salir del bache por el que ella me quiere llevar. En cuanto estemos a solas, se va enterar. ¿Qué manía es la que tiene conmigo con este asunto? No lo entiendo.

Llegamos a la facultad, un inmenso edificio donde predomina más el vano que el hueco con ladrillo rojo por todos lados, con cuatro torres y enormes tejados piramidales. La verdad es que a simple vista sobrecoge; parece un manicomio. Tiene muchos años, se nota. Lo mejor de todo es que por dentro es muy moderno; fuera tiene amplios jardines y césped. ¡Muero totalmente de amor! Ya sé dónde voy a pasar mis ratos de libertad.

Los pasillos son bastante amplios, decorados con esculturas y cuadros modernistas. No parece una facultad de Filología Hispánica, sino más bien de Bellas Artes.

Vamos rápidamente a la charla de bienvenida de los alumnos de primer año: un bodrio total. ¿Para esto tanta molestia? Que si ellos piensan en los alumnos, en su bienestar; que todo sea adecuado a sus necesidades…

No somos idiotas. Piensan en llenarse los bolsillos a nuestra costa, nada más.

Nos salimos a mitad. No queremos que nos llenen la cabeza con mentiras. Por lo que podemos comprobar no somos los únicos que piensan así porque la mayoría también se marcha.

Consultamos nuestro horario en los tablones de noticias y buscamos las aulas para la semana que viene cuando comiencen las clases. No tardamos ni dos minutos cuando ya estamos fuera del edificio. Son cerca de las dos del mediodía y el hambre ya nos está acechando.

—¿Os hacen unas cerves? —nos pregunta Cristina en cuanto déjanos atrás el recinto de la facultad.

—Por mí no hay problema. Cervecita y un buen montadito tan grande como yo —se ríe Abraham a sí mismo su gracia—. Te apuntas, ¿no, Álex?

Sí, quiero. Sin embargo, preferiría ir solo con Cristina. Abraham lleva todo el rato pegado a mí como un baboso. No tiene nada que hacer conmigo. Y me está agobiando. Y veo que esto va a ir para largo. ¡Menudo curso me espera!

—¡Claro, no me lo pierdo! —Me encojo de hombros. El caso es divertirse, que no digan que soy un aburrido.

Media hora más tarde, después de bajarnos de un autobús en el que íbamos nuevamente como sardinas enlatadas, buscamos un bar donde tomar algo. No nos andamos con muchos rodeos: en el primero que vemos y que nos llama la atención, entramos.

Es pequeñito, no hay mucha gente… y huele demasiado bien. ¡Qué hambre!

—¿Qué queréis tomar? —pregunta Abraham, dejando su chaqueta en la silla—. Voy a pedir.

—Uhmm… No sé. Una Shandy. No soy yo muy de cerveza —digo, sin más.

Cristina me mira y suelta una risotada.

—Mariquita. ¡Bébete una cerveza!

—No, no, no. ¡No me gusta! ¡Sabe a pis de gato!

—¿Has probado el pis de gato? —se ríe Abraham, mirándome con extrañeza.

—No, y tampoco quiero hacerlo. Venga, Cris, di qué quieres, que está esperándote.

—Yo sí quiero una cerveza. Gracias. —En cuanto Abraham se marcha a pedir, Cristina se queda mirándome fijamente. ¿Tengo monos en la cara?—. Te gusta, ¿verdad? ¡Es muy mono!

—Cristina —la miro, ceñudo—, no sé de dónde sacas que me gusta él, Mateo… o cualquier chico que se cruza por delante de mí. No soy gay. Asúmelo.

—No, asúmelo tú. Eres el único que no se da cuenta. Abraham es gay, y se ha dado cuenta de que tú lo eres. ¡Lo notáis! ¡Tenéis un radar especial entre vosotros para daros cuenta!

Me quedo parado. ¿Lo dice en serio? Me estoy empezado a asustar. Pero… No. Sacudo la cabeza; no quiero que me confunda.

—No me vas a confundir. Admito que es guapo, porque tengo ojos en la cara y uno sabe admitir cuando alguien es guapo, buena persona…, etc., pero nada más. No soy gay. Sería el primero en decirlo.

—¿Estás seguro? —me insta Cristina, sin parpadear. Me está amedrentando.

—Sí, claro. Siempre me han gustado las chicas. No he cambiado ni voy a cambiar.

—¡Já! No tardarás en darte cuenta. Y lo sabes.

—¿Por qué te empeñas en que sea gay? —me molesto.

—Yo no me «empeño» como bien dices —dice recalcando con un gesto de las manos las comillas—. Solo quiero ayudarte, nada más.

—Pues así no me ayudas, puesto que no me crees.

Me agarra una mano y me mira con ternura.

—Sabes que puedes contar conmigo para cualquier cosa. Y… será bonito tener un amigo gay. —Y me guiña un ojo.

¡Y dale! ¡Qué manía tiene! Lo juro, la cogería por los hombros y la zarandearía hasta que se le olvide la idea de que soy gay. ¡Qué locura!

—Ya tienes a Abraham como amigo gay.

¿Yo, gay? No tengo nada en contra, por supuesto, pero yo no lo soy. Si lo fuera, lo diría. Aunque sería un horror hacerle eso a mí familia, teniendo en cuenta la fijación que tienen con que tenga novia.

Si le dices a tu madre que de un chico te vas a enamorar,

recuerda que sin duda un infarto le va a dar,

tu abuela te va a desheredar,

y tu vecina Adela por todo el pueblo lo va a propagar.

Se me escapa una sonrisa con este poema. ¡Qué cosas tengo! Cristina me mira con cara de «Te he hecho reflexionar. No tardarás en cantar». La dejaré; si ella así es feliz…

Abraham regresa con las bebidas y la tapa: patatas fritas con salsa de ajo, queso fundido y unas rodajas de pan con tomate, jamón, beicon y cebolla a la plancha. ¡Dios! ¡La perdición!

—¿De qué habláis? ¿De mí? —suelta Abraham en broma.

—Aún no eres tan importante, ¿eh? —me burlo, gracioso, levantando mi vaso—. Brindemos. Por una amistad fuerte y duradera.

—Y por sifo.

—¿Por sifo?

—Por si fo…

—Cristina, no sigas —le corto, entendiendo lo que va a decir. Pero termina y Abraham estalla en carcajadas.

Justo cuando estamos chocando nuestros vasos mi mirada se va hacia la puerta de entrada del bar. Me quedo tan petrificado en el sitio igual que si hubiera pasado un ángel por delante de mí. ¡No llego ni a brindar! ¡No puede ser!

Ahí está.

Es Mateo.

6

Mi cara tiene que ser todo un poema. Me he quedado como un idiota mirando la puerta por la que ha entrado Mateo. Y no comprendo el motivo, no sé si por la sorpresa de ver que lleva el mismo vestuario que el resto de camareros (una camiseta negra con el nombre del bar), o la dichosa casualidad de que haya llegado justo casi al mismo tiempo que nosotros. No esperaba encontrarlo aquí. Bueno, ni aquí ni en ningún otro sitio. Lo que pasó el domingo fue una anécdota más. Pero esto me dice que va a traer cola, estoy seguro de ello.

Me hago el disimulado con tal de que no me vea mientras escucho un «¡Ooh!» que suelta Cristina detrás de mí al comprobar quién es. ¡Lo que me falta! Más para alentar sus paranoias.

—¡Ey, Álex! ¿Qué te ha pasado? —me pregunta Abraham dándome una palmada en el hombro mirando de reojo hacia la puerta—. ¿Por qué no brindas?

Cristina se echa a reír y yo me pongo colorado. ¡Joder!

—¡Qué pequeño es el mundo! —exclama.

—Nada, se me ha ido el santo al cielo —digo como si nada mirando mi cerveza.

—Eso, o ha entrado un ángel por la puerta, ¿no? —se burla graciosamente Cristina.

Abraham dirige la mirada hacia Mateo que ha entrado detrás de la barra y habla con su compañero de turno.

—Oh, vaya. Y-ya entiendo —dice, recostándose sobre la silla—. E-es ese chico —murmura con pesar.

—¿Q-qué? Oh, no, no, ¡no! No malinterpretes nada que no es así. No me gusta ese chico. —Cuando digo esto el semblante de Abraham cambia—. Ni ese, ni ninguno. —Me desquicia tener que estar toda la mañana igual—. Es… un amigo. Nada más. No esperaba encontrármelo aquí.

—Con confianza, Abraham: Álex es un patoso. El domingo al bajarse del bus tropezó. Casi se mata, y la casualidad hizo que Mateo, ese muchacho —recalca Cristina señalándolo con la barbilla—, pasase por allí y le recogiese entre sus brazos.

—¡Qué bonito! Parece de película —ríe sin ganas Abraham, evitando mirar a Mateo, aunque parece que hay algo de recelo en su mirada.

—Sí. Y el caso es que a Álex le ha gustado a ese chico. Y Álex… bueno, no es gay.

¿Por qué pronuncia la palabra «gay» con tanto énfasis?

—¡No, no soy gay! Y no lo digas con ese tono, maldita sea —me enfado—. Sí, le gusté, o eso parece. ¿Y qué? Me ayudó a llevar las cosas al coche, y evitó mi descalabro. Me guiñó un ojo, me dijo «guapo» y que esperaba que nos volviéramos a ver. ¿Y? Fue un cumplido, eso es de ser una persona amable. Ya está. Yo no esperaba volver a verlo tan pronto, ni tan pronto ni nunca

más. Ha sido eso, ¿vale? O que temo que me vea y se acerque a mí —he hablado tan rápido que creo que ni yo mismo me he enterado de lo que he dicho.

—¿Tienes algo en contra de la homosexualidad? —me suelta Abraham, ceñudo—. Yo soy gay, y no me avergüenzo. Ni es ninguna enfermedad ni ninguna tontería de las que muchas personas sin dos dedos de frente dicen por ahí muy a menudo.

—¿Eh? ¿Qué? ¡Oh, no, no, no me malinterpretéis! —Me estoy alterando. Esto está tomando un rumbo que no me gusta—. Yo no soy homófobo. ¿De dónde deducís eso? No soy gay, y no tengo nada en contra de la homosexualidad. Todo esto es nuevo para mí. Que un chico se haya fijado en mí, aunque solo haya sido una vez… ¡Mierda! ¡Estamos haciendo una montaña de un maldito grano de arena!

Me he alterado y sigo alterado. Lo que iba a ser un rato agradable de risas y buena compañía se ha ido al traste. Desde que he llegado a la ciudad todo ha girado en torno a lo mismo. ¡Qué agobio!

—¿Creéis en el destino, en las casualidades? —pregunta entonces Abraham cambiando de tema—. Y, antes de seguir, Álex, no te lo tomes tan a pecho. No te estamos atacando ni mucho menos.

Le sonrío con un poco de falsedad en mis pocas ganas de sonreír y bebo un trago, notando (sin saber si es verdad, o no), la mirada de Mateo a mi espalda. La verdad es que si no se están metiendo conmigo saben fingir muy bien.

—Yo sí creo en el destino —señala Cristina bebiéndose de un trago su cerveza (o lo poco que queda de ella)—. Creo que algo hay destinado para cada uno. Que por muchas vueltas que demos, lo que nos está destinado, nos llegará, nos encontrará y no podremos evitarlo por mucho que lo intentemos.

—El problema reside en que queremos que lo que nos está destinado llegue ya. No tenemos calma ni espera —apunta Abraham cruzándose de brazos.

—¿Y os habéis parado a pensar que hay gente que muere esperando «ese algo» destinado? Mueren solos, sin nadie a su lado, sin familia, con una vida de miseria… ¿Qué me decís ahí? —suelto.

Cristina y Abraham se miran sin saber qué decir.

—Bueno, tal vez esas personas cambiaron el rumbo de lo escrito —dice Abraham no muy convencido.

—Ya, claro. Entonces, ¿por qué dices que lo que nos está destinado por mucho que queramos evitarlo nos llegará? ¿Ahí se rompe la regla? —Vale, no encuentro la razón, pero hablo bastante enfadado. Tengo rabia acumulada en este momento.

—Tal vez casualidad. Siempre puede haber una excepción —dice Cristina por lo bajo, no muy convencida.

—Casualidad, destino… tonterías. ¡Bah! ¿Quién se cree eso? Nuestros movimientos son el destino, nada más —gruño—. «Caminante no hay camino, se hace camino al andar». Recordad el gran poema de Antonio Machado. Ese es nuestro destino, el que hacemos con nuestros pies.

—Entonces, ¿con eso me quieres decir que fuiste tú el que hizo que te encontrases con Mateo y que es casualidad que él trabaje en el mismo bar al que has venido a tomarte algo? —recalca Cristina con algo de retintineo.

Me pongo en pie, fastidiado, dando un golpe en la mesa con ambas manos.

—¡Estoy ya harto del tema de si soy o no gay; de si le gusto a ese chico; del destino y de todo! No soy gay, no me gustan los chicos, ¿vale? Puedes estar tranquilo, Abraham, que entre él y yo no va a pasar nada. Mi camino está libre, pero tampoco será para ti.

Y dicho esto, agarro mi chaqueta y salgo con el ceño fruncido y una rabia desmesurada dentro de mí. Escucho a Cristina llamarme, pero la ignoro: no quiero saber nada, quiero estar solo. ¡Tengo la cabeza llena con sus tonterías!

—¡Ey! ¡Espera! —escucho una voz detrás de mí—. ¡Sí, tú, el de la chaqueta marrón! —Me doy por aludido al instante—. Te vas sin pagar.

Me pongo colorado de los pies a la cabeza. ¡Qué vergüenza!

—¡Oh, l-lo siento! Me he enfadado y… Ahora mismo le pago —digo, girándome, a la vez que busco en el bolsillo de mi chaqueta mi cartera—. ¿Cuánto…? —No llego a terminar la frase cuando al levantar la mirada veo que aquí está, frente a mí, con las manos metidas en el bolsillo, sonriendo ampliamente de forma pícara: Mateo.

—Tranquilo, lo decía en broma; corre por mi cuenta. —Me guiña un ojo.

—No, dime cuánto es, por favor —suplico, abochornado.

—Eres cabezota, ¿verdad? —dice, cariñoso—. Lo he visto ahí con tus amigos, y ahora lo confirmo.

—Sí, en ocasiones me sobra cabeza, je, je.

—Y además eres gracioso.

—¡Uy, sí, un chiste en mí mismo! —suelto con la mayor ironía que hay en mi cuerpo.

—¿Un mal día? —Se acerca un poco a mí y mi corazón se acelera. Me alegra volver a verlo, pero me da miedo quedarme mirando su sonrisa.

Elevo la mirada hacia su pelo; tiene dos pequeñas rastas que salen de la parte de atrás de su cabeza. Arreglado e informal a la vez. Tiene un aura extraña, pero que cautiva como la luz a las luciérnagas… Sí, me he lucido con la comparación, pero es así.

—Sí, un mal día. Tampoco quiero aburrirte con mis problemas. Cosas mías, no te preocupes. Dime cuánto es la cerveza, no quiero molestarte y mucho menos que te despidan por estar aquí conmigo.

—¿Despedirme? En ese caso mi padre tendría también que desheredarme —se ríe—. Es el bar de mi padre. Le ayudo en mis ratos libres para contribuir ya que me pagó la carrera; es lo menos que puedo hacer.

Me asombro. Me gusta que sea así, que quiera devolver de una forma u otra la contribución de sus padres a sus estudios. Me fascina este chico. Tiene un yo-qué-sé que atrapa. Ojalá hubieran muchos más como él.

—¡Qué apañado! Un hijo ejemplar.

—¿Lo dices con sarcasmo? —Eleva una ceja, desconcertado.

—Oh, no, no, lo digo con respeto y admiración.

—Eso me gusta más. —Vuelve a sonreír mostrando esa amplia sonrisa. Entre sus ojos y la sonrisa no sé dónde mirar. Lo digo en serio, cautiva—. ¿Te apetece dar un paseo y comer algo por ahí? Así me cuentas y te desahogas.

—No quiero molestar… —No, no quiero ir con él. Pero por otro lado, sí. ¿Qué me pasa?—. Además, tienes que trabajar... Otro día.

A ver si así consigo librarme, aunque creo que la suerte hoy no va a estar de mi parte.

—Un minuto que informo a mi hermano, salgo y nos vamos. ¿Vale, guapo?

Con eso último me ha matado. ¿Dónde me estoy metiendo? Tengo que dejarle claro que entre nosotros no va a haber nada, que no se haga ilusiones. No quiero hacerle daño.

No soy gay. ¿Cuántas veces voy a tener que repetirlo? ¿Qué han visto en mí, tanto él como Abraham, para pensarlo?

7

—No quería llegar a esto, me siento fatal —dice Abraham mirando su cerveza, cabizbajo—. Tal vez con la broma he ido demasiado lejos. No quería empezar así. ¿Me perdonará?

Cristina aparta la mirada de la puerta, contrariada.

—No te preocupes, no has ido demasiado lejos. Simplemente estabas hablando y…

—Le he estado probando y tal vez la he jodido —Abraham termina la frase, mordiéndose el labio inferior.

—A ver, conozco poco a Álex, pero también lo suficiente para saber que es duro de roer y que a él mismo le cuesta entenderse. No sabe lo que quiere. Está confuso y ahora mismo está descubriendo un mundo nuevo. Nunca ningún chico se le ha acercado, ninguno para intentar algo con él, ni siquiera para decirle «guapo», y es nuevo para él. Por mucho que quiera ocultarlo, él es gay, pero no se da cuenta. No quiere admitirlo, y mucho menos siendo de pueblo. Calla lo que es.

—¿Tú crees que es eso? ¡Es horrible! A mí me costó salir del armario… y ahora siempre hago la típica gracia de que me escapé de Narnia, que salí del armario, pero en ese momento fue espantoso. Era un paso que tenía que dar y la libertad y tranquilidad que me quedó fue y es enorme.

—Ya, pero como te he dicho, Álex está confundido. Tú pasarías también por eso. Nadie mejor que tú para comprenderlo.

—Sí, es cierto. Y no es que no lo entienda… Le gusta ese chico, lo he notado. —En su tono de voz hay malestar.

—Te gusta Álex, ¿verdad?

—Nada más verlo me ha llamado la atención, pero conforme he ido hablando con él he visto que tiene un mundo interior particular y que puede ser bonito conocer. Me agrada. Me hace reír con su forma de ser…, pero creo que es inalcanzable.

—No hay derrota si nada se intenta.

—Sí, o que un autobús atropelle a Mateo, ¿no? Je, je, je.

—Sí, eso también —ríe Cristina—. ¡Anda, anda! ¡No digas sandeces! Puedes hacerlo, y lo sabes. Solo sé sutil, poco a poco, e intenta tocar el tema con algo de maquillaje. Hay que dar con su lado sensible, saber qué le gusta, y por ahí ir abriendo camino.

—¿Me ayudarás? ¿Me ayudarás a que se fije en mí y, lo más importante, que salga del armario?

—Lo haré —Cristina le coge la mano a Abraham—, pero no pienso agobiarlo. Tiene que

salir del armario, sí, pero que sea él el que decida por su corazón, ya me entiendes. Toda elección y decisión es suya.

—Sí, ya sé, Mateo...

8

—¿Adónde me llevas? —pregunto a Mateo tras diez minutos siguiendo sus pasos, ambos callados. No es que haya un silencio incómodo y no sepamos de qué hablar, es que parece que hay vergüenza. Es la primera vez que me siento así. Yo suelo hablar por los codos, pero esta vez… estoy tranquilo, así, sin decir nada. Soy raro, siempre lo digo y esto…, esto me descoloca.

—A un sitio al que suelo ir mucho. Muy pocos lo conocen; es un lugar precioso.

Me quedo parado. ¿Me va a llevar a su lugar secreto? ¿Se refiere a eso? Es muy bonito por su parte, pero no sé si es lo más acertado.

—¿Y por qué no vamos primero a comer? Tengo hambre. Desayuné demasiado temprano y…

—¿No quieres que te lo muestre? —Mateo se detiene mirándome algo afligido. ¿Le he tirado por tierra la emoción?

—Oh, no, no es eso. Solo que… Que tengo hambre. —Me encojo de hombros.

Se acerca a mí; demasiado. Me mira a los ojos, intimidándome. Mi corazón se desboca y creo que me tiemblan hasta las pestañas. No se atreverá a…

—¿Sabes? Eres muy extraño; digamos, peculiar. Sin embargo, a su vez, esto te hace especial. Giras en torno a un mundo propio que es maravilloso.

—¿Y… y cómo sabes eso? —me sorprendo—. No me conoces de nada. Esta es la segunda vez que hablamos. Y la primera no hubo tiempo de hablar mucho, por no decir nada.

—No me hace falta hablar con una persona para conocer de ella. Los ojos hablan mucho. Es en lo primero en que me fijo. Dejo que ellos me hablen, que me cuenten. ¿No dicen que son el reflejo del alma?

—Sí, eso dicen, pero no creo que mis ojos digan mucho de mí.

—Lo dicen todo. Lo primero que dicen es que eres una persona sensible, noble y cariñosa con un mundo interior inigualable. Tienes un tesoro propio que no quieres entregar, aunque te prometan que lo vayan a conservar.

—Bonito pareado —suelto como un autómata por mi maldita manía de no quedarme callado. La verdad es que me está dejando sin palabras, porque ha acertado, aunque yo soy difícil de descifrar—. Y…

Me pone un dedo en la boca, callándome, y añade:

—Dicen mucho más, pero prefiero descubrir cada parte. ¡Ah!, y lo más importante: son preciosos.

Me sonrojo de los pies a la cabeza. Nunca un chico me ha dicho algo así, y menos en un tono

tan dulzón. ¿Qué me está pasando? Siento que algo en mí se revuelve. ¡Cristina y Abraham! ¡Sus tonterías me están confundiendo! ¡Es eso!

—Uhmm… Eso te ha quedado muy bohemio. ¿Qué eres, artista o algo por el estilo?

Mateo se echa a reír, alejándose de mí. Me tiende una mano. La miró. ¿Quiere que vayamos agarrados de la mano? ¡Ni loco!

—Puede que sí, puede que no. Sígueme, vamos a ese lugar; allí lo sabrás. ¿Aceptas?

Como dice el dicho, de perdidos al río.

Acepto, intrigado, pero a la vez curioso, y con ganas de saber más. Aunque la curiosidad mató al gato, Mateo ha sabido dar muy bien con la tecla que funciona en mí: lo difícil y misterioso.

¿Dónde me estoy metiendo?

Mateo me lleva por unas calles de lo más estrechas, pero encantadoras. Parecen de estilo árabe, sobre todo por su empedrado y sus recodos abruptos. Hay un aroma irresistible que envuelve los sentidos. No podría describirlo; es una mezcla como a canela y agua de lluvia, a azahar… Es igual de complicado describirlo como para alguien que nunca ha visto en su vida un color.

Mateo es muy majo, tengo que admitirlo. Más que majo, mono. Va a paso ligero, pero no me pierde vista en ningún momento, preguntándome si estoy bien. Sonrío, agradecido. Sin embargo, en el fondo tengo una profunda pena. No quiero que él termine sufriendo. En cuanto lleguemos a ese misterioso sitio, hablaré con él.

Me conduce casi a las afueras de la ciudad, cerca del río. Ascendemos entre unos árboles hasta una vieja carretera. De allí pasamos a un camino de tierra y llegamos a una especie de balcón de piedra natural desde donde se ve toda la ciudad. ¡Y parecía que iba a estar cerca! Nos hemos hartado de caminar. Eso sí, merece la pena. Las vistas son espectaculares. Lo mejor de todo es que, a su vez, hay un arco medio destruido de época románica cubierto de musgo al que le caen varios hilos de agua de un afluente del río. Está muy escondido para llegar, y parece increíble que los árboles no tapen la hermosa vista.

Mateo se me queda mirando, sin parar de sonreír, mientras yo no parpadeo. Tengo una emoción sublime en el pecho. Mi inspiración está desatada. Quiero pasarme horas y horas aquí, escribiendo.

—¿Qué? Especial, ¿verdad?

Me giro hacia él, sin palabras. Estoy emocionado ante lo que este sitio me transmite.

—¡Me encanta! ¡Es mágico! ¡Tiene algo que me embriaga! Hay una paz enorme; unos aromas exquisitos… Gracias por traerme hasta aquí. ¿De verdad no es tan conocido?

—No. Muy pocos lo conocen, y queremos que siga así.

—«¿Queremos?» —Tomo asiento en el muro de piedra—. ¿Los conoces, a los otros que saben de este lugar, quiero decir?

—Sí, somos amigos y compañeros.

—¿Compañeros de clase?

—Eres muy preguntón, ¿eh? —Se echa a reír mientras yo me sonrojo. Se sienta a mi lado, mirándome a los ojos—. Pero me gusta.

Abro la boca para responder. ¡No puedo quedarme callado! Mateo vuelve a poner uno de sus dedos sobre mis labios.

—Unos son amigos de toda la vida, otros compañeros de clase, sí.

—Tú también eres extraño, y lo sabes —digo—. Tienes una sensibilidad distinguida. ¡Enorme! ¿Acaso eres artista? —vuelvo a dejar caer.

—Uhmm… puede. —Se encoge de hombros.

—¿Puede? ¡Oh, vamos! ¡Déjate ya de misterios!

—Me encanta hacerte enojar. Te da un aire… sexy.

No sé qué decir ante eso.

—No me gusta que me hagan enojar; soy demasiado inocente.

—Lo sé. Pero eso es otra parte preciosa de ti. —Me saca la lengua y se gira hacia el paisaje —. Sí, soy… bueno, estoy en el camino de ser artista. Estudié Bellas Artes. Me gusta la pintura y el dibujo. Ahora intento abrirme un hueco en el mundo del arte.

—¿En serio? —No doy crédito a lo que escucho—. Pero…

—¿No huelo a porro, ni visto… digamos, de forma muy dejada? —Se carcajea—. Bueno, soy extraño en mi género.

—No quería decir eso. A ver…

—Lo sé, pero de nuevo te he vuelto a chinchar.

Me muerdo la lengua por no sacudirlo de los hombros.

—Es cierto que todo el mundo tiene ese concepto de los artistas: fumadores de porros, que visten fatal… Pero ya ves que no es así —continúa—. Cada artista tiene su estilo personal en todos los terrenos, tanto artísticos como personales.

—Puedo deducir que eres algo rebelde por esas rastas que tienes, a la vez que serio y formal en tu campo por tu forma de vestir, y con un toque de alegría y frescura.

—Las rastas fueron por una apuesta con un amigo. Por lo demás, creo que has dado en el clavo.

Creo que tengo cara de tonto con mi gran expresión de sorpresa. Mateo me sorprende cada vez más. Hablando da una perspectiva distinta a lo que aparenta. Y con ser artista, demuestra mucho más que es una persona muy sentimental. Y lo entiendo, porque yo también lo soy.

—Háblame de ti —me pide—. ¿Qué estudias? ¿Qué sueles hacer?

—Mi vida no tiene nada de especial, je, je. Vengo de un pueblo perdido, tanto que a veces hasta cuesta encontrarlo en el mapa. Este será mi primer curso de Filología Hispánica y… No sé, soy un apasionado de la lectura.

—Devoras los libros, ¿no es cierto?

—Digamos que sí.

—Me gusta. ¿Y te dedicas a escribir? Hay lectores a los que les encanta hacerlo, soñando con llegar a ser grandes escritores.

—Bueno, admito que he escrito varios relatos. Me gustaría poder escribir un libro y publicarlo. Ser un superventas… Y mi madre me quiere mucho también, pero…

—Eres muy gracioso.

—… algún día será —sigo haciéndole caso omiso, aunque mis orejas se han encendido como un semáforo—. Ahora me dedico a escribir poemas, más que nada.

—¿En serio? ¡Eso tengo que verlo! Recítame uno.

—¿Qué? —Me levantó como un resorte, avergonzado—. Ni loco. Escribo, no recito. Y me da vergüenza. No, no.

Mateo se levanta y se acerca a mí. Mantengo la distancia.

—Por lo menos dime que algún día me dedicarás uno.

—¡Ay…! —Eso, ¡ay! No sé qué otra cosa añadir. No sé qué me pasa, pero me siento estúpido. Mateo tiene algo que me llama demasiado la atención, pero supongo que es su tacto, su sensibilidad, nada más—. No puedo prometer nada de eso. Un poema es algo muy personal. Se supone que es un reflejo de emociones, sentimientos…

—Escribes al amor, ¿verdad? —me interrumpe.

¿Cómo lo ha sabido?

—S-sí, así es. Supongo que anhelo y creo en el amor verdadero. Cupido se olvidó de mí. Aunque no soy tan feo, ¿no? Tal vez lo asusto. Ja, ja, ja —le resto importancia a mis palabras, porque tocando este tema me pongo sensible. Meto las manos en los bolsillos con el corazón acelerado. ¡Ay, Dios! ¡Estoy hablando de amor con un chico!

—Si Cupido se asusta de ti, es idiota. Créeme, eres precioso. Tienes una mirada cautivadora. Y tu esencia desborda.

Me sonrojo cada vez más. Me tiembla el cuerpo de pies a cabeza. No son nervios, es… No sé qué es.

Las palabras de Mateo se introducen en mi cuerpo como melodías. Cada cosa que me dice es para mí un canto a la alegría. Nunca me han dicho nada similar. Y es chocante, y más viniendo de un chico. ¿Qué está pasándome? Estoy demasiado confundido. Todo me está confundiendo.

No digo nada. Nuestras miradas se cruzan. Mi respiración se desborda cuando Mateo se acerca a mí lentamente. ¿Quiero que lo haga o que no lo haga? Quiero llorar. ¡Esto no es normal en mí! Siento su respiración tan cerca de mí... Sus labios queriendo rozar los míos y…

Saco las manos con brío de los bolsillos y lo aparto de mi lado.

—Lo siento, Mateo; te confundes.

Salgo corriendo rompiendo a llorar.

Deseo que la tierra me trague. ¡Casi beso a un chico! ¿Qué ha hecho Cristina de mí?

Escucho la voz de Mateo a mis espaldas, llamándome. No respondo, no me giro. Tengo que perderme, que no sepa nada de mí nunca más. No quiero que sufra por mí ni quiero que se haga ilusiones. ¿Por qué todo tiene que ser así? ¿Por qué, joder?

Las lágrimas brotan de mis ojos como un torrente. Creo que me lo tomo todo demasiado a pecho. Lo hago todo muy mío.

No quiero regresar tampoco al piso; no me apetece encerrarme. Quiero sentarme al aire libre, en un sitio retirado, pensar y meditar. Necesito escribir, soltar todo lo que llevo dentro; necesito desahogarme, y esa es la mejor forma que sé.

Me detengo a retomar aire. No sé cuánto tiempo llevo corriendo, casi ni sé dónde estoy. Me apoyo en una pared y me dejo arrastrar hasta el suelo, suspirando. Me llevo la mano a mi bolsillo derecho, buscando mi pequeña libreta. Me pongo pálido. ¡No está! Se apodera de mí la misma sensación de pánico que cuando buscas el móvil en el bolsillo y no está, porque esa libreta es más importante para mí que un Smartphone. ¡Ahí están mis poemas!

¿Dónde la he perdido? ¿Dónde ha sido la última vez que la he usado? Tal vez esté en casa, quiero tener esa esperanza. ¿Puede ir mi día a peor? Discuto con Abraham y Cristina, ahora esto… ¡Qué horror!

Escucho una voz muy cerca recitando algo que me suena demasiado, algo mío, algo que ha

salido de mi interior:

Creo que mi vida es para ti,
desde el primer momento en que te vi.
¿Por qué? Aún no lo sé.
No sé si es tu sonrisa, o tu mirada lo que me cautiva.
No sé si son tus abrazos, o todos tus besos.
No sé si es tu piel al rozar con la mía,
solo sé que quiero que formes parte mía.
Quiero que seas mis buenos días,
y lo primero que vea cada nuevo amanecer.
Abrazarte cada noche,
y poder dormir en tus ojos, cuidando de tu corazón.
Poder sentir lo mismo que Julieta,
y dar mi vida entera:
un amor sin barreras,
una pasión sin cadenas.
Y al final comprenderé por qué te di mi vida entera.

Me pongo en pie, alterado y asustado. ¿Quién lo está leyendo? ¿Quién tiene mi libreta? No me suena su voz.

—¡Qué sensibilidad tienes escribiendo! Me encanta. —Y Mateo aparece por la esquina de la calle. Me he quedado helado y avergonzado de los pies a la cabeza. ¡La libreta se me cayó al sacar las manos para alejar a Mateo y evitar el beso!—. Me encanta este poema. Es precioso. Me pasa lo mismo contigo. «[…] No sé si es tú sonrisa, o tu mirada lo que me cautiva».

Las palabras se agolpan en mi boca sin poder salir. Tal vez quiero decir lo contrario, pero frunzo el ceño y estallo:

—¡Esto es personal! ¡No tendrías que haberlo leído! ¿No sabes que no hay que meterse donde no nos llaman?

—D-disculpa, no pensé… Solo… La curiosidad…

—«¿La curiosidad?» Si te dije que no quería enseñarte ningún poema era por algo.

—Lo siento; no pensé…

—Un «lo siento» no basta. Adiós.

Con todo mi mal humor y mi enfado, ese que nunca suele aflorar, me marcho dejando ahí plantado a Mateo. En el fondo me duele comportarme así con él, pero no tendría que haber leído mis poemas, no.

—¡Álex, por favor, espera! —Sigo caminando haciendo caso omiso a sus palabras—. ¡ÁLEX! —Me detengo y se acerca a mí—. Permíteme recompensarte, por favor.

—¿Y cómo lo harás? —suelto, lo más borde posible.

Me pone un trocito de papel en mi mano.

—Eso es cosa mía. Piénsalo, y me dices. ¿Vale, guapo?

Miro el papel: es su número de teléfono, con una nota en una letra preciosa.

«No me gustaría dejar de ver esos profundos ojos azules como el mar. ¿Y tú, querrás volver a verme?»

Mi corazón da un vuelco con un nudo en la garganta. Lo miro a los ojos, en los mismos en los que veo un profundo dolor por mi actitud y arrepentimiento por sus actos. No digo nada, le doy la espalda y me marcho. Quiero estar solo.

Sin embargo, es tan bonito lo que me ha dicho, tan dulce… que siento que me derrito. Eso, o que me he escapado de una telenovela de lo más empalagosa.

9

Me lanzo sobre la cama, bocabajo, y rompo a llorar desconsoladamente. Me noto distinto, muy distinto. Llevo tan solo tres días en esta nueva ciudad y mi nueva etapa está siendo una pesadilla. ¿Qué está ocurriéndome?, me pregunto una vez más. Me noto extraño, diferente. No soy así. Actúo sobreprotegido. A la mínima de cambio salto demasiado huraño. ¿Por qué? ¿Es todo por culpa de ese maldito rollo de si soy gay, de si no lo soy, de si le gusto a Mateo y ahora a Abraham? ¿Y después a quién más?

Mi vida ha tomado un giro inesperado. Es todo tan chocante. ¿El universo se ha puesto en mi contra? Creo que llevo encima una losa: en mi casa y en el pueblo que cuándo voy a encontrar novia, ahora aquí que si soy gay reprimido y no quiero verlo. ¿No tiene uno mismo bastante con sus propios problemas?

Las lágrimas no dejan de recorrer mis mejillas. ¡Maldita sea! No puedo parar. Cuanto más lloro, más quiero. Supongo que no hay nada como esta forma de desahogarse.

Me siento en la cama y me abrazo a las rodillas hundiendo la cabeza en el hueco que queda entre ellas y mi pecho. Mateo ha intentado besarme. Nuestras bocas han estado tan juntas la una de la otra… ¿Por qué quería que me besara? ¿Y por qué a la vez no? ¿Ha sido por culpa de ese maldito poder de influencia y de convicción que Mateo tiene? ¿Es eso lo que hace que yo lo vea demasiado especial? ¿O es el lío que tengo en mi cabeza? No lo sé. ¡No lo sé! ¡NO LO SÉ!

Pero ha sido tan bonito…

Doy un puñetazo al aire y me tiro de los pelos. Quiero gritar. Me siento fatal. Tengo una presión tanto en la cabeza como en el pecho… Necesito un abrazo, pero estoy solo. Me siento solo.

Escucho vibrar mi teléfono: es mi madre. Me ha llamado varias veces. También tengo más de quince wasaps de ella. ¡Tiene que estar muy desquiciada porque no le contesto! A estos se suman varios mensajes de Cristina y otro de mi amiga Sandra. Los ignoro. No quiero saber nada de nadie. Cojo mi libreta y mi bolígrafo negro -yo y mi manía de escribir siempre con bolígrafo negro-; necesito desahogarme.

No sé qué es,
solo sé que mi corazón palpita demasiado fuerte.
No sé qué es,
solo sé que me vuelvo extraño estando con él.

No sé qué es,
pero me escudo como un cachorro ante el peligro.
No sé qué es,
pero es una fuerza que me atrae,
que me atrae y me sobrecoge.
Un miedo a lo desconocido,
un rebelo a algo nuevo,
a algo que nunca he sentido.
No sé qué es,
¿o tal vez sí?
Y si lo sé, no quiero admitirlo,
porque supondría derribar las murallas que siempre lo han escondido.

Cierro la libreta y busco en el bolsillo de mi pantalón el papel donde está el número de Mateo. ¿Y si lo llamo? ¿Le escribo? Le debo una disculpa. No he actuado del todo bien, aunque él tampoco leyendo mis poemas, pero yo me he sobrepasado.

Me tumbo sobre la cama, de nuevo bocabajo, y me abrazo a la almohada. Es mejor que no, que yo haga como que nada de esto ha ocurrido y así él se olvide de mí.

10

Mateo deja de darle patadas a una piedra, lleno de remordimientos, y se deja caer en el asiento de un banco. No se siente nada bien con lo que ha hecho, pero ¿quién le iba a decir a él que a Álex le sentaría tan mal? Comprendía que fuera algo personal, íntimo, pero no era para tanto, ¿o sí? Si lo analiza bien, a él tampoco le gusta que husmeen sin su permiso en su bloc de dibujo. Si quiere que alguien vea su trabajo, lo enseña, si no, no. Eso tendría que haber hecho, respetar su decisión. Le había dicho que algún día le leería alguno… No, que tal vez le dedicaría uno.

Sin embargo, al ver la pequeña libreta a sus pies… la tentación había sido enorme. Podría haber leído algo, sí, y devolvérsela, pero no leerle ninguno de sus poemas. ¿Qué ha hecho? ¿Por qué diantres lo ha hecho? Álex lo ha mirado con tanta indiferencia cuando le ha dado esa nota con su número de teléfono, que tiene la mirada clavada en el pecho como una lanza ardiendo.

¿Lo llamará? ¿Podrá volver a quedar con él? ¿Podrá enmendar su error? Él solo quería divertirse, sin más; hacer que Álex se sonrojara, pero no ha imagino que la situación llegara a tal extremo. ¿Lo odiará en estos momentos? Está seguro que sí.

Da un puñetazo al aire. Hace poco que lo conoce, casi por no decir nada, pero le gusta, y mucho. Lo poco que conoce de él, su forma de ser, le atrae. Es distinto, distinto a todos los chicos que ha conocido y con los que ha estado.

El aura de Álex lo atrapa. Quiere conocer más de él, pasar más tiempo con él; que le abra su corazón y él el suyo; que todo sea especial y romántico. Y lo que había intentado evitar desde el primer momento desde el instante en que sus miradas se habían cruzado, más concretamente desde ese momento en que había sentido que volverían a encontrarse, y que no era otra cosa que meter la pata y echar todo un posible comienzo por tierra, lo ha hecho.

Casi podría haberlo besado. Su cuerpo se lo ha pedido, sin embargo, su cabeza no; esta le gritaba que esperase, que no era el momento, que Álex no lo necesitaba aún, que poco a poco podrían construir una montaña, la misma montaña que ha derribado antes de alzarla.

Cuando el sol comienza a ponerse, mira hacia el cielo. Lleva toda la tarde dando vueltas de un lado para otro. Ni siquiera ha comido. Ya es hora de regresar a casa y dejar de pensar. Algo le dice en su interior que todo se solucionará.

Vaga por las calles casi como un alma en pena. No se reconoce. Tiene miedo, mucho miedo. Miedo de perder algo que nunca ha tenido. Pero ¿tan especial es Álex? ¿Qué le asegura que es el chico de sus sueños, con el que podrá compartir toda una vida repleta de felicidad?

Tan solo tiene dos palabras para afirmarlo: su mirada. La mirada de Álex se lo ha dicho, le ha

dicho todo lo que necesitaba saber. Aunque también que será costoso alcanzar su corazón, pero una vez que tiene enfrente al chico que siempre ha soñado, ¿por qué dejarlo escapar?

—Perdona, ¿Mateo? —le interrumpe una voz femenina a su espalda.

Mateo se gira, ensimismado en su mundo.

—¿Sí? ¿Quién…? ¡Oh, no te había conocido! Eres la amiga de Álex, ¿verdad? Ibas con él en el autobús y estabas con él en el bar.

—Sí, soy yo. Cristina, encantada. —Y le planta dos besos en cada mejilla con ese aire tan impulsivo que ella tiene—. Ya tenía ganas de conocerte.

—¿Y eso? —se extraña él.

—Bueno, no hay duda de que el domingo encandilaste a Álex.

Mateo parpadea, intentado comprender lo que escucha.

—¿Hablamos del mismo Álex?

—Sí.

Mateo se la queda mirando.

—Quieres decir, ¿le gusto a Álex? ¿Lo impresioné cuando nos vimos con aquel traspiés que tuvo? —Suelta una risita, recordando aquella situación tan graciosa.

—Sí, claro. ¿No lo has notado? Está confundido desde entonces.

—¿Por qué? ¿Hay otro?

Cristina niega con la cabeza.

—Álex no ha salido del armario, le cuesta asimilar que es gay. Por lo que veo, tú eres el primero que ha hecho que empiece a despertar de ese letargo en el que ha sumido a su orientación.

Mateo se queda parado. ¡Claro! Ahora comprende muchas cosas. ¡Casi todo lo ocurrido! Cuando quiso darle el beso, Álex había sentido el impulso de besarlo, pero él lo había detenido diciéndole que se confundía, como dejándole claro que él no era gay.

—¿Cómo no me he dado cuenta antes? ¡Joder! —Se lleva las manos a la cabeza. Esto no le ayuda a sentirse mejor—. Pobre Álex. Tengo que hablar como sea con él.

—«¿Como sea?» —repite Cristina, extrañada—. ¿Qué ha pasado? ¿Dónde está? No le habrás hecho daño, ¿no? —Le amenaza con un dedo.

—No, bueno, no del todo, je, je.

Cristina frunce el ceño.

—Explícame. Y no te andes con rodeos. —El tono de Cristina es demasiado serio como para ignorarla y no decir nada.

Mateo la invita a tomar asiento en el bordillo de uno de los escaparates de una tienda y le cuenta todo lo ocurrido. El semblante de Cristina, serio y meditabundo, no cambia a sorpresa hasta el momento en que Mateo le habla del intento de beso y el dichoso poema.

Cristina deja caer los brazos por delante de sus rodillas y suspira, como abatida.

—No debiste hacer eso.

—Gracias por ese apoyo. Je, je.

—No conozco mucho a Álex, pero esa libreta es algo sagrado para él. Van sus pensamientos en cada línea que escribe. Supongo que tú te sentirías igual si alguien cogiera algo tuyo tan personal.

—Sí, lo admito. Pero no pensé que fuera para tanto. Me he disculpado, le he entregado una

nota con mi número de teléfono y una frase. Me ha mirado indiferente y se ha marchado como diciendo: «No quiero volver a saber nada de ti». Y ahora… ¿Ahora qué? ¿Y si la he cagado, hablando mal y pronto? ¿Y si no quiere volver a saber nada de mí? ¿Y si ha tirado mi número?

—Realmente te gusta Álex, ¿verdad? Más allá de una simple atracción.

—Sí. Desde el primer momento en que lo vi, en que hablé con él, supe que era y es alguien especial, con un mundo interior enorme, casi glorioso. Desde ese primer instante supe que quería y quiero conocerlo a fondo, aunque no esperaba que el universo nos volviera a hacer coincidir, la verdad. Sé que es un chico con el que merece la pena estar, luchar, pasar tiempo…, no sé si me entiendes. Es algo… inusual. Tiene algo que me atrapa. Con solo cruzar una mirada mi interior se estremeció. El domingo me dormí pensando en si volvería a verlo.

Cristina sonríe, feliz de escuchar todo eso.

—¡Ojalá yo encontrase algo así!

—¿Qué has dicho?

—Que te entiendo. Y ahora entiendo tus miedos.

—Le he pedido compensarlo si volvemos a quedar, pero no creo que eso suceda.

—¿De verdad lo crees? —inquiere Cristina, enarcando una ceja.

—Sí.

Cristina se pone en pie, le tira de una mano y lo ayuda a levantarse. Lo mira fijamente a los ojos.

—Escúchame: Álex tiene que estar en estos momentos muy confundido. Necesita tiempo para darse cuenta de su orientación y asimilar todo lo que se está removiendo en su interior. No hay que correr. Dale su espacio.

»No sé dónde está en estos momentos, aunque supongo que en su casa, porque no me ha cogido el teléfono. No obstante, hablaré con él. Pero escucha: no lo voy a obligar a que haga nada que no quiera. Si prefiere no saber nada de ti, no volver a verte, habrá que respetar su decisión.

—Pero sabes que mi intención no es hacerle daño. —Mateo suspira—. Intenta por todos los medios que me llame. ¿Lo harás? Aunque no sé si me estoy adentrando en terreno minado.

—¿Qué quieres decir con eso?

—¿Y si no es gay?

Cristina se queda callada unos segundos.

—Si no lo es, no intentaría negarlo tanto, ni se pondría como un basilisco.

—Visto así… tienes razón.

Cristina le pone una mano sobre un hombro.

—Sí… Y hay algo más.

—¿A qué te refieres?

—Hay otro chico, Abraham, el que estaba con nosotros sentado a la mesa, por el que Álex se ha marchado del bar corriendo. Abraham se ha fijado también en él, y también me ha pedido que lo ayude. A los dos os he dicho lo mismo, aunque he añadido algo más: que si Álex se decanta por ti, lo apoyaré, sin duda; al igual que lo haré si es a la inversa. Eso no quiere decir que tengas que cantar victoria, ni relajarte, ni nada, ¿entendido?

—No, no, entiendo. —Pero hay una enorme sonrisa en su rostro tras esas palabras. Deduce que le gusta a Álex bastante más de lo que suponía. Y no va a dejar que se le escape, no.

—Anota mi número de teléfono, así estaremos en contacto.

—Y… tal vez peco de confianza, pero… ¿me darías el número de Álex?

Cristina se queda parada.

—No, eso tiene que salir de él. Álex tiene tu número, ¿no? Pues con eso es suficiente. Te llamará, pero tardará. Piensa que has metido la pata, y lo sabes. Ahora te toca esperar y sufrir un poco. Así es todo en estos temas.

—Lo dices con tanta frialdad que parece que te gusta que la gente sufra, je, je.

—No, no me gusta que nadie sufra, pero en este caso es necesario que uno se dé cuenta de lo que ha hecho. Venga, anota mi número. —Mateo lo hace—. Y calma. Si los astros están de vuestra parte, por mucho que huyáis el uno del otro, os encontraréis.

—Eso te ha quedado muy bien, señora adivina.

—Sí, a veces también tengo mis momentos místicos. —Se echa a reír—. ¿Tienes prisa ahora?

—La verdad es que iba para casa a…

—¿A darle al coco? No, vamos, tengo que conocer más de ti para allanar terreno. Invítame a una cerveza y hablamos.

—Eres muy lista, ¿eh? —dice Mateo en tono burlón—. Sabes demasiado.

—Bueno, es el precio que tienes que pagar si quieres que te ayude, así que andando. Y no se hable más.

11

Llaman a la puerta de mi habitación, despertándome. ¿Qué hora será? Ya no hay luz en la habitación. ¡Me he quedado dormido! ¡Oh, no! ¡Las diez de la noche!

—¿Quién es? —pregunto, adormecido, como si hubiera alguien desconocido en el piso.

—Álex, abre, soy Marta. Pensaba que no estabas —dice mi compañera con su dulce voz. Me encanta esta chica. No he tratado mucho con ella, pero se ve de armas tomar, muy tierna y decidida. Y tiene unos ojos que parecen casi de gato.

—Sí, espera, que me he quedado dormido. Ja, ja, ja. Y no veo nada. ¡Ay, mierda! ¡Ya sé por qué la cama tiene patas y nosotros un dedo meñique en el pie! ¡Para que se encuentren!

—¡Estás como una chota, Álex! —ríe Marta. Yo también me rio, pero por no llorar. ¡Qué dolor!

—Perdona la tardanza —digo abriendo la puerta y los ojos entornados por la molesta luz. Necesito echarme agua cuanto antes en la cara.

Me agarro el pie, intentando que el dolor se vaya apretándome con fuerza.

—¿Estás bien? —me pregunta, mirando mi pie, algo alarmada.

—Sí, no es nada, pero creo que voy a tener tres dedos gordos en los pies —digo. ¡Cada vez me duele más! Es como si tuviera ahí el corazón.

—¡Vas a ser Pies Grandes!

—Más o menos. Dime, ¿qué querías? —sonrío, observándola de arriba abajo. Va bastante arreglada con un vestido corto, negro, que realza sus ojos verdes—. ¡Uy, uy, tú has quedado, ¿eh?! —suelto con toda la confianza del mundo.

Marta suelta una risita tímida.

—Sí, más o menos. Escucha, vamos a hacer una fiesta, aquí, en el piso. Ya lo habíamos planeado José, Antonio y yo antes de que vinieras…, y nos gustaría que te unieras. Vienen varias de mis amigas y amigos de José y Antonio. ¿Te apuntas?

—¿En serio? —Me agrada la idea de una fiesta, lo necesito. Tengo que despejarme; me vendrá bastante bien—. ¡Claro, no me lo pierdo por nada! ¿Qué se va a hacer?

—Vamos a pedir algunas pizzas; tenemos patatas para picar… y eso. Y cervezas y alcohol por encima de todo.

—Sí, claro.

—Pues cámbiate, ponte mono y sal. Mis amigas no tardarán en llegar. Les he hablado muy bien de ti, del guapo de mi nuevo compi, así que no defraudes —apunta mientras me guiña un ojo.

—Ja, ja, ja. ¡Qué mala eres! ¡Y tú tienes que contarme quién es el galán que viene a verte! —le digo mientras entra en su habitación riéndose.

Cierro la puerta riéndome tontamente. No sé por qué, pero me gusta la idea de Marta. Vienen sus amigas, y les ha hablado de mí, eso me ayudará. Conocer chicas, fiesta, despejarme de toda la locura de estos días. En definitiva, pasarlo bien.

Y ahora, ¿qué me pongo? Seguro que vienen todos más que arreglados y no quiero parecer el rarito de turno.

Mientras busco en el armario qué ponerme, escucho vibrar de nuevo mi móvil: es mi madre. ¡Oh, mierda! Me va a matar. ¡Cuarenta llamadas!

—Mamá, mamá. ¡Ay!, perdón. Salí con unos amigos a tomar algo después de la facultad… de la presentación, mejor dicho y…. llegué a casa y me he quedado dormido sobre la cama —dejo caer las palabras como un torrente de agua, casi sin pararme a respirar; una explicación rápida o, conociendo a mi madre, me montará un pollo enorme, aunque no me voy a librar de unas palabras, claro.

Coloco el manos libres mientras ella habla, así puedo seguir buscando entre mis camisas.

—¿Perdón? El día que vuelvas te voy a tirar de las orejas. ¿Sabes cómo están mis nervios esta tarde al ver que no dabas señales? ¡Ay, hijo mío! Me vas a matar un día de estos de un disgusto.

Me encanta la forma que tiene mi madre de poner el grito en el cielo. Imagino que todas las madres son iguales.

—Vamos, mamá, no exageres, que no ha sido para tanto. Simplemente me he quedado dormido. Al menos sabes que tu hijo duerme bien, ¿no? —Saco una camisa de cuadros azul y blanca. No parece muy horrible.

—Tú y tus comentarios. Si para dormir eres peor que un perezoso. ¡Que una marmota!

—Solo en invierno, cuando hay que ir a clase. —¿Y a quién no le ha pasado que cuando suena el despertador para ir a clase tienes un sueño atroz y, sin embargo, los fines de semana estás despierto antes de las ocho de la mañana? ¡Es espantoso!—. ¿Cómo estáis todos por ahí?

—Bien. El frío ya está llegando; hoy no ha dejado de llover. Tu abuela te envía muchos besos, por cierto.

Mi abuela. ¡Qué mona es! En el fondo echo mucho de menos a todos, incluso a la cotilla de mi vecina, aunque si me detengo a pensarlo no he tenido mucho tiempo de extrañarlos con el frenesí de estos días.

—Yo también le envío muchos besos. Dile que la quiero. ¡Que la extraño mucho y que en nada nos vemos! Mañana la llamaré, que esta noche he quedado para una fiesta y tengo que arreglarme.

—«¿Una fiesta?» —Sabía yo que pondría el grito en el cielo—. ¿Cómo? ¿Y cuándo? ¿Y con quién vas? Ten cuidado, ¿eh, Álex? Y si bebes, tu vaso siempre a tu lado no te vayan a echar algo y te me quedes tonto. ¡Y que no sea alcohol!

Madres, ellas siempre piensan que seguimos teniendo diez años.

—Es aquí, en el piso, con mis compañeros; nada grave. No te preocupes, no voy a salir mañana en los periódicos, tranquila. —Me echo a reír—. Que solo llevo tres días aquí. Cuando lleve un mes… no te lo niego, ja, ja, ja.

—Bueno, ya sabes lo que te tengo dicho: abre bien los ojos que tienen bichos, ¿eh? —Ella y

su dicho que solo me queda tatuarme en la piel.

—Sí, mamá, tranquila. Sé cuidarme bien solito. Lo sabes. Pasad buena noche y un besito para todos.

—Tú también. Te quiero, hijo.

—Te quiero, mamá.

Cuelgo y me quedo ensimismado mirando la camisa que he cogido. Extrañaba una conversación con mi madre. Son muy graciosas, aunque no son lo mismo por teléfono que en directo. Siempre acabamos riéndonos los dos.

Suspiro, tristón. Me da penita por ella. La he notado distinta en su voz. Supongo que se irá adaptando poco a poco a que yo esté fuera y que ya comience a volar del nido. No siempre podemos estar con nuestros padres, por mucho que queramos que sea así.

La vida es injusta… Sí, demasiado.

Alejo todo de mi cabeza. «No pienses, Álex. Elije qué te vas a poner de una maldita vez y sal a divertirte», me digo. Eso es lo que haré.

12

No sé cómo, pero he terminado viendo doble. ¿Cuántas cervezas me he tomado? No estoy acostumbrado a beber. Me he sobrepasado. Con la tontería voy a terminar vomitando color amarillo y espuma. ¡Qué mal! Pero me lo estoy pasando mejor que nunca. Bailando, riendo, jugando. Los amigos y amigas de mis compañeros son geniales. Las amigas de Marta, hay que decirlo, son muy guapas y majas, sobre todo una de ellas: Adriana. Me hipnotiza esta muchacha. Tiene un arte que no es normal. No deja de sonreír en todo momento y no cesa de soltar cosas graciosas por esos labios rojos como la sangre. Sin duda, me tiene embobado. Sus ojos parecen dos zafiros azules como el cielo.

No sé si es el alcohol, o que de verdad lo siento, pero me atrae profundamente. Tengo ganas de besarla, y yo nunca he sido así. El tonteo que nos traemos tiene que ser gracioso visto desde fuera. Me acerco, ella se marcha. Se acerca ella, le hago cosquillas, le sonrío y me alejo, y así todo el tiempo. Es divertido, pero me muero por saber a qué saben sus besos; agarrarla de la cintura y sentirla cerca de mí.

¡Oh, Dios! ¿Quién soy yo y qué ha sido del Álex que conocía? ¿Estaré perdiendo la cabeza? No. ¿El alcohol? Me estoy liberando totalmente. En el pueblo estaba encorsetado, aquí puedo ser más yo. Llevo tres días, pero sin duda me encanta, y lo hará mucho más conforme pasen los días de la vida de estudiante.

Cojo otra cerveza y salgo al balcón medio dando tumbos. Necesito que me dé el aire en la cara. Tengo un revoltijo espantoso en el estómago. No quiero vomitar.

Me apoyo en la barandilla y miro el reloj: son las cuatro de la mañana. No es que sea un sieso, pero a estas horas normalmente estoy en el octavo cielo. Sí, porque el séptimo lo paso una hora antes.

Elevo la vista hacia el cielo. La luna brilla completamente llena, plateada. ¡Qué hermosa es! ¿Cuántos suspiros se habrá llevado? ¿Suspiros que se perdieron y que no han llegado a su destinatario? El mundo no debería ser tan complicado.

Me hace gracia los que dicen que todo son pruebas, que lo mejor está por llegar; la ilusión es lo último que se pierde. Errantes de sueños, de esas fes que mueven montañas que, a veces, más que guiarnos, nos pierden y nos hacen perder completamente la razón.

—¿En qué piensas, muchacho escurridizo? —escucho la voz de Adriana, sensual, detrás de mí, mientras cierra la puerta del balcón con cuidado.

Me quedo mirándola, algo parado. Me ha pillado por sorpresa. Bebo un trago de cerveza.

—En que la vida es complicada. Vamos, una mierda. Y que las creencias nos embotan el

ce…

De repente me pone un dedo en la boca y me hace callar. Mi corazón se acelera.

—¿Y por qué piensas en eso ahora? No serás un plasta, ¿no?

Ahí me ha herido.

—No, claro que no. Simplemente pienso, nada más. Pensar es de sabios.

—¿Y cuándo piensas te pones tan… sexy? —Se muerde el labio haciendo que me derrita… o eso creo porque, a decir verdad, no siento nada de cintura para abajo. ¿Se debe a la cerveza?

—Pues nunca me he visto en el espejo en una situación así para comprobarlo —rio.

—Mmm… Además de guapo, gracioso. Me gusta. —Se acerca más a mí y me quita la cerveza de la mano. Se bebe lo que queda de ella y tira el botellín en medio de la calle. Escucho cómo se hace pedazos contra el suelo.

A pesar de que estoy borracho, eso me molesta. Será muy guapa y encandila, pero lo que ha hecho no está bien. Quiero decirle algo, pero de repente siento cómo su mano se planta en mi entrepierna. Me quedo lívido. Siento cómo la adrenalina sube por mi cuerpo. Me lanzo a besarla, pero se echa hacia detrás, pícara.

—Te gusta, ¿eh? —Sube los dedos por mi bragueta, juguetona. Abro los ojos de par en par y siento un cosquilleo en los pies cuando noto cómo su mano se introduce por mis pantalones y calzoncillos.

La agarro por la cintura y la atraigo hacia mí. Tengo la vista completamente nublada. No sé por qué actúo así, casi como un animal en celo. La situación me está embriagando, y mucho más el alcohol.

La beso, le muerdo el labio, deleitándome con esa sensación. ¡La primera vez que hago algo así! Le meto la mano por debajo de la camisa…

—Para, para… veloz. ¿Te gusta ir rápido?

Estoy jadeando mientras su mano sigue en mi bragueta.

—Vamos a mi cuarto. —Le digo. Me da vergüenza salir así al salón con tanta gente. Voy algo contento, ya se sabe… Aunque no creo que al día siguiente recuerden mucho, ni que se paren a mirarme ahí. El alcohol hace estragos en todos los que estamos aquí.

Entramos en la habitación y nos lanzamos sobre la cama. Empezamos a besarnos y a acariciarnos como dos locos.

—Álex… —Levanto la cabeza, aturdido. La voz de ella suena extraña. No parece ella—. Álex… ¿Tienes…?

Achico los ojos y miro bien. ¡Es Mateo! ¿Mateo? Pero ¿qué? ¿Estoy viendo visiones? ¿Estoy soñando? ¡Oh, si es un sueño no quiero despertar! Siento cómo me excito más al ver a Mateo tendido debajo de mí. Beso con más pasión, con más fuerza. Mi corazón se acelera. Quiero más y más de él.

—Mateo… Me…

Siento sus manos sobre mi pecho, deteniéndome.

—¿M-Mateo? ¿Has dicho Mateo? ¿Estás pensando en un… chico?

Vuelvo en mí de pronto dándome cuenta de lo que ha ocurrido. Me levanto como un resorte hasta el punto de caerme de la cama. Adriana se queda mirándome, avergonzada, mientras se abrocha la camisa a toda velocidad.

Estoy desorientado. La cabeza me da vueltas. Quiero vomitar. ¿Qué he hecho?

—Yo… —Es todo lo que atino a decir. Me pongo en pie trastabillando.

Marta llega de pronto y se planta en la puerta de la habitación, alarmada.

—¿Qué ha pasado?

—Tu… t-tu compañero es…

—¡No lo digas! —imploro, a punto de llorar—. ¡Por favor!

—¡Es gay!

—¿Qué? —suelta Marta, desconcertada.

Rompiendo a llorar, aturdido, salgo corriendo del piso, dando bandazos. Estoy borracho, desconcertado, mareado. Necesito vomitar, pero no puedo. Todo se agolpa en mi cabeza con fuerza.

Bajo las escaleras del cuarto piso de dos en dos y las últimas veinte rodando al tropezar mientras escucho la voz de Marta llamándome tras de mí. No miro atrás. Salgo a la calle, miro a ambos lados y subo una cuesta llorando sin parar.

He besado a esa chica, he querido… sí, hacerle el amor, pero no era yo, no era el Álex que conozco... Es este maldito alcohol que llevo en mi cuerpo. Y lo peor de todo es que he visto en ella a Mateo. Su cara. ¡Pensaba que era él! ¡Incluso creo que he llegado a oler su perfume! Era tan real… Y quería besarlo más, tenerlo entre mis brazos…

Me detengo en mitad de la calle y vomito. Parece que no voy a tener fin.

Un coche me pita a punto de atropellarme. No veo nada, tan solo un destello de luz cegador. Escucho un frenazo y unas manos tiran de mí. Me golpeo la espalda contra una pared y me dejo caer al suelo igual que un muñeco de trapo. Me pesa todo.

—Álex, ¿estás bien? —escuchó la voz de Marta, preocupada—. Tío, ¡casi te atropellan! Has bebido mucho. ¿Me estás escuchando?

Sí, la escucho, pero mi cabeza está en otro lado… Está peleando contra la verdad, contra la aceptación, contra lo que he estado ocultando toda mi vida, contra lo que no he querido ver, contra lo que siempre he estado negando.

Llorando, elevo la cabeza y miro a mi compañera. Necesito consuelo.

—Soy… gay —digo casi en un hilo de voz antes de caerme hacia la derecha, mezcla dormido, mezcla mareado… pero, a fin de cuentas, anestesiado.

13

No me acuerdo de mucho, y menos cómo he llegado hasta mi cama. Me duele todo. Tengo unas ganas horribles de vomitar, aunque por lo que veo, ya lo he hecho: he dormido sobre mi propia pota. Da asco, sí, pero creo que me ha servido de muy buena almohada porque no me he enterado de nada.

Me siento en la cama y levanto las rodillas para abrazarlas. Poco a poco comienza a venir a mi mente todo lo que ocurrió durante la noche. ¡Qué horror! ¿Qué pensará esa chica de mí? ¿Y Marta, mi compañera? Pero eso, a fin de cuentas, me da igual. Lo que más late en mi cabeza es el hecho de lo que le dije a mi compañera, que soy gay. Ya no puedo negarlo: lo soy, por mucho que no quiera que sea así. He tardado demasiado tiempo en darme cuenta y en tres días, de golpe y porrazo, lo he descubierto, aunque haya sido casi a punta de pistola.

Toda mi vida lo he estado ocultando. Desde pequeño ya tenía una clara predilección, pero supongo que uno no es consciente. Me gustaba más jugar con muñecas que con cochecitos y esas cosas de niños. No es que haya juguetes para niños y niñas, pero está claro que siempre hay una inclinación.

Conforme fui creciendo me acercaba más a las niñas que a los niños. ¿Por qué? Por el simple hecho de que con ellas me siento mejor como amigo. Siento, y sentía, que me entendían mejor, que encajaba. También estaba el hecho de que todos los chicos me dieron de lado. Me veían el rarito de clase y otras muchas veces me habían llamado «maricón», «marica», y otras cosas peores que no quiero recordar. No me importaba, aunque supongo que el fondo no. Quería hacerme el fuerte, como que a mí nadie me iba a pisar, a amedrentar. Por fuera sonreía, pero por dentro era una herida abierta. Por suerte, encontré la poesía y escribir relatos que me ayudaban a no estar solo, a evadirme de esa maldita realidad agobiante y de los niños que hacían daño gratuitamente…

Lo que me sorprende es el hecho de que todos ellos supieran que yo era gay sin yo siquiera darme cuenta de que lo soy. ¿Cómo es posible? ¿Qué radar tienen?

Supongo que no es radar, que se notaba por mi predilección de juntarme en los recreos con niñas, de tener esa afinidad con ellas… Lo que para mis padres era ser un ligón desde pequeño y tener a todas las chicas en el bolsillo; eso también influye. Ese hecho de que tus padres quieran tener una buena nuera, de hacerte ver que eres el machito de la familia, como un animal que tiene que llevarse a la mejor presa. Y no debería de ser así. Uno es libre de elegir, pero todo te condiciona, más viniendo de un pueblo.

Ahora entiendo por qué no me ha ido bien en las relaciones con chicas, por qué no lograba

enamorarme, que ninguna fuera lo suficientemente buena para mí, que ninguna me completara ni fuera mi otra mitad…

De buenas a primeras llega Cristina y descubre lo que yo ocultaba; justo en el mismo instante en que Mateo cae del cielo como enviado por el destino, o como Abraham, y cambian todos mis esquemas y la forma de ver todo para llegar a sacar mi verdadero yo. A esto hay que sumar la libertad que ahora tengo aquí. No tengo a mi familia cerca y soy yo, mi verdadero yo. No tengo miedo a nada, aunque no es del todo así. ¿Y mis padres? ¿Mis abuelos? ¿Mi hermano? ¿Toda mi familia? ¿Qué dirán cuando se enteren? ¿Y el pueblo? Seré la comidilla de todos… Me empiezo a poner pálido y con nuevas ganas de vomitar. ¡Qué espanto! No se pueden enterar de nada. ¡No, no, NO! De ninguna manera. Y si lo hacen, ¿qué pasará? Pero tampoco puedo vivir escondido y…

«No, Álex, tú no eres gay», me repito. «Lo que ocurrió anoche fue un lapsus. El alcohol, todo lo de estos días, lo que sucedió durante la tarde con Mateo… Todo te está confundiendo, y tú intentas sacar una conclusión, una explicación a ser gay, y todo lo que se te pasa por la cabeza es demasiado enrevesada, porque sabes que no lo eres. Simplemente eres único. No te has juntado con chicos en clase, o en el pueblo, porque no encajas con ellos, nada más. Pero eso no quiere decir que el hecho de que te sientas mejor con las chicas es porque seas gay. Y si aún no he tenido novia es por el hecho de que no he encontrado a mi ranita, a esa ranita que no da el estirón. ¿No dicen ellas que buscan un sapo al que besar y sea su príncipe? Pues yo a mi ranita».

Me echo a reír, casi por no llorar. Creo que desvarío. ¡Qué mal todo!

Intento ponerme en pie, pero veo cómo la habitación gira ante mí. Miro la cama; da asco mirar cómo ha quedado. Tengo que cambiar sábanas y limpiar, pero así no voy a poder. Si estuviera mi madre conmigo me habría metido los pies en agua para reanimarme, como a los pollos. Costumbres de pueblo.

Estoy para morirme. Mi cabeza es un jaleo… Todo es un jaleo. Miro el móvil: un mensaje de Cristina, otro de Marian…

No quiero hablar con nadie, quiero estar solo. Quiero olvidarme de esto, que los días pasen y todo vuelva a ser como antes. Y acercarme a Cristina ahora no será bueno, nada bueno para mí.

Y mucho menos a Mateo.

Si existe un Dios ahí arriba, espero que lo aleje de mí para que no vuelva a cruzármelo.

Llaman a la puerta de la habitación, sobresaltándome.

—Álex, ¿estás despierto? —pregunta Marta tímidamente.

—Sí, aunque creo que más muerto que vivo. —Y siento cómo me suben los colores al recordar de nuevo lo de anoche.

—¿Puedo entrar?

Miro a mi alrededor: está todo hecho una pocilga. Y huele horriblemente mal. Abro la ventana para que se ventile.

—Bueno, si no te da asco ver cómo está todo de vómito y el fuerte olor… —digo, avergonzado—, pasa.

—No me importa, tranquilo. —Y entra. Se acerca a la cama, se sienta a los pies teniendo cuidado de no sentarse encima de ningún vómito y me mira a los ojos. Me coge una mano—. ¿Cómo estás? —me dice con ternura.

Le aparto la mirada, intimidado.

—No lo sé; es una mezcla extraña la que tengo en el cuerpo, y no es precisamente alcohol o ganas de vomitar —me rio—. ¡Jo, Marta! No lo sé. Estoy avergonzado por todo lo que pasó anoche; el espectáculo que di… Nunca me había comportado así… Nunca me había atrevido a intentar algo, ya sabes, con una chica nada más conocerla. —Me encojo de hombros.

»¿Cómo está tu amiga? Lo siento mucho, de verdad. Yo no quería…

—¡Ey, ey, tranquilo! Créeme, no pasa nada. Hablé con ella y ha quedado como una anécdota más, no te preocupes.

—Me alegro que queráis hacer la vista gorda, pero si la veo de nuevo me moriré de la vergüenza. —Entierro la cara entre mis manos a punto de llorar—. Agüé la fiesta, ¡qué horror!

—No te vio nadie. Solo el hombre de aquel coche, nada más. Y el resto de los que había en la fiesta ni se enteraron con la borrachera que llevaban encima.

—Eso es un peso menos para mí. Por cierto, ¿me trajiste tú a casa?

—Sí, te desmayaste. No te iba a dejar en la calle de esa guisa. Te metí en la cama a pesar de que te habías vomitado encima. Necesitabas descansar y que se te pasara la borrachera.

—Por favor, si volvemos a hacer una nueva fiesta, cóseme la boca para que no beba. Y eso que la cerveza, bueno, en general, el alcohol, nunca me ha gustado… Me siento cambiado. —«Demasiado», pienso.

—La vida de estudiante es así: cambiamos nada más llegar. Y yo ya llevo dos años de experiencia.

Nos echamos a reír.

—Marta, gracias por todo. Por lo que hiciste ayer, por estar aquí ahora.

—No tienes que agradecerme nada. Supongo que tú harías lo mismo. —Me acaricia una mejilla como suele hacer mi abuela. ¡Ay mi abuela, lo que desearía ahora un abrazo suyo!—. Sí me gustaría preguntarte algo.

Me imagino lo que es.

—¿Lo de si soy… gay? —Me suena raro pronunciarlo. Ella asiente—. No lo sé. Estoy totalmente confundido. Todo ha pasado tan rápido que no sé qué soy, qué siento, qué quiero… Y demasiados prejuicios encima por ser de pueblo.

—Pues tranquilo que todo tiene arreglo. Si lo eres, no tienes nada de lo que avergonzarte, o temer, porque igualmente eres una persona. Tienes mi apoyo, para lo que sea. Puedes contarme todo lo que quieras, sin miedo y con confianza, ¿vale?

—Muchas gracias, Marta. —No puedo evitarlo: la abrazo y me echo a llorar sobre ella. Demasiada tensión encima—. Necesito aclararme, pensar, digerir todo lo que está sucediendo.

—Cuéntame si quieres. Es mejor soltarlo o la pelota se acabará haciendo más grande.

—Primero necesito un café, hormonas de toro o dos hostias para que me espabilen —digo tan burro—, limpiar esto, y seré todo tuyo.

—Pues venga, te ayudo a sanear la habitación. Dos mejor que uno. Ve y date una ducha rápida que te vendrá bien que las sábanas ya las quito yo.

Le sonrío, agradecido. Es un sol de muchacha. En este nuevo rumbo de mi vida estoy encontrando a personas maravillosas. Espero que siga así y estén siempre a mi lado.

14

El teléfono vibra de tal manera que Cristina se despierta sobresaltada. Alarmada, mira por la ventana para saber qué es ese ruido. Parpadeando, observa que es el móvil. Se ha quedado dormida después de comer. Son varios wasaps, de Mateo y de Abraham. ¡Qué casualidad! Ambos a la vez.

Empieza por Mateo.

«Perdona que te moleste, pero… ¿sabes algo de Álex? No he pegado ojo en toda la noche pensando».

Cristina sonríe con pena. No ha conseguido dar con Álex. Y le apena ver así a Mateo (aunque se lo tiene merecido, de sobra lo sabe), pero es un muchacho muy noble y de buenos sentimientos, pudo comprobarlo mientras reían y tomaban unas cervezas la tarde anterior.

«No, no sé nada de él. Lo siento. No contesta a mis mensajes. Lleva sin conectarse al WhatsApp desde ayer por la mañana. No he querido insistir más. Supongo que ahora desea estar solo».

Mateo le contesta con un emoticono llorando.

«Hay que darle tiempo. Ya te lo dije, déjame a mí que haga. Todo irá bien. No hay nada que se me resista».

«Muchas gracias, Cris. Te debo una, y grande».

«Con varias cervezas de vez en cuando me es suficiente. Ja, ja».

«Trato hecho. Dime algo cuando sepas de él, ¿vale?»

«No lo dudes».

Sale de esa conversación y abre los mensajes de Abraham.

«Cristina, buenas tardes. Supongo que ya habrás hablado con Álex. ¿Te apetece venir a tomar algo sobre las ocho? Díselo a él también, por fis; quiero disculparme por lo de ayer».

«Holaaaaa. ¡Yo encantada! ¡Claro que sí! De Álex no sé nada, no contesta a los mensajes. Lo siento. Se lo diré, pero no sé si querrá venir, ni siquiera si va a leer el wasap».

«Inténtalo, ¿vale? Y me dices».

Cristina no duda en escribir un mensaje a Álex.

«Álex, por favor, responde a los wasaps. He quedado con Abraham esta tarde a las ocho para tomar algo. Quiere que vengas. Necesita pedirte perdón por lo que pasó ayer. Es muy buen muchacho. Además, te vendrá bien salir y hablar. ¿Qué me dices?»

Pero la última conexión en el WhatsApp de Álex sigue siendo de la mañana anterior. Los mensajes no han sido leídos.

15

Han pasado tres días desde aquello. Estamos a sábado. Ya me encuentro algo mejor, aunque aún me pesa todo. No sé, no me reconozco. Parece que soy un reflejo de lo que era. Me siento vulnerable y, lo peor de todo, en un lugar donde no encajo. Es todo tan irreal. Mi vida ha cambiado en tan poco tiempo.

He intentado no pensar mucho. He salido a pasear, a conocer más la ciudad, siempre solo. Marta ha querido acompañarme, pero yo me he negado. La mayoría de las veces he terminado sentado en un banco del parque viendo el atardecer, pero con miedo de que Mateo estuviera por allí y me viera. Huyo de él a toda costa. Temo encontrármelo y no saber cómo actuar… o… No sé; mejor no darle más vueltas al asunto.

Cristina no ha dejado de escribirme en estos días. Me sabe mal no haberle respondido, pero mi yo interior me lo ha pedido. Tampoco le he escrito a mi mejor amiga. Se estarán extrañando y preocupando, seguro. Sí he hablado con mi madre y mi abuela. ¡Las extraño tanto! Me encantaría estar con ellas ahora. Un abrazo de ambas sería mi solución.

Una de esas veces mi abuela me ha notado en la voz que no estoy bien. He intentado llevar la pregunta por otros caminos, haciéndole ver que no tiene que preocuparse, que estoy bien. Pero no hay forma de engañar a una abuela.

Me quedo con su respuesta:

—Que nada ni nadie enturbie tus ideas. Ni que nadie te condicione. Tú eres tú, y eso es con lo que debes de quedarte. Eres especial e insuperable, eso por encima de todo.

Mi abuela y sus consejos. Y es cierto, esta vida son dos días. Si dejamos que las cosas nos afecten tanto día a día dejaremos de ver el sol brillar creyendo que porque haya nubes deja de hacerlo. ¿Por qué seremos tan estúpidos? ¿Por qué dejamos que todo nos afecte? ¿Tan vulnerables somos? El tiempo que estamos así nada ni nadie nos lo devuelve.

Permanezco observando unos pájaros que se han apoyado en el alfeizar de mi ventana, felices. Supongo que en nada se marcharán en busca del buen tiempo ahora que viene el otoño. Ellos no se dejan vencer por eso, buscan alternativas, y exactamente lo mismo tengo que hacer yo. He comenzado mi vida de estudiante, ¿no? Tengo que disfrutarla con mi mejor sonrisa.

Miró el WhatsApp: hace tres días que Cristina me ha invitado a tomar algo con Abraham. Hoy me apetece, aunque no sé si a ella también. Le escribo, veloz:

«Cristina, por favor, perdóname por haberte ignorado. He ignorado a todo el mundo; no he estado bien. Ya te contaré. No digas nada. ¿Nos vemos para tomar un café?» Acompaño el mensaje con emoticono sonriendo.

Casi antes de enviárselo me responde, primero con un emoticono cabreado.

«Te voy a matar y arrancaré uno a uno los pelos de tu cabeza por lo que has hecho. Ja, ja, ja. Anda que ya te vale. Nos vemos en veinte minutos en el centro, ¿te parece bien?»

«Perfecto. Voy a ponerme mono».

«Tú ya eres mono, y lo sabes». Añade un emoticono de un mono cubriéndose los ojos. «Hasta ahora».

Apago la pantalla del móvil y me lanzo hacia el armario en busca de qué ponerme, contento.

—Perdona el retraso. Me he entretenido hablando con los compis de piso —me dice Cristina entrecortadamente. Ha venido corriendo.

—No te preocupes. Total, no han sido cinco minutos, han sido veinte —digo con sarcasmo. Me quedo mirándola y le doy un abrazo—. He pasado unos días malos. Perdona por pasar de ti.

—Supongo que Abraham y yo tenemos parte de culpa por lo que pasó en el bar, ¿verdad?

Me quedo pensativo. En realidad, no le he dado importancia a ese tema estos días; es como si ni siquiera hubiera pasado.

—No. Ha sido… por otra cosa. Por cierto, ¿y Abraham?

—Me ha dicho que en nada llegaba. Espero que no te importe.

Le resto importancia con un ademán de mano.

—No. Perfecto; mientras puedo ir contándote.

—Ven, vamos a sentarnos en ese banco —me dice Cris.

Nos sentamos en el banco. Está justo debajo de una farola que apenas tiene luz. Quien nos vea pensará que somos una pareja haciendo manitas.

Me froto las manos mientras me quedo mirando un punto fijo del suelo. No sé cómo empezar. En realidad, no sé lo que siento. No sé qué soy en estos momentos. No sé si me estoy precipitando o… Aún dudo de si fue una confusión o no, o de si en realidad, por mucho que lo niegue, soy gay y me gusta Mateo.

Suspiro. Me giro hacia Cristina y empiezo a contarle todo, todo lo que ocurrió con Mateo aquella tarde en la que casi me besó, lo del poema y la discusión. Y, con vergüenza, relato lo que sucedió esa noche con la amiga de Marta y el dichoso alcohol, hasta las últimas palabras que le dije a Marta, palabras que, a pesar de estar borracho, no olvidaré nunca:

—Le dije… Le dije que soy gay. —Hundo la cabeza entre las manos—. Aquella noche acabé confundido. Supongo que la conversación con vosotros en el bar, después todo lo que ocurrió con Mateo… propició aquello. Pero no lo sé muy bien.

—Tienes dudas, ¿verdad?

—Muchas.

—Y también sabes que los niños y los borrachos siempre dicen la verdad, ¿no? —sonríe Cristina. Está metiendo el dedo en la llaga. Pero sé que no lo hace con maldad, solo quiere ayudarme. La verdad es que ese dicho me ha hecho pensar, porque tiene razón.

Me quedo mirándola sin saber qué decir. Ella me abraza.

—Escúchame, Álex: ser gay no es malo. Es algo natural en la vida. Eres una persona normal y corriente. En otra época hubiera sido horrible, pero hoy día no. Y al corazón no se le puede engañar: te gustan los chicos, no es ninguna enfermedad como dicen demasiados locos, ni una vergüenza.

»Ahora mismo estás en la fase de superarlo y negarlo al mismo tiempo una vez que lo has

admitido. Pero aquí estoy yo para ayudarte y apoyarte. Siempre, no lo dudes.

—Gracias, Cristina. Supongo que debo darte las gracias por ayudarme a abrirme los ojos, a ver mi verdadera realidad y por estar aquí siendo mi apoyo.

—No tienes que dármelas, tonto. —Me sonríe con demasiada ternura, acariciándome una mejilla—. ¿Sabes? Tengo un primo que es gay. Le costó mucho salir del armario. Recuerdo los días horribles que pasó encerrado, llorando. No quería ver a nadie. Mis tíos, que son muy antiguos y cerrados de mente, no querían aceptarlo. Mi tía se derrumbó cuando se lo contó. Mi tío lo rechazó del todo. —Conforme habla va creciendo un espantoso nudo en mi garganta—. Estuve todo el tiempo siendo su apoyo, haciendo entrar en razón a mis tíos. Fue difícil, sí, pero lo conseguí.

»Han pasado dos años desde eso. Ahora mi primo es feliz, tiene su pareja. Tal vez a mis tíos les sigue costando asimilarlo, pero no lo dicen, por el bien de su hijo, porque ahora es quien siempre quiso ser. Cada día agradece haber dado el paso, porque se liberó de la atadura de vivir una vida que no quería, que no era la suya.

Me alegro mucho por su primo, porque sea feliz después de hablar de su condición sexual, de liberarse de las ataduras, de empezar a sentir latir su corazón sin cadenas…, pero no estoy con fuerzas para dar el paso. Tampoco sé cien por cien si soy gay.

Esto es un caos.

—Mis padres son peores que tus tíos, de pueblo cerrado. No quiero ni imaginarme qué dirán. Ambos pondrán el grito en el cielo. Tal vez mi padre es más comprensivo…, aunque no pongo la mano en el fuego.

»Y mis abuelos… ¿qué dirán? Sobre todo mi abuela. Cada vez que sale alguien en la tele que es gay se burla, lo crítica… Y no diré nada más porque es mejor no saber más de eso. Je, je.

—Álex, los abuelos son así, no te voy a descubrir nada nuevo. Pero ellos, igual que tus padres, tendrán que aceptarlo, porque eres su hijo y nieto. Y si te quieren, no te darán de lado: te apoyarán. ¿Y tu hermano? Tal vez él es el primer paso.

Me echo a reír sin poder evitarlo.

—¿Mi hermano? Es mejor no mencionarlo. Me odia, me tiene tirria. Siempre peleamos.

—A pesar de eso, él está ahí, ¿verdad?

—Bueno… eso sí, siempre me ha defendido de pequeño y tal.

—Sois hermanos, los hermanos siempre se comprenden, créeme. Empieza por él… —Me empiezo a poner lívido de solo pensar en decirle que soy gay—, pero no ahora. Cuando estés preparado. No hay que correr. Tienes que aceptarlo del todo. Yo estaré aquí para ayudarte.

No digo nada, solo pienso. «Creo que me estoy precipitando, que me estoy metiendo en la boca del lobo. Tengo que pensar más antes de actuar».

—Sí, cuando esté preparado —digo con una sonrisa sin ganas.

Cristina me pasa un brazo por encima del hombro.

—Venga, esto no es nada para ti.

«Simplemente es el mayor peso que he llevado encima en lo que llevo de vida», me golpea ese pensamiento.

Escuchamos correr a nuestra derecha, seguido de jadeos y unos intentos de silbidos que se quedan en aire. Nos giramos y vemos a Abraham corriendo como un desquiciado con tal de no llegar tarde. Cristina y yo nos echamos a reír al verlo acercarse como un león después de una

lucha.

—¿De qué te ha servido arreglarte tanto si has venido que parece que te has peleado con la vecina? —le suelta Cristina, arreglándole el cuello de la camisa.

—Mejor… no os digo lo que me ha pasado —se acalora Abraham, un poco más de lo que ya está—. ¿Lleváis mucho tiempo esperando? Disculpad el retraso.

—No mucho —miento, aunque ha sido bueno que haya llegado tarde puesto que he podido quitarme un peso de encima al hablar con Cristina.

—Venga, vámonos, que tengo ya la garganta seca. ¡Hay que refrescarse o me deshidrataré! —exclama Cristina, tan graciosa como siempre, agarrándonos a cada uno de un brazo—. ¿Qué bar elegimos hoy?

Llevamos más de media hora dando vueltas intentando elegir dónde tomarnos algo. Todos los bares están repletos de gente; en la calle ya no se puede estar porque el otoño ya va entrando, han retirado las terrazas y se nota el frío. Si seguimos así acabaremos congelados.

—Una última oportunidad, sino vamos a un Burger King y listo —propongo, abrazándome a mí mismo, helado—. Quiero ir a un sitio caliente, cuanto antes.

—Recuerdo haber ido con mi padre a un bar hace ya tiempo. No sé si seguirá abierto, pero pone muy buenas tapas y así podemos cenar a la vez. ¿Probamos? —dice Abraham, rascándose la frente, pensativo.

Cristina y yo nos miramos y asentimos sin más. Total, por probar…

—Pues vamos para allá —señala Abraham poniéndose en marcha.

Nos lleva por varias calles estrechas. Llegamos a pensar incluso que él no sabe a dónde va y que tendremos que llamar a emergencias para que nos rescaten.

Para mi desgracia, salimos a una calle donde justo a la derecha está el bar de Mateo. Nos quedamos parados y se presenta un incómodo silencio. No puedo evitarlo: miro hacia la puerta. Hay bastante gente. Algo en mi interior se remueve, como mariposas nerviosas. ¿Estará Mateo trabajando esta noche? ¿Querrá verme? ¿Debería entrar a ver si está? No, no puedo hacerlo; mejor seguir mi camino.

—¿Estás bien? —me pregunta Cristina, poniendo sus manos sobre mi hombro.

Sacudo la cabeza y la miro, asintiendo.

—Sí, estoy bien, pero mejor vayámonos de aquí, ¿vale?

—Abraham, ya has oído, ¡andando! —ordena ella con el ceño fruncido—. ¡Y acuérdate de una vez del sitio!

Abraham mira para todos los lados, contrariado. Parece estar compungido por haber salido justo al lado del bar de Mateo. Pero él no tiene la culpa, ha sido simple casualidad. Maldito destino.

—Uhmm… Creo que está bajando esta calle. Sí, vamos —señala, no muy seguro, mordiéndose la uña del dedo índice derecho.

Al pasar por delante de la puerta del bar no puedo evitar volver a quedarme mirando con la esperanza de verlo. Veo a un camarero de forma fugaz, pero no es él. Cristina tira de mí, rauda. Se lo agradezco.

16

Dando un portazo, el hombre entra en el despacho. Su frente está perlada de sudor y no hay hueco en su mandil que no esté manchado de grasa y suciedad. El trabajo en la cocina es duro. Busca con la mirada y la fija, furioso, en el muchacho que dibuja sobre la mesa, distraído del mundo: su hijo.

—Maldita sea, Mateo. ¿Cuántas veces tengo que decirte que salgas de yupilandia?

Mateo no dice nada, ni siquiera se inmuta. Continúa trabajando en su dibujo.

—Mateo, ¿eres idiota o qué? —Se acerca y le asesta una colleja—. ¡Menudo parto tuvo tu madre!

Mateo suelta el lápiz con brío y se levanta golpeando la mesa con ambos puños, enfurecido. Apunta a su padre con un dedo.

—La última vez que haces eso, ¿de acuerdo? No soy un niño para que andes tratándome así. Estoy en mi descanso, ¿queda claro?

—¿Es que no ves el gentío que tenemos ahí fuera? ¡Esta tu hermano solo, por Dios, Mateo! ¡Sal y ayúdalo!

—¿Y no tienes otros modales para pedirlo? ¡Hale, como si fuera un maldito perro! Hace mucho que deje de tenerte respeto. Llevo toda mi vida viendo cómo me tratas igual o peor de mal.

El padre aprieta el puño derecho cargado de ira.

—¿Me vas a golpear? ¿Qué diría la abuela si te viera? Se avergonzaría de ver lo que su hijo es capaz de hacer. Me das vergüenza, papá. Vergüenza.

—Sal ahí fuera ahora mismo si no quieres que te cruce la cara de lado a lado —gruñe el padre—. ¡Y deja de pensar en mariconadas! —grita un poco más señalando el dibujo.

—«¿Mariconadas?» ¡Es un chico! ¡Sigues siendo el maldito homófobo de siempre!

—Los hombres se casan con mujeres, se acuestan con mujeres, no con hombres. ¡Siempre lo he dicho! ¡Estás mal de la cabeza!

—No me prestes tus cosas. Marcharte y no me dirijas la palabra. Ahora saldré a ayudar a mi hermano. —Se gira y recoge el retrato que está haciendo de Álex.

En cuanto su padre sale Mateo se deja caer sobre la silla y rompe a llorar. Su infancia no ha sido fácil, nada fácil al lado de un padre haciéndole los días imposibles, mucho menos cuando le confesó que era gay. A partir de ese momento, el calvario se intensificó. Aun así, él es fuerte y vive su vida. Pero no puede negar que cosas como esta le afectaban, y mucho. Confiaba en que su padre lo apoyase algún día, pero está claro que no lo hará jamás. Ni siquiera lo hizo cuando

decidió estudiar Bellas Artes. Para su padre era una carrera de muertos de hambre, sin futuro.

Se limpia las lágrimas con el dorso de la muñeca. Observa el dibujo de Álex; es exactamente igual. Gracias a que tiene una prodigiosa mente con memoria fotográfica el retrato parece una fotografía. Sonríe.

—Me gustaría no haberla cagado el otro día. Espero poder volver a verte y darte esto, y poco a poco conocerte más.

Sale del despacho, despejando la cabeza. No han sido muy buenos días.

17

Entre una cosa y otra voy hasta arriba de cerveza, y eso que después de la fiesta en el piso había jurado no volver a beber.

No dejo de reírme por cualquier cosa. Todo me hace gracia. Sí, lo admito, estoy borracho de nuevo. ¿Pero qué me está pasando? ¿En qué me estoy convirtiendo? Está claro que no puedo beber. Con nada se me sube el alcohol a la cabeza y no sé lo que hago. Menos mal que a mí no me gustaba la cerveza… No me gustaba, sí, porque ahora ya parece que le saco sabor. Juntarme con Cristina no es nada bueno; me está pervirtiendo. El más responsable de los tres, y el único que apenas ha bebido, es Abraham.

Hemos estado en varios bares y en el último, cerca de las tres de la madrugada, nos han echado porque iban a cerrar, por eso nos hemos venido a un pub. Hay bastante gente. Me agobian los lugares con demasiadas aglomeraciones, aunque este es soportable; por lo menos hay buena música y a mí me solía dar vergüenza bailar en público, pero aquí estoy, moviendo las caderas, como dice Cristina, «como una brasileña en el Sambódromo». Ella y sus comentarios.

Algo mareado, salgo a la puerta acompañado por Abraham a tomar algo de aire; lleva toda la noche sin quitarme ojo de encima. Nos sentamos en el bordillo de la acera. El frío es horrible.

—Álex… —dice entonces Abraham algo cortado—. Necesito… hablar contigo.

—¿Sí? —respondo medio atolondrado. Lo miro y, no sé por qué, pero empiezo a reírme.

—¿Estás bien? —se extraña—. Quiero decir parte de la borrachera que llevas encima.

—Estás muy gracioso con tu tupé; parece que te ha pasado una vaca la lengua. Ja, ja.

—¡V-vaya!, nunca me habían dicho algo… así. Tu sinceridad puede matar esta noche, Álex. Mejor no abras mucho la boca, ¿eh?

—Si yo no muerdo. No soy el lobo de Caperucita. Aunque admito que tengo hambre. —No sé ni lo que digo.

—Bueno, escucha, no sé si es un buen momento, pero quiero pedirte perdón por lo que pasó el otro día. No fue mi intención hacerte sentir mal, en serio. No sé por qué quise meter tanto el dedo en la llaga… —Se me queda mirando y yo a él, sin dejar de sonreír—. Supongo que fue porque me llamas demasiado la atención, y el ver que te has fijado en otro…

—¿En quién? ¿En esa paloma que hay ahí enfrente? Es muy graciosa. ¡Mírala, mírala! ¡Hola, palomita! ¡Palomita de maíz!

—Álex, de verdad, pareces un crío, je, je. —Me pone una mano sobre el hombro derecho—. Me gustaría conocerte, saber qué escondes, poder guardar tu corazón como el mayor de los tesoros. Me atraes, y mucho. Tienes algo distinto a los demás… No sé. Nunca nadie antes me

había atraído de una forma tan directa desde el primer día.

—Soy una bala. —Y me pongo a hacer el avión con los dedos. Cuando se me pase el alcohol, si recuerdo esto, lo lamentaré.

Abraham se echa a reír; supongo que no le queda otro remedio.

—Dime, Álex: ¿me perdonas?

Lo miro fijamente sin verlo. Tengo la vista medio nublada. La cabeza me da vueltas y me pesa como un yunque.

—Pues claro que sí —digo sin haberme enterado de nada. Pero se suele decir que un «sí» siempre agrada, como cuando hablas por teléfono, te están soltando el rollo y tú no dejas de asentir. Lo peor viene cuando ahí la situación es «no».

Me agarra las manos y nos miramos. Se acerca a mí y yo lo miro como si él estuviese loco. Él sigue acercándose. Sin entender muy bien el por qué me acerco también a él y en el momento en que va a besarme me separo bruscamente, gritando:

—¡Mira, mira, mira, una estrella fugaz! Jo, ¡qué bonita! Mierda, no he pedido un deseo.

Abraham baja la cabeza, avergonzado, y ríe sin ganas. Después comprendo lo que él quería. Y yo sin darme cuenta le he seguido el rollo para después dejarlo en ridículo.

—Eso suele pasar a menudo, Álex; decimos que la vemos en vez de pedir un deseo —señala Abraham mirando hacia arriba—. ¡Cuántas estrellas hay esta noche!

—Yo estoy viendo muchas —digo con el estómago revuelto. Siento que voy a vomitar.

—Claro. ¡Está la noche despejada! Normal que veas tantas.

—No, no, que estoy viendo… —No me da tiempo a terminar y, cuando Abraham se da cuenta, le he vomitado encima. He visto todas las constelaciones. ¡Qué horror! He pringado a Abraham de arriba abajo.

—Joder, Álex. ¡Mira cómo me has puesto! ¡Qué asco!

Pongo mirada de niño pequeño que ha roto un jarrón.

—L-lo siento. La verdad es que no olía así cuando me tomaba todo —manifiesto, riendo a pleno pulmón.

—Con tu permiso te daba dos hostias; las necesitas esta noche. ¡Vamos, levántate, nos vamos! Necesitas acostarte, pero ya.

Me quedo mirando un punto fijo de la calle y me espanto. No sé ni lo que veo.

—Sí, porque creo que acabo de ver a siete gnomos pasar por delante de nosotros.

—Grillos es lo que tienes en la cabeza esta noche. Vamos a buscar a Cristina y te llevamos a casa. ¡Andando!

Media hora más tarde vamos de regreso. Nos ha costado encontrar a Cristina. Se ha ido a bailar con un chico y no la encontrábamos. Yo voy horriblemente fatal. He vomitado varias veces más. Abraham me lleva agarrado, temiendo que me caiga y me rompa la crisma.

Cristina también lleva lo suyo encima, pero ella parece más acostumbrada. Está claro que yo no puedo seguir así. Esto es soltarme demasiado la melena.

—¿Vas bien? —se interesa Abraham. No deja de prestarme atención y estar muy atento. He de admitirlo: es un sol de chico y… guapo. No me había fijado bien, pero tiene algo que llama la atención.

Voy a perder la cabeza, no lo voy a negar.

—Sí, no te preocupes, salvo porque tengo a los siete enanitos dentro de mí bailando la… —

me quedo callado de pronto al ver a la persona que está cruzando la calle por delante de nosotros y se gira para mirarnos: es Mateo. Me quedo lívido. Creo que de golpe se me ha pasado la borrachera. No esperaba encontrármelo.

Nuestras miradas se cruzan. Parece cansado de trabajar y, aun así, está tan guapo…

Abraham me sostiene con fuerza. Si no fuera por eso, ya habría corrido a hablar con él.

Mateo se acerca a nosotros. Me quedo como una estatua. Y ahora ¿qué? Cristina se adelanta.

—Hola. Eres Mateo, ¿verdad? Yo soy Cristina —le guiña un ojo, o eso creo—. Encantada.

Mateo se queda mirándola como si la conociera y no supiera por qué hace eso de nuevo.

—H-hola. Encantado, Cristina. —Cristina le planta dos besos en las mejillas. Mateo dirige la mirada hacia Abraham—. ¿Y tú? —Se me queda mirando, sacudiendo la cabeza—. ¿Qué le pasa a Álex? —Se alarma de pronto.

—Nada, una borrachera del quince y medio —suelta Cristina con toda su naturalidad.

—¿D-del quince y medio? —se extraña Mateo, sin comprender.

—No le hagas mucho caso; ella también lleva parte del mismo alcohol en su cuerpo —dice Abraham, demasiado serio y tajante.

Me separo de Abraham y, mirando a Mateo, me acerco a él sin poder contenerme: necesito tocarlo, me lo pide el cuerpo.

—Siento lo que pasó… Mi compor… —No llego a terminar la frase cuando una arcada me sube por la garganta y le vomito encima. ¡Bien por mí! Creo que ya con esto he triunfado del todo. Me agarro a él para no caerme, temblándome las piernas.

—¡Álex! —Evita que me caiga al suelo—. ¿Qué has bebido? No estás para ir caminando. Vamos, te llevo a casa.

—Ah, ¿sí? ¿Y cómo? ¿Subido a tu espalda? —dice Abraham con toda la ironía posible.

—Tengo coche —responde Mateo al momento sin darle importancia al tono de voz de Abraham—. Necesita tumbarse. Con vuestro permiso, me lo llevo. ¿Vosotros estáis bien?

—Sí, estamos bien. ¡Gracias! —gruñe Abraham y tira del brazo izquierdo de Cristina—. Nos vemos en clase, Álex. Buenas noches.

—Adiós, guapos. ¡A ver lo que hacéis, ¿eh?! —se ríe Cristina.

No sé ni dónde estoy, solo sé que me he quedado mirando a Mateo como si no hubiera nada más en el mundo que él.

—Álex, venga, que te llevo a casa. ¿Dónde vives?

—Uhmm… ¿En tus brazos? —respondo encogiéndome de brazos, bobalicón.

—Anda, tonto. ¿Llevas la dirección apuntada en algún lado?

La lucidez vuelve a mí unos segundos.

—En mi cartera; está anotada en un papel. Bolsillo derecho del pantalón —digo dejándome caer sobre sus hombros.

Siento cómo busca en mi bolsillo y un cosquilleo me recorre el cuerpo. No sé si es el alcohol o qué, pero me estoy poniendo tontorrón. Esto no es bueno, nada bueno.

—Ya la tengo. No queda muy lejos de mi casa.

—¿De tu… casa? —digo bostezando, y doy un cabezazo de nuevo en su hombro.

Inmediatamente me quedo dormido.

Cuando me despierto estoy en el asiento trasero del coche de Mateo. Supongo que ha sido él el que me ha traído aquí. Estoy algo aturdido. La cabeza me duele una barbaridad. Tengo nuevas

ganas de vomitar; espero no hacerlo y manchar el coche. Huele a nuevo, y a vainilla. Ya es vergonzoso haberle vomitado encima a él como para estropearle el coche; no me lo perdonaría. ¡Como para quitar el horroroso aroma a vomito!

Vale, si continúo pensando así voy a vomitar y no poco.

Levanto un poco el cuello y veo que Mateo está afuera cambiándose de camiseta. Mis ojos se abren de par en par cuando veo su torso moreno y tonificado. Un cosquilleo me sube por el estómago, y esta vez no es para vomitar… ¡Y yo que pensaba que esas tabletas se veían en las de chocolate! Las mismas que me como a pares y no engordo de ninguna forma, como dice mi madre. Sonrío como un poseso. ¡Maldita cerveza! Mateo se da cuenta de que lo estoy mirando y sonríe, abriendo la puerta del conductor. Creo que voy enrojeciendo por centésimas de segundos.

—¿Ya se ha despertado la bella durmiente? —dice, gracioso.

—Ella se despertó más guapa que yo. Tengo que tener la misma cara que un sapo atropellado. Jo, pobre sapo.

Mateo se echa a reír ante mi comentario, pero yo no le veo la gracia. La borrachera que llevo encima causa estragos, porque estoy a punto de ponerme a llorar pensando en ese pobre sapo atropellado.

—¡Qué ocurrencias tienes!

—Ideas de bombero, sí, es lo que se suele decir.

—Ven, anda, vamos a tu piso, y a dormir. Ya mañana cuando te levantes te darás una ducha…

—Y la cabeza me explotará del dolor que ya empieza a acuciarme —digo cortándole la palabra como si no estuviera escuchándolo.

Me ayuda a salir del coche y llegamos hasta la puerta principal del bloque. Busco las llaves y me dispongo a abrir la puerta, pero la cerradura se mueve a un lado, como burlándose de mí. ¡Qué pinta de idiota tengo que tener! Sin dejar de reírse, Mateo me coge las llaves y abre él por mí. Subimos en el ascensor hasta la cuarta planta y, como buenamente puedo, lo guío hasta la tercera puerta a la derecha, mi piso. Abre la puerta y me conduce hasta mi habitación. Creo que mi cuerpo sonríe al ver la cama. Me lanzo sobre ella como si hiciera siglos que no la veo.

Mateo se queda en la puerta, mirándome como una madre a su niño cuando se va a dormir y está a punto de apagar la luz. No deja de sonreír, se le nota en su cara que está feliz de verme. Veo que se quita una mochila de tela de la espalda. ¿Cuándo se la ha colocado y yo no lo he visto?

—Me tengo que marchar ya, Álex.

Esas palabras me activan de tal manera que me siento en la cama con tanta velocidad que casi me caigo por el otro lado. Sin pensarlo, Mateo corre a cogerme.

—¡Ey! ¡Cuidado, loco! —Se sienta a mi lado—. ¿Estás bien?

—Ahora que te veo, sí —digo de todo corazón.

—¿E-en serio?

—No me hagas repetirlo, ¿eh? —exclamo. Suelto una carcajada—. Quédate conmigo. Me da miedo caerme de la cama y partirme la crisma.

Mateo no da crédito a lo que oye; pero no puede estar más feliz de escuchar todas esas palabras.

—¿De verdad quieres?

—Sí. Total, tú vas a dormir en tu lado de la cama y yo en el mío.

—Eso es cierto, pero, no sé… Tal vez…

Me tumbo en la cama sin prestar atención a lo que dice. Me pesan los ojos. Quiero dormir de nuevo.

—¡No te quejes más! Apaga la luz, cierra la puerta y túmbate ya —le suelto quitándome los zapatos con los pies.

—Si insistes…

No tarda en acostarse a mi lado. Admito que la situación es extraña; hay demasiada tensión…, pero tensión sexual entre los dos. Y con la melopea que llevo encima no pienso ni actúo bien; prefiero dormirme pronto antes de cometer una auténtica locura.

Mateo se gira hacia a mí y me mira.

—¿Qué tengo en la cara? —murmuro, sin que suene nada borde.

—Unos ojos preciosos y la mejor de las sonrisas que nunca he visto.

—Pues si tengo la mejor sonrisa esta noche… cómo serán las otras —comento con ironía.

—Eres muy tonto. ¿Te lo han dicho alguna vez? —Me acaricia la punta de la nariz.

—Viene de fábrica.

Nos quedamos mirándonos en silencio bajo la luz de las farolas que se cuela por las rendijas de la persiana a medio bajar. No me lo pienso mucho: lo beso con tanta fuerza que de la misma sorpresa que se lleva, junto con el impulso que he tomado, casi lo hago caer de la cama. Echo mis brazos por su cintura y pego mi cabeza a su pecho.

—No te vayas… Q-quédate conmigo… e-esta noche —le pido, bostezando, antes de caer dormido.

18

Mateo no puede encontrarse más feliz de estar al lado del muchacho que le gusta, por lo que no pega ojo en todo lo que queda de noche contemplando a Álex. Aún no se hace a la idea de que Álex le haya pedido que se quede a su lado y, lo mejor de todo, que haya sido el propio Álex el que haya dado el paso para besarlo. Sin embargo, algo en su interior le pide que no se haga ilusiones. Cuando se pase la borrachera es probable que Álex no recuerde mucho, incluso que se arrepienta de lo de esa noche y podría herirlo. Pero, a pesar de eso, su corazón late con energía. Álex parece un niño durmiendo. Está tan hermoso. Suspira. ¡Ojalá ese momento durase una eternidad!

Aunque así lo desea, en cuanto el sol se levanta, Mateo también. Prefiere no estar cuando Álex despierte.

Saca de su mochila el retrato que le ha hecho y lo cuelga en el panel de corcho que hay encima del escritorio. Busca un folio, un bolígrafo, y escribe una nota que deja sobre la mesita.

Observando con toda la ternura del mundo a Álex, se sienta en el borde la cama, le caricia el rostro y lo besa dulcemente en los labios.

—Espero volver a verte pronto, y que esto no sea más que el principio de algo muy bonito —le susurra.

Lo arropa con el mayor de los cuidados y sale sin hacer ningún ruido, feliz de que, después de lo horrible que fue el día y noche de trabajo, y la disputa con su padre, haya amanecido todo de diferente color.

19

Me giro, sonriendo como nunca antes, buscando el cuerpo de Mateo para abrazarlo, regocijado de tenerlo a mi lado, pero mi mano cae en vacío. Abro los ojos; Mateo no está a mi lado. No le doy mucha importancia, tal vez está en el baño.

El sueño se apodera de nuevo de mi cuerpo.

20

Adormilado, me despierto en cuanto suena el despertador. La cabeza me va a reventar de dolor. Me pongo en pie, bostezando como un zombi y me acerco al escritorio. Miro en el espejo, en ese espejo que cuelga en la pared. Un momento… ¿Desde cuándo tengo un espejo aquí? Me veo raro, estoy de un color grisáceo, y por más que gesticulo y me muevo el reflejo no cambia. Para colmo… ¿qué tengo pegado en la frente? No, en la frente no; ¡por encima de mi cabeza! Me giro buscando qué es, pero no hay nada en la pared.

Vale, la resaca hace estragos. ¿Sigo borracho? Rio al darme cuenta de que lo que estoy viendo no es mi reflejo sino un dibujo de mí colgado con una chincheta. ¿Cómo se va a mover el reflejo? Me doy la vuelta buscando ropa para vestirme, pero al segundo me quedo congelado. ¿Un retrato? Que yo sepa, no tenía ninguno. ¿Quién…?

Me acerco y lo observo bien. ¡Es igual que yo! Una fotografía a grafito. No doy crédito. Bajo la mirada hacia la firma: ¡es de Mateo! No puedo evitar sonreír. ¡Mateo me ha hecho un retrato! Pero ¿cómo? ¿Y por qué? Si ni siquiera tiene una foto mía en la que fijarse. ¿Quiere esto decir que lo ha hecho de memoria? Si es así, tiene todo mi respeto.

Lo descuelgo de la pared y me siento en la cama, aún anonadado, sin poder quitar la mirada del papel. Es algo tan mágico. Tiene tanta personalidad. Ha reflejado todo mi ser en un complejo arte de sombras a base de líneas.

Mateo… ¡Oh, Mateo! «¿Qué voy a hacer contigo?», me pregunto. Una parte de mí se deshace ante este regalo y lo grande y magnífico que es Mateo. La otra… La otra también se deshace, pero de miedo. Me cuestiono el por qué; supongo que temo enamorarme, que todo salga mal y sea una enorme bofetada.

Regreso el dibujo a la pared. Debo escribir a Mateo y darles las gracias por este detalle. Al buscar el móvil encuentro sobre la mesita un folio escrito a mano.

Envueltos en caricias,
llevarás los besos que ahora yo no te puedo dar,
los mismos que aguardan los minutos para en tus labios aterrizar.
Besos que crecen en el silencio de la noche,
cuando te busco sin encontrarte dormido sobre mi pecho.
Y ya no es el hecho de verte sobre mi torso desnudo,
sino el saber que voy sintiendo aquí dentro.

P.D.: El retrato no te hace justicia.
Espero verte pronto,
Mateo.

Si hay algo que me puede matar… es esto: un poema… ¡Y qué poema!

Lloro, emocionado. Soy un llorón. Demasiado sensible. Pero cuanto te escriben algo que tú sueles escribir…, es normal. Nadie antes me ha escrito algo semejante. No, mejor dicho, nunca me han escrito nada así. Es tan profundo y cargado de sentimientos.

Lo releo varias veces, deteniéndome en la última frase: «sino el saber que voy sintiendo aquí dentro». ¿Mateo se está enamorando de mí? ¿Es eso lo que está diciendo, o es una simple estratagema para que yo caiga rendido a sus pies? Por lo poco que conozco a Mateo, él no es así.

Recuerdo la noche anterior (intentando obviar el haberle vomitado encima), y él ha estado ahí; me trajo a casa, se preocupó por mí. Se ha quedado incluso a dormir conmigo porque yo se lo pedí expresamente. ¿Quién hace eso hoy día? Y, estando tan borracho como yo estaba, si él hubiera querido meterme mano, lo hubiera hecho. Pero no, se ha portado como un auténtico caballero. Un caballero con unos labios que saben a miel.

¡Lo he besado! No me lo puedo creer. ¡Y yo le he pedido el beso! ¡UN BESO! ¡Y un beso a un chico! ¿Dónde está el Álex tímido para estas cosas que yo conocía? ¿Qué ha sido de mí?

He descubierto mi verdadera orientación sexual en tan poco tiempo que ahora haber besado a un chico me parece un sueño. Sin embargo, me ha encantado. Y quiero repetirlo.

Me sonrojo como un niño, vamos, que creo que si me hiciera una foto parecería Heidi.

Estoy descubriendo un nuevo mundo, un nuevo yo, y no lo voy a negar, ¡es fantástico! Tal vez debería haber salido a la luz mucho antes.

Agarro el teléfono y busco el número de Mateo, pero no lo tengo; no lo he guardado aún. Rebusco en el cajón y doy con el papel donde él me lo escribió; en cuanto lo registro en la agenda de contactos, le escribo.

«Hola, Mateo. Gracias por del dibujo. No sé qué decir, me has dejado sin palabras. Simplemente, ¡ME HIPNOTIZA! Y no me lo merezco. No me he portado nada bien contigo estos últimos días. Lo siento». Lo envío y me dispongo a salir de la habitación a desayunar, cuando el teléfono vibra al momento.

«Buenos días, bello durmiente. No sabes la alegría que me da saber que te ha gustado. Quería regalarte algo especial, y lo más especial que vi fue un trozo de mí. Los artistas dejamos en nuestro trabajo parte de nuestra alma. Ahora, tú tienes una parte». Añade un emoticono guiñando un ojo y otro sonrojado.

Esto me pilla desprevenido: una nueva directa indirecta.

«¡Qué tonto eres! Je, je. Aparte de todo un bohemio. Gracias por ese poema. No conocía esa parte de ti. ¡Ah!, otra cosa: gracias por lo de anoche, y por quedarte conmigo. No sé cómo agradecértelo».

«Creo que yo sí lo sé: el viernes por la tarde te quiero listo; pasaré a recogerte. Te tengo preparado algo muy especial. No quiero ni peros ni preguntas. Déjame a mí. Nada más. Tengo que volver al trabajo. Un beso enorme, guapo».

¿El viernes por la tarde? ¿Después de clase? ¿Ir con él? ¿A dónde? El corazón se me va a

salir del pecho. Sin duda voy a ir, pero no me gustan las intrigas. Si siempre que hago una sorpresa acabo diciéndola antes de darla. Yo no tengo remedio.

«Estaré listo a la hora que me digas, aunque adelántame algo cuando puedas, ¿eh? ¡Qué vaya bien el día! Un besito». Cierro la frase con un mono cubriéndose los ojos. ¡Son tan graciosos!

Suelto el móvil encima de la cama y agarro la hoja en la que Mateo me ha dejado escrito el poema. Habrá que continuarlo, ¿no?

Bolígrafo en mano, me pongo a ello. Creo que hace tiempo que no estaba en un momento tan tontorrón. El bolígrafo va solo. Lo leo de nuevo, sonriendo, igual que si me hubiera tocado la lotería. Doblo el papel y lo guardo en el cajón: se lo daré a Mateo a su debido momento. Seguro que le gustará, o así lo espero.

Feliz como una perdiz, salgo de la habitación. Tengo un largo día por delante y qué mejor que empezarlo con una ducha y un buen desayuno antes de terminar mi horario y contarle todo a Cristina. Ya empiezo a imaginar su reacción.

21

¡Por fin lunes! Creo que nunca he tenido tantas ganas de que llegue este día. Tengo ganas de comenzar las clases. Es un nuevo cambio, un nuevo rumbo en mi vida. Un paso más hacia mi futuro, aunque sé que no es bueno llevar muchas expectativas para que después no hayas sorpresas.

Tal vez esa vitalidad y felicidad que tengo ahora en el cuerpo no se deba solo al inicio de la facultad, sino también por Mateo. Poco a poco voy dejando atrás mis miedos, o eso intento. Me estoy dejando llevar, viviendo la magia que este chico me está aportando. Aunque hay algo que estoy dejando de lado, algo a lo que no estoy dando mucha importancia y es al tema de mi familia. Ahora parece que lo veo todo muy bien, casi diría de color de rosa, pero simplemente estoy reprimiendo muchas cosas. Tengo que tener mucho cuidado, que viviendo en la misma ciudad que mi hermano… No solo él, también mi cuñada y sobrino, y pueden verme perfectamente; y, si eso ocurre, mi madre se enterará e inmediatamente después mi padre y mis abuelos. Aunque mi cuñada es un trozo de pan y no creo que ella diga nada, está mi hermano, que él… Bueno, qué decir de él que no se sepa ya: siempre sorprende. Es probable, por otro lado, que tal vez sí pueda confiar en él; tal vez en esta situación sea distinto. Se supone que el mejor apoyo que tenemos en la vida, es el de los hermanos, por mucho que discutamos y peleamos.

Dejaré que el tiempo pase y, llegado el momento, comenzaré por unos y por otros. Pero tengo claro que mis padres serán los últimos. Ayer ya mi madre, cuando me llamó, me soltó que tenga cuidado no me vayan a cambiar. Y sé a qué se refería: mentalidades de pueblo.

Puntual, llego a la facultad. Cristina y Abraham me esperan en la entrada para ir a clase. Cristina nada más verme se lanza a mí y me da un codazo, sonriéndome, picarona.

—¡Ay, pillín! ¡Has triunfado! Y menos mal que no eras gay, ¿eh? —me suelta, riendo.

Me sonrojo de arriba abajo, mirando para los lados, esperando que no haya nadie mirándonos y escuchando.

—¡Eso, gritémoslo a los cuatro vientos, ¿no?! —exclamo, suspirando—. Aún no estoy curado del todo, ¿eh? Esto es nuevo para mí, así que con calma.

—Ya, pides calma y fíjate ayer…

—¿Qué ocurrió ayer? —pregunta, tajante, Abraham. Tiene el ceño muy fruncido. Parece estar con la mosca detrás de la oreja.

Cristina le mira y se queda algo parada, como si le hubiera pillado de sorpresa aquello.

—Uhmm… ¡Nada, nada! —dice rápidamente ella, intentando quitar asunto a la situación. Supongo que trata que Abraham no se sienta mal al haberse fijado en mí. Me sabe mal por él. No

me gusta que nadie sufra, pero yo no tengo la culpa: no he dado pie a nada.

—Sí, ¿no? ¿A quién le vais a ir con ese cuento? —gruñe—. Se supone que soy vuestro amigo; no sé por qué desconfiáis de mí.

—No desconfiamos de ti, Abraham. No quiero hablar de esto aquí ahora. En el descanso hablamos, ¿vale? —Le sonrío, intentando que así se sienta mejor.

Él me devuelve la sonrisa, pero es una sonrisa vaga, sin ganas. Está dolido, lo sé. Lo que no sé es si por su cabeza pasa que nos besamos, o algo peor; la mente siempre suele ir más allá. Se lo tendré que contar todo, así por lo menos se concienciará y se desencantará de mí.

—Chicos, id a la clase: voy primero al baño. ¿Sabéis lo que es beber un vaso de agua y mear un litro a los minutos? Pues yo sí —les digo y me marcho por el pasillo buscando el baño.

22

Cristina se gira hacia Abraham.

—¿Qué te pasa? ¿No puedes ser un poco menos borde? —le regaña.

—¿Cómo quieres que actúe? Álex me encanta. ¡Maldita sea! Y se ha fijado en otro. Y, para añadir más mierda al asunto, han pasado una noche juntos, que no soy tonto —suelta Abraham, apretando un puño con rabia—. Me cuesta fijarme en alguien y cuando lo hago, toma, bofetada.

—Abraham, Álex estuvo con él, pero no hicieron nada. Menos en la situación en la que Álex estaba. No lo veo tan lanzado después de entender, o mejor dicho, de darse cuenta de que es gay.

—Ya, pero ese muchacho…

—Mateo no lo tocó. Se portó como un hombre con todo lo que hizo por él. No juzguemos sin saber.

—Ya… Pero ¿y ahora qué? ¿Qué hago? Me dijiste que me ayudarías con Álex. ¿Tiene sentido luchar por él?

—Te diré una cosa: Mateo me pidió lo mismo. ¿Sabes lo que le dije? Que Álex es mi amigo y no intentaría confundirlo por nada del mundo; que yo estaré a su lado, y que sea él el que decida con quién irse, a quién amar. Yo no voy a influir en nada. Cada uno tiene que ganarse su posición.

—¿Y cómo voy a hacerlo si él ya lo tiene más que claro?

—¿Eso crees?

—¿Qué insinúas? —Abraham arquea una ceja.

—Álex está muy feliz ahora, pero no confía del todo en Mateo. A ti te ve como a un amigo, pero un amigo se puede convertir en algo más. Vas a pasar más tiempo con él que él con Mateo: misma facultad, mismas clases… Tienes la oportunidad de hacer que se fije en ti.

—¿De verdad lo crees? ¿O lo dices por decir?

—Nada es imposible, es cuestión de probar, ¿no? Solo te pediré algo: a Álex le ha costado bastante, aunque ha sido más rápido que otros, darse cuenta de su orientación. Ahora está feliz. No hagas con tus celos que eso cambie. Apóyalo, aunque sea difícil; así, tal vez, consigas que vea ese otro lado especial tuyo. —Le pone una mano sobre un hombro—. Y vámonos, no queremos que llegue antes que nosotros a clase y no nos encuentre allí.

—Está bien —asiente Abraham, colocándose bien la mochila de bandolera mientras sigue a Cristina, demasiado pensativo.

23

Dos horas después salimos de las dos primeras clases. Literatura, y la otra, Lenguas Modernas. ¡Pensé que nunca terminaría! No comprendo a los profesores: si se supone que es la clase de presentación, ¿por qué se empeñan en agotar todos los minutos? Y más yéndose por las ramas y contándonos su vida tanto profesional como académica. ¡Cuánto ego!

—Por favor, si me veis con ganas de hacerme profesor alguna vez empujadme por las escaleras —advierto nada más llegar a la cafetería—. ¿Qué sería de mis alumnos?

—Se lo pasarían bien contigo. Admítelo, Álex, estás como una cabra —se ríe Abraham—. Los alumnos se darían de hostias por entrar a tus clases.

—Bueno… No lo tengo muy claro —debato. No me veo de profesor. Sería demasiado bueno, no me impondría nunca.

—No puedo dejar de reír —dice entonces Cristina, limpiándose las lágrimas que se le escapan de las carcajadas—. En serio, ha sido buenísimo lo que has hecho.

—¡Calla, calla! ¡Qué poca vergüenza tengo!

Mientras el profesor de Lenguas Modernas hablaba, como si no hubiera nadie más en la clase, he ido debatiendo a su paso todo lo que él decía, como un loro. Todos mis compañeros de alrededor estaban riendo cuando de pronto el profesor se ha detenido y, observándonos, ha dicho: «Se escucha un murmullo por ahí». Tonto de mí, cuando todos me han mirado, voy y miro a otro lado y suelto: «¿Quién será?» Cristina no ha dejado de reír en todo el tiempo. Agradezco que haya sido cerca de los últimos minutos.

—Creo que ya me ha cogido manía para el resto del curso.

—Mejor dicho, tú le has cogido manía a él para el resto del curso —se burla Abraham, contagiándose de la risa de Cristina—. ¡Ay!, Álex. ¡No hay dos como tú!

—Sí, me escurrí de mi madre al nacer. Supongo que son las secuelas —sonrió. Echo un vistazo en derredor, buscando un menú para ver qué tostadas hay en el menú para desayunar: me muero de hambre y la cafetería se empieza a llenar de estudiantes—. Tengo hambre. ¿Vais a pedir? Voy a ponerme a la cola.

—Voy yo —se ofrece Cristina poniéndose en pie—. ¿Qué queréis?

—Uhmm… Yo… una tostada de queso roquefort y tomate —digo soltando la carta. Mis tripas rugen como un perro. Tengo unos gustos raros, pero todo el mundo tiene que probar esta delicia. Con su aceite, su sal y pimienta. Placer supremo. ¡Ni el chocolate que anuncian en televisión tiene algo que ver con esto!

—¿Esa bomba te vas a meter de buena mañana? —suelta Abraham, sorprendido.

—¿Qué quieres que me meta, eh, pillín? —debato con indirecta, arqueando una ceja, pícaro. Abraham se queda algo parado y Cristina se echa a reír otra vez. ¡Y luego me quejo! A veces, el culpable de lo que me ocurre soy yo.

—¡Vaya dos! Venga, tres de roquefort y tomate. ¡Vamos a probar qué tal está! —pone Cristina punto y final.

—¡Y que te den aceite, sal y pimienta! —añado yo, relamiéndome. Me giro hacia Abraham y le doy un golpe en un brazo—. ¡Que era broma!

—Tú siempre las dejas caer, ¿eh?

—No: las llevo sujetas —digo y le saco la lengua.

Abraham se da un golpe en la frente con la palma de la mano cuando entiende mi frase.

—¡Joder! Hoy estás tú muy picante, ¿eh? —Me encojo de hombros. Siempre he sido así. Tal vez ahora me estoy soltando la melena—. Bueno, cuéntame ya qué pasó con Mateo. ¿Qué le hiciste? Cosas malas, ¿eh? Ja, ja, ja.

¿Abraham me está pidiendo eso? ¿De verdad? Si hace dos horas se ha mostrado más que celoso. ¿Qué significa esto? ¿Está intentando hacerse el duro? Bueno, tampoco pasó nada que no pueda contar. Si es mi amigo no hay porqué tener secretos.

—No pasó nada fuera de lo normal. Con la borrachera que yo llevaba encima no estaba la situación para hacer castillos de naipes. No quiero volver a beber, y si lo hago, mátame. Ayer estaba peor que si me hubieran apaleado.

—Exagerado.

—Como tú no llevabas mis zapatos… ¡Ja, ja! Bueno, a lo que iba: le pedí a Mateo que se quedara conmigo. Dormimos juntos… Y l-lo besé. —Me pongo colorado conforme lo cuento. No porque me dé vergüenza, sino por contárselo a Abraham. Es extraño, como también el hecho de que días atrás esto me pareciera escandaloso.

Intento no mirar de frente a Abraham; lo hago por el rabillo del ojo. No parece ni molesto, ni celoso ni sorprendido, al contrario, sonríe como si le hubieran dado un caramelo. ¿Tendrá fiebre? Está de lo más extraño.

—¡Qué guay! ¿Y después? —insiste.

—Uhmm… Pues me dormí. —Me encojo de hombros—: Como un oso. Al despertarme me había dejado un retrato puesto sobre el tablón de corcho que tengo encima del escritorio. Un retrato a lápiz, y un poema.

—¿En serio? ¡Jo, sabe cómo ganarse a los chicos, ¿eh?!

¿Qué insinúa? ¿Que Mateo hace todo eso para conseguir llevarme a la cama y después dejarme? No. Abraham está intentando meter cizaña, pero no lo va a conseguir. Finalmente ha salido su lado celoso. Mateo no es así. Pongo la mano en el fuego si hace falta. No se atrevió a nada más, mucho más estando yo borracho; si hubiera sido otro, seguro que no hubiera sido tan amable.

Miro de soslayo a Abraham, molesto. A pesar de haber captado su indirecta, no voy a entrar en su juego, de ninguna manera

—Lo poco que conozco de él es que es una excelente persona. Y me encanta —le dejo claro —. Se está portando estupendamente conmigo. No hace eso con tal de enamorarme y hacer que yo caiga en sus brazos; el retrato me lo regaló porque era una forma de entregarme una parte de él. Eso dice mucho de cómo es. —Mi tono es duro, pero las cosas han de quedarse claras. Tal

vez estoy también algo a la defensiva, pero no me gusta que se juzgue sin conocer.

—Me alegro mucho. —Se recuesta sobre la silla, cruzando los brazos y mira para otro lado —. Aprovéchalo.

—¿De qué habláis? —dice Cristina, viendo la cara de circunstancia que ambos tenemos. Deja las tostadas sobre la mesa—. Me debéis un euro cada uno, ¿eh? ¡Que aún no soy rica!

—De nada interesante —resto importancia a la cosa. Le tiendo el euro y cojo mi tostada. La aliño y empiezo a comer mirando a mi amiga. Nuestras miradas se cruzan y nos entendemos. Tengo que hablar más tarde con ella: estoy seguro que ella sabe cosas que no me ha dicho sobre Abraham.

Diez minutos antes de que empiece la siguiente clase nos encaminamos en busca del aula. Abraham va por delante nuestra, cabizbajo y pensativo. Aprovecho que está distraído para hablar con Cristina.

—Necesito que me seas sincera, y no te andes con rodeos —le digo, muy serio—: Abraham ha hablado contigo, ¿verdad? Y sé que te ha pedido algo.

Cristina se queda parada atragantándose con su propia saliva.

—P-pero… ¿Qué dices? Anda, que el alcohol del sábado aún te hace estragos.

—Ya, y a ti la pimienta de la tostada, ¿no? No soy estúpido, y sé que aquí se cuece algo. Cuando me fui al baño esta mañana Abraham estaba celoso; y ahora, de pronto, en la cafetería, estaba más que distinto, preguntándome cómo me fue con Mateo como si nada importara, super interesado… ¡Vaya!, como si fueras tú y no él. Así que, venga: ¿qué te ha dicho y qué le has dicho tú?

Cristina se rasca el brazo derecho, algo contrariada. Mira a Abraham, percatándose de que no está mirando.

—Me ha pedido que le eche una mano contigo —confirma.

A pesar de que tenía mis sospechas, me pilla por sorpresa. Busco a Abraham con la mirada. ¿En serio le ha pedido eso? No me sorprende a mal, sino todo lo contrario. ¿Tanto le gusto?

—Le gustas demasiado, y está viendo que no tiene nada que hacer contigo. Que Mateo ha llegado antes y te ha encandilado. Está desesperado. Creo que piensa que la solución soy yo, y me ha pedido ayuda. Yo solo le he dicho que si quiere algo contigo, o que tú te fijes en él más allá de una amistad, tiene que cambiar el chip; que no siga por ese camino, o será peor.

»Álex, eres libre de elegir. Tú eres el que sabe qué quieres, el que sabe hacia dónde va tu corazón. Ni nadie va a influir ahí. Ya bastante te ha costado que te des cuenta de tu orientación. Si ha de ser Mateo, que sea. Y Abraham lo asumirá. Lo importante es que tú seas feliz.

Vale, ahora tengo una cara enorme de gilipollas: creo que no hay otra palabra que lo describa mejor.

Me quedo observando a Abraham torcer la esquina del pasillo. ¿Tal vez me he cegado demasiado en Mateo y no he pensado bien, ni he vislumbrado otras posibilidades? No, estoy haciendo lo correcto.

Es con Mateo con quien sueño por las noches, en quien pienso a casi todo momento, y no en Abraham; él es una hermosa persona, sí, pero no me atrae, porque en él solo veo a un amigo. No puedo intentar buscar lo que no hay, por mucho que me duela verlo así. Porque no me gusta que se sufra, ni por mí ni por nadie.

—Álex, no le des mucha importancia; ya se acostumbrará —me dice Cristina dándome un

empujón para que eche a andar—. Ahora, disfruta. Déjate llevar con Mateo. Y escucha esto: mi abuela siempre me decía que quien tenga que ser para mí, será, por muchas vueltas que dé. Quédate con eso. Y dedícate a vivir sin preocupación, que ya habrá tiempo para eso.

Sí, esa frase es muy sabia, pero yo ahora me siento mal.

Alcanzamos a Abraham y Cristina le suelta una de sus burradas haciéndolo reír cortando así la tensión que se ha formado. Ahora no sé cómo actuar con él: estas cosas me superan.

Me vibra el bolsillo. Cojo el móvil. Un wasap. Mateo. Campanas celestiales en mi estómago.

«Hoy te has olvidado de mí, ¿eh? Muy, muy mal. —Un emoticono llorando aparece en la pantalla—. ¿Cómo va ese primer día de clase, guapo? Espero que no te estén dando mucho la tabarra. Pero ¿sabes que es lo mejor?, que el viernes está mucho más cerca… y más cerca el gran fin de semana que vamos a pasar». Un emoticono guiñando un ojo.

¿El fin de semana completo? Un nuevo dato. ¿Qué habrá preparado este loco? Tengo los nervios de la emoción saltando en mi estómago, ya que si son mariposas… miedo me dan, porque creo que son mutantes. Pero es tan bonito… Nunca antes nadie ha planeado algo para mí. Estoy emocionado deseando que llegue el viernes.

Mientras le respondo con una sonrisa de oreja a oreja, entro a clase y, como voy mirando lo que no debo mirar, tropiezo con el profesor y caigo de espaldas. Me pongo rojo de la vergüenza cuando veo con quién he chocado. Cristina y Abraham me ayudan a levantarme mientras no paran de reír.

—Muchacho, los ojos fuera de la pantalla. ¿Queréis ser vosotros los que levantéis el país yendo como zombis pegados a los móviles? ¡Qué Dios nos pille confesados!

Cierto es lo que dice, pero tampoco es para que se ponga así, ¿no?

—¡Amén! —añado con todo mi desparpajo sin detenerme a pensar.

El profesor me mira con el ceño fruncido. Y, mordiéndose la lengua, entra en clase.

—Creo que ya me he ganado otro enemigo —comento, recogiendo el móvil del suelo.

—Creo que sí —corrobora Abraham—. Pero hay algo positivo en todo esto: o puedes tú con ellos, o ellos contigo; aunque apuesto más por ti.

—Si mi madre estuviera aquí ya habría puesto el grito en el cielo —señalo—. Me diría: «Tú no tengas cuidado y cierres la boca, que así va a aprobar tu padre, y mira que es difícil».

—¿En serio es así tu madre? —exclama Cristina, sorprendida—. Yo quiero conocerla.

—Algún día os llevaré a conocer a la familia Monster. Ja, ja, ja.

»Entremos, que no quiero que salga a buscarnos el profesor; ya bastante he tenido por hoy.

24

La semana va tocando a su fin, y doy las gracias por ello. Mañana es viernes; aún no sé a dónde me va llevar Mateo, ni cuáles son sus planes, aparte de que quiere que pasemos el fin de semana juntos.

Estoy de los nervios. Llevo toda la semana dándole vueltas al asunto. Y ya no solo a esto, sino también a todo lo que se me presenta por delante; va a ser un año duro.

Hace cuatro días que ha empezado la universidad y ya es un agobio. Los profesores han tardado en acribillarnos a trabajos, primeros temarios… ¡Es una pesadilla! Si esto es el principio, ¿cómo será cuando esté más avanzado el curso? No quiero ni imaginármelo. Creo que piensan que solo vivimos por y para ellos, y para su asignatura, porque si mirasen más por nosotros entenderían que hay más asignaturas aparte de la suya y que el mundo no gira en torno a ellos. Pienso, y cada vez lo afirmo más, que tan solo les importa su salario.

Entre estas dos cosas, y también por mi madre, estoy sin uñas. Le ha dado por llamarme todos los días a las cuatro en punto de la tarde, ni un minuto arriba ni un minuto abajo; es un agobio constante.

—Estás comiendo bien, ¿no? Que no quiero que caigas enfermo. No quiero verte anímico y tener que ingresarte, ¿eh? Y coge el abrigo, el gordo, sí, el de plumas, no la rebeca, que te conozco, Álex, que después empiezas a decir que te duele la garganta, y ya estás con las anginas. Y ya empieza a hacer frío, así que no hagas caso omiso a mis palabras que me pongo en un santiamén allí contigo, ¿entendido?

Esta parte es la que más miedo me da porque sé que es capaz de hacerlo.

Suelo dejar el móvil en manos libres sobre el escritorio mientras ella habla. Una vez ha terminado, ya hablo yo.

—Mamá, estoy bien. No te preocupes por mí, de verdad. ¡Que no tengo cinco años! Sabes desde siempre que soy capaz de cuidarme solo.

—¡Ay!, hijo mío… El día que seas padre… lo entenderás. ¡Y a ver si es pronto, que quiero verte con una novia guapa y un hermoso niño! ¡Espero que saque tus ojos!

—Mamá… —gruño, molesto con que me salte siempre con lo mismo. Ahora mismo tengo un nudo en la garganta que es como una catedral. ¿Qué va a ser de ella cuando le diga que soy gay? Bueno, si tengo valor algún día, porque viendo el panorama no sé si me atreveré. ¡Qué horror!—. ¿Por qué me sales ahora con eso?

—Desvaríos de una madre. Eres mi hijo pequeño, aún mi protegido. Tu hermano es agua de otro río; él siempre iba, y va, por su cuenta.

—Igual que yo.

—Pero no es igual: tú eres mi ojito derecho.

—Y porque no hay en el centro, que sino también —murmuro, poniendo los ojos en blanco —. Bueno, mamá, ya, que te enrollas como una persiana y tengo cosas que hacer. Ahora, escúchame: mañana por la tarde me voy con… con unos amigos de la facultad a pasar el finde por ahí, así que no me acribilles a mensajes ni llamadas, ¿vale? Yo te escribiré y te daré señales de vida para que estés a gusto.

—¿Cómo? —Primero el grito en el cielo, después la retahíla de preguntas.

—Mamá. ¡Ya! Keep and calm!

—¿Qué dices, hijo? ¿Quién se ha caído de la cama?

Me llevo una mano a la frente. Mi madre es un caso perdido, pero ahora sé a quién he salido yo.

—Mamá, te tengo que dejar. Estoy bien, todo va a ir bien. Tranquila, ¿vale? Un beso para todos. Dile a la abuela que la extraño mucho.

—¿Y a mí no?

—A ti te quiero como la trucha al trucho. Ja, ja, ja.

—Sí, sí, a la plancha y cortada con un serrucho.

—¡QUÉ FINA ERES! Adiós, mamá. Te quiero mucho. Chao. Sí, sí. Adiós.

Cuelgo y me lanzo sobre la cama en modo plancha. ¿Por qué tiene que ser tan posesiva? Ahora es molesto, pero sé que después, algún día, echaré de menos todas esas cosas.

Me dispongo a levantarme y salir de la habitación para darme una ducha -que ya comienzo a oler a muflón después de todo el día-, y para cenar -que ya me muero de hambre-, cuando de repente mi móvil vibra igual que si el universo se fuera a acabar. Tienen que ser por lo menos veinte wasaps de golpe. ¿Qué se habrá olvidado mi madre ahora?

Pero no, no es ella: es Mateo. Me crece una sonrisa de oreja a oreja. ¡Qué pavo soy!

«Guapooooo, mañana ya es viernes.

¿Estás listo?

¿Cómo van esos nervios ante la incertidumbre? Ji, ji, ji.

Pues se acabaron: nos vamos a pasar el finde a la casa de la playa de mis padres.

Sí, sí, como lees.

El finde entero para nosotros solos, allí.

¿Qué te parece la idea?

Prepara una mochila con ropa y todo lo que necesites, y mañana te recojo con el coche al salir de la facultad. Comeremos por el camino. ¿A que suena bien?»

¿Qué? ¿Cómo? Me va a dar un ataque. Me da alegría, y mucha, pero no sé. Ahora que me detengo a pensarlo… Todo un fin de semana con él, los dos solos, nadie más, en la playa… Me encanta la idea. Arena, mar, atardeceres… Pero los dos solos en la casa…

Siempre voy por delante de todo, pero es la primera vez que voy a hacer algo parecido. Aunque si lo pienso bien, ya dormí con él una noche… ¿Y quién dice que vamos a dormir los dos juntos en la misma cama? Vamos a disfrutar, nada más. Y que ocurra lo que tenga que ocurrir.

Releo el mensaje y no sé si ponerme a saltar o a cantar de la emoción. Le respondo rápidamente y después escribo a Cristina contándole por encima. Su reacción me hace gracia.

«Oooooh! ¡Ay! ¡Vaya par de tortolitos remojándose el culito en el mar! —Añade un emoticono con los dientes apretados—. Mañana me cuentas todo, cabrocente. Prepara la maleta y echa calzoncillos para tres días».

También se rompió el molde con ella, pero es un amor. No he podido hacer mejor amistad que ella en la universidad.

Salgo a darme la ducha rápida y a cenar; que tengo que preparar la maleta para el fin de semana en la costa.

25

—¿Estás nervioso? —me pregunta Cristina, nerviosa, diez minutos antes de que terminen las clases hasta el lunes. Parece más emocionada que yo.

Estamos en un seminario y apenas hay alguien prestando atención.

—Bueno… si pudiera comerme las uñas de los pies, lo haría —rio nerviosamente—. No sé cómo va a ir todo. ¡Nunca he hecho nada así!

—¿A qué te refieres? —me suelta, picarona.

—¡Ay, calla! ¡Calla, calla! —Me pongo colorado de los pies a la cabeza—. No había pensado en ese aspecto. Me refería a marcharme todo un fin de semana con un chico por ahí.

—¿Eres…? —dice de pronto Abraham detrás de nosotros, sobresaltándonos.

Cristina y él se me quedan mirando hasta el punto de intimidarme.

—Uhmm… Sí, lo soy. ¡Pero quitad esas caras!

Al final me han liado y lo he confesado.

—Si llega a surgir, tú tranquilo —me dice Abraham, sonriéndome—. Mi primera vez fue un desastre, la verdad. No queráis saberla, pero casi salgo por la ventana. —Conforme dice esto va enrojeciendo más que un semáforo.

—¡Uy! De eso tengo que conocer yo todos los detalles —dice Cristina, entusiasmada.

—Cuando esté borracho, tal vez. Álex, no hay que tener miedo; solo es dejarse llevar, y disfrutar. —Después de saber que le gusto, y mucho, me sorprende la delicadeza con la que trata este tema intentando ayudarme. ¿Está marcándose conmigo un juego psicológico?—. Y si no lo hace bien, recuerda que estás a tiempo de cambiarlo. —Y se recuesta sobre la silla, tan ancho después de soltarme esa indirecta tan directa.

Cristina y yo nos miramos y nos echamos a reír, aunque no sé si puedo decir que me estoy riendo, porque me ha dejado a cuadros.

—¡Silencio ahí detrás! —nos grita la profesora mirando por encima de sus gafas redondas—. ¡Quedan tres minutos para salir! ¿No podéis aguantar?

Hacemos como que volvemos a la tarea, pero ya es imposible: el tiempo corre, en nada Mateo me recogerá. Un nuevo paso en mi vida. Algo nuevo.

Mi móvil vibra y mi corazón se desborda.

«Su carroza le espera fuera, joven caballero.

Espero que aguante y no se desarme antes de las doce». Envía un emoticono riendo. Me gusta que Mateo sea gracioso.

¿Cómo será el coche? ¡Ya me espero cualquier cosa de él!

La profesora nos deja marcharnos. Quiero salir tranquilo, pero doy cada zancada que parezco un gigante. El corazón se me va a salir por la boca. Sonrío como un niño con un juguete nuevo.

—¡Truhan, espéranos! —se burla Cristina de mí. Me giro hacia ella, ruborizado—. Recuerda, disfruta mucho y… ¡Póntelo, pónselo!

Las lágrimas se le saltan de las carcajadas.

—A ti te voy a poner yo un bozal a ratos. Ja, ja, ja. Eres peor que mi madre. —Le doy dos besos y un abrazo—. Vamos hablando, ¿vale?

Me vuelvo hacia Abraham. Su semblante ha cambiado: está serio y muerto de celos.

—Disfruta de los atardeceres en la playa —me dice, intentando quitar hierro al asunto.

—G-gracias. —Le doy un abrazo y salimos a la puerta. Miro a derecha e izquierda y no veo a Mateo por ningún lado. ¿Me habrá dado plantón?

Escucho un silbido a mi lado y me giro hacia la puerta. Ahí, apoyado sobre el ala derecha de la puerta, está Mateo. ¡No lo he reconocido! ¡Está tan guapo con ese jersey fino, azul, que se le pega al cuerpo, silueteando su torso! Y esos pantalones vaqueros negros a juego con la gorra de medio lado. Está tan sexy.

—H-hola —tartamudeo, sonrojado—. No te había reconocido.

—Hola, guapo. —Me coge de una mano y me acerca a él; me mira a los ojos—. Con tu permiso… —Y me besa en los labios. Siento cosquillas hasta en las plantas de los pies—. Ya hacía días que deseaba esto.

Me quedo con los ojos abiertos sin saber cómo reaccionar. Él se echa a reír.

—Supongo que te lo han dicho muchas veces, pero no hay nadie como tú. Y muy especial.

—Sí… no es nada. Una especie en extinción. Ya mismo hacen una ley para protegerme. —Mis neuronas no funciona bien en este instante—. ¿No tienes frío? —le pregunto cambiando de tema. El día está algo nublado y el frío azota con fuerza. Él va sin chaqueta.

—Me he quitado la chaqueta en el coche; con la calefacción iba a terminar cocido. Pero, sí, ya empiezo a sentir frío. Espero que en la costa el día esté mejor, ¿no crees?

—Sí… Eso… —Escucho unas risitas detrás de mí. ¿Cristina y Abraham siguen ahí? Me giro —. Pero…

—Ya, ya nos vamos. Y… Mateo, cuidado con lo que haces, ¿eh? Trátamelo bien o te la verás conmigo —le advierte Cristina con toda su gracia, dándole una palmada en el brazo al pasar.

—Prometo no comérmelo entero.

¡Ay mi madre!

—Ja, ja, ja. Eso, deja algo para otro día. Hasta luego. ¡Disfrutad!

Abraham no dice nada: se limita a lanzar una mirada de odio hacia Mateo y se marcha.

—¿Qué le pasa a tu amigo conmigo? —me pregunta Mateo arqueando una ceja.

—Nada, nada, es una larga historia. ¿Nos vamos a por la limusina? —me burlo, recordando el mensaje de antes.

—Sí, bueno, es limu sin lina. No te rías cuando lo veas, ¿vale?

—Lo prometo. —Aunque yo para aguantar la risa, no sirvo, lo siento.

26

—Bien, aquí está: tu limusina —me dice Mateo intentando ser gracioso, pero está muy avergonzado. Intento no reírme, pero es imposible. No por el coche, no, sino por su cara de vergüenza—. ¡Eh! Te pedí que no te rieras. ¡Jo, eres malo!

—Perdona, perdona. —El coche es un Seat Málaga. El pobre ha pasado por mejores días, hay que admitirlo. Tiene el guardabarros roto por varias partes y ha sido cosido con bridas de plástico. Tiene también varias abolladuras en la puerta del copiloto y en el maletero. Y el color gris de la chapa se cae a trozos—. Me rio de ti.

—¿C-cómo que de mí?

—Ja, ja, ja. Quita esa cara de tonto, anda. Me rio de la cara que has puesto al presentarme el coche.

—Me da vergüenza enseñar el estado de mi Seit.

—«¿Seit?» ¡Para ser artista qué poca imaginación tienes para los nombres!

—Deja de meterte conmigo, ¿quieres? —me regaña acercándose a mí. Lo parece, pero no está para nada cabreado. Me coge por la cintura, me mira a los ojos. Me ruborizo y siento que todo se detiene a mi alrededor. Tal vez en otro momento hubiera temido que hubiera alguien mirando, pero ahora me da igual. Entonces me besa. Primero lento, después con pasión—. ¿Te gusta mi castigo?

—Uhmm… tal vez —digo, desviando la mirada, sonrojado. Quiero otro beso. Sin embargo, prefiero contenerme—. Tengo hambre —añado, yo tan original como siempre.

—Cierto, cierto. Vamos, ahora te explico mejor nuestros planes. ¿Le abro la puerta, señor?

—¿Temes que me quede con ella en la mano?

—Ahí te has pasado. Ja, ja. No, para que veas que soy todo un caballero. —Y me abre la puerta, quitándome la maleta de las manos—. Y deja de meterte con mi Seit, ¿vale? Sé que ha pasado mejores días. El pobre tiene todos los porrazos habidos y por haber, pero mi padre no ha sido muy buen conductor. Y encima no me deja el nuevo porque teme que lo raye… Y el peor es él.

—No te preocupes: Seit está perfecto para los dos.

—Y que dure muchos años más. —Cierra la puerta, mete la maleta en el maletero y se sube. Intenta arrancar y el coche no reacciona. Con cada nuevo intento veo que Mateo se pone cada vez más sonrojado—. Enseguida nos vamos.

—T-tranquilo; no hay prisa.

A la séptima vez el coche arranca con tanta violencia que siento que se va a caer toda la

carrocería sobre nosotros. No puedo parar de reír, y me está dando apuro por Mateo.

—Te lo pasas bien, ¿eh? —comenta, haciéndome cosquillas en un costado.

—Mucho. Es genial. Y me encanta.

—Y tú a mí, ¿lo sabías?

Me quedo sin palabras. Me gusta que me ha haya dicho eso. No sé qué decir, me ha pillado por sorpresa. Quiero decirle lo mismo, pero mis miedos interiores me dicen que no lo haga, que espere, que no vaya deprisa…, aunque si me paro a analizarlo, siento que vamos corriendo. Es todo tan extraño, pero a la vez tan mágico. No hubiera esperado nada de lo que me está ocurriendo dos semanas atrás cuando me subí al autobús dejando atrás mi pueblo y mi anterior vida para comenzar una nueva.

—«¿Lo sabías?» ¿Quién es ese? ¿Algún mago? —le doy la vuelta al significado de sus palabras, intentando ser gracioso.

—Sí, un bicho como tú. —Pone los ojos en blanco—. Escucha: comeremos en un restaurante que hay camino a la costa. Se tarda una media hora en llegar. Y desde allí una hora hasta la costa y todo el finde para nosotros.

—¿Y cuándo decidiste darme esta sorpresa? ¿Antes de vernos el sábado, o días después?

—Siempre he querido llevar a alguien especial a este sitio. Tú eres ese alguien especial y te gustará. Hablando claro, temí no poder llevarte por haberla cagado por el tema del poema y eso. Sé que te sentó mal, por no decir horriblemente. Me arrepiento. Y…

—Bueno, no le des vueltas a ese tema ahora, ¿vale? —le digo poniéndole una mano sobre su brazo, con cariño—. Yo también me sobrepasé un poco. Lo admito. Me sentó mal… Pero ya pasó. Mejor no darle vueltas a la tortilla ahora que está enfriada, ¿no crees?

—Eres un trozo de pan. Supongo que te lo habrán dicho muchas veces.

—Me falta el azúcar y un poco de aceite y el dulce completo —le saco la lengua. Vale, cada vez que me hacen un halago tengo que decir alguna burrada. ¿Por qué? Porque no estoy acostumbrado y me da vergüenza; así es como si le restase importancia al asunto.

Se echa a reír. Me toca una rodilla dándome un suave apretón y pone un CD. Me llama la atención que suene una canción de Vega, Te tengo a ti. Vega es una de mis cantantes favoritas. ¿Sabrá que me gusta y por eso lo hace? Supongo que eso ya sería demasiado. ¿De dónde iba a sacar esa información? Tiene que ser casualidad, nada más.

—Escucha la letra, porque ahora yo, Te tengo a ti. —Me guiña un ojo. No sé si derretirme o asustarme—. No pongas esa cara, anda. ¡Ja, ja, ja! Te estoy cogiendo mucho cariño, que lo sepas.

—Y yo a ti —digo sin dudar—. No sé si eso es bueno, o malo…

—Supongo que es bueno, ¿no? Si cuando me ves sientes mariposas en el estómago.

—Bueno… Supongo que ahora es más hambre que otra cosa.

—Sabes cómo destrozar un momento romántico, ¿eh? —sonríe.

¡Qué vergüenza! Para nada me esperaba ese rebatir. Soy lo que no hay.

—Es lo que me sigue haciendo especial.—Tranquilo, no queda mucho para llegar al sitio al que te quiero llevar a comer.

Así es, veinte minutos más tarde llegamos a un pequeño restaurante de carretera con la fachada de color rosa pastel. A simple vista, tiene buena pinta.

Me bajo exprés del coche. Me estaba quedando dormido. No hemos hablado nada durante

este trayecto; nos hemos dedicado a escuchar música. Ya necesitaba estirar las piernas y, aparte…

—Me meo; tengo que ir al baño —digo con toda la soltura del mundo. Entro en el restaurante como alma que lleva el diablo.

Cuando salgo, Mateo me está esperando en la barra.

—¡Qué a gustito me he quedado! —Mateo no puede evitar reírse. Supongo que mi sutileza a veces mata.

—¿Sabes que nunca he conocido a nadie como tú, tan feliz y que diga las cosas con tanta gracia y sin pensar?

—Supongo que tiene que ver con las raíces de pueblo. Eso, o que se rompió el molde cuando yo nací. O, por otro lado, puede ser que el chip de fabricación viniera con defecto.

—Idiota. Ninguna de esas cosas. ¿Por qué piensas eso? Simplemente eres tú.

»Ven, tenemos mesa ahí, al lado de esa ventana. Vamos a comer. No quiero que te mueras de hambre ahora que te he conocido.

—Estoy delgado, pero mi cuerpo sigue teniendo reservas.

—Esas es mejor que las reserves para lo que pueda venir.

Me quedo parado. ¿A qué se refiere? ¿A lo que estoy pensando?

—Anda, camina y no pienses tanto, mal pensado —me dice al leer en mi cara mis pensamientos.

—Tú influyes demasiado.

La comida es deliciosa, sobre todo con el hambre que tengo. Apenas hablo, solo me limito a responder a las preguntas de Mateo, que insiste en conocer cómo me ha ido el día en la facultad, cómo ha sido esta primera semana de inicio y qué tal me llevo con mis nuevos compañeros. En este último punto, no puedo decir mucho, aún no he trazado conversación con nadie más que no hayan sido Abraham y Cristina. Tampoco ha dado mucho tiempo, supongo que más adelante lo haré.

Termino de comer y me recuesto en la silla, bastante lleno. ¡Qué morrilla me está entrando! Recuerdo entonces la poesía de Mateo, la misma que yo terminé y que tengo guardada en mi libreta. Saco el papel; sonrío.

—Ahora, cállate y escucha. —Le tiendo el papel—. No lo desdobles, no ahora; quiero que lo leas en otro momento, con calma, ¿vale?

—Pero ¿qué es? —dice, ansioso por desdoblarlo.

—Bueno, se puede decir que la historia continúa. —Le guiño un ojo—. Ya lo verás, pero intenta que no sea delante de mí, por favor. —Me ruborizo. Se lo he dado sin pensar, pero si sigue intentando sonsacarme qué es, acabaré quitándoselo.

¡Qué atrevido me estoy volviendo!

—Eres… Eres una caja de sorpresas.

—Si te refieres a una caja sorpresa con un payaso de esos que a veces dan miedo, puede.

—¿Tienes que tener siempre la última palabra? —me cuestiona, aguantando una carcajada.

Lo miro de soslayo, pícaro.

—¿Respondo?

—No, mejor déjalo así. Venga, guapo, vámonos. Ve al coche mientras yo pago, ¿quieres? —Me tiende las llaves del coche.

La tarde se está volviendo más fría y gris; parece que se avecina una buena tormenta. ¿No había otro día? Ahora que vamos rumbo a la costa a pasar unos días en la playa tiene que hacer mal tiempo; eso se llama empezar con el pie izquierdo. Me gustan los días tormentosos, pero para un día que voy a la costa quiero que haga sol.

—¿Crees que lloverá? —me pregunta Mateo nada más salir, pidiéndome las llaves del coche.

Me chupo el dedo y busco la dirección del viento.

—Hay nubes de evolución negras como el carbón. A lo lejos se divisan relámpagos o lighting bolts, en término inglés. El viento, frío y de velocidad… —Vuelvo a chuparme el dedo y lo levanto—. Velocidad desconocida. Diagnóstico: seguro que sí. Caerá un buen chaparrón.

Mateo se queda mirándome como si yo estuviera loco antes de volver a reír.

—¡Qué niño este! Sube al coche y tómate la pastilla, que creo que ya es hora.

No pasan ni cinco minutos de estar de nuevo en marcha cuando siento mi móvil vibrar. ¿Será Cristina, ansiosa por saber qué está pasando? No: es mi madre.

«Hola, hijo. ¿Has salido ya con tus amigos hacia la costa? Tened cuidado. He visto en el telediario que se avecinan fuertes tormentas. Disfrutad y avísame cuando llegues, por favor. Te quiere, tu madre».

Las madres siempre preocupándose por todo.

«Hola, mamá. Sí, ya hemos salido. Y hemos comido. Cuando llegue te escribo. Todo bien, ¿vale? Tranquila. Un beso para todos. Os quiero».

«Ok», me responde, veloz. ¿Solo un «ok»? ¿He dicho algo malo? Mi madre no suele ser tan tajante. Creo que me estoy volviendo como ella, algo paranoico.

Dejo el móvil y me acomodo bien en el asiento. Me están entrando unas ganas horribles de dormir. Pero no quiero hacerlo. Me sentiría mal de que Mateo conduzca y yo aquí tan tranquilo durmiendo. Sin embargo, finalmente el sueño me vence.

Siento un leve traqueteo.

—Dormilón, despierta —me susurra Mateo.

Abro los ojos y siento cómo la baba me cae por un lado, un hilo largo y frío. Lo absorbo y paladeo, mirando a Mateo.

—¡Hala! Te faltaba el postre, ¿no? —dice entre divertido y asqueado.

Me paso la mano por la boca, aún adormilado. Y entonces comprendo todo. ¡Qué bochorno!

—Tranquilo. ¡Ja, ja, ja! Eso puede pasar. Estabas cansado, ¿verdad?

—Sí. Siento haberme dormido mientras tú…

—No importa, tonto. Ya hemos llegado, y mira cómo está el día.

Miro al frente: está lloviendo entre nubes y claros. Estamos aparcados muy cerca del mar. Las olas se adentran en la tierra con fuerza. A la derecha hay una casa rústica de dos pisos, construida entre piedras. La imagen es preciosa.

—¡Mira, está saliendo el arcoíris! —chilla Mateo, abriendo la puerta del coche—. ¡Ven, corre!

—¡Nos vamos a poner chorreando!

—No seas quejica. ¡Ven!

Salgo del coche y Mateo me tira del brazo y me lleva debajo del arcoíris mientras la lluvia nos empapa.

—Siempre he querido hacer esto.

—¿El qué? ¿Mojarte con la lluvia en la playa?

—No, besar a un chico especial bajo el arcoíris.

Antes de que pueda decir algo, me coge de la cintura, me apega a su cuerpo y me besa con la mayor ternura posible. Me dejo llevar, saboreando este cálido y a la vez húmedo beso. Tanto nos dejamos llevar que nos caemos en la arena, riendo.

—Dicen que si besas a alguien bajo un arcoíris esa persona será el amor de tu vida para siempre.

—Yo he escuchado algo muy distinto… —digo, sorprendido ante aquel comentario.

—¿El qué?

—Que si haces pipí justo debajo y eres hombre te vuelves mujer.

Mateo abre los ojos de par en par antes de golpearse la frente con la mano.

—Álex, ¡déjalo por hoy!

—Pero me gusta más tu dicho. —Le devuelvo el beso mientras rodamos como dos niños por la arena.

El cielo se vuelve a cubrir y varios relámpagos surcan el cielo. La lluvia cae con más insistencia.

—¡Joder, joder! ¡Vamos adentro o ya sí que cogeremos una pulmonía! Ahora una buena ducha calentita y listo.

Me coge la mano y me lleva hacia la casa. Mi corazón late desbocado.

27

La casa no puede ser más bonita y acogedora. Para estar en la costa, es toda rústica. Está remodelada con piedras y madera. Hay muebles de época restaurados por todos los rincones. Mateo me enseña cada una de las habitaciones. Tiene una cocina bastante grande con barra americana que da al salón; dos habitaciones de matrimonio y, al final de la escalera, en el piso de arriba, una última habitación en la buhardilla.

—Este es mi cuarto —me comenta Mateo, dándome paso.

La habitación está decorada con los colores complementarios. Un contraste rompedor y atrevido que me fascina. Lo que más me llama la atención es una estantería que sigue la forma de la pared inclinada y que está repleta de libros y películas.

—No sabía que eras tan lector —digo, acercándome a tocar cada uno de los lomos de los libros—. Que seas lector es música para mis oídos, ¿sabes? —Le saco la lengua.

—¿Pensabas que era un perro flauta? Sabes que soy artista y, como artista, me encantan todas las ramas de arte.

—Pues no tienes la típica habitación de un artista.

—¿Y cómo crees que son las habitaciones de los artistas?

—Pues… con un caballete, dibujos en la pared, botes de pintura aquí y allí; pinceles hasta debajo de la cama…

—Bueno, un poco sí, pero no tan desordenado.

—Dicen que a los artistas el desorden y la suciedad les suele inspirar.

—Y a los cerdos les hace sentirse en el paraíso —se ríe, poniendo los ojos en blanco.

Me acerco él, con las mejillas encendidas, y lo abrazo por la cintura mientras lo miro a los ojos.

—¿Me dirás por qué quisiste ser artista?

—Sí, más tarde; primero prepararemos cena para esta noche. Y, si ha dejado de llover, cenaremos a luz de la luna, en la playa.

—¿Y cómo solucionamos lo de la arena mojada y el frío?

—Fácil. —Me abraza con fuerza y me besa como si fuera la última vez—: Así no habrá frío.

—Me gusta la idea. —Le acarició la cara.

—Voy a darme una ducha rápida y a cambiarme de ropa que hay que ir a comprar para llenar el frigorífico. ¿Me acompañas a la ducha?

—¿C-cómo? —tartamudeó, mirándolo con los ojos como un búho. Me pone nervioso el hecho de solo pensarlo. He de admitir que la idea me gusta, pero me avergüenza. Mucho más el

hecho de que haya sido tan directo en la proposición. No me atrevo. Puedo ser atrevido para algunas cosas, pero no para eso.

Mateo estalla en carcajadas y me abraza, levantándome en volandas.

—Tendrías que ver la cara que has puesto. Cariño, me encantaría darme una ducha contigo, pero sé que sería ir demasiado lejos contigo, por ahora.

—S-sí, bueno, no es… eso. Es que…

—¿Temes que quiera ir a más?

—También puede ser. Soy…

—¿Virgen? ¿Y qué pasa? A ver, escúchame, tonto. Uno: no voy a hacer nada que tú no quieras. Y dos, ser virgen no es ninguna vergüenza. Es lo más bonito del mundo. Y si quieres entregarme ese pedazo de ti, estaré encantado de tomarlo. —Me da un beso—. Ponte cómodo mientras voy a por las maletas.

Me siento en la silla de escritorio, nervioso, con una risita floja. Mis piernas suben y bajan. ¿De verdad me ha propuesto ducharme con él? Hubiera sido muy bonito, no lo dudo. Pero… ¡Ay, no sé! ¡Todo es tan nuevo para mí! Sin embargo, me da tanta seguridad… Hemos hablado de mi virginidad con tanta naturalidad, como si nos conociéramos de toda la vida; él es tan comprensible y cariñoso… ¿He hecho bien en decirle que no? Creo que sí: es mejor ir con calma.

Me vibra el móvil en el bolsillo: varios wasaps de mi madre y Cristina. ¡Se me ha olvidado avisar a mi madre de que ya hemos llegado! Aunque con una cosa y otra no he tenido tiempo. Le respondo, tranquilizándola, y después leo los mensajes de Cristina, haciéndome sonreír. ¡Qué mala es!

«¡Cuenta, cuenta! ¿Qué ha pasado ya, eh? ¿Mimitos y besitos en el culito?»

«No, hace media hora o así que hemos llegado: solo ha habido tiempo para besitos. Ja, ja, ja. Aunque me ha propuesto ducharme con él porque nos ha calado la tormenta al bajarnos del coche».

«¡Uy, uy, esto promete! Y le has dicho que sí, ¿no?»

«No, ¡qué vergüenza! ¿Cómo me voy a duchar con él, así como así?»

«Eso ahora te escandaliza y luego haréis cosas peores. Ji, ji, ji. Recuerda, póntelo, pónselo».

«Ja, ja, ja. Pero a ti un bozal como a los perros y una correa para que no te escapes. Te dejo. Te voy contando. Un besito».

Me responde con varios emoticonos de besos, corazones y la pareja gay cogidos de la mano. Cristina es la mejor persona como amiga que se puede tener al lado.

Mateo llega con las maletas, y viene más empapado.

—¡Joder con la maldita tormenta! —exclama, tirando las maletas sobre la cama—. A este paso no cenamos en la playa.

—¿Acaso lo decías en serio? —Asiente—. Bueno, no te preocupes: buscaremos una solución.

—No nos quedará de otra. —Suspira y busca en su maleta qué ponerse. Después mira en el armario de su habitación, saca dos toallas y me da una—. Seguro que te la has olvidado. —Ahora que lo dice, sí. Me limito a encogerme de hombros—. Si es que eres una cabecita loca. —Me saca la lengua—. Con tu permiso, me ducho yo primero. —Y se desnuda de espaldas a mí mientras yo me quedo… No sé cómo me quedo.

No sé si desviar la mirada o si seguir mirando. Tiene un cuerpo de escándalo, no lo había

imaginado así. Se envuelve con la toalla y se gira hacia mí, guiñándome un ojo.

—Un pequeño aperitivo para mi amor. —Vuelve a darme un beso.

—¡Y qué aperitivo! —suelto, ruborizado. Y, con todo mi descaro, le toco el culo. Vale, no he podido resistirme—. ¡Aquí se pueden partir nueces!

—Dejémoslo ahí. —Se ríe justo en el momento en que se le cae la toalla y… No hace falta dar detalles de esto. Solo digo que me asombro, me sofoco y no sé si reír, echarme a llorar o lanzarme a los brazos de Mateo y dejarme llevar.

—¡Ups! —exclama él poniéndose la toalla de nuevo, y corre hacia la puerta. Se apoya en el marco de la puerta, en plan modelo de calendario—. En un rato vuelvo, mi niño bonito.

Y yo sigo aquí sentado, sin apartar de mi mente que le he visto completamente desnudo frente a mí, a escasos centímetros. ¡Cristina se reiría de mí si le cuento esto! ¡Y el careto que se me habrá quedado!

Mateo tiene que estar riéndose, seguro.

—¡Menos mal! Si nos descuidamos un poco más cierran el supermercado —exclama Mateo, entrando frenético en el supermercado.

Está a rebosar de gente, como es normal a estas horas. La gente sale del trabajo y corren a hacer la compra para la cena.

Voy tras los pasos de Mateo que va cogiendo varias cosas a tal velocidad que llego a pensar que tiene superpoderes.

—A todo esto, ¿qué vamos a cenar? —pregunto.

Se acerca a mí, picarón, y me golpea la punta de la nariz con el dedo.

—A ti.

—Pues no sé cómo me voy a comer a mí mismo. —Elevo una ceja, pensativo.

—En ese caso, tú me comes a mí y estamos en paz.

—Esa idea me gusta más. —Me da un pico, justo a la vez que dos mujeres mayores pasan por nuestro lado y se escandalizan.

Me separo de Mateo como un resorte, avergonzado. No me gusta que cuchicheen y menos de mí. Y teniendo en cuenta que esto es nuevo para mí, mucho menos.

—¿Q-qué… te pasa? —se interesa Mateo al verme inquieto.

—N-nada. Esas mujeres…

—Olvida los cuchicheos, comentarios, etc. No estamos exentos de eso. Tienen que asumirlo. Mientras yo sea feliz, el resto me da igual. Y a ti te tiene que suceder lo mismo, cariño. Entiendo que todo es nuevo para ti, pero poco a poco irás perdiendo el miedo. Además, ya sabemos las mentalidades antiguas cómo son.

—Sí, eso espero. —Sonrío sin ganas.

—Ven, anda: casi hemos terminado. Te voy a preparar algo muy rico para cenar.

—¿El qué?

—Será sorpresa. Eres mi invitado, ¿no? Tú ve al sofá, con un poquito de vino, un poco de queso, y yo a cocinar para ti.

—No es por menospreciar el detalle, pero el vino y yo no somos muy amigos.

—¿No?

—Solo el tinto de verano, y el vino rosado espumoso, un poco.

—Pues perfecto: tengo la despensa llena de lambrusco. Es mi vino favorito.

»Vamos a pagar todo esto, y antes de ir a casa nos damos un pequeño paseíto. ¿Quieres?

—Si no sigue lloviendo, claro; no tengo ganas de resfriarme.

—Te quejas por todo.

—Solo un poco.

—¿Y por qué te gusta tan poco la lluvia?

Lo miro de soslayo, sarcástico.

—¿Porque es húmeda, moja y puedes pillar una pulmonía del quince y medio?

—¿Del quince y medio? —se extraña.

—Sí, de aquí a Lima. Ja, ja, ja.

—Anda que contigo voy a necesitar un diccionario, ¿eh?

—Sí, pero solo disponible en las mejores librerías. —Le saco la lengua, burlón—. A ver, la lluvia me encanta: es magnífica. Ese aroma que tiene... Pero ya con lo poco que me ha caído encima soy propenso a resfriarme.

—Álex, vamos a ir bajo un paraguas.

—¡Ah!, mira, ese detalle no lo había contemplado.

—Soy un temerario, pero no tanto.

—Cada cual arriesga su vida como quiere, ¿no crees?

—A ti te voy a arriesgar yo, tonto.

Dejamos la compra en el maletero, subimos al coche y regresamos a la casa. Descargamos las bolsas y salimos a pasear cerca de allí con el paraguas en mano, pero cerrado. Ahora no llueve; mejor prevenir. Ya es de noche, hace bastante frío y el olor a mar y lluvia es espectacular. No tengo palabras para describir la sensación: simplemente es mágico.

—¿Desde cuándo tenéis la casa aquí? —me intereso.

—Estás pensando que tenemos dinero hasta debajo de la cama, ¿verdad?

—No…, bueno, sí, un poco. La casa en la orilla de la playa, toda rústica…, vale su dinero.

—Pues no soy rico.

—¿En serio? Pues qué desilusión. Aunque tendría que haberlo imaginado al ver la limusina.

—No te metas con mi Seit, que es muy buenecito.

Le hago cosquillas.

—Para. Eso no. ¡Ja, ja, ja! L-la casa era de mis abuelos —me informa—. Ellos la remodelaron. Pocos años después, fallecieron.

—Lo siento. No…

—Tranquilo, tonto. Como te decía, la casa era de ellos y se la legaron a mi padre. Es hijo único. Ellos no suelen venir mucho por aquí. Somos mi hermano y yo los que les damos más uso. ¿Tú tienes hermanos?

—Sí, uno mayor que yo. Está casado y tengo un sobrino de casi tres años.

—¿Sí? ¡Qué monada! ¡Ojalá y pronto pueda verlo!

Desvío la mirada, incómodo. Pronto…, lo que se dice pronto…

—Sí, algún día. ¿Y te gustan los niños? —cambio de conversación.

—Sí, pero cuando son como tú. —Se detiene y me mira a los ojos—. Eres el chico más especial que nunca he conocido.

—Ya, claro —me burlo—, pero no me refería a niños como yo.

—¿Y por qué tienes que romper todo lo romántico que digo? —se molesta.

—Porque soy así de especial. —Le cojo la mano con cariño y lo beso en los labios—. Me encantas, que lo sepas.

—Y tú a mí.

Me coge de la cintura y me levanta del suelo. Me abraza con fuerza y nos besamos, y yo no sé si dejarme llevar o chillar como una niña.

—¡Maricones!

—¡Maricas! ¡Fuera de aquí!

De pronto, el buen clima creado desaparece con esos comentarios homófobos a voz en grito. Mateo me baja al suelo y me esconde detrás de su espalda, protegiéndome. (¿No es tan mono?)

—Ten cuidado —me previene mirando hacia la playa donde hay varios chicos de mi edad alrededor de una fogata. Sus pintas no son muy halagüeñas, parecen macarras. Tienen varias botellas de cerveza de litro tiradas por la arena—. Será mejor que nos vayamos y no les hagamos caso.

—Sí, mejor —asiento, intentando que mi voz no tiemble. Pero es imposible evitar mostrar que no estoy asustado. No me gustan los comentarios homófobos. Sé lo que pueden llegar a provocar y no quiero que traspasen la línea: mejor marcharse como dice Mateo.

Volvemos tras nuestros pasos en dirección a la casa y veo cómo el grupo se acerca a nosotros, riendo y chuleándose. Mateo acelera el paso y yo me agarro a su mano, de modo que me siento más seguro.

—Tranquilo, no dejaré que te hagan daño —me dice, besándome la mano.

El grupo acelera y continúan insultándonos. Me tiemblan hasta las pestañas del miedo. ¡Joder!

De pronto, una botella vuela hacia nosotros.

—¡Mateo, cuidado! —le grito, agachándome al suelo. Mateo se gira hacia el lado contrario y la botella lo golpea en la cabeza haciéndole un corte. Cae al suelo aturdido por el impacto—. ¡MATEO! —chillo, horrorizado. Me arrodillo a su lado y veo cómo la sangre brota de su frente como un torrente. ¡Mierda! ¡MIERDA! ¡La herida no es tan grande para tanta sangre!—. ¿Estás bien? —le pregunto con lágrimas en los ojos.

Mateo se sienta, algo atolondrado. Se lleva la mano a la frente intentando taparse la herida.

—¡Mirad el mariquita! ¡Nenaza! ¡Has caído con solo una botella!

Se escuchan las risas de la pandilla antes de salir corriendo y perderse en la oscuridad de la noche.

Mateo se pone en pie y quiere ir tras ellos, pero lo detengo.

—¡No! ¡Ni se te ocurra! ¡Déjalos! Vamos a casa, hay que curarte la herida. —Me quito mi rebeca y se la pongo en la herida para taponarla—. ¡Tendríamos que ir mejor a un hospital! ¡Sale mucha sangre!

—No, esto no es nada. En la casa tengo tiritas de esas que son como puntos —dice apretando el puño, lleno de rabia. Nos giramos en dirección a la casa.

—¡Eres cabezón, ¿eh?

—No tanto como tú, feo.

—Creo que me ganas.

A pesar de estar herido no deja de prestarme atención y sacarme una sonrisa. Me duele demasiado verlo así, y más con tanta sangre recorriendo su cara y cabeza, que parece salido de la

película Carrie.

—Siento todo esto que ha pasado —se lamenta mientras le pongo Mercromina en la herida una vez le he limpiado toda la sangre.

El corte es bastante feo, pero no deja de ser superficial. Ya sabemos que los cortes en la cabeza son muy escandalosos.

Nos hemos sentado frente al fuego, bajo la luz de una lámpara y de las llamas de la chimenea.

—No digas tonterías; son cosas que pasan en esta maldita sociedad.

—Sí, me duele que sigan pasando y que, para colmo, me haya ocurrido a mí y contigo. Y yo que quería que fuera un finde estupendo. No soy violento, pero si me hubieras dejado, esos niñatos no lanzan una botella nunca más.

—Anda y no digas tonterías; ya bastante tengo con tenerte herido como para también entre rejas.

Se vuelve hacia mí y me mira a los ojos.

—¿Y no irías a visitarme allí?

Lo giró y le vuelvo a poner Mercromina haciendo algo de presión para que salga un coagulo de sangre, y se queja.

—Me lo pensaría; me dan miedo esos sitios.

—¿Y por eso no irías a verme? —exclama, frunciendo el ceño. Pone cara de pena.

—Pero te enviaría mantecados por Navidad. —Me echo a reír, buscando la tirita para ponerla en la herida. La coloco y termino de limpiarle con una toallita húmeda la sangre de la cara. Nos quedamos mirándonos con una fuerte atracción, como imanes. Desvío la mirada, ruborizado. No me acostumbro aún a su mirada. Me atrapa y me revuelve las mariposas—. Ya estás…

Me besa por sorpresa, sin dejarme terminar. Se lo agradezco, porque me estaba muriendo de ganas. Me tumba hacia detrás con delicadeza, sin dejar de besarme y…

¡Pum!

—¡Ay, joder, joder! —chilla Mateo, poniéndose en pie como un resorte, llorando de dolor. Se ha golpeado la cabeza justo en la herida con el pico de la mesa de cristal que hay entre los dos sofás.

—¿Estás bien?

—Sí, sí, pero mejor cuando se me pase el dolor. ¿Por qué será que todos los golpes van a las heridas? —No sé qué decir. Y si tengo algo que decir, no me deja. Me coge de la cintura y me muerde, sensual, el labio—. Ya sé por qué: por intentar comerte enterito.

Me echo a reír con fuerza, risa nerviosa. Tal vez su frase no era para eso, pero no puedo evitarlo. Supongo que es de lo nervios de pensar que sí lo habría hecho: nos estábamos dejando llevar demasiado.

—Ven, tonti: vamos a preparar la cena y nos sentaremos a cenar frente al fuego, relajados, escuchando el crepitar de las llamas; la lluvia golpear el cristal… Y tú y yo juntos, acompañando la cena de un buen vino rosado. ¿Qué te parece?

—Me parece perfecto, pero… te has tomado un Ibuprofeno para el dolor: no es bueno que ahora bebas vino.

—¿Siempre eres así de aguafiestas? —se burla, agarrándome de la mano.

—Siempre, y más.

Me lleva la cocina.

A pesar de que la situación pueda ser de lo más normal para mí, como si estuviera acostumbrado, no lo es. Suelo adaptarme muy bien a las situaciones, dejarme llevar y mucho más cuando hay algo que me gusta y me motiva, pero no deja de ser extraña. Dos o tres veces he intentado algo con chicas. Pasábamos las tardes juntos, paseábamos; nos sentábamos en el parque; después íbamos a sus respectivas casas. Era… aburrido, para que mentir. Mi cabeza llena de grillos estaba más en otros sitios que en ellas. A veces me querían besar, buscando mi calor, y yo siempre rehuía, sacando temas de conversación; no me apetecía que me besaran. Era como si me repulsara, como si yo no estuviera hecho para eso. Y ahora lo entiendo: mi cuerpo conocía mi orientación, pero mi ser racional aún no se había despertado para darse cuenta.

Recuerdo claramente cuando, con quince años, Elena, la chica más guapa de la ciudad, se había quedado pillada por mí. Siempre nos tocaba hacer juntos los trabajos de clase. Me encanta ayudar. Soy una persona muy atenta, está mal que lo diga, y eso supongo que fue lo que la confundió y que pensara que me gustaba. Vale, sí, me llamaba la atención, pero no de un modo más allá del tipo: «¡Oh!, daría lo que sea porque ella fuera mi novia. ¡Sería la envidia del instituto!» No, no era así. La veía guapa, con muy buen cuerpo. Vestía elegante, siempre conjuntado: eso era lo que me fascinaba.

Un día, tras terminar de hacer uno de los trabajos, decidí poner una película. Nos vendría bien. Llevaba tiempo hablándole de una: Las Crónicas de Narnia, el León, la Bruja y el Armario. Ella había oído hablar de ella, pero no la había visto. Cada uno nos sentamos en una punta del sofá. Estábamos solos. Mis abuelos aún no estaban en mi casa, y mi madre y mi padre estaban trabajando. Elena cada vez se acercaba más a mí. Y yo, instintivamente, me alejaba hacia el lado opuesto. Elena logró rozarme la mano cuando la película estaba terminando. Me quedé pálido, sin saber qué hacer, mucho más cuando, al mirarla, me robó un beso. El corazón se me iba a salir del pecho. Cambié de color varias veces en segundos. Había sido bonito, pero tan… raro.

Cuando se marchó, me di cuenta de que mi madre hacía tiempo que había llegado de trabajar y no nos habíamos dado cuenta. Su faceta cotilla la había mantenido pegada detrás de la puerta, observando, para después soltarme:

—Hijo, en serio, ¿eres tonto? ¡Esa chica está colada por ti! ¿No te has dado cuenta?

—P-pero, ¿qué dices, mamá? ¡Qué va! Son imaginaciones tuyas.

—Ya, claro, y por eso casi te caes del sofá conforme ella se acercaba a ti buscando tu mano.

Me puse colorado de pies a cabeza. No dejaba de ser un niño besado por primera vez y, para colmo, un beso robado.

—No sé de qué me hablas, mamá.

—¿Qué has sentido cuando te ha besado?

—Pues… sus labios. Húmedos… Y no sé. ¡Ay, mamá, qué preguntas tienes!

—Hijo, ¿te gusta esa niña?

La pregunta me pilló por sorpresa.

—S-s-s-s… Uhmm… S-s-s… ¡Ay, deja de mirarme así!

—Hijo mío, al final va a tener razón la gente: me has salido maricón.

—¡Hala, mamá! Yo no… Yo no soy gay.

—Eso espero, hijo, eso espero.

Después de esa conversación no se ha repetido una similar entre ambos, pero no se me olvida. Ahora me veo con Mateo, en la cocina de su casa de la playa, mientras prepara una deliciosa ensalada de pasta con roquefort, un chico que me encanta, que me ha despertado sensaciones y emociones que en mí desconocía. Lo he besado varias veces. Me ha descubierto un mundo nuevo en cada beso; un mundo que me gusta, no, ¡me fascina! He descubierto que quiero tenerlo a mi lado a cada momento. Cuando vi la botella golpear su cabeza me temblaron las piernas. Si hubiera sido peor no sé qué hubiera hecho. Mateo es un niño de los que hay que tener siempre cerca.

—¿En qué piensa el gorrión? —me saca de mis pensamientos Mateo, tendiéndome mi tercera copa de lambrusco.

—En la libertad, si está enjaulado —digo, bebiendo un buen sorbo de vino. Admito que se me está subiendo ya a la cabeza. Me noto las orejas calientes.

—Me refería a ti, tonto.

Lo miro fijamente a los ojos, con la cabeza que se me va a los lados. Maldito lambrusco. Prometí no beber más la noche en que vomité encima a Mateo.

—Pienso en que eres lo mejor que a un chico torpe, bobo, y algo loco, le puede suceder al llegar a una ciudad distinta, completamente, de su pueblo; descubrir cuál es su orientación sexual y que las mariposas vuelen en su estómago cada vez que mira unos ojos como los tuyos. Y que no sé si es el vino el que me hace decir esto, o soy yo, pero no quiero separarme de tu lado, porque me estoy enamorando de ti.

—¿Q-qué acabas de decir? —tartamudea Mateo, entre contento y perplejo. Me doy la vuelta, avergonzado. ¿He dicho yo eso?

—No me hagas repetirlo.

Me toma de la cintura, me gira y me levanta del suelo, abrazándome.

—¡No sabes lo feliz que me hace que hayas dicho eso!

—No sé si ha sido el vino, o yo —recalco, intentando que la cosa quede en una mera anécdota. Suelto una carcajada sin saber el motivo. Cuando río así como así es por el vino.

—Me da igual si ha sido el vino o tú, pero yo también siento lo mismo por ti, Álex. Me has descubierto un mundo nuevo. Me estás haciendo volver a creer en el amor, en que las personas especiales existen; que junto a ti todo es perfecto; que me traes la chispa, la emoción y felicidad que a mi vida otros han arrebatado o, como tú dirías, mi corazón estaba cerrado por alguien que lo dañó —recita como un poema—. Con sutileza lo enmascaré / prometiendo que nadie lo descubriría. / Bajo llave estaba guardado, / y al fondo del mar la llave he arrojado. / Si eres marinero osado, podrás recuperarla. / Y solo tú, sin pretenderlo, surcaste las olas y la recuperaste. / Y ahora nuestras manos quieren abrazar nuestros pechos. / Y mi corazón que fue arrojado a un profundo océano, / está de nuevo rescatado y latiendo con esperanza.

Lo beso, emocionado, ante aquel poema improvisado que, para ser así, es de lo más emotivo.

—No quiero cadenas, Álex —me dice. Se aleja un poco, clavando sus profundos ojos en mí —: quiero sentir nuestro corazón sin ataderos. Me da igual la sociedad, me da igual todo, mientras contigo pueda ser feliz.

Me da miedo la sociedad. Mucho. Mi familia se incluye entre ella, pero eso es un tema que ya trataré. Ahora solo puedo apreciar la cara de Mateo llena de felicidad.

—No lo dudes. —Vuelvo a besarlo—. Y ahora, tengo que decirte algo: ¿Eran macarrones

con roquefort? ¿O macarrones chamuscados?

—Oh, no. ¡Mierda! ¡Tenía que haber algo que rompiera la magia del momento!

—Sí, pero esta vez no ha sido un reloj a las doce de la noche —me mofo dándole otro trago al vino, tan jovial como un niño el día de Reyes.

¿Puede existir algún momento más maravilloso? Supongo que, en este instante, para mí no. Me siento muy querido. La parte que me faltaba, la he encontrado. Ese vacío ha sido cubierto.

28

La cena, aunque con un toque de sabor a quemado, no está mal. Mateo es muy buen cocinero y se ha desvivido por hacer la mejor de las veladas para ambos.

A la luz de una lámpara y del fuego la chimenea, cenamos con tranquilidad. El vino rosado comienza a hacer estragos en mí. Tres vasos consiguen que no deje de reír. Da igual que Mateo diga algo o no, me río. Mateo está encantado, sonríe más que en otras ocasiones en que hemos estado juntos. ¡Se ve tan mágico! ¡Él es tan mágico! Me acaricia una mano y todo mi cuerpo se estremece. Lo miro a sus ojos: son tan cautivadores que me quedo prendido en ellos.

—Me encantan tus ojos, más tu mirada; lo que me dice —le digo, riendo como un niño.

—¿Y qué te dice? —se interesa Mateo.

—Que me pierda, que me esconda en ella, y no salga de ahí nunca.

—¿Y sabes lo que me dice a mí tu mirada? Que eres mi perdición, que estoy ya totalmente perdido; que he encontrado mi camino, mi camino que va de mi cuerpo al tuyo. Mi camino eres tú. —Se levanta y se viene a mi lado. Me abraza y me besa.

»Antes de conocerte, iba de flor en flor, no en el sentido de acostarme con uno y con otro, no. Yo solo me he acostado con alguien teniendo sentimientos. Para mí el sexo así porque sí no tiene sentido. No me gusta. Yo quiero sentir a la persona, a la que es especial para mí.

»¿Y por qué iba de flor en flor, como se suele decir? Porque buscaba a esa persona especial que quisiera compartir el tiempo conmigo, pero no la encontraba por ningún lado. Tenía la sensación de que nadie llegaba para quedarse, que ellos sí buscaban el sexo gratuito y rápido, que el estar con alguien, amarlo, respetarlo, darle tu tiempo… ya no se llevaba ni llevaba. Por suerte, ahora es algo del pasado, porque tú has llegado. Y ahora comprendo a la perfección por qué nada de aquello funcionó: porque ese lazo rojo que une a dos personas estaba ligado a otro alguien, y ese alguien eres tú, Álex. Lo sé, y lo noto, desde el primer momento. —Nuestras miradas se cruzan. Me mira de forma casi intimidante—. Porque el otro extremo del lazo está unido a tu mano.

Me quedo sin palabras. Es tan bonito lo que dice. Nunca antes se me habían sincerado así. Me emociona. Hace que me brillen los ojos. Sin embargo, por otro lado, me sobrecoge, me impone demasiado.

—Diciéndolo así conlleva mucha responsabilidad, ¿no crees?

Mateo se retira un poco. Su semblante cambia.

—¿No quieres responsabilidades?

Comprendo el miedo que acaba de cruzarle.

—Oh, no, no me refería a eso, sino al hecho de… ¿y si no sale bien, por cualquier motivo? No me gusta hacer sufrir. —Bajo la cabeza. ¿Por qué he dicho esto si antes le he dicho que me estoy enamorando de él?

Mateo me agarra de la barbilla.

—¡Ey! Nene, a ver, no tengas miedo. ¿Por qué deberías tenerlo? Sentimos lo mismo. ¡Me lo has dicho!

—Sí, claro. Pero, aun así…

—Si fuera así, Álex, no me arrepentiré de nada. ¿Sabes por qué? Porque habrán sido los mejores momentos de mi vida, y los habré compartido contigo. Pero créeme que ese lazo rojo no se romperá.

Habla, y me derrito. ¿Cómo se va a romper ese lazo con lo bonito que es todo? Aunque es normal que tenga miedo. Ese recelo que todos tenemos a abrir nuestro corazón, a entregarlo a otra persona y que después lo hagan pedazos cuando todo es extraordinario.

Mateo me abraza, protegiéndome.

—Estoy tan bien a tu lado —le digo. Apoyo mi cabeza en su pecho—. Me gustaría saber más de ti. ¿Cómo saliste del armario? Tú primera relación… ¿Cómo lo lleva ahora tu familia?

—Es algo que te atormenta a ti, ¿verdad?

Me encojo de hombros antes de asentir.

—Sí… Saber cómo te fue y cómo te va a ti me puede ayudar.

—Aun así, déjame decirte algo: yo estaré aquí en todo momento, corazón. Siempre. —Y me devuelve el beso.

Ese arrojo, ese apego, esa muestra de cariño y compresión es lo que necesito y lo que me ayuda. Me acerca más a él, a ser más yo; a abrirme más. Y sé que, con él a mi lado, todo será mejor.

Mateo aparta la mesa y nos sentamos más cerca del fuego. Baja la luz de la lámpara. Es una de esas en las que vas dando palmadas hasta regular la luz. Muy ingeniosa, la verdad, sobre todo para no levantarte de la cama en invierno cuando hace tanto frío. Me rodea con su brazo por detrás de la espalda y nos apoyamos en el sofá, contemplando el fuego.

—La verdad, yo también tuve miedo a salir del armario, aunque, por un lado, mi situación era muy distinta a la tuya. No soy de pueblo, soy de una gran ciudad. Quieras o no, aquí es normal ver juntas a parejas del mismo sexo.

»Al principio, en esa etapa en la que no sabes muy bien cuál es tu orientación, sueñas con verte en una situación igual, pero en otras repulsas la acción. ¿Por qué soy así? ¿Por qué no me atraen las chicas? ¿Por qué pruebo y no siento nada? Lo peor es cuando ves que tu familia es homófoba. ¿Cómo hablar de lo que realmente sientes? ¿Cómo abrirte a ellos? ¿Cómo reaccionarán? ¿Bien, mal?...

»Siempre he sido un niño muy independiente. Dicen que los artistas, o los que nos dedicamos a una actividad artística, lo somos. Nos cuesta abrirnos al resto y lo expresamos mediante el arte. Por desgracia, esa vez el arte no me iba a ayudar.

»Con dieciséis años supe quién era, qué quería en mi vida, a quién quería amar y con quién quería compartir mis días: con un chico.

»Me enamoré por primera vez de un chico mayor que yo. Él tenía veintitrés años. Él había salido del armario. Vivía con total libertad, al contrario que yo. Todo iba muy bien hasta que se

cansó de que siempre estuviéramos a escondidas. ¿Por qué no mostrar nuestro amor? Él quería abrazarme, besarme en la calle; hacer cosas como las parejas normales, pero yo tenía miedo de que nos vieran y alguien fuera con el chisme a mi padre. Como sabes, regentamos el bar. Él es muy conocido y no dudarían en hacerlo. ¿Y qué haría si se enteraba? Solo de pensarlo me temblaban las piernas. No podía permitirlo. Él era y es muy homófobo, aún le cuesta aceptarlo, y no quería ni imaginarme cómo pondría el grito en el cielo. Pero porque él no hiciera eso, ponía en peligro la relación con este chico.

»Yo era muy feliz con él y quería seguir siéndolo, pero veía cómo, cada vez más, nuestra relación estaba más fría: nos envolvimos en una rutina, no salíamos a la casa; siempre estábamos en su casa. Y me dio un ultimátum: o aceptaba mi homosexualidad de cara al exterior, o se había terminado.

Me quedo mirándolo con un nudo en la garganta. Mateo está tan serio hablando, reflexivo y con las sombras del pasado haciendo brillar sus ojos. Puedo hacerme a la idea, en parte, de lo que sufrió. Estoy viviendo la misma situación.

Le agarro con fuerza una mano, transmitiéndole mi cariño.

—¿Qué hiciste? —le pregunto.

Mateo me mira fijamente a los ojos.

—Reuní a mi familia, a toda, en el bar, el día de mi cumpleaños. Mi ex estaba allí, como si fuera un amigo más. Y lo solté. No sé cómo tuve valor para ello. Temblaba. Acabé llorando. Fue horrible. Pero lo solté y me liberé.

»¿Cuál fue mi sorpresa cuando toda mi familia me felicitó por haberlo dicho, por haber tenido arrojo, coraje de hacerlo ante todos y en el día de mi cumpleaños? Todos lo sabían antes que yo. Dicen que eso se nos nota, a unos más que otros, ya sabes —ríe. Sé de lo que habla: él, Cristina y Abraham han descubierto que lo soy antes que yo—. Supongo que eso me hizo sentir mucho mejor en aquel momento.

»Recuerdo la cara de felicidad de mi madre cuando por fin me vio sonreír como hacía meses que no hacía. Ella fue la primera que lo supo desde el primer momento, pero las madres son reservadas, no dicen nada. —«Menos la mía que no se corta y lo suelta», pienso—. Y me apoyó tanto o más después de aquel día… —Rompe a llorar sin poder contenerse más. ¿Qué ocurre?—. P-perdona, no quería…

—No, tranquilo. —Lo abrazo, sin saber qué decir en este momento. Son situaciones que se me quedan grandes. No sé cómo actuar—. ¿Puedo preguntar por qué lloras?

Mateo levanta la cabeza y vuelve a buscar mis ojos. Toma aire.

—Mi madre murió tres años después, víctima de un cáncer… Y no sabes lo que daría porque me viera ahora, lo feliz que estoy de poder estar contigo y haberte conocido.

Me quedo sin palabras.

—Feo, yo… L-lo siento mucho. No sabía… nada. De haberlo sabido no hubiera preguntado. Perdona. No era mi…

Mateo me sonríe con esa ternura que siempre desprende. A pesar de la desazón y de estar llorando no deja de hacerme sentir bien. Me besa, callándome.

—No digas nada, tonto; tenía que contártelo alguna vez, ¿no?

—Sí, pero… —Me abrazo a mí mismo, incómodo—. No sé, son situaciones que me hacen sentirme... No me gusta ver a nadie llorar. No sé qué hacer. Una vez, junto a mi hermano y mi

padre, le regalé a mi madre un ramo de flores para el día de la madre. Cuando se lo llevó la floristería a casa, mi madre rompió a llorar. Me pilló a mí solo en casa y quise que la tierra me tragarse; nunca la había visto llorar. ¿Y qué hacía? Le di dos palmadas en la espalda diciéndole: «Ya, tranquila, que no es nada». No te rías. ¡Me sentí estúpido!

Mateo no puede evitar echarse a reír. Me da vergüenza contar esto, pero por lo menos he conseguido arrancarle una sonrisa. Me agarra la cara y me besa conforme sus manos me hacen cosquillas.

—¿Ves? Si es que eres de lo que no hay: una especie en extinción.

—Sí… Calla, ¡qué vergüenza!

Riendo, Mateo continúa:

—Como decía, mi familia me apoyó, más mi madre. Se lo agradeceré toda mi vida. Mi hermano también lo aceptó, aunque creo que sé por qué: es menor que yo, nos llevamos cinco años. Yo tengo veinticinco, aunque parezca más joven. Él solo ha tenido dos novias, nada más.

—¿Y crees que es…?

—Gay, sí. Lo que pasa que no lo va a decir.

—¿Por qué? Tú has salido del armario, te ve bien, feliz; todos te aceptan.

—Menos mi padre. Si mi hermano le dijera a mi padre que él es también gay, le daría un infarto. ¿Dos hijos gais? ¡Qué locura! ¿No crees?

Viéndolo de ese modo, teniendo un padre homófobo, sí, es una locura.

—Pero tendría tu apoyo en todo momento.

—Sí, pero mi hermano no será tan valiente. En caso de que lo sea esperará a que mi padre muera y entonces vivirá en plenitud su orientación.

—¡Joder! —se me escapa el exabrupto—. Pero eso es una aberración. ¡No va a disfrutar nada! Ya has visto lo que tú pasaste por estar escondido…

—Ya, pero hay personas que prefieren estar así. De todos modos, él es grande para saber qué quiere hacer, y qué no.

—Y tu padre, ¿por qué aún no lo acepta? —me atrevo a preguntar.

No lo entiendo, la familia de Mateo lo apoyó, ¿por qué el padre no?

—Creció en otra época, con otra mentalidad. Mi abuelo fue un machista, y sirvió en la guerra. Por aquel entonces sabemos que se perseguía mucho la homosexualidad. Mi abuelo no iba a ser menos. Mi padre se hizo mayor conviviendo con eso. ¿A sus casi sesenta años le íbamos a hacer cambiar? Me temo que no. Mi abuelo murió hace dos años sin saber que soy gay. El caso es que mi abuela sí lo aceptó, y estaba encantada con que yo sea gay.

Me quedo anonadado. ¿En serio? ¡Ojalá mi abuela fuera así! Pero estoy seguro de que no.

—El otro día, cuando te estaba haciendo el retrato mientras me tomaba un descanso en el bar, entró en la oficina y me puso de vuelta y media por estar dibujándote y por, supuestamente, hacer el vago mientras había un montón de clientela y solo estaba mi hermano para ello. Mentira, no era para tanto. Sin embargo, no puede asimilarlo, no.

—¿Y no crees que tal vez no es así, que sí lo tiene asimilado y te acepta, pero a la hora de enfrentar la situación frente a ti no es capaz o no sabe cómo llevar la situación?

—¿Como que él teme la reacción que yo pueda tener? —Se queda pensando—. Uhmm… No sé, no creo; tal vez sí. El orgullo de un hombre de su edad, llamémoslo «Iberian typical male», suele ser así. El problema reside en que actuando de esa forma solo consigue hacerse daño a él

mismo y hacérmelo a mí. Ya tendría que cambiar… —La tristeza recorre su mirada—. Solo espero que cuando lo haga, no sea tarde.

Le acaricio la barbilla con ternura. Aunque quiere hacerse el fuerte y hacer notar que no le importa, no es así: se ve a la perfección.

—Seguro que sí, ya lo verás.

Mateo agarra la botella de vino rosado: aún queda un poco. Llena ambas copas. Brindamos.

—Has visto que se me ha pasado la cogorza y quieres que vuelva a coger el punto, ¿no? —señalo, gracioso.

—Sí, ¿cómo lo sabes?

—Y quieres violarme cuando esté borracho, ¿no?

—Sí, ¿cómo lo sabes?

Nos echamos a reír.

—Pero solo si tú quieres.

Me quedo mirándolo, mordiéndome el labio inferior. He de decir que me excita la situación de solo pensarlo, pero también me da miedo. Nunca he tenido relaciones sexuales; temo hacerlo mal, no estar a la altura…

—¡Ey! No pienses nada, ¿vale? Porque sé que lo estás haciendo. Todos hemos pasado por ahí, tonti, y no es para tanto.

Mateo empieza a conocerme muy bien. Eso me gusta. Esa compenetración con un simple juego de miradas.

Me bebo el lambrusco de un trago, con la adrenalina por las nubes. Sus ojos me pierden. El vino me está llevando a la locura. ¡Yo, que nunca había bebido!

—¿Puedo preguntar una cosa?

Me quedo blanco. ¿Qué será? Mateo se toca el bolsillo derecho y saca un papel doblado, el que le he dado en el restaurante.

—¿Me dejas leerlo ya? Estoy deseando, lo siento. ¡Quiero saber qué es!

—Eres peor que un niño la noche de Reyes, ¿eh?

—Sí, pero mucho más sabiendo que el juguete es tuyo.

Sabe cómo dejarme también sin palabras. Me ruborizo de pensar que va a leer el poema delante de mí. ¡Qué pavor!

—Está bien, hazlo; pero no te rías, ¿vale?

—¿Por qué me iba a reír?

—No sé. —Me encojo de hombros—. Por decir algo. Me da vergüenza.

—¡Qué tonto eres!

—Más que un mulo, sí. —No se nota que soy de pueblo, ¿cierto?—. Antes… recuerda lo que me escribiste la mañana que te fuiste de mi piso, cuando dormimos juntos.

—Sí, me acuerdo.

—Pues ahora lee.

Mateo saca el papel mientras yo me doy la vuelta hacia el fuego, con las mejillas encendidas, no sé si por el calor de las llamas o por el vino. Él me vuelve y me agarra una mano mientras lee. Siento su fuerza y cómo su cuerpo se estremece de la emoción ante las palabras que le escribí:

Y en la maldad de la distancia
habrá esperanza de que pienses en mí.

Sé que no me fallarás y regresarás.

Y no habrá sido en vano el esperar,

porque justo en ese momento sabré que ha merecido la pena aquí estar.

Levantar la persiana y juntos ver, un día más, amanecer.

Y ver de la comisura de tus labios resbalar

un «te quiero» que me haga emocionar.

Suelta el papel y me mira fijamente, casi intimidándome, con los ojos vidriosos. Me quedo congelado. ¿Qué va a hacer?

—¿Qué? —digo, con una sonrisa nerviosa.

—Mira mis labios.

—¿Para?

—Míralos.

Lo hago con el corazón a punto de salirse de mi pecho.

—Te quiero —modula con la mayor dulzura posible, intentando que las palabras resbalen de la comisura de sus labios.

Río, sonrío; me acaloro. Tiemblo de timidez y, sobre todo, de emoción, antes de que las lágrimas salten de mis ojos. Nunca me han dicho «te quiero» de esa forma tan especial, mucho menos siguiendo mis anhelos en un poema.

No puedo contenerme más: si no lo hago, exploto. Me lanzo sobre él y quedamos tendidos en el suelo besándonos con pasión.

—Yo también te quiero. —Vuelvo a besarlo.

Mateo me quita la ropa y yo a él mientras siento cómo la adrenalina recorre mi cuerpo con más frenesí, cómo la excitación tiene su punto más álgido.

Recorro su pecho desnudo, su torso marcado, con mis manos. Mateo me gira y se pone sobre mí, sin dejar de besarme. ¡Qué droga es esta! ¡No parezco yo! Quiero más y más. Siento la respiración de él descontrolada y más loco me vuelve. Su mano derecha baja por mi pecho hasta abajo y mis ojos se abren de par en par cuando empieza a tocarme, sin dejar de besarme, para después recorrer con sus labios mi cuello e ir bajando hacia el pecho.

—¿Estás preparado? ¿Quieres hacerlo?

—S-sí… —jadeo. Me ruborizo—. Pero…

—Tranquilo, prometo no hacerte daño. ¿Confías en mí?

—Confío en ti.

—Entonces déjate llevar: voy a mostrarte el Paraíso.

Y eso hago, envolviendo cada recodo de mi piel del placer de sentir a Mateo junto a mí; de hacer el amor por primera vez, de sentir sus caricias, la pasión con la que me trata así como dulzura y cariño mientras ambos jadeamos y nos fundimos en uno.

No quiero que la noche se acabe, no quiero que este disfrute termine: quiero sentir más y más a Mateo, dejándome llevar más a cada momento haciéndome estallar en un éxtasis de placer que nunca he sentido.

No hay duda: soy quién soy y esto es lo que siempre he querido.

29

Si dijera que no ha sido la mejor noche de mi vida, mentiría. No voy a dar más detalles porque ya se puede imaginar. Mateo es un encanto en todos los sentidos. Ha hecho que me olvide de tapujos, que no tenga miedo a la primera vez, a dejarme llevar y a disfrutar. Entregar mi virginidad a él ha sido lo mejor que he podido hacer.

No dejo de sonreír mientras él duerme, agotado. Estoy como un niño corriendo detrás de su cochecito. No quiero que las horas pasen; quiero que el tiempo se detenga; tomar cada segundo y disfrutarlo con Mateo. Y poder hacer que sea siempre feliz.

Me abrazo a su torso desnudo buscando calor. El fuego se va apagando y el salón está congelado. No quiero moverme de aquí a pesar de esto. No quiero que nada cambie. No quiero romper el mágico momento, no. Lo miro a la cara: está tan guapo durmiendo. Le acaricio la barba y lo beso en los labios. ¿Qué extraño hechizo ha causado en mí? Nunca me había sentido así. Quiero estar más y más a su lado. Lo quiero. Me he enamorado de él sin pretenderlo. Sin darme cuenta él ha derribado mis murallas, mi temor a enamorarme, a entregarme, a desnudarme ante alguien y, por encima de todo, ante un chico. Pero es tan maravilloso. ¡Tan especial!

Cierro los ojos, embriagándome por la sensación, y no me entero cuándo me quedo dormido.

Un leve traqueteo me despierta. Estoy hecho un ovillo, helado de frío. Abro los ojos, estirándome. Paladeo y me miro: estoy tapado con el jersey de Mateo. ¡Qué frío! Levanto la vista y veo a Mateo, observándome, sonriendo muy feliz.

—Hola, cariño. ¿Qué tal has dormido? —Me guiña un ojo. ¡Qué pícaro es!

—No sé… He dormido como si no hubiera pasado nada especial. —Le saco la lengua, burlón —. ¡Ha sido la mejor noche de mi vida! Gracias. —Le doy un pico—. Gracias por lo que me hiciste sentir anoche; fue muy especial para mí.

—¿He pasado la prueba? ¿No vas a huir?

—Por nada del mundo. ¡Tienes más que sobresaliente!

Mateo hace como que se limpia el sudor de la frente.

—¿Te gustaría repetir?

—Bueno, teniendo en cuenta que sigo desnudo… ¿Por qué no?

¡Quién me ha visto y quién me ve!

Mateo me recoge entre sus brazos y comienza a besarme con ardor. Giramos por el suelo con la mala fortuna de que se golpea, otra vez, en la herida.

—¡Mierda, mierda! —exclama con los ojos llorosos.

—A ver, tranquilo. —Lo reviso—. Déjame que te cure. Te sale un poco de sangre. Tienes un

imán para golpearte ahí.

—¡No había otro momento!

—Las cosas pasan por algo. —Me levanto y corro a por el agua oxigenada y el yodo, desnudo.

—¡Pero vístete, tonto! ¡Que te vas a resfriar!

—¡Habló! —Supongo que es efecto aún del vino, porque es la primera vez que me paseo desnudo con alguien mirándome. La conexión que hay entre yo y Mateo es demasiado grande; no hay vergüenza, es como si nos conociéramos desde hace mucho tiempo.

Regreso y le curo la herida. Busco nuestra ropa y comenzamos a vestirnos. A medio vestir, Mateo me rodea por la cintura y siento su aliento en mi nuca, ruborizándome.

—Estos pequeños detalles son los que hacen que me enamore más y más de ti, locamente, sin darme cuenta.

Es algo tan bonito lo que me ha dicho que me quedo sin saber qué decir. ¡Yo y mi dichosa manía de tener la última palabra!

—Como diría Julieta: vivir un amor sin cadenas para que nuestros corazones se afiancen mucho más.

—Ahora y siempre. Te quiero.

»Vamos, termina de vestirte y a desayunar. ¡Hay mucho que hacer hoy!

He de decir que el sábado y el resto del domingo que hemos permanecido en la casa de la playa han sido los mejores días de mi vida: he disfrutado como nunca. He sentido lo que antes no había sentido; me siento radiante; no dejo de sonreír. Mateo es la mejor compañía que puedo tener. Estar a su lado es como si el mundo se detuviera y solo estuviéramos yo y él. ¿Por qué no he admitido antes mi orientación sexual? Supongo que todo tiene un motivo y las cosas no pasan hasta que no les llega su momento. Pero mejor tarde que nunca.

Después de desayunar, Mateo me lleva a dar una vuelta por el pueblo. ¡Cómo se nota es que es un pueblo costero! Las casas tienen una magia especial; zócalos de piedra, colores muy blancos cubriendo las fachadas, aunque algunas son de color azul. Según dice Mateo, tiene que ver con el tema del mar. Cuando era pequeño fui con mis padres de viaje a la costa y también había casas pintadas de azul.

En las calles puedes encontrarte de todo, desde barcas en desuso utilizadas ahora como maceteros hasta velas mayores en sus mástiles incrustadas en las paredes de las viviendas, dando a la calle un nuevo aspecto, creando una especie de pasarela. ¡Estoy alucinando! Parece de cuento, la verdad, pero de un cuento real.

Vamos cogidos de la mano, la gente no parece reparar en ello, y si lo hacen, no toman cuenta de ello; lo ven con normalidad. Eso me ayuda, y bastante. Lo más sorprendente es que hay más personas mayores que jóvenes. Y que los mayores no se sobresalten, teniendo en cuenta la educación y época en la que crecieron, es un milagro.

Sí, han habido dos o tres personas que han cuchicheado y escandalizado, pero no le hemos tomado mayor importancia. Me siento muy seguro con Mateo. A él no le importa nada. Camina feliz de llevarme a su lado. Su felicidad es tan reconfortante. Es un niño en el cuerpo de un adulto. ¡No quiero que el tiempo pase! ¡Quiero que se detenga!

Me lleva a comer cerca del mediodía a un pequeño bar escondido en las callejuelas del pueblo donde su especialidad es solo pescado. ¡El aroma que sale por la puerta embriaga! Mateo

no escatima y pide varios platos de pescado. Yo soy de comer poco y con dos o tres bocados ya estoy lleno.

—Vamos, no seas tonto y come, que para eso he roto mi cerdito-hucha, para darte este manjar.

—Pues pobre cerdito, teniendo en cuenta que como igual que un pájaro —refuto, intentando respirar. ¡Qué lleno estoy!

—Ha tenido buena vida. No ha podido tener queja, no, aunque ya no por el cerdo, sino porque luego tu madre me dirá que no te doy de comer.

Me atraganto con el vaso de agua y acabo escupiéndosela encima. ¿He escuchado bien?

Mateo se ríe a carcajadas, limpiándose el agua de la cara. Mi cara es un poema: me he quedado lívido.

—Sabía que esa sería tu reacción. Anda, límpiate la boca que menudo rastro de agua llevas. —Me da su servilleta.

Al final acabo riéndome mientras lo golpeo con la servilleta de tela.

—¡Eres malo! ¿Cómo se te ocurre decirme eso?

—Porque ver la cara que has puesto ha merecido la pena.

—¿Y eso es un trofeo para ti? —me enfado. No me gusta que se jueguen con esas cosas, más teniendo en cuenta que tocar el tema de mi madre en estos momentos no es nada bueno.

—No es que sea un trofeo, pero sí es bonito ver todas tus facetas de emociones recorrer tu rostro.

¡Ostras! Me ha desbancado con eso.

—¡Idiota! —le digo negando con la cabeza, sin poder ocultar otra sonrisa.

—¡Gracias por el piropo! ¡De lleno en toda la frente!

—Te lo merecías, ¿no?

—No, solo hay una cosa que yo merecía, ¿y sabes qué es? A ti. Solo te merezco a ti, y nada más. Aún no nos hemos separado y ya te echo de menos. Te quiero.

Si esto es un sueño, no quiero despertar.

Nos hemos sentado en la arena de la playa para ver el atardecer, o eso pretendíamos. Mateo ha buscado en los viejos baúles de la casa y ha sacado una vieja manta para estirarla en la arena y no mancharnos. Hace mucho frío y yo voy tapado hasta las orejas; parezco el muñeco de Michelín. El día era espléndido, pero las nubes comienzan a cubrir todo. A lo lejos se ven las nubes de tormenta cargadas de rayos y relámpagos: azules y morados fundiéndose con los rojos y naranjas del atardecer, es impresionante; no todos los días se ve algo así. Hay varias personas más en la playa, pero no son tan llamativas como nosotros. ¿Por qué? Porque estamos con la manta y una sombrilla de playa para evitar mojarnos si llueve. Es una estampa para nunca olvidar. No hay dos como Mateo. Tiene unas ocurrencias… Supongo que tiene que ver con su lado artista. La creatividad, la locura y la espontaneidad es su lado más fuerte.

La gente que pasea nos mira y cuchichea. Mateo me hace cosquillas, mi punto más débil. Me he revolcado fuera de la manta no sé ya cuántas veces, parezco una croqueta bien rebozada en toda regla. Y, para colmo, lleva su súper cámara y no deja de hacerme fotos, además de otras tantas los dos juntos. En ninguna salimos bien, pero es lo mejor de esas fotos, que reflejan los momentos tontos y especiales que estamos pasando, aunque esos momentos siempre duran poco.

Los mismos gamberros del día anterior pasan por aquí, se nos quedan mirando y se echan a

reír. Buscan pelea, pero se retienen; hay demasiada gente en la playa. Y lo agradezco. Tengo que sujetar a Mateo para que no haga ninguna locura. Seguirles la corriente es lo peor que se puede hacer. Mateo lleva la señal en la frente y no quiero ni imaginar cómo hubiera acabado si hubieran llegado a las manos.

—¡Mariquitas! —Demasiado han tardado en soltar alguna perlita—. ¿Qué, necesitáis vaselina? ¡Ja, ja, ja! ¡Sois la vergüenza del ser humano! ¡Id al médico, lo vuestro no es normal!

Veo cómo Mateo se enfurece más y más. Cierra sus puños.

—Mateo, no, por favor; no hagas nada. ¡Déjalos que digan lo que quieran!

—¿Y qué nos sigan insultando? —gruñe—. ¡Los monstruos son ellos, no nosotros! ¡Joder, Álex! ¿Cómo puedes pedirme eso?

—¿Que cómo puedo pedirte eso? —me exalto—. Supongo que está claro, ¿no? ¡Porque no quiero que acabes peor que ayer! ¡Porque te quiero y me preocupo por ti! De lo contrario te dejaría que fueras y os partáis la cara mutuamente.

La cara de enfado de Mateo cambia de golpe con mis palabras. Desvía la mirada, azorado.

—Lo siento. Perdona. No quería… —Me coge una mano—. Estás situaciones pueden conmigo. ¡Ya es hora de que dejen de meterse con los homosexuales! ¡No hacemos nada malo!

—¡Sí lo hacéis! ¡Sois una plaga! ¡El mundo está lleno de monstruos como vosotros!

—¡Ya está bien! —estalla Mateo, poniéndose en pie.

—Mateo, ¡no!

Pero ya es tarde: Mateo va hacia ellos dispuesto a hacerlos callar. Las miradas se centran en ellos. Los chicos parecen amedrentarse un poco, pero solo un poco.

—Mirad, ¡la mariquita viene a por nosotros! —dice el cabecilla—. ¡Mira cómo tiemblo!

Los amigos le ríen la gracia.

Mateo no se lo piensa dos veces, lo agarra del cuello del jersey y lo levanta del suelo. Me quedo anonadado. ¡No sabía que tenía esa fuerza!

—¡Como vuelvas a decir algo de nosotros, a meterte con nosotros, o a insultarnos, te parto la boca, ¿queda claro?! ¡Rata! Eso lo que eres, una rata, una cucaracha. Vosotros sí sois la escoria de la sociedad, los monstruos como tú dices. Vergüenza me daría ser como vosotros. Sois el lastre del mundo.

—¡Suéltame, tío! —El chico intenta deshacerse de Mateo, pero no lo consigue. Mateo le da con los dedos y le quita la gorra. Los amigos retroceden y echan a correr—. ¡Joder! ¡Ayudadme! ¡Hijos de…!

—No eres tan valiente como pareces, ¿eh? —se ríe Mateo—. Desaparece de mi vista, no quiero volver a verte. Y no rechistes o créeme que te meto el puño de lleno en la boca, ¿entendido?

Mateo lo deja caer al suelo. El chico se levanta trastabillando, recoge la gorra y sale corriendo, no sin antes insultar:

—¡Mariquitas!

Me acerco a Mateo, sin palabras. He de admitir que me ha sorprendido, y mucho, su actitud. No me lo esperaba para nada así, pero a la vez estaba tan sexy cabreado.

—¿De verdad serías capaz de meterle el puño en la boca?

—¿Tú qué crees? —Me coge de la cintura y me levanta del suelo—. Muerdo más que ladro, pero hay que saber hacer bien el papel. No creo que se acerquen más por aquí.

—Ya, pero ha vuelto a insultarnos —recalco.

—Sí, pero a distancia. Ya has visto, mucho cacareo para poco gallo.

—¡Anda que menudas comparaciones tienes, ¿eh?! Ja, ja, ja.

—Bueno, he tenido buen maestro, ¿no? —Me besa.

Justo en este momento el cielo se abre y comienza a llover con fuerza. Corremos a refugiarnos bajo la sombrilla mientras el resto de parejas se marchan. Me abrazo a Mateo, tiritando de frío, y contemplo la preciosa imagen. Los rayos caen al mar en una explosión de luz que sobrecoge. Tengo miedo. Las tormentas me gustan, y no me gustan: si estoy en casa, sí; tan de cerca, me horrorizan. Sin embargo, Mateo está encantado, y estándolo él, yo también lo estoy.

—¡Guau! Mira, ¡he pillado uno con la cámara! —dice entusiasmado. La foto es espectacular —. ¡Esto no se ve todos los días, ¿eh?!

—No, y que una sombrilla haga de pararrayos, ¿tampoco? —digo, alarmado, observando la estructura de la sombrilla. Es todo metal, somos un blanco fácil.

Un rayo cae muy cerca de nosotros.

—¡Mierda, mierda! —Mateo se pone en pie, veloz, con tanta violencia que arranca la sombrilla con la cabeza, tropieza y cae rodando. No puedo evitar reír mientras la lluvia nos empapa. ¡Es tan graciosa la situación!

Otro rayo cae, y otro, cada vez más cerca.

—¡Correeee! —me insta Mateo, agarrándome de la mano.

—¡La manta y la sombrilla! —digo entre carcajadas.

—¡Al diablo con ambas cosas! ¡No pienso dejar que me caiga un rayo por algo que se puede reponer!

Llegamos al porche de la casa y nos tiramos al suelo, calados de agua, y riéndonos.

—¡Vaya dos! Espero que nadie nos haya grabado —comento, pasándome la mano por el pelo para escurrirlo.

—Ven, abrázame —me pide Mateo. Me abrazo a él, tiritando, y contemplamos cómo llueve con la imagen tan preciosa que nos muestra la naturaleza—. ¿Te hace una ducha calentita, sofá, peli, manta, chimenea, tú y yo?

Hago como que me lo pienso.

—¿Lo dudabas?

—Ese es mi chico. ¡Vamos!

—¿Ya está todo en el maletero? —pregunto a Mateo, echando un vistazo a la casa. Voy a extrañar los momentos que hemos pasado juntos. ¿Cómo es posible que cuanto más a gusto estás más rápido pasa el tiempo? Toca regresar, mañana hay que ir a clase, y Mateo a trabajar. Pero no quiero irme, quiero quedarme aquí con él.

—Sí, tampoco había mucho que guardar, ¿no crees?

—Sí, cierto; tengo preguntas de tonto. —Mateo viene por detrás, me da un susto y me vuelve a coger de la cintura, levantándome del suelo—. Guapo. Guapo y guapo. —Me roba un beso.

—Tú más.

—¿Te apetece hacer una última cosa antes de irnos?

—Sí, claro. ¿El qué?

—Ven, vamos a aquel peñón: un último vistazo al mar desde vistas privilegiadas.

—Va a llover otra vez —digo, echando un vistazo a las nubes que se ciernen sobre nosotros,

amenazantes.

—¿Te asusta un poco de lluvia después de lo de ayer? —dice, mirándome de soslayo. Me echo a reír. La verdad es que no tiene mucho sentido—. El atardecer aún se puede ver. Las nubes no nos impedirán ver la belleza del ocaso.

Vamos hacia allí. La piedra es bastante peligrosa: es puntiaguda y, por los lados donde el agua no ha dejado de golpearla, la erosión ha hecho que sea muy resbaladiza. El viento sopla con fuerza. Mateo me lleva agarrado de la mano; supongo que teme que me caiga. Soy patoso, pero no creo que… Bueno, no lo diré muy alto por si acaso.

El atardecer está en su punto más álgido: el sol va a desaparecer ya. Creo que nadie se puede hacer a la idea de lo bonito y extraordinario que es la vista, esos colores fuego fundiéndose con el agua mientras por la derecha se aproximan las nubes de tormenta con rayos y relámpagos. Es una mezcla de colores y explosión de sonidos tan sublimes que sobrecogen. Estoy embobado contemplando el paisaje cuando un trueno me saca de mi embobamiento, asustándome. Se me resbala un pie y apunto estoy de caer al agua. Mateo me coge al vuelo, pálido: se ha asustado casi más que yo.

—¡No-vuelvas-a-hacer-eso! —exclama, marcando cada palabra para que se escuche a la perfección—. Joder, ¡casi te pierdo!

Sonrío de oreja a oreja antes de entrarme la risa floja.

—Sabes que tienes Álex para rato, ¿verdad? —Él asiente—. Entonces no tienes que preocuparte.

—Lo sé, pero por si acaso… —Se arrodilla delante de mí y se quita el collar que lleva al cuello con un colmillo. ¿Qué va a hacer?—. Sé que tal vez voy demasiado deprisa, pero sé cuándo tengo que hacerlo, porque la situación ha venido así, y merece la pena: quiero pedirte, y no darlo por hecho cuando llevemos más tiempo, si quieres ser mi novio. —Abro los ojos de par en par. ¿Lo dice en serio? No sé qué decir, ni si tengo que hacerlo ya—. ¿Qué me dices? —Se pone en pie y me coloca el collar—. Lleva un colmillo, como ves. Es algo que significa mucho para mí; no te lo daría sino fuera tan importante. Es el colmillo de mi perro, el primero que se le cayó; es lo único que me queda de él… Pero con la entrega quiero hacerte ver que doy todo por ti.

—Pero… —Estoy anonadado. ¿Cómo puedo aceptar algo así? Es muy personal, y no puedo negar que me encanta el detalle y lo que en sí conlleva. Sin embargo…—. Mateo… ¡Claro que quiero ser tu novio! Por encima de todo, pero no puedo aceptar el collar, es lo que te queda de tu perro, significa mucho para ti. Y-y yo soy un patoso y no quiero perderlo. Por favor.

—No, llévalo tú; sé que lo cuidarás. Y, llevándolo tú, cuando no estemos juntos, más cerca nos sentiremos el uno del otro.

—Es tan bonito lo que dices... —Por favor, que alguien me recoja, me estoy derritiendo de puro amor.

—Para bonito, tú. —Me besa y comienza a llover. Típico, ¿no? Pareja besándose y comienza a llover. Pero tengo que decir que es tan agradable—. No quería darte un típico anillo, no, porque no sería algo personal.

—Y te lo agradezco. Yo no tengo nada para ti… —Desvío la mirada, avergonzado. No me esperaba que Mateo me pidiera ser pareja, tampoco el regalo. Y ni se me ha pasado por la cabeza tener un detalle con él.

—¿Cómo que no? —Me vuelve la cara hacia él—. Te tengo a ti. Eso es lo mejor y más maravilloso, así como valioso, y con eso me basta.

—Te quiero.

—Y yo a ti.

—¿Y qué más pasó? —me dice Cristina en el descanso el lunes por la mañana. Me mira con la misma emoción con la que ves una comedia romántica y estás a punto de llorar, pero a la vez feliz de lo bonita que es la historia.

—¿Quieres decir, a si lo hicimos? —Me echo a reír—. Esa frase es de Titanic y siempre he querido usarla.

»Vale, vale. Pues nada, llegamos a casa y se quedó un rato conmigo… —Le guiño un ojo, avergonzándome—. Y ya hasta hoy.

—¡Eres un cabrón, ¿lo sabías?! —No puede dejar de reír—. ¡Yo quiero algo así! ¡Que tengo el dique seco!

—¡Hala, Cris! ¡Te has quedado en la gloria con esa frase, ¿eh?! —suelta Abraham, poniendo los ojos en blanco. Ha querido escuchar mi relato a pesar de que sabía que lo que iba a contar no le iba a gustar nada.

Tampoco he dicho todo con pelos y señales, claro. Las mejores partes me las he reservado. ¡Pero tenía que hablar con ellos sí o sí! Más con Cristina, por supuesto: ella está encantada con lo que me está pasando.

—La verdad, hijo —suspira Cristina, negando con la cabeza—. ¡Cómo se nota que no eres de pueblo!, porque en un pueblo es tan natural como la vida misma.

—Seguro que la vida se asusta. Y, que yo sepa, llevas poco tiempo en un pueblo.

—Sé adaptarme bien.

—Bueno, no vayáis a discutir por una tontería —me meto entre ellos—. ¿Y vosotros qué tal?

Cristina apoya la barbilla sobre su mano derecha y resopla.

—Bah! Nada interesante. No hay mucho que…

Cristina se detiene al ver acercarse a nosotros una chica rubia, de piel muy blanca. Tiene unos ojos rasgados muy bonitos. Se ha pintado la sombra de los ojos de color rojo. Viste unos pantalones de cuero junto a unos tacones también negros con una blusa blanca y una chaqueta bastante coqueta de pelo sintético. Es muy del estilo de Abraham, en el sentido de vestir, claro.

—Hola. Eres Álex, ¿verdad? —me pregunta, ignorando completamente a Cristina y a Abraham.

—S-sí, sí, soy yo —digo, mirando a mis amigos. Cristina se encoge de hombros poniendo cara de desconcierto—. ¿Quién eres tú?

Me planta dos besos en cada mejilla y, guiñándome un ojo, me informa:

—Soy Andrea, tu compañera de clase. He faltado hoy a Gramática Griega y…

—Por tanto, eres también nuestra compañera —le corta Cristina.

Andrea los mira, les sonríe sin ganas y me presta de nuevo atención, ignorándola.

—Y resulta que tengo que hacer el trabajo contigo.

—¡Ah, sí! No estaba mi compañera. El profesor no sabía nada de tu…

—Sí, sí, ya he hablado con él. Me ha dicho todo lo que tenemos que hacer: investigar sobre no sé qué autores griegos de no recuerdo ahora qué fecha (la tengo apuntada) y hablar sobre la forma de escribir y tal.

—¡Vaya! Tan fina que eres y lo mal que te has expresado —salta de pronto Cristina, socarrona. Se pone en pie—. Ten cuidado y no te vayas a resbalar con las «eses». Voy a por agua.

—Siempre hay idiotas en todos lados —dice Andrea con toda la finura de la que es posible —. Lo dicho, ¿cuándo quedamos? Estoy deseando empezar a trabajar contigo. Tenemos tres semanas para hacerlo, pero cuanto antes mejor, ¿no crees? —Me vuelve a guiñar un ojo. Miro a Abraham, se está mordiendo un dedo intentando disimular la risa. ¿Qué pasa? Andrea me da un trozo de papel—. Aquí tienes mi número. Luego me escribes y vamos viendo, ¿vale? —Me suelta otros dos besos—. Nos vemos, guapo. Encantada de que me haya tocado junto a ti. Hasta luego. —Y se marcha.

Cristina llega con el vaso de agua imitando los andares de Andrea.

—Cristina… —hablo en tono de regaño—, no seas así.

—Esa tía es tonta.

—Sí, y tengo que decir que esa busca más que hacer un trabajo contigo, Álex —añade Abraham, y estalla en carcajadas. Abro los ojos de par en par a la vez que Cristina escupe el agua.

—¿Qué? —decimos al mismo tiempo.

—No pongáis esa cara. Álex, ya la has escuchado: «Aquí tienes mi número. Luego me escribes y vamos viendo, ¿vale? Nos vemos, guapo. Encantada de que me haya tocado junto a ti. Hasta luego». ¿Blanco y en botella? Solo ha reparado en ti. Esta quiere fiesta. Ya sabes la fiesta de la que hablo. Es normal, un tío como tú no se encuentra todos los días.

—¡Calla, calla! —¿Enserio es eso? ¿Y no me he dado ni cuenta?—. Tal vez ella es así. No juzguemos antes…

—Es una fresca, se nota —dice Cristina con asco.

Me llevo una mano a la frente. ¡Ay, Señor!

—Pues cuando se entere de que soy gay…

—No sé lo digas; espera a ver qué hace —me insinúa Abraham. No parece él. Aparte, se lo está pasando bomba con la situación.

—Bueno, ya os contaré. —Me pongo en pie y cojo mi mochila—. Vamos para clase. ¡Y chitón!

Pero ambos no dejan de reír mientras salimos de la cafetería.

30

Es extraño ver cómo pasa el tiempo; los días van tan veloces que el reloj tiene miedo. Hace una semana estaba disfrutando del mejor fin de semana de mi vida junto a Mateo y ahora parece tan lejano. Momentos de felicidad que han estado y están ahí, pero que si te detienes a analizarlos, son banales. Algo que has tenido y ya, ya no hay más. Todo es tan fugaz que sobrecoge. ¿Y por qué? Porque somos coleccionistas de momentos que, a pesar de vivirlos con intensidad y dejar huella, se vuelven borrosos y quedan atrás como viejas fotografías que se desgastan y pierden color. Inmortalizamos algo de la mejor forma posible para después dejar que muera sin darnos cuenta. Bonita reflexión, pero también tétrica.

A pesar de todo esto, estoy más que feliz. La semana ha pasado volando y mucho trabajo en la facultad. ¿Por qué todos los profesores se empeñan en poner los trabajos a la misma vez?

He quedado con Andrea para comenzar nuestro trabajo sobre Literatura Griega Clásica. Dentro de lo que cabe, nos ha tocado algo fácil. La Ilíada y La Odisea de Homero es lo que más resalta de esa época y la que mejor se conserva, según hemos podido averiguar, ya que hay muchos más autores que también escribieron, pero apenas hemos encontrado información de sus obras. De otros muchos, nada. Ahora viene lo peor: analizar la gramática, la forma de escribir. Pero no de forma superficial, no, hay que ahondar, leer entre líneas. Y tengo yo la paciencia para esas cosas donde mi abuelo se dejó el sombrero y no regresó a por él de lo lejos que estaba.

A pesar de que a Cristina y a Abraham no les cae nada bien Andrea -que todo hay que decirlo, ella se lo ha ganado-, no es mala chica. Es muy amable y atenta, nunca deja de sonreír y es bastante graciosa, a pesar de esconderse bajo esa fachada de seria y digamos «pija tonta». A Mateo le hizo gracia cuando le hablé de la suposición que mis amigos habían sacado. Su respuesta no me la esperé:

—Deja que crea lo que quiera, total, no va a conseguir nada.

—Sí, pero no quiero que llegue a sentir algo por mí. No quiero hacerle daño.

—Digamos que eso sería muy tonto por su parte. ¿No se ha dado cuenta ya de que eres gay?

—No, por lo que veo, no. ¡Y tampoco se me nota! Ja, ja, ja. No llevo el plumero dando bandazos por ahí.

—¿Y qué tal si un día la sorprendemos besándonos? Eso la dejará totalmente loca.

—Será un mazazo emocional. —Me hizo gracia imaginar cómo sería ese momento. Pero no quiero ser malo. Tampoco me esperaba esa maldad en Mateo. Aunque no es maldad, porque sé que está de broma—. A ver, no quiero llegar y soltarle: Andrea, soy gay. ¿No te has dado cuenta? Y adiós. No, sería violento. Además de que tampoco deseo ir diciendo por ahí a todo el

mundo cuál es mi orientación sexual; no tengo que ponerme un cartel. Ni yo, ni tú, ni nadie, porque es algo normal.

—Y Cupido se aburre y lanza flechas sin ton ni son. —Mateo se carcajeó todo lo que pudo antes de abrazarme y besarme—. Eres demasiado bueno.

—Lo sé, aunque está mal que lo diga. Por eso te aguanto. —Le saqué la lengua—. Y también te quiero.

A su lado, todo es perfecto, y nuestra relación va viento en popa conforme van pasando más los días. Ya no solo los días, sino también el mes. Octubre está tocando a su fin. Todo va perfectamente, todo es mágico. La facultad no puede ir mejor. El trabajo que hicimos Andrea y yo -aunque admito que lo hicimos con vaguedad y muy por encima, porque era un auténtico coñazo- recibió el elogio del profesor. Nos quedamos anonadados cuando nos dijo que teníamos un nueve de nota. ¡Ojalá sean todos los profesores como este! Porque veo que no tiene criterio, pasa de todo y cualquier cosa le gusta, aunque tampoco voy a quitarle importancia a nuestras tardes de trabajo; que han sido muchas y de lo más variopintas.

Andrea, como bien había dicho Abraham, se había fijado en mí. ¡Y de qué forma! Me rio por no llorar. Han sido situaciones que ahora me parecen graciosas, pero en su momento quería que la tierra me tragara. ¿Sabéis lo que es, en pleno octubre, lloviendo a mares y a cinco grados, ir en mini falda y super escotada con una mini chaqueta torera? ¡No sé cómo no cogió una pulmonía! Y todo por insinuarse a mí.

Cristina se hizo su amiga con el objetivo de sacarle datos y descubrió que yo le gustaba, y mucho; que ningún chico se le había resistido y que yo no iba a ser menos. Pero veía que los días se marchaban y yo no le hacía caso. ¡Una tarde, estando solos en mi piso, me puso el pecho en toda la cara mientras intentaba explicarme una deducción que había sacado de uno de los textos, a la vez que señalaba la pantalla del ordenador! Supongo que si le hubiera enviado una foto a mi madre de ese momento hubiera montado una fiesta y casi planeado una boda, pero para mí fue el momento más embarazoso de mi vida. Lo peor es que la cosa no quedó ahí: la situación se agravó cuando me agarró de la barbilla, me miró a los ojos, me besó y se sentó sobre mis piernas, recordándome a esa otra vez muy parecida, pero sin una película de por medio.

La situación es de lo más divertida si te la imaginas y terminas riendo, mucho más si visualizas mi cara de espanto teniéndola a ella encima, metiéndome mano. ¡Joder! ¡Me iba a violar allí mismo y yo como un pasmarote sin saber qué hacer! Pero tengo que admitir que lo peor fue ella, que estaba viendo que yo estaba como un espantapájaros mientras me metía mano y yo no sentía ni hacía nada. Fue una situación para recordar totalmente.

¿Y qué hacía? ¿Le cortaba? Si no lo hacía la situación llegaría a más por su parte y yo no quería. Y entonces ella bajó su mano hacia mi bragueta y no noté mariposas felices, no, sino que noté cómo esas mariposas se volvían a esconder en sus huevos, aterradas, y chillando.

En ese instante supe con más certeza que las chicas no son lo mío. ¡Tenía los pelos de punta cada vez que sentía su boca sobre la mía! ¿Y qué pasó? Agradezco todavía que en ese momento mi teléfono sonara, que mi madre me llamara y me sacara del apuro. Se lo agradeceré eternamente. He de decir también que casi derribo a Andrea por querer levantarme tan rápido a coger el móvil. Recuerdo la cara de idiota que se le quedó cuando le corté todo el rollo.

—L-lo siento, es mi madre: tengo que cogerlo. —Me metí corriendo a mi cuarto. Estábamos solos en mi piso—. H-hola, mamá.

—¿Qué te pasa, hijo? ¡Parece que hayas estado corriendo una maratón!

—Si yo te contara…

—¿Qué?

—¡Nada, nada! ¿Cómo estáis? ¿Ya ha nevado por allí? —Ya es raro que no haya caído la primera nevada teniendo en cuenta las fechas que son nevado. Cada año, cada dos por tres, en mi pueblo nieva más de veinte centímetros.

—Más o menos. Ya sabes, el tiempo está loco. ¿Y tú cómo estás? ¡No te he llamado en una semana y no has hecho por llamarme, ¿eh?! ¡Qué clase de hijo tengo!

—El mejor de todos, ¿a que sí?

—¡Menudo parto eché con los dos!

—Ja, ja. ¡Qué bonito ha quedado eso, mamá!

—Tu abuela te manda muchos besos —me cambió mi madre de conversación.

—Dale muchos de mi parte, que la quiero y que tengo ya ganas de volver a verla. Bueno, a todos.

—Ya… A todos. Has sentido libertad, ¿eh?

—¡Mamá! ¿Por qué siempre piensas así? —No sé la manía que se le ha metido en la cabeza de pensar que me he quitado un peso de encima yéndome de su lado. Supongo que es problema de todas las madres, que piensan igual.

—A las pruebas me remito. —En ocasiones así, es mejor dar la razón y pasar totalmente del tema, porque no tiene sentido discutir—. A ver, tengo dos cosas que decirte.

—Dime.

—Una, el tres de noviembre, como sabes, es el cumpleaños de tu sobrino… —¡Maldita sea! ¡Ni acordarme! Y para colmo llevo un mes y pico aquí, cerca de él, y no he ido a visitarlo, aunque verle la cara a mi hermano… No me hace mucha ilusión. Amor de hermanos—. Nosotros no vamos a poder ir, y tu hermano me ha dicho que por el trabajo no pueden venir, así que te toca ir a ti. Cómprale un regalo y vas a verlo. Pasas el día con él, y con tu hermano y tu cuñada. Y todos contentos.

—S-sí, claro. ¿Y por qué no podéis venir? ¿Qué pasa?

—Tu abuela no se encuentra muy bien. Le han tenido que poner ahora botellas de oxígeno. Cogió un resfriado dos semanas atrás y ahora se asfixia. La edad, hijo, que no perdona.

El miedo me sobrecogió.

—¿Pero está bien dentro de lo que cabe? —Mi madre titubeó—. ¡Mamá!

—Sí, sí, tranquilo, está bien. —Pero el tono de titubeo de su voz no me gustó. Había tristeza. Algo pasaba con mi abuela, pero iba a ser imposible averiguar qué era. Mi madre no me iba a decir nada—. Y hablando de tu abuela, el dieciocho es su cumpleaños. ¡Te quiero ver aquí! Le vamos a hacer una fiesta sorpresa. Vendrá también tu hermano. Ya lo he hablado con él, así que puedes venirte con ellos.

—Allí estaré, sin falta, no te preocupes. Le compraré un regalo.

Desde ese día sigo preocupado por mi abuela. He llamado varias veces, he hablado con ella y la noto igual de bien que siempre, pero no sé, hay algo que me ocultan, y me aterra. Espero que solo sean tonterías mías y no pase nada.

Andrea y yo terminamos el trabajo como si nada hubiera pasado, aunque la vergüenza era una losa sobre nosotros. Días después habló con Cristina. Esta le confesó mi condición y casi le

dio un ataque. Discutió con Cristina por haberla engañado. Cristina no le dio demasiada importancia, total, como ella decía: «Poco cerebro para ser mi amiga».

Andrea me pidió perdón y todo quedó cómo una mera anécdota, aunque sé que ella va a llevar ese peso encima, mucho más teniendo en cuenta que a ella ningún chico se le había resistido nunca antes.

Mateo no dejó de reírse en todo el rato mientras se lo contaba. Estábamos en mi cuarto, sentados en la cama, viendo una película en el ordenador y comiendo como gordos, pizza, palomitas, chucherías y vino rosado, que no podía faltar en nuestros encuentros.

—Escucha: el día treinta es nuestro aniversario, el jueves —me soltó de repente. Me atraganté con el vino y lo escupí.

—¿Ya? —Ni me acordé. Ni siquiera había pensado en eso.

—Sí, un mes, y quiero que hagamos algo especial. Me gustaría llevarte a cenar, e ir al cine, y que pasemos la tarde y la noche juntos. ¿Qué me dices?

—¡Que claro que sí! ¿Acaso lo dudabas?

—Sé yo que no. —Me robó un beso y me extendió sobre la cama. Me quedé sujetando el vaso intentando no derribar el vino—. ¿Me dejas que te coma?

—Sí, pero después de dejar el vaso. —Reí—. Espera, necesito pedirte un favor. Tengo que comprar un regalo a mi sobrino. Su cumpleaños es el día tres, y tengo que ir al cumpleaños. ¿Me acompañarás a comprarle algo?

—Eso ni se pregunta. Aunque también sería un placer ir al cumpleaños contigo y ver a ese chiquitín.

—Lo sé… —Desvié la mirada, incómodo. Me encantaría llevarlo conmigo, pero…

—Nadie debe enterarse, en el caso de que vaya, de que soy tu novio; no aún. ¿No puede acompañarte un amigo?

—Lo sé, pero mi hermano te reconocerá de aquel día en que me ayudaste a llevar las maletas al coche, y sospecharía.

Mateo vio mi dilema. Me agarró de los hombros y me miró fijamente, sin dejar de sonreír.

—Lo que hagas, será lo mejor para ti. Yo estaré aquí igualmente, y lo sabes, cielo.

—Y te lo agradezco, pero me duele, digamos, ocultarte. Ya pasaste por eso una vez y yo no quiero hacerlo: quiero darte a conocer.

—Sí, pero ahora mismo no te sientes capaz. Y es respetable. Todo llegará, tranquilo.

—Gracias por ser tan comprensible conmigo.

—Estúpido sería de no hacerlo, ¿no crees? Y ahora… ¿Qué te parece si dejamos a un lado los problemas y nos vamos al Paraíso?

—¿Me vas a poner a leer ahora la Biblia? —solté con toda la espontaneidad que me caracteriza.

—No, eso no se encuentra ahí.

—¿Dónde entonces?

—Comienza en tus labios y termina recorriendo tu cuerpo.

¿Y quién no se deshace con algo así? Porque yo me fundí del todo, envolviéndome en las caricias de mi novio.

31

Es la primera vez que cumplo un mes saliendo con una persona y no sé qué regalar. Además, tampoco soy muy bueno para los regalos. Es algo que siempre he relegado a alguna de mis amigas, o a mi madre, según para quien fuera el regalo. Pero esta vez solo estoy yo. Podría pedir ayuda a Cristina o a Abraham -aunque creo que a mejor no-; tampoco sé hasta qué punto ellos pueden ayudarme aquí.

Me gustaría hacerle algo a mano, muy personal. El problema es que tampoco se me dan bien las manualidades. Y teniendo en cuenta que él es artista…, mejor pensar otra cosa. No quiero hacer el ridículo. No obstante, le encantaría, seguro. Aun así… ¿Le hago un avión de papel pintado a rotulador? Es lo único que se me ocurre. ¡Y menuda cosa! Por más que pienso, nada. Aunque hay algo que late en mi cabeza con una fuerza desbordante: un cuaderno de bocetos, de piel, y escribirle en la primera página un poema. Es bonito, ¿no? Lo mejor que sé hacer es escribir -o eso creo-. La idea me gusta, y mucho. No hace falta que piense más. ¡He encontrado mi regalo perfecto!

Cojo el teléfono y escribo un wasap en el grupo en el que estamos yo, Cristina y Abraham:

«Chicos, ¿os apetece venir mañana, al salir de clase, a comprar un regalo?»

«¿Para quién es el regalo, pillín?», responde Cristina la primera. Parece que puedo ver su cara de pícara detrás del teléfono.

«Para mi abuela. En breve es su cumpleaños». La verdad es que a la vez debería mirar un regalo para ella; aquí tal vez sí me pueden ayudar ellos.

«Vale. ¡Pero el café lo pagas tú!»

Cristina siempre tan maja.

«Y la merienda tú». Le suelto con un emoticono riendo.

«¡Capullo!»

«¡Ja, ja, ja! No, solo es Jaque y Mate. Y… Abraham, ¿te apuntas?»

Parece no estar, pero sí, ha leído la conversación y al poco responder con un «Ok» demasiado tajante. ¿Qué le ocurre? Hay veces en las que no lo entiendo. ¡Qué hombre!

«Mañana en el descanso de clase vemos a qué hora quedamos. ¡Sigo haciendo los ejercicios para Don Miguel!» Acompaña la frase con el emoticono que aparece con la boca tapada, como si estuviera enfermo. No nos cae bien este profesor, a nadie. No explica nada y, para colmo, nos carga a ejercicios para casa. A veces pienso que estoy en el colegio y no en la universidad. «Besitos».

Mateo me llama al poco de terminar, justo en el momento en que voy a salir a dar un paseo,

porque lo necesito. Necesito aire, contemplar el cielo nublado, sentarme en un banco y ver cómo caen las hojas de los árboles en la mágica imagen otoñal que dejan.

—Hola, feo —le digo igual de sonrojado que la primera vez—. ¿Cómo va la tarde?

—Hartito, no, lo siguiente. Mi padre me tiene frito: no deja de meterse conmigo.

—¿Y eso por qué?

—Porque estoy distraído pensando en ti.

Pongo los ojos en blanco, echándome a reír. ¿Por qué he preguntado si siempre me sale con alguna cosa parecida?

—Pues a este paso me va tomar manía.

—Creo que ya te la tiene sin conocerte. ¡Ja, ja, ja!

—Eso es muy alentador, sí. Recuérdame que no acepte ninguna invitación a una cena familiar… salvo que sea en el sitio más lujoso de la ciudad.

—Entonces no hace falta que te envíe la invitación. Necesito verte y estar contigo. ¿Te apetece hacer algo esta noche?

—Vale. Voy a estar solo en el piso. Mis compañeros se van a una fiesta, así que vente aquí si te apetece; estaremos solitos.

—Mmm… Me gusta ese plan. Salgo a las ocho. Allí estaré a las ocho y media, ¿vale? Tengo que colgar, viene gente. Te quiero, gordito.

—Te quiero, oso panda.

¡Qué bonito es todo y qué fácil es arrancar una sonrisa con una llamada!

Más contento que antes, me voy a dar un paseo con mi libreta bajo el brazo hacia el parque. Hace bastante frío y parece que va a llover de un momento a otro.

Me siento en un banco. No hay nadie por aquí, y es normal. ¡Solo un loco como yo se atreve a estar en la calle con este frío gélido que hace!

Me quedo abstraído observando la belleza del entorno hasta que las primeras palabras afloran en mi cabeza. Saco mi bolígrafo y mi libreta y comienzo a escribir unos versos para Mateo. No dejo de sonreír en ningún momento. No hace mucho que nos conocemos y que estamos juntos, pero creo que este poema le identifica, y mucho. Va a ser especial y le gustará.

Cuando lo termino, vuelvo la vista hacia el agua del río y me quedo mirándolo, sintiendo cómo el viento mece las hojas. Abro corriendo mi libreta:

Desde este punto donde rompe el mar,
donde el agua brota sin cesar,
donde se oye al viento suspirar
los versos que nadie leyó,
al eco lejano tejer una canción
que al marinero a puerto guio.

¿Por qué se me ha ocurrido este párrafo? Sospecho que tiene que ver con el reflejo de que yo soy ese marinero perdido y de que Mateo es la canción que me ha guiado hasta encontrarme a mí mismo en un momento en que me sentía completamente a la deriva. ¡Ay el amor! Nos vuelve idiotas. ¡Pero qué bonito es!

Contento, regreso a casa. Voy a preparar una deliciosa cena para Mateo. Hoy me toca a mí sorprenderlo. O lo intentaré.

—No sabes lo que agradezco este momento de paz y tranquilidad a tu lado —me susurra

Mateo al oído, en el sofá del salón, tumbados el uno junto al otro, desafiando al poco espacio que tiene el sofá. Tengo las mismas cosquillas en el estómago que si fuera el primer momento. No me imaginaba un momento así.

El fin de semana que pasamos juntos fue inolvidable, pero el estar ahora en mi «casa», solos, compartiendo de nuevo el tiempo, es lo más maravilloso que se puede tener. Y que una persona comparta su tiempo contigo, es el mejor regalo.

—No agradezcas nada, tonto. Día duro, ¿verdad?

—Demasiado. —Me acaricia la mano con afecto—. Como te he dicho, mi padre no ha dejado de meterse conmigo en todo momento. Tampoco con mi hermano. Está muy alterado e irritable.

—¿No sabes qué le puede ocurrir?

Mateo duda.

—No, aunque… Supongo que es la pitopausia. —Se echa a reír contagiándome a mí—. No sé, creo que tiene falta de unas buenas vacaciones y no tomarse las cosas tan apecho.

—Habla con tu hermano y se las regaláis.

—No serviría de nada. Mi padre no se fía de dejarnos solos, a los dos, en el bar. Ya sabes cómo son los padres y sus negocios.

—Sí, lo sé… Pero debería despegarse un poco.

Mateo se sienta. Me coge de las manos y me mira a los ojos.

—No lo hará. Incluso temo pensar en el día en que se jubile, porque pocos días después morirá.

—¡Joder! —me espanto—. Cariño, ¿cómo puedes decir eso?

—No es lo que deseo, entiéndeme, pero son cosas que ya se han visto. Toda una vida de trabajo, el trabajo es tu vida, tu pasión… Lo dejas, no te queda nada, y adiós. A mucha gente le ha pasado.

No sé qué decir. Es algo aterrador, al menos así suena. Ni una película de terror.

—No pensemos eso esta noche, ¿vale? Disfrutemos tú y yo.

—Sin duda. Tenemos toda la noche para los dos.

—¿Eso qué quiere decir?

—Que me quedo toda la noche contigo. ¡Sorpresa! —Se abalanza sobre mí, me besa y volcamos los dos por el lado del sofá que pega a la pared. Nos quedamos encajados sin poder levantarnos entre el sofá y la pared. Reímos a carcajadas. Somos unos niños.

—Pues no sé si esta será una buena postura para dormir —logro decir. Las lágrimas se me saltan de la risa.

—Eso se arregla.

Mateo se balancea hacia detrás y se pone de pie sobre el sofá. No sé cómo lo ha hecho, pero yo no habría sido capaz. Es más, me habría caído de boca al suelo, seguro. Me tiende la mano y me ayuda a ponerme en pie. Me coge en brazos y me saca al balcón. Está lloviendo a mares, de nuevo. Hace bastante fresco. Mateo me abraza recogiéndome entre sus brazos para darme calor.

—¡Qué bonito es ver llover a tu lado! —me susurra al oído erizándome la piel.

—¡Qué tonto eres!

—Tú me vuelves más. —Me muerde el labio inferior.

—No sé, no sé. Creo que eso ya venía de fábrica.

El viento cambia y la lluvia se cuela en el balcón y en dos segundos nos empapamos.

—¡Muy bien! ¡Lo que nos faltaba! —Mateo corre adentro, soltando exabruptos.

—¿Sabes? Creo que un diccionario se suicidaría al escucharte —suelto, burlón.

—Creo que ya lo hizo hace tiempo. ¿Tienes una toalla para secarnos?

Me quedo pensativo y lo miro, pícaro.

—Se me ocurre algo mejor. ¿Te hace una ducha calentita?

Mateo no dice nada. Me agarra de la mano y me lleva hacia la ducha; teniendo en cuenta que soy yo quien lo propone, no va a perder la oportunidad. ¡Dios los cría y ellos se juntan! ¡Vaya dos! Me estoy soltando la melena, como diría mi abuela, y me encuentro fenomenal. Pero tampoco quiero que todas nuestras noches terminen igual. No todo es tener sexo. No obstante, por esta noche, mejor disfrutar.

32

—¿Para quién es el regalo? —me pregunta Cristina mientras se toma un café en el descanso de clases. Tiene unas ojeras que le llegan al suelo. No nos quiere decir por qué no ha dormido.

—¿Tú qué crees? —le digo, guiñándole un ojo.

Pone ojitos y sonríe tanto que casi se le sale el café de la boca. Abraham pone los ojos en blanco y resopla, girando la cabeza.

—¡No, Abraham! ¡Eres un aguafiestas, ¿eh?! —lo reprende Cristina dándole un codazo—. ¿Por qué no te alegras? ¡Es tu amigo!

—Me alegro por Mateo, por la suerte de haber encandilado a Álex; pero nada más. Por lo demás, no. Ya quisiera yo ser él y estar en su puesto. —Se pone en pie después de haber soltado todo eso—. Disculpadme. Nos vemos en clase. —Se marcha.

Miro a Cristina sin dar crédito a lo que ha pasado. Ayer ya lo había visto extraño por WhatsApp, pero no me había esperado esto, la verdad.

—Mira, pasa de él. ¡Parece que tiene la regla!

—Ya…, pero me sabe mal.

Cristina me coge de las manos y me mira a los ojos.

—Escucha, Álex: en la vida hay que aprender a perder y a ganar. Ya se sabe cómo es todo en el amor. Y no hay que calentarse mucho la cabeza. Abraham sabe lo que hay y tendrá que asumirlo. Tú estás feliz y eso es lo que debería hacerle «feliz» a él, si de verdad tanto le gustas.

—Está celoso —murmuro. Nunca me había pasado que alguien se pelee por mí de esta forma. Me da mucha pena. Es un buen chico, y en el fondo lo entiendo, yo estaría igual. No obstante, ahí yo no puedo hacer nada—. Espero que llegue pronto alguien y le haga olvidarse de mí.

—Esperemos, porque si no me lo cargo, enserio —gruñe Cristina—. ¡No sabes los días que me dio estando tú con Mateo en la playa!

—¿Qué pasó?

—Nada. Me tuvo todo el día pegada al WhatsApp calentándome la cabeza con lo que estarías haciendo. Le propuse salir a tomar algo, y no dejamos de hablar de ti. Me cansé y me fui a mi casa. Creo que le has dado fuerte y no en el buen sentido, ya sabes.

—¡Hala, Cris! Ja, ja. Haciéndome pensar mal.

—Era mi objetivo. A lo que iba, tendrá que superarlo. Todos hemos pasado por algo similar. Lo mejor de todo es que tú se lo dejaste claro desde el principio. No le has dado pie a los sentimientos. Ha sido todo él solito.

—Tampoco busquemos culpables. Ha pasado, ya está.

—Sí, porque te has vuelto un «heartbreaker» —se burla de mí—. ¡Eh, no me mires así! ¡Es verdad! ¡Fíjate con Andrea!

—No me lo recuerdes. —Me avergüenzo solo de pensarlo mientras Cristina se harta a reír—. ¡Qué mal lo pasé, de verdad! Por cierto, desde que entregamos el trabajo no se le ve el pelo.

—Supongo que no pudo aceptar que un tío no se rindiera a ella, y se habrá ido.

—¿Tú crees?

—No; esa tiene que estar buscando a otro. Lo de ir de flor en flor está muy de moda hoy día. Y ella tiene pinta de eso… y de otras cosas; ya me entiendes.

—Algo sí. Pero dejémoslo ahí. Ahora, dime: ¿y esas ojeras? ¿Por qué no quieres contarme el motivo por el que no has dormido esta noche pero sí en clase?

—Ah, porque me ha entrado sueño. Ja, ja, ja. —La miro de soslayo, igual que un águila a su presa—. ¡Quería dormir, ¿vale?! Mi vecino se ha pasado toda la santa noche jugando a la play con los altavoces a todo volumen. Y para colmo, gritando: «¡Muere puto zombi, muere!»

—¿No me tomas el pelo? —No puedo aguantarme las carcajadas—. ¡Qué daño han hecho los zombis a la humanidad!

—Más a los descerebrados similares a mis vecinos. Si llego a tenerlo cerca, te juro que le hubiera arrancado los pelos de la cabeza.

—Imagino. —Miro el reloj: faltan cinco minutos para que empiece la próxima clase. Me pongo en pie—. Vamos a clase.

—Sí. Por cierto, ¿qué te vas a poner mañana para vuestro primer mes juntos? —quiere saber Cristina de camino a clase.

No lo he pensado. No tengo ni idea. Me encojo de hombros.

—Supongo que vaqueros, sudadera y poco más.

—¡Lo que imaginaba! Eso lo arreglamos esta tarde. ¡Déjame a mí!

—Miedo me das.

—Pues si me vieras recién levantada… no digo nada.

—Tonta.

—Gracias por el halago. —Me pone morritos en plan modelo profesional—. Entonces, a las cuatro en la Placeta de las Palomas, ¿no?

—Sí, así nos pilla bien a los dos.

—¡Perfecto!

—Álex, ¿para esto hemos venido? —suspira Cristina, echándome una mirada asesina y de incredulidad a la vez—. ¿Una especie de diario…?

—No es una especie de diario: es un cuaderno para dibujar, escribir… Tiene muchos usos —defiendo mi regalo. Estamos en una librería pequeñita. Nos ha costado dar con ella porque está muy escondida. Es la única en toda la ciudad que tiene cuadernos de este tipo. He encontrado uno precioso, color blanco con un dibujo grabado en la tapa. Es un desnudo de mujer a lápiz medio difuso que me ha encantado.

—Aaaaah. Vale. ¿Y eso le gustara? Lo veo más un regalo para ti. —Se apoya en una columna, descansando sobre ella todo el peso del cuerpo.

—Mateo es dibujante. Estudió Bellas Artes. ¿Por qué sino crees que habría elegido algo así?

—Esa parte no la sabía.

Me quedo pensando.

—Creía que sí. Os conté a ti y a Abraham lo del retrato que me regaló.

—Que por cierto no me has enseñado.

—Todo se andará. A lo que iba: creo que este es el mejor regalo para él, como comienzo, digamos. Le escribiré algo personal en la primera página y solo me queda buscar un juego de lápices de dibujante.

—Suena muy romántico, sí, pero…

—Cristina, asúmelo, tú eres más de botes de colonia —río, poniéndole una mano sobre un hombro. Me mira de soslayo antes de asentir y echarse a reír—. ¿Ves? Hay que innovar y ser más original.

—Estas cosas solo las hacéis los gais.

—¡Claro! ¡Has puesto un huevo con la respuesta!

—No, aún está a medio salir. Vamos, a ver si tienen por casualidad ese juego de lápices y nos vamos de aquí: hay que buscarte el traje para la gala.

—Yes, my personal shopper!

Por suerte, en esta librería también tienen material de dibujo. Tienen un estuche de lápices de varias durezas, una goma de miga de pan, carboncillos, difuminos y sanguinas de color rojo y negro. No es muy barato, digamos, es la peor parte. Mi cerdito se va a resentir, pero la ocasión lo merece, Mateo lo merece.

Salimos a la calle y, para nuestra sorpresa, está lloviendo. ¡Perfecto! Ninguno de los dos llevamos paraguas. Corremos por la acera intentando protegernos bajo los salientes de los tejados. No sirve de mucho, sobre todo cuando el viento viene de medio lado y te da lleno. Para colmo, Cristina no deja de ir escribiendo con el móvil. Y lo que temía, ocurre. La acera es demasiado resbaladiza y cae al suelo todo lo grande que es, y va deslizándose varios metros. Me acerco a recogerla, pero no puedo: me estoy partiendo de la risa. Las caídas y yo no somos compatibles.

—¡Joder, Álex! ¡Dame la mano!

—¡Eres tonta!, y perdona que te lo diga —digo de un tirón, intentando no reír de nuevo—. ¿A quién se le ocurre correr y escribir a la vez en el móvil?

—Pues a mí, a quién sino. ¡Me duele el cuello!

—Ja, ja, ja. Normal, hija, normal. Y que el dolor se quede ahí. ¿Con quién se supone que hablas para no poder esperar para responderle?

Escucho una voz llamarnos a lo lejos. Elevo la vista y veo a Abraham correr hacia nosotros. ¡Se va riendo también! ¡Ha visto la caída de Cristina!

—¿Con quién se supone que hablo? ¡Con ese zoquete que viene por ahí! ¡POR TU CULPA ME HE CAÍDO! —le grita a varios metros antes de que se acerque. Si la gente ya se había quedado mirando con su caída, con esto se detienen a deleitarse con la escena.

—¡Qué buenos pulmones tienes! —comenta Abraham al llegar junto a nosotros.

—No me hagas enfadar, ¿eh? ¡Que los pies también los tengo fuertes para darte un buen puntapié!

—Bueno, bueno, tranquilos. ¿Qué haces aquí, Abraham?

Abraham deja de reír de golpe.

—¿Qué va a ser? Pues que se arrepiente de lo de esta mañana y no se quería perder un

momento con nosotros.

Me quedo mirándolo. Él asiente, rascándose un brazo, azorado. Quiere decir algo, pero le corto.

—Dame un abrazo, anda. —Nos abrazamos mientras la lluvia nos está poniendo como una sopa—. Lamento todo esto, en serio.

—No te preocupes. El problema soy yo.

—No sois ninguno de los dos. Vamos, anda, o pillaréis un resfriado de cuatro pares de narices.

Parece que no va a dejar de llover y, para colmo, Cristina nos lleva a la tienda de ropa más alejada de la ciudad. ¡Irónico, ¿verdad?! Nada más vernos entrar por la puerta una dependienta nos detiene el paso, alarmada.

—Lo siento, pero así no podéis entrar: podéis dañar material.

Los tres nos miramos, a cuadros. ¿Y ahora qué? La verdad es que damos pena, así no podemos entrar en ningún lado.

—Bueno, pues no nos vamos a ir de aquí sin comprar —dice Cristina todo lo borde que puede ser—. Así que, ¿puede usted sacarnos unas toallas o algo para secarnos? Si hay que pagarlas, se pagan. No creo que quiera defraudar a la clientela, ¿no? Siempre puedo firmar una hoja de reclamaciones.

La dependienta se queda perpleja. ¡Cristina es una caradura! Abraham no puede aguantar la risa.

—¿P-perdona?

—A tu jefe no creo que le siente bien saber que hemos pedido una hoja de reclamaciones por no atendernos, ¿verdad?

¡Ay, Cristina!

La chica no dice nada. Asiente con la cabeza y regresa dentro en busca, supongo, de toallas. Su compañera se acerca a ella y se ponen a hablar.

—Cris, ¡tienes un morro que te lo pisas!

—Alguien tiene que llevar los pantalones en nuestro matrimonio, ¿no, cariño? —Me guiña un ojo—. Los tacones son más cosa vuestra.

—¿Te he dicho que te odio? —dice Abraham mordiéndose el labio inferior para no volver a reír.

—Sí, pero con faldas y a lo loco.

—Anda que estáis arreglados. Dejadlo ya. Después os tomáis la medicación —digo, negando con la cabeza.

La dependienta regresa con cara de pocos amigos y nos tiende tres toallas.

—Por cortesía de la casa. Podéis pasar; no importa el agua, tranquilos.

—¿Ves, Álex? Entre chicas nos entendemos —me susurra Cristina recogiéndose el pelo sobre el hombro derecho, y me lanza un beso.

—Sí, eso, o la agarras de los pelos; no sé qué es mejor.

—Mira, es algo que no he probado: el boxeo entre mujeres.

—Pues poco te ha faltado para probarlo —se burla Abraham, sorbiéndose la nariz. Se le cae el moco del frío y la lágrima de la risa.

Cristina pide que esperemos en el probador mientras ella va a buscar ropa para mí. No me

gusta la idea. Vale que ir de tiendas no sea mi plato favorito, pero quiero mirar algo, que para eso soy yo el que la va a comprar. Pero creo que va a ser difícil hacerla cambiar de opinión; me va a vestir ella sí o sí.

—Tengo la toalla totalmente empapada —dice Abraham, escurriendo la toalla en una papelera que hay al lado de los probadores, donde la gente ha dejado sus paraguas.

—Si te digo cómo llevo yo los calcetines… —musito. Me da vergüenza probarme así cualquier ropa. La toalla ha ayudado algo, pero seguimos empapados. ¿Cómo me voy a poner otra ropa encima? ¡La voy a calar!

Cristina regresa y me insta a entrar en los probadores casi a la fuerza. No quiero discutir con ella, porque es lo mejor.

Una vez me he desnudado, Cristina me entrega la ropa por un lado del probador. Unos vaqueros estilo slim low azul denim oscuro (vamos, que el que se dedica a poner estos nombres se queda a gusto) y un jersey de lana gris. La verdad es que no me queda nada mal. Me gusta. Con unas botas quedarán perfectos. Salgo afuera para que me vean. Veo que Abraham se queda boquiabierto mirándome. Bueno… mirándome el culo, para que engañar. He de admitir que los pantalones me hacen muy buen trasero.

—¡Me encanta! ¡Te queda fenomenal!

—Sí, pero te hacen demasiado formal —refuta Cristina, mirándome de arriba abajo.

—Yo creo que está bien. Va mucho con mi estilo —digo.

—Y con eso es con lo que quiero romper. Algo más de color, ¿no crees?

—¡Eso, vísteme con la bandera del arcoíris! —exclamo, burlón.

—Te sentirías como en casa —señala Abraham, guiñándome un ojo.

—Entra y ponte esto otro.

Esta vez ha elegido unos pantalones de corte chino slim fit color mostaza con una camisa de cuadros azul con rayas marrones. Y, para rematar, una cazadora estilo motero de la que me estoy enamorando. Lo último son unas zapatillas altas del mismo color que los pantalones. He de admitir que el primero me encantaba, pero este mucho más.

Al salir para que me vean, los tres coincidimos en que este es el mejor, pero, aun así, Cristina no se queda conforme y continúa buscándome más conjuntos.

¡Va a ser una tarde larga! Me apunto para la próxima vez no ir de compras con mujeres.

Llego a casa cerca de las diez de la noche, reventado. Me duelen los pies, estoy helado de frío y me he gastado cien euros en el segundo conjunto de ropa. Era de los más barato, pero dentro de lo barato sigue siendo caro. ¡Ay, mi cerdito! ¡Se ha quedado en los huesos! A pesar de todo, estoy muy contento. Me encanta lo que me voy a poner. Y sé que a Mateo le va a gustar cuando me vea. Sin embargo, llevo toda la tarde con un mal presentimiento en el pecho. No sé por qué, pero creo que mañana algo va a ir mal. No es que lo quiera, no; pero es lo que siento. Ya sabemos cómo son los malditos presentimientos.

Me doy una ducha rápida y me tiro sobre la cama sin ganas de cenar. Hemos estado tomando algo y estoy lleno. Me lo he pasado muy bien. Abraham ha dejado su mal humor conmigo, ha estado mucho más cercano. Ha habido muy buen clima y eso es lo que siempre quiero.

Saco mi regalo y lo miro, como si fuera para mí, por todos lados. Espero que le guste. He intentado buscar el mejor para él.

Cojo mi bolígrafo negro, abro por la primera página y transcribo desde mi libreta de apuntes

al bloc el poema que ayer le escribí, sin dejar de sonreír. Veo la cara de Mateo en cada palabra.

Lo envuelvo todo con mucho cariño y lo dejo listo para mañana. Me tumbo sobre la cama, bostezando como el león de la Metro Goldwyn Mayer: tengo un sueño atroz. Me giro hacia la izquierda, hacia el lado que pega a pared y me abrazo a la almohada; huele a Mateo. Agarro el teléfono y le escribo.

«Ha sido un día agotador. Ya estoy en la cama. ¡No sabes lo que me gustaría tenerte aquí y dormirme en tus ojos!»

Mateo no tarda en conectarse. «Y a mí estar al lado de lo mejor del mundo. Mañana estaremos juntos».

«Deseando estoy. —Mateo no sabe nada de que he ido a comprar su regalo ni ropa para mañana. Cree que solo he salido con Cristina y Abraham a dar una vuelta y tomar algo—. Mañana al salir de clase iré a tu bar».

«¿Y por qué no te saltas la clase y pasamos el día entero, juntos? Desayunamos tranquilos, damos un paseo… ¿Qué te parece?»

«Por un día que falte, no pasará nada», respondo, gustándome demasiado la idea. Quiero verlo ya. Quiero abrazarlo y besarlo como la primera vez.

«Entonces, paso por tu piso a las nueve; así puedes dormir un poco más. Te voy a llevar a desayunar churros».

«¡Uy! ¿Eso va con segundas?» Pongo un emoticono riendo junto a otro sacando la lengua. Me estoy volviendo un pervertido.

«No. En todo caso, te daría churro, no varios, recuerda».

«Tonto eres. Pero a pesar de eso, te quiero».

«Y yo a ti, a pesar de que me llames tonto cada dos por tres, mi chiquitín».

33

¿Sabéis lo que es no dormir nada en toda la noche a pesar de estar cansado (aun teniendo unas ganas horribles) y todo porque tu cuerpo está lleno de adrenalina y emocionado por algo que vas a hacer a otro día? Pues eso es lo que me pasa a mí. He estado deseando que llegue mañana para verme con Mateo y celebrar juntos nuestro primer mes como novios. Estoy nervioso, no solo por las ganas, sino por temer que algo salga mal, o que yo meta la pata, o que no le guste mi regalo… O mil tonterías más que no tienen otro momento para atacarme. ¿Y cuáles son las consecuencias de esto? Venir a dormirme cerca del amanecer y no escuchar el despertador. Tampoco el sonido del móvil. ¿Por qué lo dejaría en silencio? Para añadir más, tampoco he escuchado el timbre de la puerta; es lo que tiene cuando por fin te duermes, rendido, y por una vez en mi vida tener el sueño pesado. ¿Suerte? No, es mala suerte.

Cuando me despierto son cerca de las once.

Miro el móvil y doy un salto de la cama, aterrado. ¡Tengo más de veinte llamadas de Mateo! ¡Maldita sea! ¿Cómo no he escuchado el despertador? Pero si… ¡Mierda, no lo puse! ¡Ay, Mateo me va a matar!

Escucho unos golpes en la puerta del piso. Salgo apresurado de la habitación a abrir, con el corazón en un puño. Cuando abro veo a Mateo con los brazos cruzados, con cara de enfado.

—¡Bonito el detalle de hacerme esperar unas horas sentado en la puerta! ¿Qué ha pasado?

—Y-yo… Yo… ¡Jo, lo siento! ¡Me he dormido! Dejé el móvil en silencio, no puse la alarma… ¡Y… mierda! Perdóname, por favor. No quería…

Mateo se echa a reír para mi incredulidad. A cada momento me sorprende más.

—¡Ven a mis brazos, tonto! —Me lanzo a él y nos besamos con ternura—. No pidas más perdón, a cualquiera le puede pasar.

—Ya, pero… ¿Qué es eso que huele tan bien? —digo, cambiando la conversación de pronto. Mis tripas rugen con el aroma. ¡Es delicioso!

Mateo recoge del suelo una bolsa de plástico blanco.

—Son churros y dos vasos de chocolate. Al ver que no abrías, pensando que aún dormías, he ido a por el desayuno, aunque tardabas tanto que se han enfriado.

—¡Pero qué mono eres!

—Pero no de zoo —refuta, sacándome la lengua.

—Entra, ahí fuera hace frío.

—¿Estás solo?

—Ni idea. Supongo que todos estarán ya en clase.

—Vamos al salón.

—Sí, me pongo las zapatillas y voy. ¡Tengo fríos los pies a pesar de llevar dos pares de calcetines!

—Eso te pasa por no invitarme a dormir. ¡Sabes que soy una estufa!

—Sí, me haces sudar a pesar del frío, y de ser yo un friolero.

—Ventajas de tener un novio como yo.

Caliento los vasos de chocolate en el microondas y nos sentamos a desayunar.

—Gracias por el detalle. No tenías que haberte molestado después de lo que he hecho.

—No seas idiota, ¿eh? No le des más vueltas. Disfruta del desayuno, feo.

—¡Están riquísimos! ¡Me encantan! —exclamo con la boca llena.

—Recién hechos, como los traía, están mejor, pero ya no hay solución.

—No metas más el dedo en la llaga, jo.

—Me encanta chincharte. —Me hace cosquillas.

—Eres malo.

—Y los chicos malos te gustan.

—Lo sabes bien. —Le acaricio una mano y le doy un achocolatado beso.

—¿Qué vamos a hacer hoy aparte de los planes que me dijiste para la noche?

—Bueno, tú tenías que ir a comprar unos regalos, ¿no es así? Podemos gastar la mañana en ello, después ir a comer, pasear, cena y cine.

—¿Y qué peli vamos a ver?

—Una que ya es un clásico: Mouline Rouge.

—¿Eso sigue en cartelera? —Pongo cara de sorpresa.

—No. Vamos a ir a un cine que muy pocos conocen. Suelen poner películas antiguas, en blanco y negro o retiradas hace tiempo de cartelera. Los miércoles suele ser temática romántica.

—¿Eso no tendría que ser los viernes? Se supone que es el día del amor, por el tema de Venus…, o algo así leí una vez.

—Ni idea. Pero para mí es perfecto que sea hoy. ¿Te gusta el plan?

—Me encanta.

—Pues termina de desayunar y nos vamos, ¿vale?

Media hora más tarde salimos de casa en dirección a las tiendas. Me he puesto lo primero que he pillado. La ropa que compré ayer me la reservo para la noche. Volveré y me cambiaré. Recogeré el regalo y se lo daré. Así será mejor.

Y ahora, ¡a ver qué le compro yo a mi sobrino!

—¿Qué le comprarías tú a un niño de tres años al que no le gusta nada? —le pregunto a Mateo, harto de dar vueltas por las tiendas de juguetes—. Mi sobrino es muy extraño, no tiene afición alguna por nada.

—¿Nada de nada? ¿Ni futbol, ni coches… nada?

—Nada de eso.

—¿Y con qué se entretiene?

Me quedo pensando. La verdad…

—Le gustan las películas de dibujos, sobre todo las de Disney.

—Mira, ahí tienes la solución: una película.

—Que yo sepa, tiene casi toda la colección. Sus tíos maternos se han encargado de

provisionarlo bien.

—Pues… tenemos mal asunto, ¿no crees?

—Me temo que sí. ¡Ay, Dios! ¿Ves por qué no me gusta comprar regalos? Nunca sé qué comprar y no se me da bien cuando elijo algo.

—Anda, no seas tonto, cielo; eso es no es así. —Me da un achuchón—. Algo se nos ocurrirá. ¿No tenías que comprar también uno para tu abuela?

—Sí… ¿Qué hora es? —Saco el móvil y miro la hora: son ya cerca de la una y… ¡No puede ser! ¡Tengo siete llamadas de mi madre! ¡No puse el móvil en sonido!

—¿Qué pasa? —se alarma Mateo, viendo que me he puesto pálido.

—Mi madre me ha llamado varias veces. El otro día me dijo que mi abuela… Espero que no haya pasado nada.

—Llámala, seguro que no es nada.

Mi madre me coge el teléfono al momento. Va a decir algo, pero no la dejo:

—¿Cómo está la abuela? ¿Ha pasado algo?

—Calma, Álex, la abuela está bien. ¿Qué te hace pensar…?

Suspiro quitándome un peso de encima. Mi abuela está bien.

—¿Que qué me hace pensar así? A siete llamadas tuyas, y el otro día me dijiste que…

—No te preocupes, hijo, tienes abuela para rato, créeme.

—¿Entonces qué pasa? ¿Por qué me has llamado tantas veces?

—Para recordarte que el domingo es el cumpleaños de tu sobrino. ¿Has comprado ya el regalo?

—¿Para eso me llamas? ¡Mamá!

—Una madre tiene que estar en todo, Álex.

—Mamá, no soy tonto.

—A veces discrepo —me dice, burlona.

Escucho como Mateo suelta una carcajada a mi lado después de escuchar a mi madre.

—Bueno, dime, ¿qué puedo comprar a Javi? No se me ocurre nada. He dado mil vueltas por tiendas de juguetes y no sé qué comprar.

—¡Eres igual de tozudo que tu padre! Si sabes que no le gustan los juguetes, ¿para qué vas ahí?

—Pues… —Vale, me ha pillado. Tiene razón, por una vez en la vida.

—Una chaqueta y unas deportivas. Me ha dicho su padre que tiene falta de eso.

—¿Y de qué número?

—El veintitrés, más o menos. Di en la tienda para qué edad son.

—Vale, mamá, voy a mirar. Luego te digo. Te dejo. Un beso. Os quiero.

Y le cuelgo antes que me salte por otro lado. Guardo el teléfono poniendo los ojos en blanco y relajo los hombros.

—Me encanta tu madre, en serio.

—No es lo mismo en persona que por teléfono. Es única, pero también agobiante.

—No te quejes, cielo; por lo menos está contigo.

Me quedo mirándolo, y la sombra de la tristeza cruza los ojos de Mateo. Lo abrazo sin dudar. En eso tiene razón.

—Cambiemos de tema. Mi madre dice que compremos unas deportivas y una chaqueta, que

mi hermano le ha dicho que necesita eso.

—Pues no se hable más. ¿Y tú abuela cómo está?

—Bien, está bien. Dice que no me preocupe… aunque, no sé, me ha cambiado de conversación muy rápida. Y eso no me gusta.

Mateo me agarra la barbilla y me gira la mirada hacia él.

—Tranquilo, no pienses mal. Si ella te ha asegurado que no pasa nada, es que no pasa. —Pero yo conozco a mi madre y no me quedo conforme—. ¿Qué quieres regalarle a tu abuela?

Ese es buen tema también.

—Había pensado en un rosario, o algo por el estilo. Es muy religiosa. Algo así le hará muy feliz.

—Vamos entonces a la tienda de la catedral: allí encontrarás cualquiera de esas cosas. ¿Te parece?

Asiento con la cabeza. Le doy un beso y, agarrados de las manos, nos marchamos en busca de los regalos.

Cerca de las tres de la tarde terminamos de comprar ambos regalos. Nos ha costado decidir qué deportivas y chaqueta comprar. No nos gustaba nada. Al final nos hemos decidido por una vaquera muy graciosa y unas deportivas negras, Nike. Espero que le gusten. En cuanto al regalo de mi abuela, ha sido más rápido: un rosario y una foto mía. A Mateo le ha parecido buena idea al pasar por un fotomatón. Una para mi abuela, y el resto para los dos. Salimos muy graciosos, en la mayoría haciendo el payaso, en otra riendo. Y en la primera, besándonos.

—Me está encantado el día —comento nada más sentarnos a la mesa de un bufet chino para comer. Estoy hambriento.

—A mí mucho más, a pesar de que esta mañana me has hecho pasar frío esperándote en la puerta del piso —se ríe Mateo. Lo miro de soslayo. No me hace gracia que vuelva a repetirlo, me siento mal—. Feo, lo digo solo para chincharte.

—Ya, pero no me gusta, jo. ¿Cómo has conseguido subir hasta la puerta del piso si no te he abierto abajo?

—Una vecina que salía y he aprovechado para colarme. Uno tiene que sacar recursos para llegar hasta su amor, ya que no me lanzabas el pelo por la ventana para que subiera.

—No creo que hubieras llegado muy lejos con mi melena. ¡Ja, ja, ja!

—Se podría haber intentado.

Una chinita de pelo negro como el azabache, cuyo rostro parece de porcelana, nos toma nota de la bebida y vamos a servirnos la comida.

—¿Cómo está todo en el bar? ¿Y con tu padre? —me intereso, hincándole el diente a un rollito de primavera gigante. He cogido cuatro. Me encantan los rollitos. Y no saquemos las cosas de contexto, que visto así puede sonar mal.

—Bien, ya se le han calmado los ánimos y pasa de mí, por fin. Parece que se ha relajado un poco.

—Eso es bueno, ¿no? Aunque creo que debería tomarse unas vacaciones y distraerse.

—Desde que mi madre nos dejó no quiere ir de viaje. Antes solían hacerlo juntos.

—Entiendo. Tuvo que ser un duro golpe para él, aunque a tu madre no le hubiera gustado, seguro, que deje de hacer esas cosas; la vida sigue.

—Ya, pero él no piensa igual. Creo que tiene ganas de irse con ella.

—¡No digas eso!

—Se estuvo tratando de depresión y creo que no se ha recuperado del todo, por eso lo digo.

—¿De verdad? —Me quedo sin palabras ante esto. Sé lo que es la depresión, no por mi parte, sino por mi padre. Cuando mis abuelos paternos murieron el mundo se le vino encima y quiso suicidarse. Fue una época horrible para todos. Por suerte pudo salir. —Mateo asiente, encogiéndose de hombros sin saber qué más decir. Veo tristeza en sus ojos, como que esta situación le está haciendo demasiado daño. Un enorme peso sobre sus hombros—. Espero que todo vaya a mejor. ¿Y de lo demás qué tal?

—Ayer me escribieron de varias editoriales. No te lo he dicho antes porque quería que fuera sorpresa. ¡Quieren que trabaje para ellos como ilustrador!

—¿En serio? —Abro los ojos de par en par, sorprendido y contento—. ¡Pero es genial! —chillo. Todo el local se nos queda mirando. Bajo la cabeza, acalorado—. Me alegro, mucho. Has aceptado, ¿no?

—Claro que sí. Me robará mucho tiempo, eso sí. Tendré que compaginar el bar con esto, pero lo lograré.

—Confío en que lo harás, pero terminarás agotado. ¿Por cuánto tiempo es?

—Indefinido, pero, aun así, a modo freelance. Me enviarán resúmenes de libros; los leo y hago las portadas e ilustraciones interiores, y así será la cosa.

—Habla con tu padre y deja el bar; lo comprenderá.

—No sé si lo hará. Con tal de no meter a nadie a trabajar en mi puesto preferirá verme hasta arriba de trabajo.

—No digas eso, anda. Háblalo. Irá bien, ya lo verás.

—Lo haré, pero no prometo nada.

Sé que lo hará. Le lanzo un beso y me levanto.

—Voy a por más arroz. ¿Vienes? —Me acompaña—. ¿Qué vamos a hacer después?

—Te voy a llevar un sitio especial. Te encantará, seguro. Será tu regalo. Y no digas nada, porque por mucho que insistas no te voy a decir qué es hasta que llegue el momento.

—¿Por qué me vendas los ojos? —quiero saber, frenando un poco mis pasos.

Mateo me ha vendado los ojos al rato de estar caminando por el casco antiguo de la ciudad. Voy aterrado. Confío en él, sí, pero como se me cruce una piedra, menuda bofetada contra el suelo me voy a dar.

—Porque entonces no será igual. Confía en mí. Estamos llegando.

¿Dónde me lleva? ¿Qué me va a regalar? Me tiene en ascuas. Este acto me tiene súper nervioso por saber qué es y, sobre todo, emocionado. ¡Es tan bonita cada cosa que hace por mí! ¿Cómo no me voy a enamorar de él mucho más a cada minuto?

—Ya falta nada —me susurra.

—¿Quieres que me dé un ataque? ¡Tengo el corazón a mil!

—¡Qué tonto eres! ¡Tranquilo! Te gustará, estoy seguro.

—Eso no lo dudo.

Me detiene. Suelto el aire de mis pulmones, inquieto como un niño pequeño la noche de Reyes.

—No tenías que hacer nada, ni comprar nada.

—¿Quién ha dicho que he comprado algo?

—No sé… Bueno, mejor no digo nada.

Mateo se echa a reír.

—¡Bobo! —Me gira hacia no sé dónde—. Ha llegado el momento. ¿Estás listo?

—Miedo me estás dando ya. ¡Creo que sí!

—Uno, dos, tres… —Y me quita la venda.

Parpadeo varias veces, encandilado por la luz, y veo que estoy frente a una pequeña librería completamente echa de madera. ¡Es tan antigua, pero tan hermosa! Abro los ojos de par en par. Me giro hacia Mateo, pensando algo descabellado.

—¿Me has…?

—Mi sueldo no da para eso —se ríe, leyéndome el pensamiento.

—Mejor, mejor. —Relajo los hombros.

—¿Mejor que no tenga un buen sueldo?

—¡Oh!, no, tonto, no es eso. ¡Jo, no me hagas esto ahora! —Me agarra la cara y me besa; estos son los mejores besos, los inesperados y robados.

—Escúchame: este es un lugar muy especial. Mi madre solía venir aquí a comprar sus libros. Los propietarios eran sus amigos desde pequeña. Me llevo muy bien con ellos. Sé que te gusta mucho leer…

—Sí, aunque ahora leo menos con todo lo de la fa…

—Calla, y presta atención: sé que te gusta mucho leer y te traigo aquí para que elijas todos los libros que quieras. Ese será tu regalo.

¿Qué? ¿Cómo? ¿Cuándo? ¿En serio? Miro la librería, después a Mateo, sin dar crédito.

—Es una broma, ¿no?

—Nop.

¡Ay, me va a dar algo! ¡Es el mejor regalo que me podrían hacer! ¡Es un sueño hecho realidad, que alguien me lleve a una librería y me diga que coja todos los libros que quiera, que me los regala!

—Feo, ¿por qué haces esto? ¿Sabes que es una locura para un amante de los libros?

—Sí, pero asumiré el riesgo.

Me lanzo a sus brazos y lo beso como nunca antes lo he besado.

—¡Te quiero, te quiero, te quiero!

—Y yo a ti, cielo —se ríe Mateo, tomándome en brazos. Le brillan los ojos de felicidad—. Venga, entra o se nos irá la tarde aquí. Y recuerda, no escatimes: coge todo lo que quieras.

Tengo que controlarme, lo sé, o será mi perdición.

La librería es más hermosa por dentro que por fuera, y mira que es difícil. Todo es de madera. Las columnas, el techo con motivos árabes; las mesas son cubos de madera que salen del suelo creando varias alturas. Las estanterías están integradas en la pared de tal forma que no se ven las juntas de unión. Es como si estuvieran talladas.

El olor a madera, a viejo, a papel y a tinta, inunda el aire. Respiro este aroma antes de que se me vaya la cabeza y corro a observar libros, buscando la sección de literatura juvenil. Mateo no deja de sonreír de verme tan feliz. Lo escucho hablar con la propietaria.

—Sí, es él. Es como un niño.

¿Le ha hablado de mí? ¡Qué vergüenza! Pero que monada a la vez. ¿No es para comérselo? Todo el mundo quiere a alguien como él. Pero es mío, y solo mío. He tenido mucha suerte de dar

con él. Al final va a tener razón Abraham y sus teorías sobre el Destino.

Regreso la cabeza a los libros y me vuelvo loco. ¿Cuál elijo? ¡Hay tantos que quiero desde hace tiempo! ¡Y otros nuevos! ¿Por qué la vida es tan injusta y hay más libros que tiempo para leer y poco dinero para comprar?

Casi dos horas más tarde salimos de la tienda con una bolsa con diez libros. He sido generoso, digamos. No he cogido los más caros, tan solo he escogido los que llevaba tiempo queriendo leer, ediciones bolsillos y segundas partes. Estoy más que contento.

He conocido también a la dependienta, Carmen; es un amor de mujer. Diría que hasta huele a libro. Es una de esas abuelitas tan tiernas que no te quieres separar de ella. Y con tantas historias que contar detrás de los libros que me la llevaba a mi casa y no la soltaba. Prometo volver a verla… y a llevarme también algún que otro libro, por supuesto.

—Mateo, gracias por este regalo. Es de lo mejor que me han podido regalar, aparte de a ti —le digo, sonrojado.

—Es todo un placer. Verte feliz me hace a mí feliz.

—Te quiero, mi tonti.

Me abalanzo sobre él, lo abrazó y después lo beso.

—Anda, pelotero, vamos a dejar los… ¿Álex?

Escucho la voz de Mateo como un murmullo a mi alrededor mientras miro detrás de él. Me he quedado de piedra, sobrecogido. Hay una muchacha de estatura media, de pelo moreno y delgada, mirándonos. Creo que la conozco. ¡No, no puede ser! ¿Leyre?

Nuestras miradas se cruzan. No es cierto. ¡Joder, es mi cuñada! ¿Tiene que estar aquí justo en este momento?

—Álex, ¿qué…?

Tiro del brazo de Mateo y nos marchamos calle abajo sin saber adónde voy. Cuando creo que estamos más que lejos me detengo en la boca de un callejón a tomar aire, blanco como la leche.

—Álex, ¿qué pasa? ¿Estás bien? —Se alarma al verme respirar tan entrecortadamente.

—M-mi cuñada… Mi cuñada nos ha visto besarnos —logro decir. Y cuando lo digo soy consciente de todo lo que esto conlleva.

—¿Qué?

—Estaba detrás nuestra… —Mi voz tiembla. ¡Ahora sé por qué tenía esa horrible sensación de que algo podía ir a mal! ¿Por qué, por qué tenía que estar justo ahí en ese momento?

—Bueno, tranquilo. No pasa nada, cielo.

—¿Que no pasa nada? —Me altero—. ¡Se lo dirá a mi hermano! —Me llevo las manos a la cabeza queriendo llorar—. ¿Qué voy a hacer?

—Calmarte, eso es lo que tienes que hacer. La conoces, ¿no? ¿Crees que irá con el chisme?

—Ella no es así, pero le habrá pillado por sorpresa… Y encima no he ido a visitarla en todo el tiempo que llevo aquí; ni a ella ni a mi sobrino… ¡Ay, no sé!

Mateo me coge de la barbilla y me mira fijamente a los ojos.

—Cariño, tranquilízate. No va a pasar nada, ya lo verás. Si ella cuenta algo, y tu hermano habla contigo, créeme que no estás solo. Porque aquí estoy yo para apoyarte; ahora y siempre.

Acabo derrumbándome en sus brazos con estas palabras.

—Gracias, gracias por todo.

—No me las des. Una pareja es para lo bueno y lo malo, ¿no? Pues ya sabes, no lo dudes en

ningún momento. Venga, vamos a tu piso a dejar los libros. Piensa en el regalo y vuelve a sonreír como hace dos minutos, ¿quieres?

—Por ti, siempre.

—Y por ti también.

Llegamos a mi piso. No he dejado de comerme las uñas en todo el camino, ni mirar para detrás temiendo que mi cuñada nos estuviera siguiendo. Mateo a mi lado, divertido con mi acto. Es normal que se ría, parezco un maniaco.

Cierro la puerta de la habitación y me dejo caer hasta el suelo. Me golpeo la cabeza contra la puerta, y suspiro.

—¿De verdad esto me ha pasado a mí? —cuestiono al aire.

—¿Por qué dices eso, eh, Álex?! No es para tanto. Sé por lo que estás pasando ahora mismo, porque yo lo he vivido, pero por eso te digo que no es para tanto. Es peor el jaleo que uno se monta en la cabeza que lo que realmente sucede.

—Lo sé, pero… —Me encojo de hombros y me pongo en pie. Estoy jodiendo el día. Me acercó al cajón del escritorio y saco el regalo—. Toma, es tu regalo. Espero que te guste. Estas cosas no se me dan igual que a ti…

—¡Ay, qué niño este! ¡Calla ya y siéntate a mi lado! —Sacude el regalo—. ¿Qué será? ¿Una maquinilla de afeitar?

—Demasiado grande, ¿no? —objeto.

—Cierto. Y viniendo de ti, poco probable.

—También.

Lo abre y exclama, iluminándosele la cara.

—¿En serio?

—¿Qué? ¿Qué pasa? —me asusto. ¿A que no le ha gustado?

—¡Me encanta! Ya necesitaba un juego nuevo de lápices para ilustrar. Y este bloc es precioso.

Mis labios se curvan hacia arriba, aún pálido por el susto que me ha dado.

—¿De verdad te gusta?

—¡Me encanta! —Me tumba sobre la cama y me besa con tantas ganas que me muerde hasta el labio. Mal asunto porque me está poniendo tontorrón. Introduce su mano por debajo de mi camiseta y me acaricia un pezón, juguetón.

—¡Para, para! —le pido, ruborizado—. Ahora no.

—¡Ja, ja, ja! Vale, no más por ahora.

—Abre el bloc —le pido, incorporándome—: hay algo especial para ti.

Mateo lo hace. Se queda anonadado ante el pedazo de poema que le he escrito.

—¿Puedo leerlo en voz alta?

—Si quieres… aunque me da corte. —No me gusta que lean en voz alta lo que yo escribo. Es algo que ha salido de mí y a veces me avergüenza.

—Cierra los ojos y disfruta de tu obra:

En la delgada línea que separa el cielo del mar,
donde el sol lanza sus últimos abrazos al día,

es donde surge la Segunda Estrella a la Derecha.
Donde los Niños Perdidos salen a jugar,
donde la sombra de Peter Pan vuela por Nunca Jamás.
Allí donde los sueños se hacen realidad,
donde hay castillos en el aire y sirenas en el mar.
Donde el tic tac no deja de sonar asustando al capitán,
donde una simple risa de un niño hace a un hada nacer,
a esa hada que a tu lado siempre estará
y te guiará si nunca dejas de creer
que todo puede ser verdad,
dejando tus miedos atrás;
donde el reloj se detendrá
y los trenes darán marcha atrás.
Donde el barco volará hasta en el alféizar de tu ventana atracar,
y el ladrido de Nana te despertará.
Allí donde el libro de tu pecho al suelo caerá,
y observando la noche comprenderás
que no hay nada imposible
mientras no dejes de soñar.

Abro los ojos cuando termina de hablar, sorprendido de ser yo el que ha escrito eso. Suena tan distinto escuchando mis palabras en otra boca…

Los ojos de Mateo están vidriosos: se ha emocionado.

—Álex, cariño… Yo… No sé qué decir. Estoy… sin palabras. Es lo más bonito que me han escrito en mi vida. ¡Dice tanto de mí, dice tanto de ti! ¿Cómo sabías que esto me gustaría?

—Era fácil: nos peleamos la primera vez porque leíste uno de mis poemas, y quería hacer referencia a eso. Por otro lado, sé que como artista te gustan las cosas hechas a mano, algo en lo que vaya impregnado el alma de la persona que lo ha hecho…

Mateo me pone un dedo en los labios, mirándome a los ojos, emocionado e impresionado.

—Me conoces tan bien…

—Porque siempre leo en tu mirada. Eres un Niño Perdido. Eres Pan, mi Peter Pan, lleno de magia buscando su segunda estrella a la derecha y todo recto hasta el amanecer. Y me gusta volar a tu lado, en cada momento, como si fuera una cometa.

—¿Te gustaría volar una cometa? —dice, intentando cambiar la conversación. Está hecho un flan con todo lo que le he dicho, pero es lo que siento.

—Nunca he volado una —admito, sonrojado.

—¿De verdad? —Niego con la cabeza—. Pues hay que solucionarlo; volaremos una cometa. Y, quiero ser tu Campanilla… ¡No te rías, ¿eh?! Que no lo digo por eso de estar en las dos aceras, sino porque quiero ser la luz que siempre ilumine tu camino.

—¿Y hay que encender la luz de Campanilla de alguna forma?

—Uhmm… Ya lo hiciste el primer día.

—Eso me gusta. Voy a cambiarme, ¿vale? ¿Tú vas a ir así a la cena?

—Sí, me arreglé esta mañana para todo el día.

—Entonces no me cambio: no será necesario.

—¿Qué? No, no, no, tú te cambias como tenías planeado. Quiero verte mucho más guapo de lo que vas.

—Está bien. —Me encojo de hombros y voy al lavabo a lavarme la cara.

Meto la cabeza bajo el grifo y dejo que me baje el calor que tengo. A pesar de que Mateo me ha ayudado a olvidarme un poco, no deja de golpearme en la cabeza la imagen de mi cuñada, perpleja, mirándonos. ¿Por qué tenía que pasarme a mí? ¿Y por qué justo hoy? Solo espero que no haya represalias.

34

Leyre entra en casa dejando las llaves sobre un plato de cristal que hay en el mueble del recibidor. Cuelga el bolso y el abrigo en el perchero que hay detrás de la puerta y va hacia al salón.

—Cariño, ¿dónde estás? —llama. La televisión está apagada. Parece que no hay nadie—. Roberto, ¿dónde estás?

Roberto aparece por detrás de ella, señalándole con el dedo que calle.

—Javi se ha dormido. Lleva toda la santa tarde dando guerra. ¡No sé cómo tiene tanta energía!

—Eso… —Leyre le da un beso— es… —otro beso— porque… —un nuevo beso— ha salido… —lo vuelve a besar— a su padre.

—¡Eh, yo no doy tanta guerra! Bueno, sí, a veces sí. ¿Cómo ha ido todo?

—Bien. He comprado los regalos para el pequeño. —Deja las bolsas sobre la mesa—. Por cierto, me ha parecido ver a tu hermano.

—¿A mi hermano? Se me hace extraño siendo una rata de biblioteca. ¡Eh, no me mires así! ¡Lo conoces igual que yo!

—Sí, bueno, cierto. A lo que iba, ha sido extraño, tal vez no era él… Estaba con otro chico.

—Un amigo.

—No, no un amigo. Estaban muy cariñosones… en plan… Se besaron. Álex me vio; nos miramos, y salió por patas.

—¡Vaya, vaya! —Roberto se masajea el mentón antes de echarse a reír.

—¿Por qué te ríes?

—Porque ahora comprendo el motivo de por qué no ha venido a vernos antes (dejando a un lado el tema de hermanos). Así que por fin se ha dado cuenta de que es gay y se ha echado un novio.

—¿C-cómo? ¿Tú lo sabías?

—Vamos, Leyre. ¡Somos hermanos! Eso se sabe. Lo que pasa es que él es muy reservado y lo calla todo. Y gira todas las situaciones para hacerse creer él mismo que no es así.

—No me lo hubiera esperado.

—Pues muy mal, siendo tú la que tienes más de veinte amigos homosexuales. —Se dirige hacia la cocina. Se sienta en la pequeña mesa.

—Sí, bueno… Una cosa no quita la otra. Mis amigos tienen pluma; Álex, no.

—¿Y por qué? Mi hermano viene de un pueblo. Mis padres, mis abuelos, todos los vecinos

están pendientes de cuándo encontrará novia. ¿Crees que así va a tener pluma? Está totalmente reprimido, lo que tampoco quiere decir que tenga que tener pluma.

—¿Quieres decir que por eso no ha dicho antes que es gay, por el temor al qué dirán?

—Está más que claro. Tus amigos habrán vivido situaciones similares, pregúntales.

—Sí, Antonio me contó algo una vez…

—¡Ay, mi hermano! ¡Cómo lo sabía! El mismo día que fui a recogerlo a la estación, nada más bajarse del autobús, tropezó, un muchacho lo recogió y lo ayudó a llevar la maleta al coche.

—Porque tú no te moviste para ayudarlo.

—Tiene que espabilar.

Leyre pone los ojos en blanco, exasperada. Esas actitudes de niño pequeño de su marido a veces la desquician.

—¿Y qué me quieres decir con eso?

—Que ese muchacho también era gay. Tienen un radar entre ellos para conocerse y encontrarse. Desde ese momento no me quedó la menor duda.

—¿Y por eso no ha venido a vernos antes?

—Hay muchos factores, supongo. La facultad, adaptarse… No sé cuánto tiempo habrá pasado desde que ha salido del armario. El tiempo de asimilarlo… Ya sabes. Y pensará que es mejor ocultarse eternamente de la familia por temor a un rechazo.

—¡Pero eso es horrible! ¡Tiene tu apoyo!

—Sí, pero él no lo sabe. Además, por mi actitud muchas veces huraña pensará que no es así.

—Es que a veces necesitas dos bofetadas, cariño. ¡Eres peor que Javi!

—Javi va a cumplir tres años.

—Peor me lo pones.

Roberto suspira, apoyando la cabeza sobre la pared.

—Tenemos que ayudarlo. Mi madre me dijo que él vendría al cumpleaños. Mañana lo llamaré para insistirle en que no se le olvide venir. Hablaré con él, estaré más cercano; que me cuente. Y si tengo que hacerlo, hablaré con mis padres por él.

—Será de gran ayuda. ¿Cómo crees que se lo tomarán?

—Mejor mi padre que mi madre, eso es seguro. Pero no adelantemos acontecimientos; vamos a ver cómo va todo.

35

¿Qué es ser gilipollas? Si lo buscamos en el diccionario encontramos como adjetivo vulgar gili, que en lenguaje coloquial viene a significar tonto, lelo. Bueno, pues yo soy vulgar, mi adjetivo es vulgar: gilipollas, con todas sus letras. ¿Y por qué? Porque lo que podía haber sido una noche agradable ha sido de pesadilla.

He estado inquieto, distante, metido en mi mundo. He estado algo pasota de Mateo… Y en el fondo me duele porque no se lo merece. Ha hecho todo lo posible por regalarme un día mágico y una noche maravillosa. Me ha llevado a cenar a un lugar lleno de belleza; a ver una película preciosa… y yo voy y lo pago así. Todo por la tontería de pensar en que mi cuñada me ha visto, en que se lo contará a mi hermano y mi hermano a mis padres y…

¡Oh! ¿Qué pasará? ¿Qué dirán mis padres? ¿Y mi hermano? ¿Lo tomarán bien? Tal vez todo ha sido un error. Tal vez no soy gay, tal vez he estado confundido… Pero cada vez que miro a Mateo a los ojos me derrito. Cada vez que me besa, muero… Cuando no lo hace, muero por besar sus labios, esos labios tan gorditos que me vuelven loco.

Apoyo la cabeza contra el asiento del coche de camino a mi piso, y suspiro. Mi cabeza es un sin vivir. Estoy triste, nervioso, tengo ganas de vomitar… ¡Es horrible!

Mateo me coge una mano cuando nos detenemos en un semáforo y me intenta buscar la mirada, pero yo rehúyo. La he cagado, y mucho. Mis ojos están a punto de estallar en lágrimas. ¿Qué pasará ahora? ¿Será un punto de inflexión en nuestra relación? ¿Se acabará todo? ¡No, por favor! ¡No quiero que pase eso!

—Álex… Cielo, ¿estás bien? —me pregunta como si no supiera nada de lo que me ocurre.

Me paso las manos por la cabeza, conteniendo el llanto.

—No lo sé… No sé nada.

El semáforo se pone en verde.

—Ahora hablamos. —Su tono es demasiado serio; nunca lo he escuchado así. Trago saliva con un fuerte nudo en la garganta.

—M-Mateo… Yo… —empiezo a decir, pero se me corta la voz y lloro.

—Cariño, tranquilo —me susurra, regalándome una sonrisa.

No puedo estar tranquilo, para nada. Si hay un dios ahí arriba, ¿por qué ha hecho que mi cuñada nos viera?

Llegamos a la calle de mi piso. Aparcamos el coche cerca de la puerta y Mateo me mira. Giro la cabeza; no quiero mirarlo, me da vergüenza.

—¿Me puedes explicar qué pasa? —me pide. Puede sonar brusco, pero no ha querido ser así.

—Yo… —Lloro con más fuerza y me abalanzo sobre sus brazos.

Mateo me acaricia la cabeza con ternura.

—Ya, tonto, no llores. A ver, dime. ¡Ey, tranquilo! ¿No te doy toda la confianza para ello?

—Sí, pero… Soy un inútil.

—¿Por qué?

—Porque he metido la pata hasta el fondo, porque me he comportado como un auténtico idiota esta noche. Distante; apenas he disfrutado de la película. Durante la cena era como si estuviera solo… He pasado de ti.

—B-bueno, sí, pero no pasa nada.

—Sí pasa, Mateo; no le restes importancia. Tú queriendo hacer un día inolvidable, agradarme en todo, ¿y cómo te lo pago? Siendo un… un… No me quedan adjetivos para describirme. Me he portado fatal. Y todo por miedo, porque mi cuñada nos ha visto, por temor a que se lo cuente a mi hermano, y él a mis padres y todo sea una puta mierda. Tengo miedo. ¡MIEDO! Ya hasta pienso que no soy gay, que ha sido una confusión… Pero te quiero. Me derrito ante ti. Tus labios son mi adicción… —Me paso las manos por la cabeza y regreso a mi asiento mirando por la ventana. Me he quedado muy a gusto al mostrarle todo lo que siento. Sin embargo… Lo miro de soslayo y veo que Mateo me mira con cara de niño pequeño, sonriéndome con una dulzura que llega más allá del corazón.

—Álex… A ver, no me seas idiota como tú dices. No estás confundido ni nada por el estilo. Ahora es el miedo por lo que ha ocurrido. Y es normal. Yo pasé por ahí, ya lo sabes. Pero no podemos dejar, como se suele decir, que los árboles no nos dejen ver la magia del bosque. Lo que no has disfrutado esta noche ya no vuelve, tonto. Dime: ¿pase lo que pase vas a dejar de vivir? No. Es tu familia, lo entenderán.

»Y no creo que tu cuñada diga algo, mucho menos tu hermano. Que hable contigo, sí, lo veo más lógico. Vamos, cielo, tranquilízate.

—Eso quiero, pero… —Suspiro otra vez—. Lo siento, Mateo, siento lo que ha pasado hoy.

—No te disculpes más.

—Necesito hacerlo una y otra vez, porque eres un cielo, lo mejor que me ha podido pasar. Todo lo que has preparado, los libros, la librería, la cena, la película… ¡Todo! Yo voy y actúo así.

—Álex, por favor, ya, olvida todo. —Se le nota algo molesto—. No hagas un castillo de esto. Ha pasado y no hay más vuelta de hoja. Tranquilo. Yo te entiendo. No pienses más en eso, ¿vale?

—Lo intentaré.

—Cabecita loca. Anda, ¿me invitas a subir?

—No; te invito a quedarte conmigo toda la noche. ¿Quieres? Lo necesito, por favor.

Necesito dormir con él, sentirme seguro a su lado, rodearme de sus brazos, dormirme con sus besos. Simplemente saber que está y estará ahí a pesar de todo, a pesar de que soy un completo idiota.

—¿Cómo que si quiero? ¡Una y mil veces más, tonto! —Abre la puerta y se baja del coche —. ¿Vienes?

Sonrío se oreja a oreja intentando no llorar de la emoción, y bajo del coche. Corro hacia sus labios.

—Gracias por ser como eres y estar ahí ayudándome tanto.
—Gracias a ti, mi niño, por permitirme estar.

36

Llevo días sin dormir. Parezco un completo zombi. Me falta no ducharme, comerme a mis compañeros de piso y no vocalizar bien. ¡Ay, Dios mío!, si es que puedo decir que tengo un dios.

Esta situación me supera. Es mucho más las vueltas que le das a la cabeza, la película que te montas, que la realidad en sí. Sé que es lo que dice Mateo, que no será para tanto, que Leyre no se irá de la lengua, pero ¿cómo fiarme? ¿Quién asegura que no será así?

Quiero gritar. ¿Por qué tengo tanto miedo? Aún sigo sin entenderlo. ¿Miedo a que se descubra mi orientación sexual y me desprecien? Ser homosexual es algo normal, o por lo menos para mí ahora que he salido del armario…, aunque solo para cuatro personas.

Mis padres sé que terminarán aceptándolo, más mi padre que mi madre; a ella le costará y mucho. A mis abuelos no podré decírselo nunca. La mentalidad suya es harina de otro costal; sería un shock emocional y no quiero que haya infartos imprevistos. Mejor dejar el agua en calma.

Suspiro y doy otra vuelta en la cama. ¿Y si confieso de una vez y me quito el malestar de encima? Haciéndolo me libero de dolores de cabeza y temores. Pero solo de pensar en coger el teléfono, llamar y decir «mamá, que soy gay» me tiemblan hasta las pestañas. Visto así suena muy fácil, pero no sería capaz de decir nada, nada de nada.

¿Por qué es todo tan difícil? ¿Por qué lo hacemos todo tan complejo?

Me paso las manos por la cabeza y, presa de la presión, lloro. Justo en este momento suena el teléfono. Me quedo blanco y siento que la respiración se me corta. Miro el móvil que está sobre la mesita de noche. ¿Mi madre? ¡Ay, no, que no sea ella! ¡No ahora! Lo cojo con las manos temblorosas. Un suspiro de alivio se me escapa cuando veo que es Mateo, mi Mateo. Es como si siempre supiera cuando tiene que aparecer, el que me ayuda y me relaja, aunque a veces lo saque también de quicio. Soy muy cabezón, no voy a negarlo.

—Buenos días, nene —lo saludo, eufórico. Mi voz se llena de energía con él.

—Hola, mi chiquitín. ¿Cómo has dormido?

Dudo.

—Bueno…

—¿Otra vez dándole vueltas al coco? —se molesta.

—¡Ay!, sí, lo siento; no puedo evitarlo. No me machaques tú ahora, por favor, que ya tengo bastante con lo mío.

—Perdona, cariño. ¿Te he dicho que te quiero?

—Hoy no.

—Pues te amo, que lo sepas.

Mi sonrisa crece de oreja a oreja.

—Te amo, tontito.

—¿Estás ya levantado? —me pregunta entonces.

—Más o menos.

—Vamos, que estás aun dando vueltas en la cama.

—Sí. Je, je.

—Pues vístete que en media hora paso a por ti: vamos a desayunar y al campo.

—«¿Al campo?» —me sorprendo.

—Sí, te voy a llevar a volar cometas. Está nublado y corre algo de viento. La imagen es preciosa; te va a encantar, estoy seguro.

¡Qué mono es!

—¿Qué hora es?

—Las diez en punto. Si seguimos así te pillo en pijama. ¡Venga, feo! Nos vemos ahora. Te quiero.

—Te quiero.

Salto veloz de la cama, abro la ventana y una bocanada de aire me golpea en la cara y me revuelve todos los papeles que tengo sobre el escritorio. ¡Qué frío que hace! Ya sé lo que toca: abrigarme hasta la cabeza. Vamos a ello.

Mateo no cesa de reír mientras desenreda la cometa sentado en el suelo. Yo me he sentado en una piedra y no dejo de mirarlo de soslayo, mosqueado. ¿Qué mosca le ha picado? Vale que me he abrigado hasta arriba y parezca el muñeco de Michelín, pero no es para tanto, creo yo.

—Ya vale, ¿no, Mateo? —me enfado, frunciendo el ceño.

Mateo intenta aguantarse la risa; le es imposible. Se pone en pie y se acerca a mí. Me abraza.

—P-perdona, tonti. Es que… Es que me hace gracia verte con tanta ropa. ¿Cuánta te has puesto?

—Pues… tres jerséis, el pantalón del pijama, el vaquero, el abrigo, la bufanda y el gorro. —Viéndolo así, la verdad es que me he excedido.

Mateo suelta una nueva carcajada.

—Nadie como tú, cariño, en serio.

—Me lo sueles decir muy a menudo.

—Sí. —Me toca con el dedo índice derecho la nariz—. No hace tanto frío.

—Para ti, pero yo estoy helado.

—¿Estás malito? —Su risa se corta de repente.

—No, no que yo sepa. Supongo que son… nervios, nada más.

—¿Nervios de qué?

Me separo de él y le doy la espalda. Miro a mi alrededor: la vista es preciosa. Estamos en una explanada de hierba con árboles alrededor de hojas amarillentas y marrones, y el cielo encapotado. Es una imagen muy otoñal. Deleita mis sentidos.

—Mañana es el cumpleaños de mi sobrino y me veré con mi cuñada.

Escucho a Mateo suspirar detrás de mí. Me coge de una mano y me gira; me mira a los ojos.

—Por favor, no pienses más en eso; vamos a disfrutar. Hazlo por mí.

Cierro los ojos y asiento. Estoy siendo un incordio con este tema. Lo beso.

—Gracias, cariño, por estar ahí en todo momento.

—Gracias a ti por permitirme hacerlo. Ven, vamos a volar la cometa. ¿Lo has hecho alguna vez?

—No, nunca me han gustado estos juegos.

—¿Ves cómo eres raro? —Me saca la lengua.

—Como dice mi abuela: más raro que un perro verde. —Nos echamos a reír y nos acercamos a la cometa.

—Coge el mango, por los laterales. Como ves hay un poco de hilo desenredado. Vamos a desliarlo un poco más y entonces hechas a correr, ¿vale? Y conforme la cometa empiece a volar ve liberando más hilo. La cometa irá detrás de ti hasta que se eleve.

—Uhmm… Parece fácil.

—Un poco, pero te costará al principio, aunque seguro que me sorprendes y la hechas a volar a la primera.

—Seguro que no tengo esa suerte.

—Probemos a ver.

Así lo hacemos. Dejamos la cometa en el suelo teniendo especial cuidado de que el hilo no se enrede, y echo a correr. No hay forma de hacerla volar. La cometa va dando botes por el suelo de un lado a otro. Mateo no se puede reír más, y yo no puedo evitar hacerlo de verlo a él. ¿Se ríe de lo torpe que soy con la cometa? Seguro que sí.

—Esto no es lo mío —reniego, sentándome al suelo—. Soy un negado.

—¡Qué tontito eres! Te has rendido muy pronto.

—«¿Pronto?» ¡Si llevamos más de media hora intentando hacerla volar!

—Bueno, sí, es cierto; ya tendrías que haber conseguido que vuele.

—Ya… pero no tengo suerte. Para colmo, se ha parado hasta el viento.

—¡Ja, ja, ja! Casualidad, tonto. Ven, voy a echarla yo a volar y me ayudas a mantenerla en el aire, ¿quieres?

—Me parece mejor idea. —Sonrío, agradecido con esa propuesta; será divertido.

En el fondo quiero que no le salga bien. Es mi novio, y su felicidad es la mía, pero no quiero que siga dándoselas de ser el mejor con la cometa, no. Estoy siendo un poco perverso.

Mateo echa a correr con la cometa intentando que se eleve en el aire y esta no responde. Da tumbos en el suelo de un lado a otro como me ha pasado a mí. Me aguanto la risa todo el tiempo en el que él sigue intentándolo. De nuevo, nada. Para colmo, en el último intento, Mateo tropieza y cae rodando ladera abajo. No sé si reír, gritar o asustarme. La situación es tan divertida.

Salgo tras sus pasos. Mateo no se puede detener. Va cuesta abajo, y como se suele decir, sin frenos. No deja de gritar, atemorizado, hasta que se detiene entre unos matorrales y árboles. Llego a su lado y rompo a reír a carcajadas al verlo levantarse lleno de hojas y ramas cual espantapájaros.

—No es nada gracioso, ¿eh? Casi me escalabro.

—L-lo s-sé… ¡Ja, ja, ja! ¿Estás b-bien? —logro articular. Mateo me mira con el ceño muy fruncido: no parece hacerle tanta gracia como a mí—. Vamos, no es para tanto, Mateo —añado, intentando calmar las aguas. Su rostro permanece igual. Mi expresión cambia de golpe. ¿La he cagado?—. Perdona. No quería molestarte; l-lo siento.

Mateo me mira fijamente antes de ser él el que ahora ría y se abalance sobre mí y me levante

en brazos.

—¡Te lo has creído! ¡Me encanta chincharte!

—¿Cómo? ¡Eres un idiota! ¡Eso no se hace! Pensaba que la había liado.

—Nunca la vas a liar, tonto.

—No me hace gracia, jo —digo, liberándome de sus brazos. Mateo viene hacia a mí y me abraza con fuerza. Me besa, sensual, detrás del cuello, haciéndome cosquillas con sus labios. Me encantan los besos ahí.

—Te amo tanto, Álex.

Me giro hacia él. Es la primera vez que me dice «te amo» con tanta pasión. Me quedo sin palabras. Me emociona ver que soy tan querido por alguien que no sea ni mi madre ni mi abuela.

—Y yo a ti, mi vida. —Lo beso con tanta efusión que acabamos rodando por el suelo—. Somos un caso, por si no te has dado cuenta.

—Lo sé —me afirma mirándome a los ojos—, y eso es lo que más me gusta de todo. —Nos ponemos en pie—. Sigamos con la cometa, y comamos.

—¿Comer? ¿Dónde, aquí?

—Sí, claro.

—Pero ¿cómo? ¿Si no…?

—¡Ah!, no te lo he dicho: he preparado comida para los dos. Un buen picnic. ¿No te gusta la idea?

—Me encanta, aunque no sé si el día nos dejará. —Cada vez está más nublado y a lo lejos se oye tronar con energía—: parece que se avecina tormenta.

—Hay una cueva cerca de aquí. Nos refugiaremos en caso de que llueva; ¿te parece bien?

—Estando a tu lado, perfecto. —Le doy la mano, y subimos ladera arriba en busca de la cometa.

Con una cosa y otra al final no hemos podido hacer volar la cometa. Cuando parecía que el viento se iba a mantener, nos disponíamos a hacerla volar y el viento cesaba de golpe. Como preveíamos, ha comenzado a llover casi de forma torrencial y hemos tenido que refugiarnos en la cueva que Mateo conoce. Pensaba que estaba más cerca, pero no es así. Hemos llegado más que empapados. Mateo ha encendido una pequeña fogata para calentarnos. Hay ramas esparcidas y varias muestras de anteriores hogueras.

—¿De qué conoces este sitio? —me intereso, sentándome al lado del fuego. ¡Qué romántico es! Una aventura tan bonita sin apenas planearla. Es una auténtica maravilla.

—Suelo venir muchas veces aquí. Me gusta. Está algo escondida, eso sí, pero me da tanta paz y tranquilidad.

—¿Siempre… has venido solo?

—Bueno… No siempre. Algunas veces acompañado.

Elevo una ceja y lo miro, pícaro.

—Quieres decir que este es el sitio donde solías traer a tus ligues, ¿no es así?

—Visto de ese modo parece que este ha sido el lugar donde he traído a chicos para tirármelos, y no es así. Tú eres el segundo chico que pisa aquí.

—¿Quién fue el primero?

—Mi ex. Y porque me descubrió. A él no le gustaba venir conmigo a sitios así a sabiendas de que me encantan. Un día me siguió y lo descubrió.

—¿Y eso? —Aunque puedo hacerme a la idea. No en el sentido de porque el lugar sea feo, no. A mí me gusta, sino por el hecho de gustos distintos.

—Digamos que él se veía como más «fino» para venir a sitios así. Él prefería tiendas, cine… lo típico de hoy en día. Supongo que también eso degradó lo que teníamos.

—¿Y de qué ex estamos hablando? —digo, socarrón.

—Muchas preguntas haces tú, ¿no? —Me saca la lengua, burlón.

—Siempre es bueno conocer más datos, ¿no crees?

—Cierto. Me refiero a mi primer ex. Después de ti, es con quién he tenido algo tan serio y bonito. Aunque contigo todo es mucho más distinto y especial.

—¿En qué sentido?

—En que es como si nos conociéramos de toda la vida. Tenemos una conexión tan profunda y bonita que a veces asusta, pero a la vez no quiero que cambie nunca.

—Eso es cierto. A mí también me maravilla, tengo que admitirlo. Yo nunca había sentido nada parecido.

—Pues ya era el momento, ¿no crees? —Se me acerca, de rodillas, fijando en mí una seductora mirada—. Cierra los ojos.

No sé qué va a hacer, pero lo hago. Siento sus labios rozar con delicadeza los míos. Su mano corretea por mi cuello.

—Estoy tonta y locamente enamorado de ti.

Abro los ojos de par en par y veo que tengo ante mí a Mateo con una cajita entre sus manos. Mi corazón se acelera de golpe. ¿Es esto verdad? Pero ¿por qué? No, no puede ser verdad, no va a pedirme matrimonio, ¿no? ¡Es una locura! Lo amo con todo mi ser, pero no puedo casarme. No estoy preparado.

Miro la caja envuelta en papel negro y plata y elevo la vista hacia él. No me imagino la cara que tengo en este momento. Tiene que ser un poema. Y mi novio se carcajea.

—¿Qué estás pensando?

—¿Y-yo? ¿Y tú?

—¡Ja, ja, ja! ¡No te voy a pedir matrimonio, tonto! Relájate. —No sé si reírme, o darle una bofetada—. ¿Pensabas que…?

Desvío la mirada, sonrojado.

—¡Qué tonto eres, Álex! Ganas no me faltan de querer casarme contigo, pero no es el momento. Te conozco muy bien y sabía que pensarías eso.

—A veces me das miedo —digo con una risita floja—. Estamos tan compenetrados.

—Demasiado. —Me pone la caja en las manos—. No es un anillo de compromiso, no, es otra cosa.

—Pero… Mateo, no tendrías que regalarme nada más. Me da cosa que siempre me hagas regalos y yo…

—¿Acaso me he quejado alguna vez? ¿A que no? Pues entonces, calla. Ábrelo.

—Me haces sentirme mal, jo. No gastes más dinero en mí.

—¿Y? ¿Yo te he dicho algo alguna vez? ¿Me he quejado? —reitera—. Entonces ya sabes qué tienes que hacer.

—Ya… Aun así…

—Si no lo quieres, me lo llevo. —Me coge la caja y yo se la arrebato.

—No, no, la quiero. Quiero ver qué es.

Me saca la lengua otra vez y me deja que la abra. Me tiemblan las manos mientras rompo el envoltorio pensando qué puede ser. La abro y dentro me encuentro una pulsera de plata y cuero con una inscripción: «Que el sol no deje de brillar». Releo la frase y después miro a Mateo. ¿Qué me quiere decir con esto?

—Cariño, que nada enturbie tus días. Vive tu vida, que nada ni nadie te moleste. Que no te importe el qué dirán.

—¿Te quieres referir a…?

Mateo asiente con la cabeza antes de añadir:

—Sí, a eso me refiero, al calvario por el que estás pasando estos días. —Me toma de la mano y me mira fijamente a los ojos—. Mañana te acompañaré a la casa de tu hermano, para darte fuerzas, y me marcharé. No sucederá nada, ya lo verás, pero así estarás más tranquilo. Te amo.

Mis ojos se anegan de lágrimas. Me abalanzo sobre sus brazos.

—Gracias, mi vida, gracias. Gracias por apoyarme tanto. Ojalá mañana todo salga bien y mi cuñada no viera nada.

Las ojeras son más grandes que yo. Una vez más no he pegado ojo en toda la noche. Los nervios se han apoderado de mí de tal forma que no sé cuánto tiempo llevo sentado en el baño sin poder moverme. Mis compañeros de piso tienen que estar más que hartos de mí. Hay dos baños en la casa, pero para tres personas uno solo es insuficiente. ¿Y qué hago si tengo el cuerpo totalmente descompuesto? Malditos nervios.

No quiero ir al cumpleaños, no. Es mi sobrino, sí. Lo quiero, y mucho, y tengo ganas de verlo, pero ver a mi cuñada y hermano, lo que pueda suceder… ¡Ay, no sé! Creo que ya estoy alargando demasiado la película. No creo que sea para tanto. Tampoco creo que mi cuñada se haya ido de la lengua. Es algo que a ella no le incumbe.

Mi móvil vuelve a vibrar. Le echo un vistazo: Cristina, mi madre, Abraham… Me están agobiando. Mi madre con que no se me olvide ni de la fiesta ni del regalo. Cristina con que ayer noche se enrolló con varios chicos. Ella y Abraham salieron juntos de fiesta. Abraham diciéndome que no sale más con Cristina, que lo dejó en vergüenza… ¿Y a mí qué me importa eso ahora? Tal vez estoy siendo egoísta, pero son tonterías las que me están contando. Ahora mismo tengo problemas propios más importantes que solucionar. Yo no los estoy acribillando a mensajes con ellos… Creo que voy a perder la cabeza, en serio.

Abro el grifo y meto la cabeza debajo del agua helada para espabilarme. Me miro al espejo: parezco un muerto. Yo así no puedo ir a ningún lado.

Mi móvil vuelve a vibrar. ¿Quién será ahora? Un wasap de Mateo. Hemos hablado menos desde que me dejó en casa ayer tarde y sé por qué lo ha hecho: no ha querido molestarme. Sabe cuándo necesito mi espacio. Aun así, el saber que está ahí me ayuda.

«Buenos días, mi vida. ¿Has podido dormir algo? A la una y cuarto paso a recogerte para llevarte a casa de tu hermano».

Miro el reloj. Perfecto, ¡quedan quince minutos! Vuelvo a sentarme en el váter. No creo que tenga mucho en el cuerpo ya para expulsar. Estoy más que limpio. A este paso me voy a deshidratar.

«Buenos días, feo. No, no he dormido nada. Llevo toda la santa noche en el baño por culpa de los nervios. Estoy pálido. ¡Parezco un muerto! No quiero ir. ¿Y si pongo una excusa, que no

me encuentro bien o algo así?»

«Álex, no digas bobadas. ¿Qué utilidad tiene escurrir el bulto? Además, si faltas, ¿no crees que será peor? Afronta la situación. Sé valiente como lo eres, cariño. Yo estoy aquí para ayudarte».

«No soy valiente. Solo soy el reflejo, pero nada más».

Mateo me envía varios demonios enfadados, seguidos de un audio:

«—Eres tonto, muy tonto. Eres más valiente de lo que crees, pero no quieres verlo. Vamos, cariño, no seas un llorica. Hay cosas peores en la vida, como una enfermedad o perder a un ser querido, y sabes a lo que me refiero. Ya que todo fuera más fácil que esto. Tampoco sabemos qué va a ocurrir. Estás liando la pelota de tal forma que vas a hacer que el universo conspire contra ti y haga que ocurra lo que temes».

Me hace gracia lo de la conspiración del universo.

«Ya… Lo sé. Gracias por aguantarme. Voy a prepararme. Dame diez minutos más. Te quiero».

Me pongo lo primero que encuentro, y el chaquetón. Estoy helado de frío. Cuando estoy nervioso me da frío y me pongo a tiritar.

Busco el regalo, que no sé dónde lo he dejado, y bajo a la calle. Mateo está ya esperándome en el coche. Lo saludo con un beso nada más subirme al coche y me pongo el cinturón. Me mira a los ojos y me coge una mano con ternura.

—¡Estás helado! —se alarma—. ¿Estás bien?

—Sí, no te preocupes. Cuando me pongo nervioso se me hiela el sudor. Soy raro, te recuerdo.

Mateo sacude la cabeza, sonriendo.

—Cada vez se agranda más era rareza.

—Sí, a este paso me veo en un circo de bichos raros.

Me acaricia la cabeza sin dejar de sonreír.

—Mi niño tontito. Tranquilízate. Yo voy a estar dándote ánimos desde fuera. Además, no tienes por qué estar todo el día con ellos si no quieres; me llamas y te recojo, ¿vale?

—Sí, no te preocupes. ¿Nos vamos? —Cuanto antes lleguemos, mejor.

37

—Tranquilo, ¿vale? Te recojo cuando tú me digas. Te quiero, mi vida.

—Gracias por todo, en serio. No sé cómo podría afrontar esto sin ti.

—Lo harías igual, mi valiente. —Me besa—. Vamos, tú puedes con lo que suceda.

Le devuelvo el beso y me bajo del coche. Me ha dejado una calle más atrás de donde mi hermano vive por expreso deseo de él, para no añadir más leña al fuego si me ven llegar con él. Le agradezco, y mucho, el detalle.

Le digo adiós con la mano mientras se marcha y toco al timbre del portón del piso, sintiendo cómo me tiemblan las piernas y las manos se me quedan más heladas. Nadie abre y empiezo a desesperarme. ¿Por qué entonces me escribió mi hermano ayer noche para que estuviera hoy a mediodía? Realmente no lo entiendo. Me siento en el escalón de la puerta abrazado a la bolsa con los regalos de mi sobrino y alguien abre; una anciana va a salir.

—Disculpe. Espere, le sujeto la puerta.

—Gracias, chico. ¿Vas a pasar?

—Sí, gracias. Ya que no me abren…

—A veces el timbre suele dar problemas —me dice con una sonrisa—. No lo tengas en cuenta. Hasta luego.

—Hasta luego.

¡Qué señora más simpática! Me recuerda a mi abuela. Me atrevería a decir que huele como ella. ¡Qué ganitas tengo de volver a verla!

Como el ascensor está roto tengo que subir hasta el quinto piso escalón a escalón. Llego arriba quitándome ropa de encima. ¡Qué calor! Pero calor del esfuerzo, porque hace un frío que no es normal. ¡Qué horror!

Llamo a la puerta y al timbre varias veces y me siento en el suelo a esperar. Escucho chillidos y risas de mi sobrino y a mi hermano correr detrás de él, llamándolo. Hace mucho que no lo veo, creo que desde antes de verano. Tiene que estar muy guapo y gracioso, y crecido.

La puerta se abre y mi sobrino sale como un relámpago hacia mí diciendo «ito». Con tres años ya sabe decir bastantes palabras, y es normal con esa edad, aunque parece que va con retraso. Se lanza a mis brazos y me lo como a besos. ¡Qué mono es! ¿Por qué no he venido a verlo antes? ¡Soy idiota!, no puedo negarlo!

—No sé cómo se acuerda de ti teniendo en cuenta que pasas de él —me increpa mi hermano, burlón.

—Él es mejor persona que tú —le suelto—. ¿Cómo estás, pequeñín? ¿Tenías ya ganas de

verme?

—Síp. Mia, mia —me dice señalándome dentro.

—Creo que quiere enseñarte lo que le han regalado. Venga, pasad, que fuera hace frío.

—No lo había notado, aunque si es por vosotros aún estaría en la calle. He llamado varias veces y no me habéis abierto. Porque ha salido una vecina, si no aún estaría esperando.

—¡Quejica! Pero sí, el timbre de abajo a veces da fallos y no nos llega la llamada. Bueno, aquí nada funciona, empezando por el ascensor.

Uhmm… Tampoco me he dado cuenta.

Pasamos dentro y vamos directos a la habitación de mi sobrino, llena de juguetes y peluches. Están todos en sus estanterías, ordenados, porque no les hace el menor caso. Tiene una zona con una alfombra con varios libros esparcidos sobre ella y un perro de peluche gigante en el que se sienta y coge un libro de Mickey Mouse. Me señala a los personajes. ¡Me lo voy a comer!

—En ese aspecto ha salido a ti —dice mi hermano, y se apoya en el quicio de la puerta—: a los dos os encanta leer.

—Entonces ha sacado algo bueno, ¿no? —me burlo—. ¿Y este quién es?

—Iki Masu.

—«¿Iki Masu?» —me rio—. Mickey Mouse. Se dice Mickey Mouse.

—No te esfuerces: termina diciendo lo que quiere —dice la voz de mi cuñada. Entra por la puerta y se apoya en el hombro de mi cuñado. Me quedo blanco al verla de repente. La miro fijamente y ella se sonroja; me había olvidado por completo del asunto. De no haber estado ella allí todo hubiera marchado sobre ruedas.

—¿C-cómo estás? —titubea Leyre.

—B-bien —respondo, sacudiendo la cabeza. Regreso la mirada al libro de mi sobrino—, muy liado con la facultad, pero ya se sabe.

—Espero que a partir de ahora saques más tiempo para estar con tu sobrino. No deja de mencionarte cada dos por tres.

¿De verdad? ¿O solo lo dice para quedar bien?

—¡Qué mono es! ¡Ha crecido un montón! ¡Verás cuando te vea la abuela!

—La abuea —repite muy feliz.

Leyre se acerca a él y lo coge en brazos, evitando mirarme, sonrojada. ¿Qué le sucede?

—Venga, vamos a comer antes de que se enfríe la comida.

—¿Solo estamos nosotros? —me sorprendo y a la vez me alarmo. No me gusta eso.

—Sí, el resto vendrá esta tarde —informa mi hermano.

—¿Y entonces por qué me has hecho venir antes?

—Para que estés con tu sobrino, ¿te parece poco? —se molesta.

—Bueno, sí, cierto, je, je. Perdona.

—¿Qué pensabas? —Levanta una ceja y me mira fijamente, intimidante. Sonríe entonces, pícaro.

¿Lo sabe? ¿Sabe algo de que soy gay? Mierda, mi cuñada le ha contado algo, seguro. Por eso me ha hecho venir antes. ¡Tierra, trágame! Pero si es así, no parece cabreado ni nada.

—N-nada. No sé, ya sabes que tú y yo somos como el perro y el gato.

—Pero porque contigo no se puede ser de otra forma. No se te puede gastar una broma; con la familia es con los únicos con los que estás a la defensiva.

Me deja sin palabras. Sí, eso es cierto, con ellos siempre estoy a la defensiva. Constantemente parezco un león hambriento. Que mi hermano sea tan claro con este tema hace que me avergüence.

Se acerca a mí, que estoy sentado en el suelo donde me ha dejado Javi, y se acuclilla poniéndome una mano sobre el hombro.

—Álex, soy tu hermano, cualquier cosa sabes que puedes hablarla conmigo, ¿de acuerdo? No tengas miedo.

¿Por qué me dice eso? Es mejor que no piense nada. ¡Ay, Dios! Baja y llévame. Los ojos se me llenan de lágrimas y rompo a llorar, presa de la presión.

—¿Qué te pasa?

—N-nada —niego, limpiándome las lágrimas con el puño de la sudadera—, que soy tonto.

—Eso no es novedad —me hace reír—. Hay algo más, ¿verdad? —insiste.

Asiento con la cabeza. No creo que sea malo decírselo, es mi hermano, me apoyará, seguro. Mejor yo que mi cuñada, ¿no?

—Ven, idiota, vamos a comer y después hablamos. —Me da un abrazo. La primera vez que deseo un abrazo suyo y me reconforta cuando lo hace.

Me sorbo la nariz y le entrego la bolsa con los regalos de mi sobrino.

—Es para Javi: sus regalos.

—No tendrías que haber traído nada.

—Eso díselo a tu madre que me ha estado dando la tabarra todo el tiempo.

Mi hermano pone los ojos en blanco y suspira.

—Nuestra madre nos va a matar un día de estos a disgustos. —Mira la bolsa—. Gracias, seguro que le gustarán.

—Eso espero. Si no le está bien tienes el ticket en la bolsa para descambiarlo por otra talla o por otra cosa que os guste más.

—No te preocupes por eso ahora. Vamos, Leyre ha preparado unos macarrones al horno que están de muerte.

—¿Te gusta lo que te ha regalado tu tito? —le pregunta Leyre a Javi mientras estamos sentados en el salón tomando el café. El niño asiente con la cabeza sin dejar de mirar las deportivas.

—¡Con lo raro que es me sorprende verlo tan contento! —exclama mi hermano, recostándose sobre el respaldo del sofá.

—Porque ha salido a mí —digo con toda la convicción posible.

—A veces lo pienso —comenta Leyre, sonriendo.

—¿En todos los ámbitos? —Mi hermano levanta una ceja y me mira de soslayo.

¿Qué quiere decir con eso? Mientras comíamos no ha dejado de soltar pullitas y parece que no va a terminar. Lo único que ha hecho ha sido ponerme entre la espada y la pared. No sé qué es lo que intenta si sabe algo: que yo hable, ayudarme o hundirme moralmente.

Se crea un silencio incómodo. Leyre y mi hermano intercambian miradas. Mi hermano se incorpora y suspira; me mira fijamente.

—Álex, ¿vienes conmigo a la cocina, por favor?

Un nudo crece en mi garganta. ¿Asiento o salgo por patas por la puerta de la casa? Mis ojos se desvían hacia Leyre. Ella me sonríe y asiente, indicándome que vaya con mi hermano.

Dios, si estás ahí arriba, échame una mano, porque no sé si me voy a poder levantar del sofá. Me he quedado helado, literalmente. Me tiemblan las piernas solo de pensar en hablar con mi hermano. ¿Dónde estaba el baño? Necesito visitarlo con urgencia.

—Vamos —insiste mi hermano poniéndose en pie.

Voy tras sus pasos, intentando serenarme. No es para tanto. Tranquilo, Álex, me digo. Todo irá bien. Repite, todo irá bien.

Nos sentamos en los taburetes de la mesa de la cocina. Clavo la vista en el suelo, restregándome las manos. Mi hermano se sienta frente a mí. Siento su mirada fija en mí, intimidándome.

—Álex… —me llama con cariño.

Levanto la cabeza como un resorte. Creo que estoy haciendo el ridículo.

—¿Qué tal el trabajo? ¿Todo bien? —suelto de un tirón, intentando evadir el asunto que mi hermano quiere tratar. Está claro que mi cuñada ha hablado con él; le ha contado lo que vio el miércoles.

—Todo perfecto. Álex… —Lo miro a los ojos. Estoy a punto de romper a llorar. Estoy aterrado. Estoy temblando—. ¿Qué te pasa?

—N-nada. ¡Nada! ¡No sé qué coño me pasa! ¡Soy gilipollas!

—Bueno, eso no es novedad, ¿no? —sonríe mi hermano. ¿Intenta hacerme sentir mejor, o peor? Se levanta y se arrodilla delante de mí. Me coge una mano y con la otra me levanta la barbilla.

Rompo a llorar finalmente y mi hermano me abraza.

—Álex, ¿por qué no me cuentas de una vez qué te atormenta? ¿No será más fácil? Soy tu hermano, ¿quién mejor para hacerlo?

Me armo de valor y digo de una vez:

—Roberto…, s-soy gay.

38

—¿Y? ¿Para eso tanto pavor, nerviosismo, huir, evitar la situación? —Mi hermano me sorprende con su respuesta—. Álex, no pasa nada. Ser gay es algo normal. Cierto que la maldita sociedad en la que vivimos aún lo ve como algo hecho por el diablo, pero que les den, ¿no crees? Lo importante es la felicidad de uno mismo.

Mis ojos están abiertos de par en par. Para nada me había esperado la reacción de mi hermano.

—¿Por qué no me lo has contado antes?

—¿Tú qué crees?

Mi hermano suspira y se pone en pie.

—Álex, a pesar de nuestros roces, somos hermanos. Somos familia. ¿Quién mejor que yo para entenderte?

—Ya, pero… —Desvío la mirada.

—Sí, mamá, papá, los abuelos y el puto pueblo, ¿no? ¿Es eso lo que te tiene a punto de saltar a la vía del tren, por lo que veo?

Asiento. Roberto me conoce demasiado bien, aunque, de todos modos, es algo obvio.

—¿Y qué te preocupa? Ellos también son tu familia.

—Serán mi familia, pero no lo van a entender —digo entre la cortina de lágrimas que vuelve a aflorar en mis ojos—. ¡Voy a ser el bicho raro! ¿No has visto las ganas que tienen de verme con una novia y no un novio? ¡A la abuela le dará un infarto!

—No digas idioteces. La abuela es más que comprensiva ahí donde parece que no lo es.

—Si tú lo dices… —No comparto la misma opinión, pero no creo que mi abuela sea tan mala como para desterrarme o renegar de su nieto, hay que matizar.

Mi hermano resopla y eleva las manos hacia el cielo en busca de paciencia.

—¿Por qué eres tan cabezota y te abniegas tan pronto? —me suelta.

—Te recuerdo que somos iguales —rebato, molesto.

—Escúchame, por favor: nada malo va a pasar. Te van a apoyar igual que te apoyo yo. Ser homosexual no es ninguna enfermedad, Álex, ten eso presente. Lo que la gente diga en el maldito pueblo que te resbale, igual que les tendrá que resbalar a papá y mamá. No les quedará de otra. Y en cuanto a la abuela… Bueno, ¿hay necesidad de contárselo? ¿No es mejor que ella permanezca sin saberlo? Será más feliz los días que le queden. Su mentalidad es más difícil de cambiar que la de papá y mamá.

Miro a mi hermano de soslayo. Mi rostro se ilumina. Tal vez tenga razón, aunque no me

gustaría mentir a mi abuela, pero ¿qué otra me queda? No quiero provocarle un infarto. Prefiero que todo siga igual como hasta ahora. Por otro lado, no puedo ocultárselo, puede que ellos lo hagan igual.

—Sí…, supongo que es lo correcto. ¿Cómo crees que lo tomarán papá y mamá? —Lo miro a los ojos en busca de las palabras que quiero oír.

—Bueno… —Se sienta—. A mamá creo que le costará más que a papá. Papá es más reservado, no dice mucho. Él calla y observa. Y eres su hijo, y no creo que no se haya dado cuenta ya de que las chicas no son tu fuerte.

—¿Tú crees? —Él asiente. Ahora que lo pienso mi padre me ha soltado alguna que otra vez alguna indirecta.

Suspiro. Ya no sé qué pensar. Tal vez nunca ha sido así y mi cabeza quiere buscar puntos de esperanza a los que agarrarme.

—Sí, papá no es tonto; mamá tampoco.

—Sabes que mamá no deja de desear que ya tenga novia. ¡Quiere una nuera!

—A ver, Álex, porque es lo «normal» y a la vez «extraño» para ellos, pero ¿te has parado a pensar que tal vez lo hacen a posta? Pueden que lo hagan para que de una vez confieses.

—¿Confesar que soy gay si hasta que no he llegado aquí no sabía muy bien cuál era mi orientación? —me molesto. Me paso las manos por la cabeza—. Esto es un agobio. Tal vez ni siquiera soy gay. ¡Tal vez estoy confundido!

—Ya, y yo soy rey, pero trabajo de informático, ¿no te jode, Álex? No digas burradas. Eres lo que eres, estás buscando excusas para no tener que confesarlo, nada más.

—No estoy preparado para hablar con ellos.

—No he dicho que tenga que ser ahora…, aunque cuanto antes, mejor.

Eso, no tiene que ser ya, pero sí tiene que ser ya: buena respuesta.

—No puedo hacerlo.

—¿Y si lo hago yo? —Esto me deja sin palabras. ¿Lo dice de verdad?—. No me mires así, te lo digo en serio: puedo preparar el terreno. Supongo que, tal vez, es lo mejor. Os vendrá bien, a ti y a ellos. Así cuando tú se lo digas todo estará asimilado y calmado, o eso espero.

No sé si llorar con la propuesta de mi hermano, o bailar y reír. Corro a sus brazos.

—¡Oh! Gracias, gracias, Roberto. —Al final terminaré llorando de la emoción.

—Venga, no te me pongas sentimental, que es de cobardes —se burla, azorado. Sé que es raro para él (al igual que para mí) que tengamos este acercamiento.

Me separo de él, ruborizado.

—Dime: ¿y cómo es él?

—¿Y en qué lugar se enamoró de mí? —termino su frase cantando—. Pues… la verdad es que todo es algo extraño, pero es cosa del Destino, sinceramente.

—La historia suena interesante —nos interrumpe de pronto mi cuñada. Me giro hacia la puerta de la cocina—. Javi se ha dormido. ¿Puedo quedarme a escuchar la historia?

Le sonrío y la abrazo. Le debo parte de esto.

—Gracias por todo. —De no ser por ella nada de esto hubiera pasado.

—No me las des. Todo fue casualidad, y sabía que debía echarte una mano. Tu hermano y yo lo sabíamos —rectifica.

—Gracias a los dos, en serio. —Mis ojos se llenan de lágrimas una vez más si es que ha

habido un momento en que no las han tenido—. ¿Vamos al salón y os cuento?

Nos dirigimos hacia el salón. Sonrío de oreja a oreja, con júbilo. Todos los miedos e inquietudes que tenía eran sin sentido. Todo ha ido muy bien, aunque ¿qué hubiera pasado si la situación hubiera sido todo lo contrario? No quiero pensarlo, prefiero quedarme con la situación tal cual ha ocurrido y no perder la felicidad que me da el momento. Más adelante veré cómo continúa todo y el temido enfrentamiento con mis padres para decirles la verdad.

39

Me despido de mi hermano y mi cuñada en la puerta del piso. No he podido hacerlo de mi sobrino. El pequeño se quedó dormido después de cantarle el cumpleaños feliz, cortar la tarta y abrir los regalos que los amigos de mi hermano y Leyre, así como la familia de ella, han llevado. El chiquitín se lo ha pasado en grande riendo y jugando con todos de un lado para otro.

He de admitir que yo también lo he pasado muy bien, mejor de lo que había esperado en un principio. No me arrepiento de haber venido. Hubiera sido una locura no hacerlo, la verdad. Todo ha salido mejor de lo que temía. La actitud, la reacción de mi hermano, ha sido inesperada, pero perfecta. Está claro que el miedo infundado es la peor de nuestras pesadillas, y no hay que dejar que ocupe demasiado terreno, aunque bastante rápido y convencido estoy hablando. Ahora mismo porque tengo el subidón de saber que mi hermano me apoya, me acepta, pero queda el punto cuando él hable con mis padres y después yo tenga que enfrentarme a ellos. ¿Lo aceptarán? ¿Lo tomarán bien o les costará asimilarlo? No es momento para pensar eso, no. Estoy feliz, y ahora mismo creo que nada podrá enturbiar el día, o espero que así sea.

—Gracias por venir, cabezón —me dice mi hermano sin dejar de sonreír, agarrado de la cintura de mi cuñada—. Y lo dicho: no tengas miedo ni más preocupaciones, y disfruta.

—Sí, no te preocupes.

—Y pónselo, póntelo, ¿eh? —Aprieta los dientes aguantando las ganas reír. Mi cuñada le da un codazo y los tres acabamos riendo. Eso es muy Cristina, aunque también...

—Te pareces a mamá hablando así. —Siempre le ha molestado que le diga eso.

—De ella he sacado el color marrón de los ojos.

—Sí, el azul bonito fue para tu hermano —lo chincha Leyre.

—¡Qué os den a los dos!

—Y, por cierto, ya es tarde para el «póntelo, pónselo» —digo, pícaro, y le guiño un ojo.

Mi hermano abre los ojos de par en par; eso no lo había esperado.

—Vale, ahórrate detalles, ¿quieres?

—¡Sí! —asiento dirigiéndome a las escaleras, desternillándome.

—¡Y ven con Mateo a cenar cuando queráis! —añade Leyre—: estamos deseando conocerlo.

De nuevo la proposición me hace feliz. A ver qué opina Mateo, pero conociéndolo estará encantado, mucho más de poder jugar con Javi.

—Lo haremos. Hasta luego.

Nada más salir a la calle doy un salto y un grito de satisfacción; lo necesitaba. Y no me importa ni la lluvia ni los coches que pasan por aquí y que me pitan para que me aparte del

centro de la calle.

—¡Idiota! —me grita un conductor al pasar por mi lado en cuanto me subo a la acera.

—¡Amargado! —le respondo y salgo corriendo calle arriba en busca del coche de Mateo, temiendo que el conductor se baje y se me encare. Mejor soltar la piedra y huir.

¿Sabes qué me apetece?, me digo a mí mismo, salir a caminar bajo la lluvia y cantar, aunque si mantengo la cabeza fría, si hago eso pasaré varios días en la cama con un resfriado más grande que yo, y por el momento no me apetece.

40

—Todo ha salido a pedir de boca —comenta Leyre, sentándose al sofá una vez se han ido todos los invitados—. Me ha encantado ver la cara de felicidad de Álex.

—Supongo que el pobre ya llevaba días necesitando esto —comenta Roberto, dejándose caer a su lado. Se masajea el mentón, pensativo.

Leyre se le queda mirando.

—¿Qué piensas, cariño?

—En cómo se van a tomar la noticia mis padres.

—¿Te preocupa?

—Sí, ya no por mí ni por ellos, sino por mi hermano: no quiero que sufra.

—Bueno, pero para eso vas a intervenir tú, ¿no?

—Sí, pero ya conoces cómo es mi madre… Tengo que hacer lo posible para que lo asimilen bien, y cuanto antes.

—Lo conseguirás, cariño. Eso se te da bien. ¿Cuándo hablarás con ellos?

Roberto se queda callado mirando un punto fijo de la pared.

—Mañana nada más salir del trabajo los llamaré.

Leyre lo besa en los labios. Introduciéndole una mano por dentro del jersey le acaricia el vientre.

—¿Te gusta tener cuñado en vez de cuñada?

Roberto se queda mirándola a los ojos.

—Sí, mientras mi hermano sea feliz lo demás me da igual.

Roberto le acaricia el rostro a su mujer y la besa con pasión. Su mano derecha agarra el trasero de ella y Leyre se dispone a quitarle el jersey a Roberto cuando el llanto de Javi los detiene.

—¡Parece que tiene un radar para nunca dejarnos llegar al final! —exclama Roberto poniendo los ojos en blanco.

Leyre se echa a reír, levantándose.

—Eso es porque no quiere tener un hermanito tan pronto. —Se marcha en busca del pequeño.

41

Mi teléfono suena mientras me resguardo en el portón de un bloque de pisos esperando a Mateo. La llamada es de él.

—Cariño, disculpa. ¿Dónde estás?

—En la calle esperándote.

—¡Mierda! Pues estoy en un atasco. La tromba de agua que ha caído ha anegado varios bajos y han cortado las calles. ¿Por qué no te has quedado en casa de tu hermano?

—Porque me has dicho que ya venías a por mí y que en diez minutos llegabas —refuto, balanceándome con los pies.

—Vale, sí, es cierto. Perdón. Parece que esto ya se mueve. ¿Estás en el mismo sitio donde te he dejado?

—No, un poco más arriba. Me he metido en el portón de un edificio. No tiene puerta. Aquí te espero, ¿vale? Ten cuidado.

—Vale. En nada estoy ahí. Abrígate bien. Te quiero.

—Te quiero, feo.

Guardo el móvil y me siento en las escaleras a esperar sin dejar de sonreír. Pienso también en lo que un amigo de mi cuñada me ha contado sobre cómo lo pasó él cuando salió del armario. El pobre no lo pasó muy bien. Sus padres le dieron de lado, sus hermanos y sus amigos. Él, al igual que yo, es de pueblo. A punto estuvo de quitarse la vida de lo mal que lo estaba pasando, sin embargo, Hugo, su pareja, llegó al pueblo a pasar las vacaciones y se enamoraron. Desde entonces no han dejado de estar juntos y aquella desdicha se tornó felicidad.

—No tengo contacto con nadie de mi familia, ni lo necesito —me ha dicho Antonio—. He de admitir que a veces necesito el abrazo de mi madre, o compartir mis momentos con mi hermano, pero es algo con lo que no se pueda vivir teniendo en cuenta lo mal que me lo hicieron pasar.

—¿No has vuelto a saber nada de ellos? —me he interesado, sobrecogido con su historia.

—Sí, en el entierro de mi abuela. Y supe de su muerte porque una amiga de la infancia me informó. No tuvieron ni la decencia de permitirme despedirme en vida de mi abuela sabiendo que la enfermedad de ella era irreversible.

He llorado mientras me contaba la historia, lo admito. ¡Qué horrible ha sido lo que he oído! Lo peor de todo es que situaciones como la suya siguen produciéndose. Temo, y mucho, que mis padres me den de lado, aunque algo en mi interior me dice -o quizás son mis ganas de esperar que sea así- que no me sucederá lo mismo.

—Álex, si te cuento esto no es para que tengas miedo, si no para hacerte ver que tu vida es tu

vida y puedes y debes ser feliz con quien quieras y como quieras. Además, tú ya tiene el apoyo de tu hermano. El apoyo de los padres siempre es importante, sí, pero mucho más el de un hermano, y tú lo tienes. Da igual las veces que los hermanos se peleen, siempre estarán ahí el uno para el otro, para cualquier cosa, no lo olvidemos.

—Sí, eso lo sé. —La relación con mi hermano siempre ha sido tirante por minucias, pero él ha estado ahí para apoyarme, como ahora lo está.

—No te separes nunca de él, y sé feliz que seguro lo serás. Eres valiente y puedes con cualquier cosa, Álex.

Sus palabras me han alegrado mucho. Es un poco de energía en mi pila a media carga.

Es fantástico ver el buen giro que el día ha tomado, porque de lo contrario no sé qué habría podido hacer.

El pitido de un coche me saca de mi ensimismamiento.

—¡Álex, vamos, sube! —me chilla Mateo, enfadado. Hay varios coches ya detrás de él metiendo prisa.

Subo corriendo al coche empapándome en el trayecto con la que está cayendo.

Mi novio baja la ventanilla, saca la cabeza fuera y grita:

—¡Vete a la mierda un rato, ¿quieres?! ¡Que es solo un minuto, gilipollas!

Mateo acelera con una cara de mala leche que hasta a mí me sobrecoge.

—¡En todos los lados tiene que haber subnormales! —refunfuña.

Me quedo mirándolo, anonadado. ¿De verdad este chico es mi novio? Suelto una carcajada. Es la primera vez que lo veo tan enfadado. Nada tiene que ver con aquel día en la playa con el grupo de niñatos. No parece ni él.

—¿Qué te hace tanta gracia? —me dice aún entre medio enfadado y medio sonriendo.

—¿Has analizado cómo te has puesto por dos pitidos que te han dado?

Se echa a reír.

—Bueno, alguna vez tenías que verlo. Pero es que ese jodido tío lleva dándome la lata desde hace rato. ¡Ni que yo hubiera tenido la culpa de que hayan cortado la calle a causa de la lluvia!

Le acaricio la cabeza con dulzura. ¡Es tan mono!

—Eres único, feo. ¿Te he dicho que me encantas?

—Hace tiempo que no me lo dices, pero yo sé que es así.

Le doy un manotazo y me hago el ofendido.

—¿Con que esas tenemos?

Me roba un beso y me saca la lengua.

—Mi niño tontito. Si sabes que te amo con todo mi corazón.

Voy a decirle algo, pero un relámpago me hace soltar un grito, asustado.

—¡Joder! Menudo diluvio.

—Y dicen que va a seguir lloviendo.

—Bueno, pero no creo que nos mojemos, ¿no? ¿Te quedas a cenar en casa?

—¿Y a dormir también?

Hago como que me lo pienso.

—Bueno… Si te pones así… Ja, ja, ja. Claro que sí, tonto.

Mateo suelta las manos del volante y aplaude.

—Ni un niño pequeño, ¿eh?

—Ya sabes. —Me toca la punta de la nariz, juguetón—. Ahora, cuéntame. Estás muy happy, cosa por la que me alegro, pero ¿por qué es? Me has dicho por wasap que tenías algo que contarme.

—Síp. —Una enorme sonrisa se dibuja en mis labios—. Ha ido todo fenomenal, mejor de lo que me esperaba.

—¿Ves cómo no había nada de lo que preocuparse?

—Sí, cierto. Pero espera a que te cuente todo.

—Ya queda poco para llegar. ¿Te hace que pidamos comida china para cenar, un buen vino rosado y me cuentas con todo lujo de detalle?

Uhmm, difícil me lo pone.

—¿Quieres emborracharme?

—Solo si te resistes a que te haga el amor.

Abro los ojos de par en par antes de reír.

—Sabes que no me resistiré a eso.

—Entonces no se hable más: cena, vino, charla y pasión, mucha pasión.

Me recuesto sobre el asiento, sin dejar de sonreír. Nunca he estado tan feliz. Espero que esta felicidad dure mucho, aunque hay algo en el fondo que me dice que no será así, y no sé por qué. Supongo que es esa dichosa voz que siempre está ahí metiendo el dedo en la llaga.

Por lo pronto voy a disfrutar de la felicidad que el día me ha otorgado.

42

Roberto coge su teléfono móvil y se sienta en el sofá, suspirando. Observa la pantalla y busca el número de su madre. Duda. ¿Es mejor llamar ahora?, se pregunta. Son las nueve de la noche. Si habla con su madre y le cuenta lo de Álex, tal vez no conseguirá dormir… igual que él la noche anterior. No sabe cuál será la reacción de ella, tampoco quiere imaginarla. Esto va a ser lo más duro que va a hacer.

Llama. Finalmente, llama.

—Hola, hijo mío. No te esperaba esta noche.

—Hola, mamá. Ya, imagino. Me apetecía hablar contigo. —Traga saliva; tiene la boca seca.

—¿Te pasa algo, hijo?

«No se le escapa nada; lo está notando».

—Bueno… No, no me pasa nada.

—¿Le ha pasado algo a Javi? —se alarma su madre.

—No, mamá, y ojalá que nunca le pase nada. Él está bien. Leyre le está dando un baño.

—¡Ay, mejor, hijo! No sabes el pe… Espera. ¿Y Álex? ¿Le ocurre algo a Álex?

—Mamá, cálmate, por favor. Todo… Todo está bien. —Roberto se pasa las manos por la cabeza, sudando. La situación se le va de las manos—. Álex está bien —vuelve a asegurar—, pero tenemos que hablar de él.

—¿Sobre qué? —Su tono de alarma no desaparece de su voz—. ¿Ha hecho algo?

—No, no ha… A ver, mamá, por favor, tranquila, déjame hablar. Tengo que contarte algo.

—¿Ha robado en…?

—¡Mamá, por Dios! Si sabes que tu hijo es un santo.

—Ya, pero allí en…

Roberto no lo piensa dos veces mientras su madre se alarga haciendo conjeturas. No puede liar más la cuerda.

—Mamá, Álex es gay.

—… Y puede haber hecho amigos que… ¿QUÉ? —chilla, cuando procesa lo que su hijo ha dicho.

Roberto traga saliva, pálido.

—Álex es gay, mamá: ayer nos lo confesó a mí y a Leyre.

43

—Álex, ¿estás bien? —me pregunta Cristina al apreciar que me quedo rígido cuando un escalofrío me ha sacudido. Estamos en mi piso, con Abraham y Mateo. Mis compañeros de piso no están, han alargado el puente de Todos los Santos. Nos estamos contando cómo ha ido todo.

—S-sí, tranquila, estoy bien. Solo que… que he sentido como si alguien me estuviera mentando. No sé, bobadas.

—Entonces te pitaría un oído, cariño —me dice Mateo, sacándome la lengua cariñosamente.

Le sonrío intentando hacer que es gracioso lo que ha dicho, pero para nada me es así. Algo no me gusta. ¿Ha hablado mi hermano ya con mi madre? Llevo todo el día dándole vueltas al asunto.

—Sí, eso dicen… ¿Por dónde ibas, Cris? ¿Qué pasó con ese chico el sábado?

Los tres intercambian miradas.

—Álex, cielo. ¿Estás bien?

—Sí, sí, estoy bien. —«Solo que se me está poniendo mal cuerpo. Algo me dice que me espera una buena».

Trago saliva y continúo la charla de Cris, intentando que la noche siga el buen ritmo que llevaba.

44

—«¿Gay?» ¿Has dicho gay?

—Sí, mamá, has escuchado bien: Álex es gay.

—¡Oh, Dios mío! Eso no puede ser. —La mujer se pasa una mano por el rostro, demacrada. Con esa noticia ha envejecido de golpe. Se ha marchado corriendo a la cocina para terminar la conversación con su hijo. No quiere que sus padres la escuchen poner el grito en el cielo—. Es una broma, ¿no?

—No, mamá, me temo que no. Álex es gay, ayer me lo confesó.

—Pero… ¿cómo, y por qué? Tiene que estar confundido. Seguro. Algún chico le ha comido la cabeza.

—Según qué cabeza quieras decir…

—¿Qué has dicho?

—N-nada, mamá, que nadie le ha comido el coco. Álex es mayor. El salir del pueblo le ha venido bien. Se ha dado cuenta de su verdadera orientación…

—¡Pero si su padre es un macho, igual que tú!

—Mamá, por favor, no digas burradas. Aquí eso no tiene nada que ver. Álex es así de nacimiento.

—Habrá que ponerle delante a una buena chica, que le haga…

—Mamá, no sigas por ahí. Álex no necesita nada de eso, sino vuestro apoyo. No sabes el miedo que tiene de hablar con vosotros. Sois sus padres, os necesita, y mucho. Álex es gay —recalca—, tiene novio y es el Álex más feliz que he visto nunca. No, mamá, no digas nada, por favor. No, voy a colgar. Medita lo que te he dicho esta noche. Habla mañana con papá y después apoyad a vuestro hijo, por favor. Necesita de vuestra aprobación, o lo hundiréis. Buenas noches, mamá. Hasta mañana.

—¿Roberto? ¿Roberto? —La madre mira el móvil: la llamada se ha cortado. La mujer se pasa las manos por la cabeza, mientras se balancea sobre su propio cuerpo. Eso no puede ser cierto. Su hijo, ¿gay? ¿Qué broma es? Ningún hijo suyo puede ser gay. ¿Qué dirá la gente del pueblo si se enteran? ¿Y su marido? ¿Y la familia?

No, su hijo no puede ser gay. Hablará con Álex; seguro que es una broma, aunque el día de los Inocentes aún no ha llegado.

45

«Álex, ¿quieres hacer el favor de aceptar mi llamada? ¡Que no te voy a comer?»

Este es el wasap que mi hermano me envía cuatro días después del cumpleaños y después de tres días llamándome y yo no cogerle el teléfono. ¿Por qué no lo he hecho? No lo sé. No tengo ánimos. Tengo pánico. Pánico a que me diga que ha hablado con mis padres, estos hayan puesto el grito en el cielo y no quieran saber nada de mí, aunque estoy seguro de que me habrían llamado de saber algo.

¿Qué quiere mi hermano? ¿Y por qué tengo tanto terror? ¿Por qué soy tan asustadizo? No lo entiendo. Supongo que hay situaciones que nos vienen grandes y esta, con el tema de mi homosexualidad, mucho más. Para colmo, esto repercute en mi estado de ánimo: estoy huraño, taciturno, nervioso, sin apenas comer. No aguanto a nadie, ni siquiera a Mateo. El pobre está agotado de intentar reconfortarme. Ni siquiera Cristina y Abraham me aguantan. Mi amiga del pueblo, Mariam, me habló diciéndome que estoy demasiado perdido, que si me he olvidado de ella, que ni le escribo un simple «Hola». ¿Y cuál fue mi respuesta? «Tengo demasiadas cosas que hacer como para estar pendientes de todo el mundo». A los minutos la llamé y le pedí perdón; hablamos, sí, pero sin contarle nada, no aún. Piensa que estoy mal por la carrera, por tantos exámenes y trabajos. Y esa es otra: estoy dejando de lado trabajos a entregar y en nada ya tendré los primeros exámenes. Estoy perdiendo el rumbo de mi barco y todo por empecinarme en hacer una montaña de un grano de arena. A este paso voy a tener mi propia isla.

Tengo que cambiar el chip o todo irá de mal en peor. La carrera, mis amistades, mi relación con Mateo, la que me sostiene en pie ahora mismo. No puedo permitir que eso ocurra, no. De ninguna manera.

Desde el lunes por la noche que tuve aquel maldito presentimiento no levanto cabeza. Voy a la facultad, regreso a casa y me meto en la cama. Apenas hablo con nadie y tampoco tengo ganas de ver a nadie, ni siquiera a Mateo, pero porque no quiero que me vea así, aunque si él es mi apoyo en estos momentos debería permitirle venir.

Me estoy convirtiendo en un monstruo. Sé que él está sufriendo por verme de esta guisa. Y eso también me duele, y bastante, igual que si me clavaran cuchillos, porque lo amo, y cuando quieres a alguien las situaciones como esta son como dientes en la piel.

Tragando saliva, busco el número de mi hermano y llamo. Un pitido. Mi corazón se acelera. Dos pitidos. Mi corazón se acelera el doble. Tres pitidos. Mi corazón se desencaja y… Cuatro pitidos.

—¿Se puede saber dónde coño te metes? ¡Llevo días intentando llamarte!

Mi corazón asciende por mi garganta hasta mi boca.

—H-hola, Rober… —digo en un hilo de voz. Me tiembla todo el cuerpo—. Lo siento. No… No he estado bien estos días, disculpa.

—¿Y eso? ¿Qué pasa?

—N-nada. La facultad... Estoy algo agobiado con todo lo que se me presenta por delante. —Ojalá fuera eso.

—¡Vaya! Pues muy pronto has empezado a agobiarte, ¿no?

—Ya, sí… Todo es nuevo y ta… Y bueno, ¿qué querías?

—Ah, sí, sí. ¿Qué te parece venir a cenar el sábado a casa?, con tu chico. —Me quedo parado entre sonriente y pasmado por ver lo bien que suena de la boca de mi hermano el término «tu chico». Me arranca una sonrisa después de varios días en modo zombi—. ¿Qué me dices? Tenemos ganas de conocerlo.

—C-claro, por mí sí. Bueno, tengo que comentarlo con él, por si trabaja ese día. Luego te escribo, ¿vale?

—Sí, no hay problema; habla con él y pregunta. Pero dímelo cuanto antes, ¿vale?, que hay que preparar la cena.

—No te preocupes. ¡Ah!… Otra cosa, ¿has… has hablado con mamá y papá? —suelto de un tirón sin pensarlo dos veces. Si no lo digo, reviento.

Mi hermano se queda callado.

—Uhmm… No, no, no he podido. Me llamó el domingo por la noche para hablar con Javi, pero no vi el momento oportuno. Tranquilo, cuando hable te diré. Te dejo, que hay que bañar a tu sobrino.

—Vale. Un beso para los tres. Buenas noches.

Cuelgo y suelto el teléfono sobre la cama. Miro por la ventana: son las siete de la tarde y parece que son las diez de la noche. ¡Qué horror! Me encanta el otoño-invierno, pero con el agobio que tengo encima ver tanta oscuridad tan pronto me oprime. ¡Ay, Señor! ¿Qué ha sido del Álex de siempre que ha vivido sin preocupaciones?

«Creció, se marchó a estudiar, se descubrió a sí mismo y se enamoró».

Así, claro como el agua.

Suspiro al viento. Me paso las manos por la frente y cojo el móvil: tengo que hablar con Mateo. Llevo sin saber de él desde las tres de la tarde. Está trabajando en el bar, sí, pero él siempre ha estado atento a mí incluso cuando el bar ha estado atestado de gente. Supongo que no me ha querido molestar para evitar que le suelta alguna grosería.

Marco su número pensando en la conversación con mi hermano. ¿Ha dudado cuando le he preguntado si ha hablado con mi madre? ¿Me ha dicho la verdad? Lo he notado demasiado dubitativo, aunque no creo que me haya mentido. ¿O tal vez sí ha hablado con ella y el resultado ha sido nefasto y…?

—¿Álex? ¿Cariño? ¿Estás ahí? —la voz de Mateo me saca de mis pensamientos. Me he quedado abstraído y no me he dado ni cuenta de que había aceptado la llamada.

—Hola, bebé. P-perdona, tenía la mente en otro lado.

—Como estos días —añade en voz baja. Una indirecta directa en toda mi frente.

—Sí, bueno… je, je. Un poco sí. ¿Cómo va la tarde?

—Bien. El bar aburrido. Dos o tres abuelos a tomar café y poco más. Y yo dibujando

mientras tanto para terminar los encargos que tenía.

—¿Y cómo los llevas?

—Bien, ya me quedan menos, y tengo que tenerlos listos esta semana, así que tengo que darme patadas en el culo y acelerar.

—Pobrecito. Eso para ti no es nada. En breve lo tienes.

—Eso espero. ¿Y tú bien? No te he querido molestar mucho…

—Estoy bien, tonto, y sabes que no molestas. Nunca. Te amo, mi niño. —Siento la necesidad de recordárselo.

—Y yo a ti, mi vida.

—¿Trabajas esta noche?

—No, salgo en una hora. Mi hermano y mi padre se quedan hasta el cierre.

—Perfecto. ¿Puedes venir a verme? Necesito hablar contigo.

—No me gusta cómo suena eso.

—Oh, no, no pienses mal; confía en mí. ¿Te espero entonces y cenamos juntos?

—Sí, claro. Llegaré un poco más tarde, ¿vale? En media hora o así. Tengo que ducharme que huelo a muflón muerto.

—¡Ja, ja, ja! ¡Qué tonto eres! Te quiero, mi tontito.

—Y yo mi cabecita loca. Nos vemos en un rato. Hasta luego. Un beso.

—Un besito.

Cuelgo y me tumbo en la cama. Parezco un despojo, pero qué feliz estoy ahora. Mateo siempre me arranca una sonrisa, no solo por escuchar su voz, sino también con sus tonterías.

A la vez de proponerle la cena con mi hermano y cuñada le pediré perdón por estos días; es necesario. Y necesito hacerlo todo en persona y no por teléfono, porque también necesito verlo.

Suena el timbre. ¿Será Mateo? No me ha respondido a los mensajes que le he enviado pidiéndole que me informara cuando saliera para acá. Sin embargo, los ha leído.

Salgo a abrir.

—Abro yo —digo en el pasillo para que mis compañeros no se molesten, aunque tampoco parecen haberse preocupado mucho. Supongo que no esperan a nadie.

Abro la puerta y cuál es mi sorpresa cuando veo a Mateo con una caja de bombones, una botella de lambrusco y una bolsa con la cena.

—¿Es aquí donde han pelilo comila china?

Me echo a reír con todas mis ganas; Mateo es un caso.

—Uhmm, creo que no. Voy a preguntar a mis compañeros.

—¿Y no ha pelilo a su novio venil?

—Uhmm… Eso creo que sí, pero sin cena. Pasa, bobalicón. —Me abalanzo sobre él y lo beso con ganas—. No tendrías que haber traído nada. ¿Por qué lo haces siempre? Tendría que haber imaginado que tramabas algo —añado entrando a la habitación.

—Yo no entendel. Yo solo quelel comila china.

Le doy con la almohada en la espalda, juguetón.

—Idiota. Ja, ja, ja. Se nos va a poner cara de chino con tanto arroz y rollito. ¡Y deja ya de hablar así!

—¿Hablal cómo? —Frunzo el ceño y Mateo se ríe—. Vale, vale, que mi novio se enfada. —Se sienta en la cama, toma mi cara entre sus manos y me vuelve a besar desatando mi pasión—.

Ya tenía muchas ganas de volver a besar mis gorditos labios.

—Y yo, nene. Mucho. —Le devuelvo el beso, tumbándolo. Me siento sobre él y lo devoro a besos. Mis manos heladas se adentran por debajo de su camiseta buscando su pecho. Mateo se retuerce, riéndose de lo heladas que tengo las manos.

—¡Dios! ¡Estás muerto! —exclama, sujetándomelas—. Ni se te ocurra tocarme con ellas. No, ¡No! ¡Ja, ja, ja!

—¿No te gusta?

—¿Y a ti te gusta si te meto un dedo chupado en el oído?

—Agh, calla. ¡Qué asco!

—¿Ves?

Los dos nos echamos a reír. Somos unos niños.

Nos sentamos en el borde de la cama, mirándonos el uno frente al otro. Le cojo una mano. Clavo mi mirada en la suya.

—Mateo, yo… —Me da vergüenza pedirle perdón—. Jo, lo siento. Siento mi actitud estos días. No ha sido mi intención estar así, pero ya sabes como soy y… Al final vas a terminar odiándome o no sé. Y…

Mateo me pone un dedo en los labios haciéndome callar.

—¡Ey!, no digas burradas. ¿Cómo te voy a odiar u otra cosa peor? Si te amo con todo mi corazón. Si eres la persona que me alegra los días, que me ha devuelto la felicidad, la esperanza y las ganas de amar.

No puedo más que sonreír con esto, ruborizándome.

—Sí, pero estos días, la semana también… me he estado comportando como un estúpido.

—Bueno, un poco sí, cariño. Pero ya ha pasado. No hay que darle más vueltas al asunto. Me has pedido perdón que es lo que necesitabas, ¿no? Entonces ya está todo hablado, aunque yo no tengo nada que disculparte.

Me quedo mirando su cara y las lágrimas se me resbalan.

—¿Por qué eres tan bueno conmigo? Eres lo mejor que nunca he podido desear. Siempre estás ahí a pesar de que soy un completo idiota.

—Álex, ¿volvemos a empezar? —se molesta—. Ya, por favor, no más. Ya está, ¿vale? —Me besa. Supongo que piensa que manteniendo la boca ocupada no diré nada más.

—Vale, ya me callo. —Sonrío.

—¿Cenamos? Se nos va a enfrial el lollito.

—¿Cuál de ellos? —suelto con picardía.

Mateo se queda congelado unos segundos. Cuando reacciona, se lleva una mano a la frente y me saca la lengua.

—Guarro.

—Sí, pero te ha gustado.

—Mmm, síp. ¡Ja, ja, ja!

Comenzamos a cenar. Es inimaginable lo que me alegro de que Mateo haya traído comida china para cenar. Cada dos por tres cenamos lo mismo. Los rollitos de primavera son mi debilidad, y él lo sabe muy bien. Aparte, no tenía ni idea de qué podía preparar para cenar.

—Y dime, nene, ¿de qué me querías hablar? ¿O era solo…?

—Ah, sí, sí, se me olvidaba. —Me limpio la boca de salsa agridulce y lo observo, sonriendo

igual que un niño que ha hecho algo malo y disfruta con ello.

—Joder, ¿por qué pones esa cara? Me das miedo.

Le doy un manotazo antes de decir:

—Me ha llamado mi hermano: nos invitan a cenar en su casa, el sábado por la noche. Tú, yo, ellos y mi sobrino. ¿Qué me dices? —Estoy cruzando los dedos de los pies esperando que diga que «sí». Quiero que conozca a mi hermano, a Leyre y a Javi. Cuando el otro día le dije que mi hermano quería conocerlo le pareció bien, pero una vez que llega el momento la forma de pensar suele cambiar.

Mateo se rasca el mentón, pensativo. Un segundo; dos, tres…

—¿Qué? ¡Di algo, feo!

—Tonto, ¡pues claro que sí! —exclama, abalanzándose sobre mis brazos—. ¿Crees que me negaría a algo así?

—Bueno, no sé… De todo puede pasar.

—¡Pero si estoy deseando conocerlos! Aunque… Tendré que preparar yo algo para que conozcas a mi hermano y a mi padre también.

—¿De verdad? —Me ilusiona ese detalle—. Bueno, no hace falta si no quieres, no es obligación.

—¿Cómo no voy a querer? Si quiero que conozcan el motivo de mi sonrisa.

Cada vez que habla me deja sin palabras. No sé qué decir, me siento tan orgulloso de que sea así. ¡Qué bonito es el amor1, sobre todo cuando es correspondido y tan precioso como lo que Mateo y yo vivimos.

—Voy a avisar a mi hermano, ¿vale? Y… ¿Te hace una peli después de cenar?

—Si me dejas apoyar la cabeza sobre tu pecho, sí.

—No hace falta que lo preguntes.

Agarro el teléfono y escribo a mi hermano: «El sábado a las ocho estamos allí. ¿Os viene bien?»

Y mientras mi hermano responde, continúo cenando al lado de la persona más maravillosa que el destino me ha podido enviar.

46

He de admitir que me alegra la cena con mi hermano y poder presentarle a Mateo, pero por otro lado me sobrecoge. Es la primera vez que presento a mi pareja a un miembro de mi familia. Y será el primer paso que después culminará con mis padres… ¡Ay, mis padres! Al final tendré que hablar yo con ellos. ¿Les sentará bien? ¿Y a mi abuela? ¡Ay, esto es un bucle que parece no tener sentido ni fin! Tengo que solucionar esto de una vez, por el bien de todos, o voy a terminar loco.

Estoy sentado en la esquina de la cama, mirando el interior del armario. He abierto las puertas de par en par para buscar qué ponerme. No sé cómo ir vestido. Es una cena informal, sí, pero también es muy importante para mí. Pero si voy muy arreglado mi hermano seguro que me suelta alguna de las suyas, y tampoco quiero eso. Mateo me ha dicho que él llevará unos vaqueros, camisa azul y su chaqueta. Eso está bien, pero yo no tengo muchas camisas, no me quedan bien… Bueno, solo algunas. La percha es muy rara, lo sé.

Harto de darle vueltas a la cabeza, me dejo caer hacia detrás sobre la cama, y suspiro. ¡Qué semana llevo! ¡Qué horror! ¡Vueltas y vueltas a la cabeza! Incertidumbre, descontrol en las clases. Tengo deberes amontonados. Ayer empecé a estudiar y lo dejé al poco porque no me concentro. Así no voy por el camino correcto, porque suspenderé; no es lo que deseo. Para colmo, he notado que Cris y Abraham me están dando un poco de lado. Lo comprendo, para estar con un muermo estos días, mejor solo. Incluso mis compis de piso me ignoran: hacen fiestas y no me avisan.

Supongo que la pinta de huraño y amargado que tengo no va con la diversión que vive en ellos. ¿En qué me he convertido? No me veo el mismo ni por asomo. No puedo seguir así, tengo que encontrarme de nuevo, que la sonrisa que siempre me ha caracterizado vuelva a mí de una maldita vez y de forma permanente.

Ahora me apetecería, y mucho, un abrazo de mi abuela, sentarme a sus pies, frente a la estufa, mientras ella me acaricia el pelo y yo leerle libros como siempre hacíamos en los inviernos cuando yo iba a visitarla antes de venir a vivir con nosotros. ¿Por qué tenemos que crecer? ¿Qué maldad es esta? Yo no he elegido crecer, tampoco ser un Peter Pan, por supuesto, pero creo que no estoy preparado para ello. Ni lo estaba ni lo estaré.

Hace días que no sé nada de ella. No hablo ni con mi madre ni con ella. Ya lo extraño. Sé que ella también; querrá saber de mí. Pero… ¡Maldita la tontería que tengo en la cabeza! En nada la veré, para su cumpleaños; podré pasar el tiempo de nuevo con ella y «contarle» cómo me va todo. Sí, será lo mejor. Seguro que no se molesta porque pensará que estoy liado con los

exámenes y trabajos (y así es como debería estar).

Me estoy volviendo un nieto horrible.

Mi teléfono vibra sobre la mesita. Lo cojo; es un mensaje de Mateo.

«En cuatro horas cenamos con tu hermano. ¿Sabes que te vas a poner ya, mi cabecita loca? Estoy deseando verte. Por cierto, te amo». Y añade un corazón gigante.

Agradezco tanto tenerle a mi lado. Mi niño, porque es mío y de nadie más.

47

Antonio se deja caer en el sofá, agotado. Ha sido un largo día de trabajo. Marta entra en el salón y se queda de pie, restregándose las manos, inquieta.

—Hija, siéntate; no creo que crezcas más —le dice su madre, haciéndola a un lado para poder ver la televisión.

—No te preocupes, mamá, llevo todo el día sentada.

—Sí, porque crecer, lo que se dice crecer, a lo ancho, como todos. Ven aquí conmigo, cariño.

—No, estoy bien, Antonio, de verdad.

—¿Te ocurre algo? —se interesa su marido, alzando una ceja—. ¿Algo que ver con los niños?

Marta traga saliva desviando la mirada hacia otro lado.

—¡Vamos, hija mía! ¡Siéntate con Antonio y no te quedes ahí como un pasmarote!

—Mamá, por favor, soy mayor para decidir.

Antonio se pone en pie y se acerca a ella.

—¿Qué ocurre?

—Tenemos que hablar —dice sin más rodeos, sin mirarlo.

El tono de nerviosismo, así como de temor, no le agrada.

—Vamos a la cocina; me estás asustando.

En la cocina, Marta se coloca sobre el radiador, con las manos congeladas. Antonio se sienta en una silla cerca de la puerta y clava la mirada en su mujer.

—¿Qué es lo que pasa? —Su tono suena rudo—. No creo que sea para tanto. Te conozco, Marta.

Marta suspira, mordiéndose el labio inferior.

—A ver… ¿qué dirías si tu hijo fuera… fuera… gay? —consigue pronunciar, señalando la palabra en voz baja.

—¡Vaya, Marta! ¿Tanto para eso? ¿Es que Roberto se ha cambiado de acera? —se carcajea—. ¡Pobre Leyre!

—Antonio, es algo serio.

—Está bien. Es Álex, ¿cierto? ¿Es eso lo que te pasa? ¿Que resulta que es gay?

—Sí, eso es: Roberto me lo dijo la otra noche.

—¿Y? ¿Ese es el problema? ¡Ay, Marta, Marta! Ya que todo lo malo fuera eso.

—¿Y no te sorprende? Álex, ¿gay?

—¿A mí? ¿Por qué? No veo el motivo. Es algo totalmente normal. Y me lo imaginaba

porque todo apuntaba a ello.

—¿Cómo que todo apuntaba a ello?

—Sí. Siempre ha estado pegado a ti, solo ha tenido amigas. No ha tenido novia y si ha intentado algo con alguna no le ha funcionado. Y alguna que otra indirecta que le he lanzado me ha hecho confirmarlo. Estaba claro.

—¡Pues yo no lo veo así! ¡Que tu hijo es gay, Antonio! ¿Qué dirán en el pueblo cuando se enteren? ¡Habrá que llevarlo a un club de alterne o algo!

—Marta, no digas bobadas. ¿Qué idioteces son esas? Si Álex es gay, es gay, no hay que darle más valor al asunto. Tiene derecho a decidir lo que quiere y desea. Es libre. Lo que diga la gente de este pueblo me da igual. Total, hablan igual, ¿no? Me importa más que mi hijo sea feliz.

—Ya, pero ¿y los nietos?

—¿Eso es también lo que te importa? —La mira a los ojos. Marta está a punto de romper a llorar, al borde de un ataque de nervios. La noticia es un impacto demasiado fuerte para ella.

La mujer no aguanta más y rompe a llorar presa de la desesperación

—Cariño, tranquila, todo irá bien. Te costará asimilarlo, pero lo harás. Álex es feliz así, ¿no? Eso es lo que nos tiene que importar.

—Sí, lo sé, pero…

Antonio le coge la barbilla y la mira a los ojos.

—Mi vida, tranquila, que no pasa nada. Peor sería otra cosa, ¿no? Supongo que por tu reacción Álex no ha querido contarte nada y por eso lo ha hecho a través de su hermano. Hablaremos con él a su debido tiempo, ¿vale? Ahora, tranquila.

—Sí, está bien; iré asimilándolo poco a poco. Estás cosas no son esperadas por ninguna madre…

—… siempre que siga pensando como antaño. Ser homosexual hoy día no es una enfermedad ni nada por el estilo. Es natural, siempre lo ha sido. Es la sociedad la que ha hecho que se vea como una abominación.

»Si mi hijo es feliz, yo soy feliz, y es lo único que me importa, nada más. Y para ti debería ser igual.

48

No voy a mentir: la cena está siendo fabulosa, tal vez mejor de lo que he esperado. Mateo parece sentirse como en casa. No deja de hablar de sus proyectos como ilustrador y el duro camino que ha tenido que recorrer hasta abrirse un hueco en el difícil mundo del arte. Mi hermano y cuñada están encantados con él, sobre todo Leyre quien no deja de hacerle preguntas, muy interesada. Se ríen juntos. Me emboba lo que veo. Mi hermano, por otro lado, está más ausente y pensativo. No sé qué le puede estar pasando. Supongo que tal vez es cansancio del trabajo. El pobre trabaja demasiado. Mucho que pagar y el sueldo demasiado bajo; siempre suele pasar.

Mi sobrino también se lo está pasando en grande. Se ha lanzado a los brazos de Mateo nada más verlo como si lo conociera de siempre, muy feliz, y no ha parado de jugar con él hasta la hora de cenar. De mí ha pasado. Javi no es muy cariñoso, pero nos ha sorprendido. Por lo menos sé que ambos van a tener diversión, porque a Mateo le encantan los niños. Yo…, digamos, soy torpe para ellos. Me llevo bien con mi sobrino, me gusta estar con él…, pero solo un poco. En seguida me ofusco. No sería un buen padre.

—Vámonos al salón —dice Leyre al poco de terminar la cena—, y tomamos el postre y una copa. ¿Os apetece?

—Leyre hace unas tartas que te mueres —le comento a Mateo, acordándome de la tarta del cumpleaños. Se me cae la baba solo de pensarlo.

—¡Uy, eso hay que probarlo! —exclama Mateo iluminándosele los ojos—. Espera, te ayudamos a quitar la mesa.

—Oh, no, no. Por favor, no; después la quitamos —señala Leyre al momento—. Además, sois los invitados, no os voy a poner a trabajar.

—Tonterías; te ayudamos. Es un momento —insiste Mateo, poniéndose en pie.

Quitamos la mesa mientras Javi no deja de ir de un lado para otro dando saltos. ¿Le habrá sentado la cena como la cafeína?

—Mateo es mucho más apañado que tú, que lo sepas —me dice mi hermano de camino al salón, riéndose. Sé que lo dice a posta, pero no me molesta si es lo que está intentando.

—Lo sé, tengo que admitirlo. Pero es mío, que conste.

—Uy, uy. ¡Ja, ja, ja! Tranquilo, es todo para ti. Me quedo con Leyre. Sabes que soy más de conejo…

—¡Roberto!

—En el arroz. ¡En el arroz!

—Jo, qué pena de conejito —musito, acordándome de Tambor, el amigo infalible de Bambi—. No digas esas cosas.

—Bueno, si prefieres que diga otras… —deja caer como quien no quiere la cosa.

Me quedo mirándolo de soslayo, intentando entrever lo que ha dicho.

—Venga, pasmarote, vamos al salón —me dice Mateo por detrás, sobresaltándome—. ¿Has visto a un fantasma, tonti?

Lo miro a los ojos, algo perdido.

—No, no es eso; espera.

Salgo detrás de mi hermano. Le agarro de un brazo y le sostengo la mirada.

—Dime, ¿qué estabas insinuando? H-has hablado con papá y mamá, ¿verdad? ¿Por eso has montado todo esto, para decírmelo con el estómago lleno?

—¡A!, Álex. ¡Qué dramático eres a veces! Sí, y no. Ven, vamos al cuarto de Javi. Mateo, Leyre, id al salón, ahora vamos nosotros.

Mateo me mira con cara de circunstancia. Le resto importancia con un ademán de mano, le envío un beso silencioso y voy tras mi hermano.

—A ver, sí, he hablado con mamá —me suelta nada más sentarse en la cama en modo relajación total.

Me quedo blanco, más que la leche si es posible.

—¿Y qué ha dicho? ¿Qué ha pasado?

—Álex, tranquilo, que no es para tanto. Lo primero, la cena no ha sido por lo que has dicho; queríamos conocer a Mateo, y nos hemos llevado una muy buena impresión de él, sobre todo Javi, ya lo has visto, que está encantado.

—Sí, eso sí, más que conmigo, pero… ¿Y…?

—Sí, sí, voy, que eres un impaciente. —Tomo aire, preparándome para lo peor. No sé si sentarme, y tal vez sea lo mejor, así, si me caigo del susto, caeré en blando—. Hablé con mamá el lunes, y ya la conoces, puso el grito en el cielo. —Me contengo para no hablar apresurado—. Y bien, ya te puedes imaginar: que tiene que ser una broma, que estarás confundido, que habrá que ponerte a una… en termino no coloquiales, a un pivón delante de los que se te caen los calzoncillos al suelo nada más verla. —Conforme habla voy palideciendo más—. Después de soltar eso, la calmé y le dije que no, que tú estabas seguro y que en vez de tener esas tonterías en la cabeza lo que tiene que hacer es apoyarte.

—¿Y qué dijo?

—No le di opción. Le dije que lo pensara tranquilamente, que lo procesara; así lo asumiría.

—¿Y has sabido algo de ella, después?

—No, no he sabido nada de ella.

—¿Y papá? —No sé si temo más la reacción de mi padre que la de ella.

—No he hablado con él: esa tarea es de mamá. Yo ya he hecho mi parte; ahora les toca a ellos. Y después a ti. Aunque yo se lo haya dicho para suavizar la situación, tú también tendrás que hacerlo, ¿no crees?

Más pálido aún. Me tiemblan hasta las pestañas de solo pensar en ese hecho.

—Álex, mírame. Relájate, la peor parte está ya hecha. Además, como te dije, son tus padres, tu familia; te van a apoyar, aunque les cueste un poco al principio.

—¿Tú crees? —Mis ojos están vidriosos.

—Sí, idiota. Papá es más reservado, pero estoy seguro de que se lo tomará mejor que mamá.

En eso tiene razón. Mi padre no pone primero el grito en el cielo y después procesa, sino que procesa y ya ve si enciende la alarma. Él es muy diferente en ese aspecto con mi madre.

Tomo aire y lo suelto con calma, comenzando a retomar el color de mi piel. Como mi hermano dice, gran parte del camino está hecho; ahora me toca a mí. Y la parte que a mí me toca es mucho más suave. Además, teniendo en cuenta que mi madre se lo ha «tomado» mejor de lo esperado, ya es un punto a mi favor.

—Regresemos al salón y anima esa cara, ¿eh? Leyre va a endulzarnos ahora.

—S-sí, eso es bueno —digo sin saber qué decir. Mi hermano se dispone a salir, pero le detengo—. ¿Rober?

—¿Sí?

Sin decir nada lo abrazo con todas mis ganas.

—Gracias. Gracias por todo.

Mi hermano se queda tan sorprendido como yo de mi acto. Me sonríe antes de revolverme el pelo y decir:

—¡Ay, pequeño! No me las des. Siempre me tendrás a tu lado para lo que sea.

¡Qué bonitas palabras! Esto va a hacer que estemos más unidos que nunca; me gusta, y mucho.

Regresamos al salón y allí nos están esperando con un trozo de tarta con una pinta que no se puede ni imaginar: bizcocho red velvet y en el centro crema de queso con sabor a limón y mermelada de frambuesa. Por fuera, una capa de chocolate blanco. ¿Alguien sabe lo que es morir con una delicia así?

Me siento al lado de Mateo y cojo mi trozo de tarta. ¡Qué rico, por Dios!

—¿Todo bien, cariño? —me susurra Mateo al oído.

Le sonrío con cara de éxtasis.

—Sí. Después te cuento. —Me giro hacia Leyre saboreando la tarta—. ¡Joder, esto es la gloria! ¡La que sobre me la llevo!

Nos echamos todos a reír.

—No habrá problema —asiente ella.

Mi hermano se pone en pie y levanta su cubata.

—¿Brindamos?

—Brindemos —asentimos todos.

—Por nosotros y más momentos así.

Y en cuanto terminamos de brindar, beso a Mateo con todo el deseo de la noche acumulado mientras Leyre, Javi y mi hermano nos miran, felices. ¿Se puede estar mejor? Creo que no.

49

La cena en casa de mi hermano junto a Mateo me ha recargado las pilas para varios días. Ya he empezado a estudiar y a continuar con los trabajos que tenía abandonados. He entregado dos trabajos y hecho otros dos exámenes. También toca preparar exposiciones en grupo y más exámenes de cara a diciembre, que aún falta, sí, pero los días se pasan demasiado rápido. El mes está a la vuelta de la esquina, muy a la vuelta, y en enero y febrero será peor; más exámenes. Un desastre. ¡Tierra, empieza a tragarme con toda la violencia que puedas!

Nunca me he agobiado por los exámenes, pero esta vez sí; la universidad es muy distinta del instituto, y si suspendes empiezas a retrasar tu futuro y tu bolsillo. ¡Con lo que cuesta la universidad! ¡Y eso que es publica! Para colmo, con la suerte que tengo, no creo que me den beca. Mi ojo interior de Oráculo lo visualiza. Antes le toca la lotería a mi padre, y eso que no juega; con eso lo digo todo.

He vuelto a mantener más contacto con Cristina y Abraham; les he tenido muy abandonados.

—De verdad que lo siento. No han sido buenos días para mí —reitero una y otra vez.

—No te preocupes. Somos tus amigos, ¿no? Lo comprendemos —me asegura Cristina dándome uno de sus abrazos. Ya los extrañaba—. Pero ahora que has vuelto, ¡no vayas a escaquearte!

—Ja, ja. ¡No!

—¿Y todo bien? —me pregunta Abraham con una sonrisa, muy interesado—. ¡Cuenta, cuenta!

Parece otro. Parece que se ha cansado de perseguir lo imposible. Hace tiempo que se lo noté, pero ahora mucho más. Me alegro.

Así lo hago, sin olvidar detalle y teniendo en cuenta el tiempo que me queda para regresar a clase.

—Oye, Abraham, necesito que me digas algo —digo de camino a clase. Cristina y Abraham me miran—: ¿cómo fue tu salida del armario? —Algo dentro de mí me ha pedido que se lo pregunte.

Abraham me mira. Primero se pone pálido, supongo que al recordar la situación, y después se echa a reír.

—Mi madre me pilló con mi ex en la cama; los dos dándole al asunto.

—¿En serio? —soltamos Cristina y yo. Ella no deja de reír y yo no sé si reírme también. Si me hubiera pasado a mí me hubiera muerto de la vergüenza.

—Sí.

—¿Y qué dijo? —necesito saber.

—Fue muy extraño, la verdad. Pensaba que armaría la de Dios, pero no fue así. Para colmo, cuando mi ex se marchaba de casa, mi madre lo agarró en el pasillo, lo abrazó como si la vida le fuera en ello y le soltó: «¡Ay, ya tengo yerno!»

—¿Y? —No doy crédito a nada de lo que cuenta.

—Y no volví a saber nada más de él, como es normal. A mí me hubiera pasado lo mismo. Resulta que mi madre lo sabía desde hace mucho y se lo había dicho a toda la familia y estaban a la espera de que yo lo hiciera público. Supongo que el pillarme en la cama con mi ex se lo confirmó mucho más.

—¡Ostia! ¿Y no tienes un trauma? —suelta Cristina con todo su desparpajo.

—No. Mi familia es así. Estaba y estoy acostumbrado. Supongo que ya veo normal esas cosas.

—¿Y el no ver a tu ex?

—Bueno, tampoco lo quería; estaba con él más por sexo que por otra cosa.

Esto me deja de piedra; no veía yo a Abraham siendo así.

Me da un puñetazo en un brazo para sacarme de mi sorpresa y se echa a reír.

—¡Qué es broma! ¿Me ves a mí con cara de eso? Lo pasé mal, pero bueno, me sirvió para salir del armario de una vez; es lo bueno de todo.

Con esto puedo analizar que en la balanza a unos les ha ido mejor salir del armario que a otros. ¡Qué suerte han tenido a los que les ha ido bien! Y a mí, ¿cómo me irá con mis padres? En unos días me toca, digamos, enfrentarme a ellos -o más bien a la situación-, en el cumpleaños de mi abuela. No me gustaría que sea ese día por el disgusto que se va a llevar mi abuela, aunque espero que no se entere. No quisiera matarla de un infarto, porque nunca me lo perdonaría.

Cuatro días, solo cuatro días. El sábado. El lunes es el cumpleaños, pero se celebra el sábado por mí y mi hermano, y mis tíos que también vienen, o eso me dijo mi madre en un mensaje de lo más seco para ser ella. Supongo que aún sigue en shock. ¿Soy un mal hijo por esto?

Tal vez, no lo descarto. Como dice mi abuela: algún día tenía que soltarme la melena y ya lo he hecho. Y creo que por la puerta grande.

—Hola, hijo.

La voz de mi madre parece distinta. Le he aceptado la llamada casi sin darme cuenta. Estaba escribiendo un mensaje a Mateo cuando ha saltado la llamada y no le ha dado tiempo a sonar ni la canción que tengo puesta de tono de aviso.

No le sucede nada, no tiene la voz tomada, no. Es… Es otra cosa. Es como si tuviera vergüenza. Sí, es eso.

Me quedo sentado en la cama con miedo a levantarme. Mi madre se ha atrevido a llamarme. ¿Qué va a ocurrir ahora?

—Hola, mamá. ¿Qué tal todo? —¡Joder! Parecemos dos extraños, como si lleváramos años sin hablarnos. No es nada placentero, no quería llegar a esta situación—. ¿Te has despertado de la siesta? Ja, ja —añado para picarla un poco y así vuelva a ser ella.

—No, llevo rato despierta detrás de tu abuelo.

—¿Y eso?

—Porque es la persona más terca que he conocido. ¡Se sienta en el váter y se queda durmiendo! Un mulo hace más caso que él.

Ahora sí es mi madre.

—Te recuerdo que tú has salido a él.

—Yo también te quiero, hijo, yo también.

—¿Cómo está todo por ahí? ¿Y la abuela?

—Está todo bien. Tu abuela algo cascarrabias. Ya sabes que tus tíos están pasando de ella y ni siquiera llaman para saber cómo está.

—La abuela tuvo ogros en vez de hijos.

—Más o menos; más o menos. ¿Y tú qué? ¿Cómo va la universidad? ¿Ylacenaencasadetuhermanocontuamigo?

Esta última pregunta soltada a carrerilla, con la mayor timidez posible, me golpea en la cara como un árbol arrancado en medio de un tifón destrozando casas. Algún día tenía que llegar que preguntara. Y ya ha llegado. Y se me han subido las pelotillas a la garganta. Pero con tal violencia que creo que nunca van a bajar.

—B-bien, e-estuvo b-bien. ¿Y papá? —cambio de tema rápidamente, pero sé que no voy a tener escapatoria, no.

Escucho a mi madre tomar y expulsar aire antes decir:

—Tu padre bien, pero no cambiemos de tema, Álex. Por favor, no hagamos la situación más incómoda de lo que ya es para ambos. Tu hermano ya me contó todo y… bueno, me pilló por sorpresa. No me lo esperaba, la verdad. Siempre has estado en tu mundo y pensaba que por eso no encontrabas novia. Ahora, claro, la situación cambia.

Están pasando todos los colores de la escala cromática por mi piel en cuestión de segundos.

—L-lo siento, mamá —es lo único que me atrevo a decir.

—¿Por qué lo sientes, Álex? No digas eso. Soy yo la que lo siento por no creer asimilarlo. Dime, ¿estás bien?

¿Le digo la verdad, o miento?

—Ahora mismo queriendo que la tierra me trague, me mastique y no me escupa.

—¡Qué exagerado eres! No es para tanto, cariño. Tal vez la culpa es nuestra por estar siempre con el tema de que ya es hora de que tengas novia y eso te ha creado esa inseguridad.

—S-sí, puede ser, mamá. También el vivir en el pueblo… Son muchos factores.

—Sí, bueno, pero no tiene más importancia. Tu padre está encantado: dice que por fin has conseguido encontrarte.

—¿Cómo? ¿Papá…?

—Sí, desde que naciste, casi. La única cegada aquí he sido yo.

Porque estoy sentado, sino ya me hubiera caído de culo. ¿En serio estoy escuchando todo esto? ¿En serio mi padre se lo ha tomado mejor que mi madre? Y yo que pensaba que sería al revés. ¡Ay, Dios! Esto es un caso. Como decía mi abuelo: para ponerse a mear y no echar gota.

Entonces, ¿he sido un estúpido comportándome de esa forma? Supongo que sí. No obstante, todos los somos en un momento así, ¿no es cierto? Para qué engañarme: cada persona es un mundo. Nada es igual o parecido. Nada. Tendría que haber cogido el toro por los cuernos y haberme enfrentado a la situación; haber sido yo quien les hubiera dicho que soy gay y no mi hermano. Son mis padres, lo hubieran aceptado como lo han hecho, aunque a mi madre le hubiera costado un poco (y aún sé que le seguirá constando, porque esto va para largo).

Soy idiota. Un gilipollas, con todas sus letras. Conociendo cómo es mi familia -mi padre que

es de mente muy abierta y parezca que yo lo veo todo al revés-, voy yo y me recluyo en una cueva; desconfío de mis padres y los pinto como si fueran monstruos. Ya mi hermano me sorprendió. Y haciéndolo mi hermano, el resto es pan comido. Y, además, yo tengo más confianza con mi madre que con mi hermano y fíjate.

—¿Álex? ¿Álex? ¡Hijo, ¿estás ahí?!

Me he quedado en el limbo y mi madre llamándome. ¡Viva yo! ¡Un olé por mí como una ola!

—S-sí, estoy. Perdona, que había escuchado un timbre y pensaba que alguien llamaba —miento lo más rápido que puedo.

—Tú y tu mundo particular.

—Je, je. Ya sabes…

—Bueno, anda, nos vemos en unos días y hablamos, ¿vale? Y tranquilo, te queremos igual. ¡Y no te olvides del regalo de tu abuela!

—G-gra… ¡Sí, no te preocupes! Hasta luego, mamá. Un beso. —Cuelgo a la velocidad de la luz.

Abro la ventana y aspiro una bocanada de aire congelado: esto me viene de maravilla. Pero entre mi cara de susto, sorpresa y una mezcla de ganas de vomitar nace una sonrisa inimaginable.

¡Mi familia me acepta! ¡Tal cual soy! ¿Puede haber algo mejor?

Soy gay.

Soy Gay.

¡Soy gay!

—¡Me alegro por ti, chico, pero no des esas voces que tengo al niño durmiendo! —exclama una vecina que está en su balcón tendiendo la colada cuando lo grito a los cuatro vientos.

Bajo la cabeza avergonzando y musito un mudo «lo siento» antes de cerrar la ventana.

—¡Pero será tonta! Me regaña a mí y grita ella. ¡Viva la lucidez!

Ea, a veces no nos paramos a pensar, actuamos de la misma forma que criticamos.

Me siento de nuevo en la cama tan… ¿cómo decirlo? ¡Ah, sí! Supecalifragilisticoespialidoso. A lo Mary Poppins.

Miro el escritorio: tengo que seguir haciendo trabajos, pero ahora mismo es lo que menos me apetece. Me apetece salir, pasear, observar el cielo y que el viento me acaricie, pero no quiero hacerlo solo.

Cojo el teléfono, busco el número de Mateo y lo llamo. Tarda un poco en aceptar la llamada.

—¡Hola, bebé! —escupo super efusivo.

—Hola, cariño. ¡Qué feliz te veo! ¿Buenas noticias? —me responde entre el jaleo del bar.

—¡Síp! ¿Puedes hablar?

—Sí, voy a sentarme un rato ahora que está mi padre y mi hermano en la barra, que ya me toca. Espera. Ya. Cuéntame, tontito.

—Pues… ¡Ay, es que es surrealista! ¡O no sé! Ja, ja, ja. ¡Qué bobo soy!

Le cuento toda la conversación con mi madre, todo lo que me ha dicho y también mi corta y estúpida disputa con la vecina por gritar a los cuatro vientos mi orientación sexual. Con esto último Mateo no puede dejar de reír, y lo veo normal, porque tiene su gracia.

—¿Ves como no ha sido tan malo? Son tu familia y lo aceptan, como es normal.

—Ya, pero el temor es inevitable teniendo en cuenta lo que se ve y escucha.

—Sí, eso también es cierto. Aun así, te faltó valor, nada más. Pero ya está solucionado.

—Sí. Y yo que pensaba que mi padre me veía como un macho alfa y no es así. Ahora no sé si estoy desilusionado.

—Tonto eres.

—¿Sabes lo maravilloso que es el mundo desde que estás conmigo?

—Lo sé, porque desde que te tengo a mi lado el universo es más brillante y las estrellas son más pequeñas cuando te miro, porque tú eres el lucero que capta toda mi atención.

Me disuelvo como un trozo de hielo sobre la cama con todo lo que me dice. Somos muy empalagosos, sí, pero me encanta. Gracias, al que haya ahí arriba y nunca se deja ver, por poner en mi camino a Mateo. Gracias, porque no puedo haber encontrado a nadie mejor.

—Tengo ganas de verte. ¿Te hace hacer algo esta noche?

—No puedo, cariño, hoy tenemos una cena en el bar y me toca trabajar. Y saldré tarde. ¿No te lo dije?

—Hmm…, creo que sí. Yo y mi cabeza. Nos vemos mañana entonces, ¿vale?

—Sí, mi vida. Tengo que dejarte que mi padre ya me reclama. Hablamos por WhatsApp. Gracias por estar a mi lado. Te amo.

—Te amo, fei.

Cuelgo y me quedo mirando a pantalla. Después echo un vistazo a mi alrededor. Me pongo la chaqueta, agarro uno de los libros que Mateo me regaló y salgo a la calle. Hace un maravilloso día nublado como para estar encerrado en casa.

Nada más poner un pie en la calle recibo un wasap de mi hermano.

«El viernes por la tarde nos vamos para el pueblo y dormimos allí. Pasamos a recogerte. Te digo mañana la hora y así estás preparado».

Le respondo con un pulgar hacia arriba. Bueno, voy a llegar un día antes al pueblo, no pasa nada. Cuanto antes, mejor. En el fondo tengo ganas de hablar con mis padres y abrazarlos. Ahora que ya se sabe todo, aunque no por mí, que he sido algo cobarde, pero bueno, ya no hay vueltas atrás.

No he dado ni cinco pasos cuando un escalofrío me sacude de arriba abajo. Un escalofrío que no es causado por el frío, no, sino por otra cosa. Esa sensación que te dice que algo va a suceder, que algo va a ir mal; que sea precavido, que tenga cuidado.

No le doy mucha importancia, porque, total, ¿qué puede ir ahora mal?

50

—Estoy llegando. Esperad dos minutos —me dice Mateo, sofocado.

Estoy en la puerta de mi piso, esperándolo, y también a mi hermano. En breve salimos para el pueblo. Regreso a casa después de casi tres meses. Puede sonar sin mucha alegría, pero por un lado sí tengo ganas. Ver a mi familia, y también a mi amiga Mariam y Sandra. Hay mucho de lo que hablar, aunque no sé si Mariam estará por allí. Y Sandra creo que trabaja.

—No te preocupes, mi hermano aún no ha llegado. No vayas a correr más de lo debido, que te conozco.

—Mejor. Oh, no te preocupes, nene, estoy ya llegando. Te cuelgo.

Treinta segundos después Mateo aparca el coche en el hueco que he reservado para mi hermano, en caso de que sea necesario de que aparque. Mateo se baja rápido, me toma en brazos y me besa mientras giramos.

—Uy, ¿y esa felicidad? —digo riendo y perdiéndome en su mirada.

—Llevaba dos días sin verte y ya lo necesitaba.

—¡Qué tonto eres!

—Y tú que me vuelves más… pues ya me dirás.

Nos hacemos a un lado para que puedan pasar los coches. Nos hemos quedado en medio de la calle. Nos sentamos en el bordillo de la acera a pesar del frío que está haciendo.

—¿Algo menos estresado? —pregunto. El pobrecito lleva dos días trabajando sin parar. No hemos tenido tiempo de vernos y yo tampoco he querido ir a visitarlo para no molestar.

—Sí, por fin. Mi padre se empeña en ofrecer el bar para pequeñas cenas en grupo, pero le tengo dicho que no somos un restaurante… En fin, qué te voy a contar. Y no imaginas lo estresante que pueden llegar a ser algunas cenas en grupo; la de ayer me sacó de quicio.

—¿Y eso?

—Una vieja, y lo digo con todo el respeto a la tercera edad, no dejó de llamarme cada dos por tres para tonterías. Me desquició. Cada vez que oía su voz chillona me daban ganas de salir por la puerta o…

—¿O?

—Ya te lo imaginas.

Me rio acariciándole la cara y lo beso pasando mi brazo derecho por detrás de su cuello.

—Pobrecito mi niño. Bueno, ya pasó. Ahora tienes el finde libre.

—Sí, pero sin ti.

—Jo, feo, no digas eso. —Me hace sentir mal. Me hubiera gustado pasarlo con él, disfrutar

de los días que no hemos podido. Me gustaría llevarlo conmigo, pero no sé si eso es bueno ahora, aunque supongo que sería la entrada triunfal. «Mamá, papá, por miedo no os he dicho que soy gay, pero me presento con mi novio. ¿Qué os parece?» Sería de locos—. El domingo después de comer regreso. Nos veremos. Seguiremos en contacto.

—Claro que sí. Y dime, ¿estás preparado?

Me lo pienso dos segundos porque sé a qué se refiere.

—Sí… y no. Aunque he hablado con mi madre y todo está bien, no sé; creo que algo no va a salir bien.

—¿Y por qué piensas eso?

—Porque no es lo mismo hablar por teléfono que cara a cara. Y también me toca hablar con mi padre.

—Bueno, pero sabes que él lo ha tomado bien.

—Sí. Aun así… Es normal tener miedo.

Mateo se echa a reír y me abraza.

—Mi tontito. Irá genial, ya lo verás. No te preocupes por eso.

—Te contaré. Y también tengo que… —Mi móvil vibra haciéndome perder el hilo de lo que iba a decir. Es un wasap de mi hermano: «Estamos llegando»—. Tengo que hablar con mis amigas y contarles todo y disculparme por haber pasado de ellas —termino.

—Vas a tener un finde ajetreado.

—Sí, mucho. —Me pongo en pie—. Ya vienen a por mí.

—Vale, cariño. —Mateo se lanza a mis brazos. Abrazados nos besamos como si fuera la última vez—. Te amo, mi vida.

—Te amo, mi niño.

—Y antes de que te vayas: ¿quieres cenar el domingo conmigo, con mi hermano y mi padre? —me suelta de improviso, dejándome anonadado. ¿Lo dice en serio? No sé qué decir. Me hace ilusión, pero teniendo en cuenta cómo lo trata su padre y lo que piensa acerca de que sea gay…

Mateo no deja de sonreírme, esperando que acepte. Le hace mucha ilusión, como es normal; no quiero defraudarlo.

—Claro que sí. ¿Has hablado con ellos?

—Sí, he convencido a mi padre. A mi hermano le da igual.

—Entonces el domingo toca conocer a tu familia —digo, sin dejar de sonreír. ¿No es bonito conocer a la familia de tu pareja?

Mi hermano llega en ese momento tocando el claxon.

—Hola, Mateo —lo saluda—. ¿Todo bien?

—Hola a los tres. Sí, perfecto.

—Me alegro. Álex, venga, sube, que vienen coches —me insta mi hermano mirando por el espejo retrovisor.

Abrazo de nuevo a mi novio. Lo beso otra vez.

— Te quiero. Vamos hablando, ¿vale? Hasta luego, feo.

—Hasta luego. Te amo, cariño. Y tened cuidado —añade hacia mi hermano.

—Tranquilo, el domingo te lo devuelvo —ríe mi hermano.

Me subo al coche al lado de Javi que va durmiendo y le digo adiós a Mateo por la ventana entre feliz y triste por dejarlo aquí. Los nervios comienzan a aflorar en mi estómago.

«Dios, si estás por ahí, haz que todo vaya bien. Te lo agradeceré eternamente».

Me abrocho el cinturón y me dejo caer en el asiento, comenzando a pensar cómo actuaré cuando vea a mis padres, aunque supongo que llegado el momento no servirá de nada el haber pensado cómo hacerlo.

Me despiertan unos golpes en la cabeza acompañados de unas risas. Abro los ojos, adormilado y veo la mano de Javi abalanzarse sobre mi cara. No tengo tiempo de reaccionar y uno de sus dedos acaba en mi ojo derecho. Me he quedado durmiendo.

—Ito. Hola, ito —me dice mientras el ojo me escuece igual que si me hubiera caído sal en él.

Mi hermano no deja de reír mientras se quita el cinturón.

—Despierta, que ya hemos llegado. —Se baja del coche. Leyre coge a mi sobrino y yo me quedo de piedra en el asiento, mirando la puerta de mi casa.

Vale, ya he llegado. ¿Puedo marcharme ya? Mis manos se ponen heladas como el hielo del miedo que me invade.

«Venga, vamos, yo puedo. No pasa nada», intento convencerme.

Mi hermano me abre la puerta.

—Sal. Y tranquilo, no te van a comer.

Trago saliva y sonrío con la sonrisa más falsa de mi vida.

—Sí… Lo sé. Creo que ya es costumbre.

La puerta de mi casa se abre y sale mi madre ya con su pijama rosa de ositos; es como una niña. Me alegro al verla abrazar y comerse a Javi a besos. ¡Cuánta alegría nos ha dado este pequeñín! Por lo menos, gracias a él, mi tema se verá eclipsado y pasará más desapercibido; eso me salvará. A pesar de esto, ¿no puedo correr, subir a mi cuarto y esconderme y salir el domingo cuando vaya a marcharme?

«No. Y no le des más vueltas al asunto», me dice mi conciencia, enfadada.

—¿Qué, no te bajas? —me dice mi madre, abrazándose a sí misma. Son las ocho y media de la tarde y parecen que son las doce de la noche. ¡Qué oscuro está todo!

Me bajo sin mediar palabra y le doy dos besos.

—H-hola, mamá —digo, avergonzado.

—Hola, señor esparrago. ¿Es que no comes?

Sonrío agradecido que haya hecho esa pregunta.

—Sí, me alimento bien, pero el estrés de la facultad… Ya se sabe.

—Sí, el estrés de la facultad. Anda, entra, no te vayas a resfriar.

Bien, la primera pantalla ya la he pasado. Mi vida no es un videojuego, pero la situación podría decir que es similar. Tengo que ir salvando pantallas hasta llegar al final. ¿A qué me enfrentaré ahora?

Tico me recibe moviendo el rabo de lado a lado, dando saltos para besarme. Me agacho para acariciarlo.

—Yo también me alegro de verte, Tico. Hola, papá —tropiezo con él nada más entrar por la puerta. Mi padre me abraza con fuerza y me revuelve el pelo como cuando era pequeño, detalle que me encantaba. Necesitaba ya este cálido recibimiento.

—¿Qué pasa, señor estudiante? ¿Ya te sientes más listo?

—Ja, ja, ja. Según desde el punto que se… —¡Pum! Tremendo cabezazo que me doy con la puerta del salón al separarme de mi padre y caminar sin mirar—. Vale, creo que he perdido todo

lo aprendido.

—Igual de patoso. Se mira si la puerta está cerrada.

—Eso no ha cambiado —ríe mi madre cerrando la puerta de la calle.

Frotándome la frente, entro en el salón. Aquí está mi abuela, tan hermosa como siempre. Al lado, mi abuelo, durmiendo, como siempre.

—¡Abuela!

—¡Hola, mi niño bonito! —me dice y corro a sus brazos. Su olor a colonia de bebé me invade por todo el cuerpo y me hace regresar a mi infancia. ¡Cuánto la he echado de menos!—. Te has quedado muy delgado.

—No, abuela, estoy bien. Solo es que llevas tiempo sin verme.

—No, que te vistes de rojo y pareces un arañazo —recalca mi madre—. Voy a tener que llenarte la despensa.

—Mamá, de verdad que como bien. Solo que he perdido un kilo por el estrés de estos días. —Supongo que ha sido un kilo, aunque creo que han sido más.

—Bueno…, ya lo veremos.

—¡Chacho! ¡Pedro! ¡Despierta! ¡Que han venido tus nietos! —despierta mi abuela a voces a mi abuelo. Mi abuelo se mueve hacia un lado y abre los ojos lentamente, paladeando—. Si naces más vago te mueres.

Me echo a reír: mi abuela y sus burradas. Me encanta. ¿Qué sería una reunión familiar sin sus comentarios?

—¿Cuándo vienen…?

—¿No tienes que subir la maleta a tu habitación? —me interrumpe mi madre con los dientes apretados.

¡Mierda!, casi arruino la sorpresa. Salgo del salón y subo a mi cuarto acompañado de mi perro. Escucho a mi madre subir detrás de mí. ¡Jo! ¿Por qué ahora? Con lo bien que estaba yendo todo.

—¿Estás bien, Álex? —me pregunta apoyándose en el resquicio de la puerta.

Dejo la maleta y me siento en mi cama. ¡Qué blandita es! Miro en derredor; aquí está todo mi mundo: mis libros, mis películas, mis posters… ¡En casa de nuevo!

—Sí, mamá, estoy bien. Simplemente… algo cambiado —admito. Y es así. Todo ha cambiado desde que me fui, a excepción de mi habitación.

Mi madre se sienta a mi lado y me pone una mano sobre mi pierna.

—¡Ay, hijo! Pero, ¿c-cómo? No entiendo…

Si no lo dice, revienta.

—A ver, mamá, no tiene explicación. No sé… Simplemente, lo descubrí. Me he descubierto a mí mismo, aunque aún me queda. El salir de aquí me ha ayudado, me ha abierto otro mundo… Todo es distinto. Fuera de aquí soy libre. Todo comienza a encajar. Todo comienza a tener sentido —suelto de un tirón. Y qué a gusto me quedo.

Mi madre tienes los ojos vidriosos. No, que no se ponga a llorar, por favor. ¡No puedo con situaciones así! No sé cómo actuar.

—Me alegro que haya sido así, Álex… pero, ¿qué dirán? Tengo miedo por ti, de que te hagan daño.

Estás palabras cargadas de temor hacen que mis ojos también se vuelvan vidriosos.

—Mamá…, soy fuerte; sé cuidar de mí mismo, no me pasará nada.

—Pero ¿qué dirán las chismosas del pueblo cuando se enteren?

—Mamá, ¡el pueblo me da igual! —me altero a ver que parece ser que no lo tiene ni medio asumido—. Es mi vida, el resto no me importa. Ya me ha costado darme cuenta de que soy gay como para ahora preocuparme por el qué dirán. ¡No! ¡Ni que yo fuera un estrafalario para que tengan que hablar de mí! ¡Ni siquiera se tienen que enterar! Yo no lo pienso decir, porque no es necesario. Soy quien soy, soy lo que soy y nada más. No tengo que colgarme un papel a la espalda que diga «Soy gay». No, mamá.

Resoplo y veo que mi madre se pone a llorar. Tal vez he sido demasiado bruto, pero no tenía otra forma de hablar. No sabemos dialogar en estos momentos, no.

—¿Y qué hay de los nietos? ¿No voy a tener nietos tuyos?

Un jarro de agua fría sobre mi cabeza. ¿Eso la preocupa? No me había parado a pensar en los niños, pero supongo que es lo de menos. Tampoco me veo siendo padre. Los niños no son lo mío, pero es normal que ella quiera un nieto mío. Aun así… ¿por qué tiene que decirlo ahora?

—Mamá… ¡adoptaré! No te preocupes por eso —intento calmarla.

—Pero no será lo mismo.

—Pero lo querrás igual.

—¡Ese chico te ha tenido que comer la cabeza! ¡Te ha metido tonterías en ella! —estalla de pronto, poniéndose en pie.

—Bueno, según de qué cabeza estemos hablando —comenta mi padre desde la puerta, gracioso.

No puedo evitar sonreír ante su graciosa forma de salvar la situación.

Mi madre mira a mi padre con cara de incredulidad y sale, llorando. Mi padre se sienta a mi lado y me abraza.

—No te preocupes, se le pasará.

Sí, se le pasará, pero me estoy sintiendo fatal por hacerla llorar, por hacérselo pasar mal.

—¿Sabes qué creo que le preocupa?

—¿El qué? Aunque creo que ya me lo ha dicho.

—Le preocupa que tengáis los mismos gustos y ya no se fijen en ella cuando vayáis juntos y sí en ti.

—¡Papá!

—¿Qué? ¡Es verdad! Mi hijo es un pivón, normal que se enamoren de ti hasta los tíos.

Me encanta cómo mi padre está llevando la conversación.

—Yo siempre lo he sabido, y he esperado a que lo dijeras. Siempre te he puesto a prueba, como cuando te decía si te gustaba esa chica o esa otra.

—Sí, me acuerdo. O sea, ¿eso lo hacías por…?

—Sí. A tu edad yo ya había salido con varias chicas. Eso no quiere decir nada, desde luego, pero era extraño que tú no, de ahí mis preguntas. —Mi padre es muy listo. Me está dejando sin palabras, aunque es divertido, para qué negarlo—. Supongo que tiene que ver con los gérmenes… digo, con los genes.

—¡Ja, ja, ja! Papá…

—Sí, seguro que antaño en mi familia hubo algún gay, o por parte de la familia de tu madre. No lo sabemos, pero seguro que es así.

—¿Tú crees? —sonrío.

—Sí, y si no es así, me alegro de que seas el primero de la familia. —Estoy a punto de romper a llorar de la emoción. Mi padre es genial. Mi padre es el mejor de los padres—. Aunque creo que tu primo Ángel también lo es. El pobre es tan raro.

—¡Ja, ja, ja! Papá, ser raro no significa ser gay —alego.

—Bueno, tú me has entendido.

Sí, lo he entendido. Mi primo tiene ya treinta y cinco años, nunca ha tenido novia y siempre que se le ha acercado una chica ha salido corriendo, aunque eso no creo que signifique que sea gay, porque él es de relacionarse poco, por no decir nada.

—Papá… —Lo miro fijamente. Sin poder aguantarme más lo abrazo como nunca antes he hecho—. Gracias, papá. Gracias. —Y lloro, lloro de alegría, de felicidad, por ser el chico más afortunado por tener un padre como él. Muchos chicos que son gais y pasan por el mismo momento que yo darían lo que fuera por vivir esta conversación que yo he tenido.

—No me las des, Álex. Estoy muy orgullo de ti, que lo sepas. Y nunca dudes de eso, nunca. —Me limpia las lágrimas con las manos antes de devolverme el abrazo—. Eres el mejor hijo que se puede tener.

—Si te escucha mi hermano…

—¡Que le den! Él ha tenido sus momentos de escuchar lo mismo, ahora es el tuyo.

—¿Con eso quieres decir que no lo crees en verdad? —Frunzo el ceño y me echo a reír.

—Claro que sí: ahora y siempre. Y dime, ¿quién es ese muchacho? ¡Cuéntame de él!

Esto sí me pilla por sorpresa. No esperaba que mi padre llegara hasta este punto. Aunque me da vergüenza, saco el móvil. ¡Tengo veinte wasaps de Mateo! No le he dicho que he llegado al pueblo y está preocupado. Le enseño la foto primero a mi padre .

—Este es; se llama Mateo. —Al decirlo me sonrojo y sonrío como un niño.

—¡No eres tonto, ¿eh?! Tienes buen gusto. Como tu madre, sin duda; supo elegir a un buen partido.

—¡Ja, ja, ja! Papá, ¡qué cosas dices!

—No, digo la verdad; así de guapo has salido tú. —Me encanta la conversación. Mi padre observa la foto y añade—: Se parece a ti. Le veo cierto parecido.

—¿Sí? —pregunto con una inusual felicidad. ¿Será verdad? Reviso la foto buscando parecido.

Mi padre me revuelve el pelo.

—Me alegro de verte feliz. Ahora, baja, la abuela querrá preguntarte si ya tienes novia. —Y se ríe, saliendo.

Ostras, no he pensado en eso. Mi padre no lo ha dicho a mala fe, sino en plan «será divertido». Mi abuela seguro que pregunta. No quiero mentirle, pero será una mentira piadosa. Eso no hace daño. No quiero hacerla sufrir.

Cojo el teléfono y grabo un audio a Mateo. Le cuento un poco por encima lo que ha pasado, añadiendo que más tarde, antes de dormir, lo llamaré y hablaremos detenidamente. Termino con un «Te quiero» que suena mejor que nunca y bajo al salón sintiéndome una vez más el chico más afortunado, por un lado, aunque por otro, hasta que no vea a mi madre feliz y asimilar mi sexualidad, no lo estaré por completo.

En el salón me siento entre las piernas de mi abuela mientras Javi chincha a mi abuelo con un

dedo para despertarlo, y Tico intenta que Javi le haga caso.

—Cuéntame, mi niño: ¿cómo va todo por la universidad? ¿Ya tienes novia?

Todos nos aguantamos la risa, a excepción de mi madre que se levanta del sofá y dice con brusquedad:

—O novio. —Se encoge de hombros—. Voy a preparar la cena. Poned la mesa. —Y sale.

Esto me ha dejado helado. Y no ha sonado a mal (bueno, solo un poco), pero no me esperaba que lo dijera delante de mi abuela. Menos mal que mi abuela no se ha enterado. Eso me salva.

51

Mi casa ya está llena de gente: mis tíos, mis primos (algunos de ellos que hacía años que no veía). Y la verdad, no entiendo por qué están aquí cuando ni siquiera se molestan en llamar a mi abuela para preguntarle cómo está. Con un simple «hola» ella estaría más que contenta. Igual que sus nietos, como yo digo, orcos, porque son orcos. Ni ellos mismos se quieren. Son mi familia, y no. Para mí, mi familia son mis abuelos, mis padres, mi perro, mi hermano, mi sobrino y Leyre, y ahora también Mateo, porque está conmigo. El resto tienen parte de mi sangre, pero bifurcada.

No me gustan estas reuniones familiares. Más de veinte personas en casa. Es un gobio. Pregunta va, pregunta viene. ¡Qué pesadilla! Es igual que las reuniones de Navidad: preguntas por todos lados. ¿Por qué las familias tienen esa fea costumbre? ¿Alguien puede explicármelo? Y la pregunta mayor está a punto de caer, lo sé: «¿Tienes novia?» ¿Y quién la formulará? Se hacen apuestas.

—¿Alguna vez has estado en un manicomio? Pues esto es lo más parecido que hay —me dice mi padre, que no sabe ya por dónde escapar.

Es igual de parecido. Le sonrío.

—Si es una fiesta sorpresa para la abuela, ¿por qué están todos ya aquí? ¿Cuál es la sorpresa?

—¿Te parece poca sorpresa que tu abuela haya visto a algunos de sus hijos que hace varios años que no ve?

—Visto de ese modo, sí, estás en lo cierto.

Mi hermano se acerca por detrás y se sienta a nuestro lado. Nos hemos salido al patio porque dentro de la casa no se puede estar. Fuera hace frío, pero lo preferimos.

—Además, Álex, la abuela piensa que han venido a verla, pero no se espera ni la tarta ni nada por el estilo —me dice.

—Bueno, eso sí es cierto. Le gustará la idea, aunque me parece una falta de respeto que mucho de ellos lleven años sin visitarla, a ella y al abuelo, y que ahora vengan en manada porque hay fiesta.

—¿Tú crees que es por eso? —El rostro de mi hermano se ensombrece bajo una sombra de tristeza. Miro a mi padre y desvía la mirada. ¿Qué está sucediendo aquí y yo no me he enterado? No me gusta nada lo que su actitud está insinuando.

—¿Qué le pasa a la abuela? —estallo con un fuerte nudo en el estómago—. ¡Decidme! ¡Mamá me dijo hace tiempo que…! —Un jarro de agua fría y una losa enorme cae sobre mí cuando entiendo lo que está sucediendo. No puede ser verdad. ¿Cómo no me he dado cuenta antes?

Mi padre me pone una mano sobre un hombro y, suspirando, asiente.

—Me temo que sí, Álex. La abuela se está apagando poco a poco, pero cada vez más rápido.

Mis ojos se llenan de lágrimas, y niego con la cabeza, incrédulo.

—¡No! ¡No! ¡La abuela no se puede está muriendo! ¡No!

—Álex, es duro para todos, pero es así. Es ley de vida —dice mi hermano con los ojos vidriosos.

—¡No! ¡La abuela no se puede morir! ¡NO PUEDE!

—Nadie lo quiere, pero… Álex…

—¡Álex nada! —Me pongo de pie, llorando. Mi abuela, mi abuelita, no se puede morir. ¡NO! ¿Qué será de mí sin ella? Un profundo agobio empieza a subir por mi estómago hacia mi garganta. Mi respiración se descontrola—. La abuela…

Salgo corriendo atravesando la casa en dirección a la puerta de la calle y tropiezo con mi madre.

—Álex, ¿qué te pasa?

La miro a los ojos y lloro con más fuerza, negando con la cabeza.

—La abuela… La abuela se… —No puedo continuar hablando. Salgo a la calle y echo a correr lejos de mi casa. Necesito aire, necesito estar solo. Necesito llorar, asimilar, porque no puede ser verdad. ¡Las abuelas deberían ser eternas!

Soy idiota. He malgasto tiempo… ¿Y ahora? Ahora se marchará y no me quedará nada de ella salvo su recuerdo. No podré abrazarla, hablar con ella ni besarla cuando ya no esté.

—¿Eso es lo único que sabes hacer, eh, Dios? ¿Llevarte a los buenos y dejar a los malos aquí? —grito mirando al cielo—. Te odio. ¡TE ODIO!

Salgo del pueblo y me dirijo a mi rincón, a ese claro del bosque en la colina desde donde se ve todo el pueblo. Ahí es donde necesito estar. Hace frío, un frío terrible. Mi pueblo es un maldito frigorífico y no me he traído el abrigo, para variar, pero no me importa. No voy a regresar a casa. Necesito que el viento me meza y me acaricie.

Llego a mi lugar preferido, el claro del bosque que está justo encima de un cortado. Me siento sobre una piedra y vuelvo a llorar, a llorar desconsolado. ¿Por qué la vida es tan injusta? ¿Y por qué llegados estos momentos es cuando nos damos cuenta del tiempo que hemos perdido con nuestros seres queridos? ¿Por qué somos tan idiotas? He pasado días, semanas, sin hablar con mi abuela, creyendo que estaba bien cuando no lo era. Porque aquel día mi madre me lo dejó caer y yo no le di mucha importancia creyendo que no era así. Y lo es.

Elevo la cara y el viento me limpia las lágrimas. ¿Por qué mi abuela se apaga? ¿Qué enfermedad tiene? No sé si quiero saberlo. Pero tiene que ser horrible para llévasela en nada de tiempo.

No somos nada. Suena a tópico, pero es así. Polvo eres y en polvo te convertirás. No sé quién dijo eso, pero no hay mayor verdad. Te conviertes en nada igual de rápido que ese polvo que te hace.

Las palabras se agolpan en mi cabeza. Necesito escribirlas, pero no tengo mi libretita; está en el abrigo. Mierda. Aun así, no puedo dejarlas encerradas, no; tienen que salir. Y el viento las escuchará:

No se cómo decirte,
que aunque la vida nos separe,
nunca dejaré de quererte.
Que la sabiduría que sé,
no me la han enseñado los libros,
sino todas tus historias, abuela.
Porque he crecido entre tus brazos,
y aún de mayor anhelo dormir en ellos.
Espero que, algún día, me perdones,
me perdones por no contarte lo que soy,
no contarte a quién amo y con quién soy feliz.
Pero sé que, a pesar de todo, me querrás,
como tu niño pequeño que siempre para ti seré.

Me abrazo a mis rodillas y lloro, lloro más hasta vaciarme. ¿Cómo voy a superar esto? ¿Alguien me puede dar la solución?

Unas manos me agarran de repente por detrás y escuchó un «¡BUH!» en mi oreja derecha. Doy un grito y un sobresalto, con el corazón en un puño. Me giro y veo a Mariam, riéndose. Mi cara es un poema: rabia, enfado, lágrimas, susto.

—¡Idiota!

—¡Tendrías que ver tu cara! —se ríe, doblándose por la cintura, sin poder contenerse más—. No ha sido para que te pongas a llorar.

—¡Pasa de mí! —exclamo, y me marcho, gruñendo. ¿Qué hace ella aquí ahora?

La escucho correr detrás de mí.

—¡Eh, Álex, espera! ¡Maldita sea, Álex! No ha sido para tanto. ¡Perdona!

¿Qué no ha sido para tanto? Bueno, tal vez no, pero no estoy para muchos trotes.

Sigo mi veloz caminata; no quiero hablar con ella, no ahora.

—¡ÁLEX! —me grita, agarrándome del hombro. Me vuelvo y mis ojos se vuelven a nublar con las lágrimas—. Joder, Álex. ¿Qué ocurre?

Me lanzo a sus brazos, buscando consuelo.

—M-mi… Mi a-abuela… ¡Mi abuela se está muriendo! —logro decir.

Mariam me abraza con fuerza, pálida.

—Álex, ¿qué dices? Pero ¿cómo? ¿Cuándo? No me he enterado de nada. ¿Está en el hospital?

Niego con la cabeza limpiándome las lágrimas.

—Está en mi casa. Ella… Bueno, ahora está «bien», pero se apaga. No sé qué tiene, pero se me va, Mariam. ¡Se me va! Me lo han dicho mi hermano y mi padre hace nada.

—Joder, Álex. Lo siento. No sabía nada. Perdona. —Le resto importancia con una mano—. Ven, vamos a sentarnos. ¿Quieres?

Asiento y me siento con ella. Y le cuento, le cuento lo que mi madre me dejó caer hace tiempo, lo que mi hermano y mi padre me han dicho hoy y el porqué de la fiesta. Porque es una

fiesta de despedida, no queda de otra. ¿Quiere decir eso que mi abuela no llegará a Navidad? Espero poder pasar las últimas navidades con ella. Que no se vaya antes, por favor.

—No sabes lo que lamento esto, Álex. No sabía nada. De haberlo sabido…

—No importa —le corto. Mejor dejar el tema a un lado, por ahora—. ¿Cómo sabías que estaba aquí?

—Iba hacia tu casa cuando te vi correr hacia aquí. Me han dicho que llegaste anoche, capullo, y no fuiste tú.

—L-lo siento. Mi vida ha dado un giro inesperado y anoche tenía que solucionar cosas.

—¿Sí? Y es algo que tu mejor amiga tiene que saber, ¿verdad? —Mariam puede ser agobiante hasta que no se le diga lo que quiere saber.

Y sí, tiene que saberlo. Y creo que es el mejor momento. Lo iba a hacer igual, pero seguro que en otras circunstancias me hubiera costado más. Pero ya nada me preocupa; lo mío no es grave.

—Soy gay.

Mariam me mira con cara de póker y suelta una carcajada.

—Vale, ahora la noticia.

¿Qué? ¿Cómo? ¿Cuándo?

Al ver mi cara de incertidumbre, añade:

—¡Ay, Álex! Eso yo ya lo sabía. Soy tu mejor amiga. Desde siempre lo he sabido. Incluso mi madre me lo ha dicho muchas veces: Álex es gay, pero él no se da cuenta.

—Joder, ¿todos lo sabíais menos yo? Esto sí que es una novedad, y grande.

—Sí, Álex. Y ya era hora de que te dieras cuenta. Dime, ¿cómo fue? ¿Cómo te diste cuenta? ¿Hay algún buenorro por ahí? —Me da un codazo, mirándome, pícara—. ¿En qué lugar se enamoró de ti? ¿Y tus padres y hermano, que han dicho? Porque eso es lo que tenías que solucionar, ¿verdad?

—Toma aire primero, ¿quieres?

—Ignora eso y cuenta, ¿quieres?

—Está bien; vamos allá. —Me encanta ver que a Mariam no le importa mi condición sexual, aunque sabía que sería así, tenía algo de pavor. Ella es madura, es otra de las mejores personas que como amigo se puede tener. Está ahí en todo momento. Nuestra amistad es de las que no hace falta hablar a todas horas. Pueden pasar días, semanas o meses sin hablar o vernos, y todo seguirá igual—. ¿Todo, todo?

—¡Todo!

Temía el momento de la fiesta, pero no ha ido mal, no. Mi abuela ha estado muy contenta de ver a todos sus hijos y nietos aquí así como los regalos. Y, sin modestia, el que más le ha gustado ha sido el mío. Soy su ojito derecho, y siempre lo seré. Lo peor ha venido cuando mi madre ha roto a llorar al verla soplar las velas de sus ochenta y tres años. Y no ha sido de emoción, sino de dolor. Ella lo está pasando mal y ahora comprendo por qué está tan vulnerable. Primero lo de mi abuela, después lo mío. Aunque la gravedad de lo de mi abuela agrava todo a su alrededor.

No sé qué es perder a una abuela. Bueno, más o menos. Solo me queda esta abuela. Por parte de padre, mi abuela y abuelo murieron cuando yo era pequeño. Primero ella, cuando yo tenía cinco meses, mi abuelo cuando yo tenía unos nueve o diez años. No muy pequeño, es cierto, pero no tengo muchos recuerdos de ese año. Mi abuela sí me conoció a mí, pero yo a ella no. Y no es

que no los quiera, a ninguno de los dos, que no es así, pero es un cariño distinto, no sé si me explico. Es añoranza, por no poder haberlos disfrutado bien, sobre todo a ella. Pero sé que están a mi lado, porque los noto muchas veces, y también que son ellos; no me abandonan.

A media tarde toda la familia se marcha y yo me siento al lado de mi abuela, agarrado a su mano; necesito sentirla, aprovechar cada momento con ella, hacer cada segundo eterno, empaparme de ella, para que cuando llegue el maldito día en que se vaya, pueda decir: la siento aún aquí. Aunque sé que llegado ese momento me quedaré con las manos vacías. Y ya no tendré nada salvo unas cuantas fotos que ni siquiera están en papel (maldita tecnología que corrompe la belleza de las cosas y momentos) y recuerdos que con el paso del tiempo se volverán lejanos y borrosos.

A pesar de mi entereza ahora, no lo he asumido ni lo asumiré: estoy ocultando la maldita noticia.

—Mamá, necesito hablar contigo —digo a mi madre cuando la acompaño a hacer la cena—. Papá y mi hermano ya me han contado lo que días atrás no pudiste decirme. La a-abuela… La abuela se va, ¿v-verdad? —Intento mantener la compostura. Intento no llorar; solo lo intento.

Mi madre se abalanza a mis brazos y se deshace en lágrimas.

—S-sí, Álex, la abuela se nos va. En cualquier momento, cuando menos lo esperemos, se irá.

—¿Q-qué tiene? ¿Por qué se nos va? —pregunto con la garganta seca.

—La abuela tiene cáncer en un pulmón, y va creciendo cada día más. Según nos han dicho los… —Se sorbe la nariz— los médicos, hay metástasis. Se ha extendido por el cuerpo. Es cuestión de días, semanas, pero no más de dos meses.

Retrocedo, comprendiendo lo que esto significa. ¿Dos meses? ¿Solo me quedan dos meses con ella, tal vez menos? Me siento en la silla, pálido. Todo va tan deprisa que siento que el techo se me va a caer encima. No puede ser. ¿Por qué tiene que existir una enfermedad tan fea? ¿Por qué no han encontrado ya una maldita cura? ¡Maldita contaminación! ¡Maldito siglo XXI que es el que ha provocado todo esto!

Miro a mi madre, tras la cortina de lágrimas, y digo:

—No me iré a estudiar, no quiero estar lejos de la abuela: quiero gastar el tiempo con ella, por favor.

Mi madre niega con la cabeza, poniéndose sería.

—No, Álex, ella quiere que estudies. Y si te quedas aquí solo sufrirás. Además, en nada tendrás las vacaciones de Navidad, podrás…

—Pero ¿y si…? —No puedo terminar la frase, pero es obvio lo que voy a decir.

Mi madre suspira y me da un pañuelo para que me limpie las lágrimas.

—Será lo que tenga que ser, hijo; ahí no podemos hacer nada, y tú tampoco aquí, salvo sufrir viéndola apagarse. Es mejor que no veas eso.

Aunque me duela, mi madre tiene razón.

—Ahora… ¿Ahora sufre? —necesito saber.

—No. Está tomando pastillas. Además, el cáncer no es tan agresivo a su edad, por eso apenas sufre. Ella piensa que son achaques de la edad, nada más.

Asiento sin decir nada, porque ya no hacen falta más palabras. Suspiro y desvío la mirada hacia el pasillo en dirección al salón: somos tan volátiles como la última brisa del verano.

—Necesito estar solo. Estaré en mi cuarto. —Y salgo.

Subo a la habitación. Me tiro sobre la cama y agarro el móvil; tengo a Mateo abandonado. No le he dicho nada, salvo que estoy muy liado con la fiesta y que después hablábamos. Él sabe que me sucede algo, porque ya me conoce. Pero ¿debo contarle lo que ocurre? Supongo que sí. No podré aguantarme mucho más, no podré ocultarlo mucho tiempo, me lo sacará.

Tomo aire, llenando mis pulmones de valor y marco su número. No suenan ni dos pitidos cuando acepta la llamada y me saluda con su melodiosa voz.

—¡Hola, mi vida! Ya te echaba de menos.

—Y yo a ti —le digo, pero mi voz suena tan falta de alegría. Lo echo de menos y me encantaría que estuviera a mi lado. Me abrazaría como él solo sabe y me consolaría.

—Uy, ¿qué pasa, Álex? —Lloro antes de poder decir nada—. Cariño, no me asustes. ¿Ha pasado algo?

Consigo contener el llanto, y hablo:

—Es… mi abuela.

—¿Se ha enterado de que eres gay?

—No, ojalá fuera eso. Pero no. Ella… Ella se marcha, fei, mi abuela se apaga.

—No. ¿De verdad? Jo, ¿qué le pasa?

Le cuento todo.

—Mi vida, lo siento. Lamento todo esto. Y lamento no poder estar ahí contigo.

—No tienes que lamentar nada, bobo.

—Ya, pero, aun así… Cari, la vida es así de dura, sabes de lo que hablo. Pero hay que seguir para adelante. Piensa que tu abuela no está sufriendo, es lo mejor de todo; se quedará dormida y no despertará.

—Sí, me queda ese consuelo, pero no sé… No podré hablar con ella nunca más, ni abrazarla o besarla… Será tan duro.

—Ella estará contigo siempre, y seguirá estando igual de orgullosa de ti como lo está ahora. Además, la tienes ahí contigo, aún no ha pasado nada. Ve a su lado y disfruta de ella, mi vida.

—Sí, tienes razón. ¿Hablamos después?

—Sí, claro. Pero no te preocupes por eso ahora: estate con ella todo lo que quieras, yo seguiré aquí. Te quiero.

—Hasta luego. Un beso. Te quiero.

Voy al baño a lavarme la cara. Regreso a la habitación, recojo mi libreta y bajo dispuesto a leerle a mi abuela lo que he escrito en este tiempo (poco, pero algo), como a ella siempre le ha gustado que haga.

52

Es inimaginable lo duro que ha sido para mí despedirme de mi abuela. He intentado no llorar delante de ella, pero nada más salir por la puerta me he subido al coche y me he desecho en lágrimas. ¿Cómo puedo marcharme y dejarla aquí, sabiendo que en cualquier momento se me puede ir y no podré volver a abrazarla, besarla ni hablar con ella? El que creó la vida tendría que haberse esmerado y no hacerla con caducidad. ¿Por qué siempre las mejores personas son las que se tienen que marchar y gente como asesinos y malnacidos no? No lo entiendo ni lo entenderé.

—Cuídate, mi niño. Nos vemos pronto, ¿verdad? —me ha dicho al irme.

—Sí, abuela, vendré prontito. Te llamaré cada vez que pueda, ¿vale? Te quiero, abuela. —Y la abracé, y mi corazón se rompió en mil pedazos.

No asumiré nunca esto. Ahora está conmigo, pero ¿qué pasará el día que no esté? ¿El día que llegue ese fatídico momento? No sé cómo podré superarlo. No sé cómo reaccionaré. No sé nada.

Mi sobrino me coge una mano, me mira con cara de pena y me dice:

—Ito, no llores.

El pequeño me hace sonreír, pero no puedo evitar llorar con más fuerza a la vez que rio. Parezco un idiota.

—Álex, es duro para todos, pero hay que ser fuertes —me dice mi hermano, mirando a través del retrovisor—. La abuela ha vivido su vida. Hemos podido disfrutarla. Ella está mal y ya sufre, aunque tenga medicación y ella no lo admita, pero es así. ¿Deseo verla sufrir durante años cada vez que la vea?

—No… Pero tampoco quiero que se vaya.

Leyre se gira hacia detrás y me coge la otra mano.

—Álex, tu abuela nunca te va a abandonar. Quédate con eso y con los buenos momentos que has vivido a su lado; eso es lo mejor. Yo no pude conocer a ninguno de mis abuelos, tú sí has podido conocerla. ¿No es el mejor regalo?

Viéndolo así, tiene razón, pero yo no soy fuerte, no puedo concienciarme tan rápido. ¿Por qué todo esto? Está claro que nada nunca puede ir bien. Cuando parece que sí, algo malo viene.

Suspiro y miro por la ventana: ya está atardeciendo, y eso que son las cinco de la tarde. Busco el móvil y escribo a Mateo:

«Cariño, ya voy de regreso. No me encuentro muy bien. Ha sido difícil despedirme de mi abuela. ¡Qué mal todo!»

Mateo no tarda en responder.

«Jo, chiquitín, lo siento. Tengo muchas ganas de verte, pero mejor quédate en casa:

cancelamos la cena, ¿vale? Te quiero».

«No, no cancelamos nada; me vendrá bien salir. Además, yo también quiero verte, tonti. Nos vemos a las diez, ¿no?»

«Un poco antes paso a recogerte, ¿vale? Ten buen viaje, mi vida. Después hablamos, que estoy preparando todo».

«No te des el trabajo de hacer un montón de cena que yo con nada estoy lleno. Hasta luego. Te quiero».

«No te preocupes. Te quiero. Y ahora duerme un poco».

¿Dormir?, tal vez eso me vendría bien, pero entre la inquietud y todo…

No sé si es buena idea ir a cenar con Mateo, con su padre y hermano. No obstante, no puedo hacerle eso a él. ¡Tiene tanta ilusión! Pero tengo una extraña sensación, algo que me dice que no va a ir bien la cosa, y tampoco quiero amargar la noche de Mateo; lo está preparando todo con tanto cariño…

Espero que todo salga bien. Ojalá y sea así.

Mateo viene a recogerme en media hora y ni me he duchado ni sé qué ponerme. No tengo ganas de nada. Estoy tirado encima de la cama medio moribundo. No puedo seguir de esta forma. A mi abuela no le gustaría verme así. Tampoco sirve de nada estar de esta guisa. ¿Qué sentido tiene estar en vida y sin vivir? De nada. Tengo que ser fuerte, igual que lo es mi abuela y seguir hacia delante; y pase lo que pase no rendirme, por ella, por mi abuela.

Me siento en la cama, decidido. Busco qué ponerme para la cena: un jersey, unos vaqueros, mis botas y listo. Voy corriendo a la ducha. No hay nadie más en el piso. Mis compañeros se han marchado a pasar el fin de semana a sus casas y el vacío se nota, porque el piso está helado. Aparte, creo que la calefacción calienta muy poco y estoy congelado, algo que se arregla con una ducha caliente y estaré como nuevo.

Veinte minutos después estoy en la puerta del bloque, paraguas en mano, esperando a Mateo que llega tarde por culpa de la lluvia: hay tráfico. Y pensar que iba a ser yo el que iba a llegar tarde… Suspiro y elevo la vista hacia el cielo, contemplando la lluvia. Estoy más animado y ver llover me anima más. La lluvia es vida. Me inspira para escribir. No sé, me transmite algo tan especial, es como una energía extraterrenal que me inyecta vitaminas, me hace sonreír y tener ganas de cantar y bailar y (alguna vez lo haré) saltar en un charco o rodar por él como un perro. Y si hay barro, mejor. La diversión está en las pequeñas cosas y a mí me gusta explorarlas.

—Hola, mi niño guapo —me dice Mateo nada más subirme al coche y darme un beso—. ¡Qué bien hueles y qué guapo vas! ¿Vas a algún sitio especial? —ríe.

—Pues si te digo la verdad, no tengo ni idea. Me han dicho que tengo la cena con mi cuñado y mi suegro, pero nada más —sigo la broma.

—Oh, interesante. ¿Y quién es el galán que te acompañará a que conozcas a su familia?

—Pues no lo veo por ningún lado. —Mateo me propina un puñetazo en el hombro y ambos reímos—. Perdona, perdona. Tú también estás muy guapo, aunque te esperaba, no sé por qué, de esmoquin.

—Sí, claro, y también un jamón.

—Idiota. ¡Ja, ja, ja! Vas muy informal.

—Estoy muy acostumbrado a cenar con mi familia.

—Ya, pero haberlo dicho y yo no iría tan arreglado.

—No, porque quiero que brilles, quiero que seas el centro de atención de la noche. —Me besa otra vez.

Me saca los colores. Siempre sabe dejarme sin palabras en la boca y mira que es difícil. Mi niño tontito.

—Espero caerles bien.

—Bueno, te han visto en el bar, más o menos te conocen.

—Sí, pero no es igual. Soy patoso y puedo liarla.

—Nada; mantel a la lavadora y sin problema.

—¿Por qué eres tan bueno? —Todavía me sigo sorprendiendo.

—Porque tú te lo mereces. Eso y mucho más.

—Te amo mi niño.

—Te amo mi vida. —Me acaricia una mano—. ¿Cómo te encuentras ahora?

—Estoy bien. Bueno, relativamente bien, pero por esta noche quiero olvidarlo, voy a disfrutar de la cena, es lo más importante ahora.

—No te preocupes. En nada llegamos.

Eso ahora sí me pone nervioso. ¿Les caeré bien? ¿No liaré alguna de las mías? «Recuerda, Álex, Keep and calm y a tu suegro y cuñado no hagas enfadar».

Dejamos el coche en la puerta y subimos al piso, un sexto y sin ascensor.

—Es un edificio viejo; las cosas modernas aún no han llegado.

—¡Pero si yo no me he quejado! Ja, ja, ja. Me da igual subir escaleras —digo.

—Lo sé. Y así ese culito que tanto me gusta se pone durito. —Sube corriendo las escaleras, riendo.

—¡Tonto!

—Sí, tonto, pero te ha gustado.

Me pongo colorado y salgo tras él.

—Calla y no digas nada no me vayas a dejar en vergüenza.

Seguimos con el juego de reír e ir yo detrás de él para atraparlo y llegamos a la puerta de su casa. Cuando Mateo va a abrir la puerta esta se abre y aparece su padre, un hombre bajito y delgado, medio calvo y facciones serias. Su ceño está muy fruncido.

—¿Se puede saber por qué hacéis tanto ruido? No vivimos solos; hay más gente en el bloque.

Empezamos bien. Menudo corte. Ni que hubiéramos hecho algo malo. ¿Puede algo torcerse desde el primer momento? Me avergüenzo, pero Mateo mucho más.

—Papá, no es para tanto. No estábamos haciendo ruido —se excusa Mateo—. Además, las paredes de este edificio son de papel, aunque no hablemos se escucharía la respiración, hasta el vuelo de una mosca.

—No digas bobadas. ¿Entráis o preferís quedaros en el rellano? —gruñe.

—Sí, claro. Por cierto, papá, este es Álex.

—Encantado —responde su padre marchándose de la puerta con gesto despectivo.

Me ignora como si fuera un bicho.

Mateo se queda blanco. Lo entiendo. Entre la actitud de su padre y que tiene que estar preguntándose en qué estaré pensando yo…

—Cari, no importa; no vayas a decirle nada —le pido—. Déjalo estar.

—Pero…

—No importa. No pasa nada. Venga, entremos, que quiero ver tu casa y tu cuarto.

Entramos, yo con un nudo en la garganta. ¿Así es como va a transcurrir la noche?

Su hermano está sentado en el sofá todo lo largo que es; parece más respetuoso que su padre.

—David, te presento a Álex.

David me mira con sus ojos negros como el azabache, serio, y sonríe débilmente. Se levanta y me da un abrazo seguido de una palmada que casi me derriba.

—¡Hola, cuñado! Porque puedo llamarte así, ¿no?

—S-sí, claro. E-es lo que eres, ¿no? —digo entre cohibido y sorprendido.

Mateo mira hacia otro lado, sin saber qué quiere, si que la tierra se lo trague o tragarse él a su hermano. La situación es divertida. Supongo que David ha querido quedar bien, pero no ha sabido hacerlo de forma comedida.

—¡Qué crack eres! Me gustas. Buen ojo, Mateo. Sí señor. —Se sienta de nuevo en el sofá.

—¿Habéis puesto la mesa? —pregunta Mateo.

—No —gruñe su padre cerrando la puerta del baño.

—Sí —responde David, apuntando con el mando del televisor hacia la mesa—. By the way, Álex, ignora a mi padre; lleva dos días estreñido y no lo sabe llevar muy bien.

Trato de contenerme y no reír, pero me es imposible. David es muy gracioso. La verdad, lo esperaba más serio.

Mateo pone los ojos en blanco, entre azorado y con ganas de reír.

—¡Cuando tengas mi edad, me dirás! —escucho decir al padre desde el baño—, aunque seguro a esa edad yo ya tengo nidos de ratones en la cabeza.

—«¿N-nidos de ratones en la cabeza?» —respondo sin comprender.

—Sí, que ya estará muerto —me aclara David.

—Oh, ah… —No se me ocurre qué más decir. Eso ya me ha descolocado del todo.

—Venga, Álex, que te enseño la casa —me dice Mateo, tirando de mi mano.

Me lleva directo a su cuarto, cierra la puerta y se golpea la cabeza una vez contra ella mientras yo no dejo de reír.

—¡Me encanta tu familia!

—¡Qué vergüenza, Álex! Creo que no pensé bien esto.

—¿Por qué? —Doy una palmada en la cama para que se siente—. Tu familia es graciosa. Bueno, tu padre no ha sido muy amable, pero no pasa nada, es compresible. Ya sabes.

—Sí, pero hay que saber comportarse. Podría haber actuado como si fueras un cliente, por ejemplo, no sé, pero no hacerte pasar este mal rato.

—Nada, tu hermano lo ha arreglado.

—Quisiera saber si se ha fumado algo. Está más gracioso de lo normal.

Le cojo la cara entre mis manos y lo miro a los ojos fijamente.

—Mateo, que no pasa nada. Yo estoy bien. Nada va a enturbiar la noche, ¿vale?

Nos besamos.

—Gracias, mi niño.

—Bueno, ¿esta es tu habitación? —digo, mirando por primera vez a mi alrededor. Está muy limpia. Tiene una pared pintada de color negro a juego con su gran escritorio de cristal negro. Las estanterías son cuadradas, blancas. La colcha también es negra y el suelo de color blanco. Y una alfombra negra. Todo es muy minimalista. ¡Me encanta! Muy parecido a la casa de la playa.

Tiene también ilustraciones propias puestas en la pared. Un caballete con un cuadro y un enorme autorretrato encima de la estantería que me deja sin palabras.

—¿En serio lo has hecho tú? Pero… ¡Si parece una foto!

—Creo que ha sido mi mejor obra hasta la fecha. Estoy muy orgulloso de ese retrato.

—Mateo, tienes un don, sin duda. Esto tienes que explotarlo como sea.

—Ya, eso quisiera yo, pero hoy día ya no se valora el arte. Para colmo lo pagan fatal. Ya has visto, me salen pequeños trabajos de ilustraciones, pero no es algo seguido que dé para vivir. Una pena. Ni con contrato editorial. Tienen que darnos trabajo a todos los ilustradores…

—Ya verás como todo cambia. Hay que hacerte una buena página web y darte publicidad —digo todo convencido como si yo supiera del tema.

—Lo he pensado, y tendré que…

—¡MATEO! ¿Cenamos o qué? —lo interrumpe su padre aporreando la puerta de la habitación.

—… Menos mal que no había que hacer ruido porque no vivimos solos —termina Mateo, bajando la cabeza, afligido.

—Vamos, no le des importancia. A cenar. Te quiero, fei.

—Y yo a ti.

Salimos.

Una vez está la cena puesta sobre la mesa comenzamos a cenar en silencio. Mateo ha trabajado un montón para hacer una cena especial: pechuga en salsa de almendras, ensalada de cuatro quesos, huevos rellenos, y un plato de variedad de quesos. ¡Qué delicia! Tengo al mejor novio. ¡Es tan completo!

—¿Qué tal el día, papá? ¿Mucha gente en el bar? —Mateo rompe el silencio. La cena parece más un velatorio. David viendo la televisión, Mateo y yo cuchicheando y su padre mirando el plato, y de vez en cuando a mí, igual que si fuera un tigre a punto de saltar sobre su presa.

—Como todos los días —dice lo más serio que puede, si es que es posible.

—Ya, bueno, pero ¿has terminado de hacer el inventario?

—Gracias a vosotros dos, no. —Y con las mismas da un golpe en la cabeza a David quien casi da con la frente en su plato—. ¡Deja ya de cambiar de canal! Para veinte años que tienes sigues siendo un crío.

—Teniendo en cuenta que nos estás amargando a todos la noche, la tele es nuestra única salvación —refuta David, mosqueado.

—Por favor, vale ya, ¿no? A los dos. ¿No os podéis comportar? ¿No os da vergüenza? Hago esto para estar todos juntos y presentaros a mi novio y lo único que sabéis es echar mierda y discutir a la mínima de cambio.

—¿A tu novio? —escupe el padre. Dejo el cubierto sobre la mesa: es el momento de que todo me salpique—. ¿Cómo puedes llamar a eso novio? ¡Una pareja está formada por un hombre y una mujer! ¡No un hombre con otro hombre! ¡Dais asco!

—¡Papá!

Me encojo de hombros intentando esconderme debajo de la mesa. Miro fugazmente a David quien baja la cabeza también, avergonzado.

—Papá, ¿qué? Sabes que esto no me gustaba desde el primer momento, pero tú tenías que insistir. ¡Oh, claro! Teníamos que conocer a tu novio. ¡A la mierda todo! A la mierda tú y tus

tonterías. Porque estáis mal de la cabeza. Los dos. ¡MAL!

El padre está a punto de sufrir un ataque. Se ha puesto rojo de la ira mientras chilla. La vena del cuello incluso se le ha hinchado.

—Papá, ya. Siéntate, por favor —le ordena David.

—¡No! ¡Déjame! —Apunta con un dedo a Mateo, el cual lo mira fijamente con los ojos anegados en lágrimas—. Escúchame: tú no eres mi hijo, eres una aberración. Que tu madre lo aceptara no significa que yo también. Me avergüenzo de que seas sangre de mi sangre.

Mateo no dice nada. Se levanta y sale corriendo hacia la puerta, volcando la silla. Me pongo en pie con brío, dando dos puñetazos en la mesa.

—La vergüenza es usted por decir eso a un hijo. Algún día se arrepentirá. —Voy tras Mateo. No sé cómo he tenido valor de dirigirle la palabra a este monstruo, porque no se puede clasificar con otro adjetivo. Me ha dolido ver cómo puede ser la crueldad del ser humano, pero mucho más cómo ha humillado a su propio hijo y herido a mi novio. Las palabras son la mayor arma de destrucción de la humanidad. Un veneno demasiado fuerte.

Bajo las escaleras a tal velocidad que casi lo hago rodando.

—¡Mateo! ¡MATEO! Espera. —Pero Mateo me ignora. Sigue bajando las escaleras hasta llegar al rellano y sale a la calle—. Joder, Mateo. ¡ESPERA! —Afloja la caminata—. Espera. ¡Espérame!

—No. Ahora necesito estar solo, nene. Por favor —me dice deshaciéndose en lágrimas, y cruza la calle sin mirar.

Mi corazón se encoge en el mismo momento en que veo las luces de un coche precipitarse directo hacia Mateo a la velocidad de la luz.

—¡MATEO! ¡CUIDADO! —Las piernas me tiemblan. Haciendo acopio de fuerzas voy tras él, pero cuando quiero darme cuenta mi novio está volando por los aires acompañado de un fuerte frenazo—. ¡No! ¡NOOO! ¡MATEO! —me desgarro la garganta al verlo caer contra el suelo y comenzar a formarse un charco de sangre a su alrededor.

Escucho el grito de David detrás de mí y corre hacia su hermano conforme empieza a salir gente de sus casas y los coches a detenerse. Mi respiración se descontrola. Voy junto a Mateo, con el rostro desencajado, y me quedo en shock cuando veo su cuerpo cubierto de sangre y la cabeza abierta. Retrocedo, negando, pálido como la nieve.

Se oye a su padre correr hacia su hijo, dando gritos de dolor y es lo último que veo y escucho antes de desmayarme.

53

Me va a dar algo. He perdido la noción del tiempo. No sé qué hora es, pero tampoco sé muy bien qué ha pasado. Todo parece una horrible pesadilla, de la cual no sé cuándo voy a despertar. ¿Por qué ha tenido que pasar esto? ¿Y por qué a Mateo? ¿Y por qué ese maldito coche no se ha detenido? ¿Y por qué Mateo no ha mirado al cruzar?

Todo son preguntas que se agolpan en mi cabeza con una abominable fuerza. No dejo de llorar. Ya creo que ni me quedan lágrimas. Mi mirada se clava en la puerta del quirófano donde están operando a Mateo, y en su padre, en ese maldito ser que ahora llora como si no hubiera salvación para él en la casa de Dios. Ese maldito monstruo que ha provocado todo esto. David, el pobre, no ha hablado nada desde que la ambulancia recogió a Mateo. Su tez está pálida. Imagino el calvario por el que puede estar pasando, porque es el mismo por el que estoy pasando yo.

Y lo peor de todo es la capacidad del Destino, del maldito Universo, para conspirar contra nosotros y juntar todas las fatalidades a la vez. ¿Se puede saber qué es lo que yo he hecho mal en la otra vida?

—Toma, bebe este chocolate caliente —me dice Cristina, sacándome de mis pensamientos.

La he llamado, a ella y a Abraham, en cuanto me he despertado en el hospital, después del desmayo, y he comprendido que no había soñado, que ha ocurrido de verdad. Los dos no han dudado en dejar lo que tenían entre manos y venir a mi lado. Y se lo agradezco y agradeceré toda la vida.

—Gracias. ¿Qué hora es?

—Las nueve en punto —me dice Abraham, mirando el reloj.

—¿En serio? ¿Y aún no se sabe nada? ¡Joder! Espero que todo salga bien. —Mis piernas no se pueden estar quietas.

—Te has dormido, Álex —me informa Abraham, para mi sorpresa.

—¿Cómo? ¡Pero si llevo despierto toda la noche!

—Eso habrás creído, por las ganas de querer estar despierto —dice Cristina, sentándose a mi lado. Me pasa el brazo por detrás y me da un achuchón—. Venga, bébete eso ya, que te hará bien.

Así hago. El chocolate me calienta por dentro y me reconforta, o eso creo, porque poco me puede reconfortar ahora.

—Marchaos ya a clase —les digo, pasándome las manos por la cabeza—; aquí no hacéis nada. No quiero que perdáis clase, y también necesitáis descansar.

—No nos vamos a ir —dice Abraham, serio—. Nos quedamos contigo. Bueno, hasta que el

doctor salga y diga cómo ha ido todo, ¿vale? —añade al ver que voy a rechistar.

—Está bien. Gracias. Gracias por venir. Sois los mejores amigos.

Los dos me abrazan a la vez.

—No nos des las gracias. ¿Acaso pensabas que te íbamos a dejar tirado? —exclama Cristina—. Nunca.

Rompo a llorar por la mezcla de emociones que tengo.

Voy a decir algo, pero me quedo callado al escuchar llegar a varias personas. Corren junto a David y su padre, llorando. Son familia. Presto atención a la conversación.

—Pero ¿cómo ha sido? ¿Y aún no han dicho nada? ¿Cuántas horas lleva en quirófano? —dice una mujer no muy alta, delgada, con el pelo pelirrojo ondulado. Se parece un poco a Mateo, en la parte de la nariz para bajo. ¿Será su tía materna?

—Todo ha sido tan rápido… —dice David, hablando por primera vez—. Y la operación parece interminable.

—¿Qué es lo que tiene? —pregunta un hombre, alto y con bigote.

—Se ha abierto a cabeza; es lo único que sabemos.

Más llantos.

—Pero ¿cómo ha sido, Mariano? —vuelve a preguntar la cuñada del padre de Mateo (el cual ahora sé que se llama Mariano).

Y la mirada de Mariano se clava en mí. Trago saliva y siento cómo Cristina intenta protegerme con sus brazos.

—Por su culpa —informa en voz baja, con un dedo acusador. Entonces frunce el ceño y grita—. ¡Tú has sido el culpable, maldito seas! ¡Tú y tus malditas mariconadas que le has metido a mi hijo en la cabeza!

Me quedo tan perplejo como todos. No puedo quedarme callado, no ante tal injusticia.

Me levanto a la velocidad de la luz y voy frente a él cargado de ira.

—Di la verdad. ¡Dila! ¿Por qué no le dices a tu familia que llamaste «aberración» a Mateo? ¡Diles que te avergüenzas de que tu hijo sea gay! ¡Diles que le dijiste que te avergonzabas de que fuera sangre de tu sangre! ¡DÍSELO! ¡DÍSELO, TAN VALIENTE QUE ERES! —estallo, siendo un mar de lágrimas.

Las miradas se dirigen hacia Mariano que me mira con cara de asco.

—Si tú no te hubieras cruzado en su camino nada de esto hubiera ocurrido.

Un cuchillo lanzado a mi pecho.

—Papá, ¡ya vale! —grita David, acercándose a mí—. Álex no tiene culpa. —Me pasa un brazo por la espalda—. La culpa es tuya. Tú lo jodiste todo anoche. ¡Tú causaste que Mateo saliera huyendo con tus comentarios! ¡TÚ! ¡Porque siempre eres tú! ¡Tú eres quien siempre le hace daño! ¡Tú sí que eres una aberración! Si mamá levantara la cabeza… —David no puede continuar hablando. Echa a correr escaleras abajo, llorando desconsoladamente. Oigo a Cristina ir detrás de él.

Mariano va a decir algo ante las miradas de sorpresa, espanto y rencor de la familia cuando las puertas del quirófano se abren y sale el cirujano.

—¿Cómo está? —pregunto, urgente.

—Calma, por favor —pide, esperando a que la familia se reúna—. La operación ha salido bien. Tenemos que tener en cuenta la gravedad del asunto, un traumatismo craneoencefálico

grave. —Un nudo comienza a crecer en mi garganta. No me gusta cómo empieza a formarse esa frase—. Para hacernos a la idea, su cabeza se ha abierto en cuatro. La operación ha sido arriesgada, mucho, pero ha salido de ella. Sin embargo, hay una mala noticia que debo comunicar.

Abraham me agarra del brazo para evitar que me caiga. Se lo agradezco.

—No despierta de la anestesia. Me temo que el joven está en coma, y no sabemos si despertará. El tiempo es el que dirá. Siento daros esta mala noticia…

No escucho más. Para ser más claro dejo de escuchar desde el momento en que ha dicho que no sabe si Mateo despertará. Me tambaleo, mareado. Eso no puede ser verdad. ¡Mateo no puede estar en coma! ¡Mateo tiene que despertar!

—Álex, ven, vamos a sentarnos —me dice Abraham, arrastrándome hasta una silla.

—Abraham… Dime que no he escuchado eso, dime que Mateo despertará —imploro, llorando desconsoladamente.

—Sé fuerte, Álex. —Es lo único que me dice. Y lo entiendo, porque no me puede decir otra cosa, porque no me puede engañar, porque es posible que Mateo no despierte, porque Mateo, la persona que amo con todo mi corazón, el chico que me ha ayudado a salir del armario, el chico que me ha hecho ver la magia del amor, puede que no vuelva a besarme, ni a abrazarme, ni a susurrarme un «te quiero».

Porque el Destino es cruel, la vida es cruel, y no puede ver a nadie feliz más de dos días.

—¿De verdad quieres entrar? —me dice Cristina en la puerta de la UVI donde está Mateo.

Me temo que sí. Tengo que verlo. Y pedirle perdón. Y así lo hago. Intento mantener la compostura cuando lo veo tendido sobre la cama, inerte, con máquinas pitando alrededor, sueros, vías…, pálido como la pared, una fea venda envolviendo su cabeza, y ventilación mecánica.

Me siento a su lado con el corazón en un puño y le toco la mano. La sacudo un poco con la esperanza de que abra los ojos, pero nada.

—Mateo, fei, soy yo, Álex. ¿Me escuchas? —Solo hay silencio—. Mateo, por favor, despierta. ¡Por favor! —Lloro abrazado a él—. Lamento todo esto. Siento ser el causante de esto. Si no hubiera ido a tu casa tu padre no hubiera dicho nada, tú no hubieras cruzado la calle y… y… ¡Te amo, mi vida! ¡TE AMO! No lo olvides. Y despierta, por favor… Despierta pronto.

Lo beso en los labios y salgo, con la imagen de ese horrendo tubo de ventilación asistida palpitando en mis retinas.

Cristina y Abraham me esperan afuera. Echo un último vistazo a la puerta y me prometo volver todos los días para estar con él; no quiero separarme de su lado.

Y los tres salimos del hospital sin rumbo a ninguna parte.

54

DICIEMBRE

El Peor Mes De Mi Vida. Ojalá Nunca Hubiera Llegado.

Porque es el mes de la Navidad, el mes de estar con los seres queridos, el mes de anhelos y deseos. Y para mí, todo se ha truncado.

55

Y esperaré.
Te esperaré,
esperanzado de que piensas en mí.
De que juntos volveremos a ver el sol salir.
De que nuestro amor crecerá más y más,
aunque la crueldad del destino nos maltrate así.
Porque te quiero,
porque te amo,
Porque sin ti mi corazón no tiene sentido.
Porque verte ahí, sin poder hablar,
es como un barco que va a zozobrar.
Y esperaré,
te esperaré,
porque sé que volverás.

Y una vez susurro esto al oído de Mateo, salgo de la habitación, observando la pulsera que me regaló: «Que el sol no deje de brillar». ¡Ojalá fuera tan fácil!

Una vez más lloro de rabia, de dolor, de angustia, desazón... ¿Por qué mis rezos no han sido escuchados? ¿Tal vez porque nunca antes he rezado? ¿Quizás porque nunca antes he creído en Dios? Pero en eso se basa la religión, ¿no? En creer de repente, en ver esa luz, ese punto en el que apoyarse, rezar, suplicar, poner velas para que tus ruegos sean escuchados.

Pero creo que nos han metido en la cabeza tonterías, no queda de otra. He rezado, suplicado, incluso he ido a una iglesia. ¡Solo me queda hacer una promesa para ver si de verdad los que hay ahí arriba me escuchan! Ese dios, santos… ¡lo que sea! Pero quiero que Mateo despierte, quiero volver a besarlo y que me hable. Y, por encima de todo, que se recupere.

El mes de diciembre ha sido el mes más horrible de mi vida. No quiero hablar de él, ni aunque haya sido Navidad. Me queda el consuelo de que mi abuela aún sigue conmigo, aunque sé que esa dicha no será eterna.

—¿Puedo hablar contigo? —me sobresalta una voz a mis espaldas.

Me giro y veo que es Mariano, el padre de Mateo. Mi cara es de total estupefacción. ¿Qué quiere de mí?

—¿Crees que debería permitirlo? —digo con enfado.

—Entiendo que no quieras, pero necesito hacerlo. Por favor. —Su voz compungida y su rostro desencajado por el dolor me ablandan.

—Está bien, vamos a la sala de espera. —Una vez estamos sentados, mirándolo fijamente a los ojos, pregunto—: ¿de qué quieres hablar conmigo?

Y antes de decir algo, se pone a llorar. Comprendo su sufrimiento, tiene que ser duro cargar con la culpa de ser el causante de que su hijo esté en coma.

—Álex… Yo… Mateo te quería mucho… —comienza a decir—. Todo el día hablaba de ti… Nunca he asimilado que mi hijo sea gay, nunca. Supongo que es debido a la educación que he recibido. ¡Un hombre con otro hombre! ¡Qué locura! No obstante, cuando una persona es feliz, es lo importante. Y mi hijo lo ha sido contigo.

»Desde que mi esposa falleciera no lo había visto tan alegre, disfrutar de los días tanto como contigo. Apenas le apetecía dibujar, y es su pasión. Y contigo lo retomó. Y todo porque lo has hecho dichoso, porque en ti ha encontrado lo que en mí como padre no ha encontrado; lo que su madre dejó de darle por fatalidades de la vida… No quiero decir con esto que en ti haya buscado un reemplazo de ese cariño, no, porque es distinto. Simplemente, lo has complementado. Has llenado sus días, y no sabes lo que te lo agradezco. —No doy crédito a lo que escucho a la misma vez que me harto a llorar como una Magdalena. Es tan bonito lo que me dice…

Miro fugazmente hacia el pasillo donde está la habitación en la que se encuentra Mateo y mi corazón se encoge.

—Sé que es extraño que ahora te diga esto teniendo en cuenta cómo te traté aquella noche, y también a él. Me arrepiento, no sabes cuánto, porque después he comprendido (y me ha costado) que lo vuestro es puro, que quieres a mi hijo con el corazón.

»¿Sabes cómo me he dado cuenta finalmente? Mateo me dijo esa noche que tu abuela, bueno… está mal. A pesar de eso, has estado yendo y viniendo toda la Navidad para estar con él y también con tu abuela. Eso no lo hace alguien que no ama a otra, no.

Más y más lágrimas.

Mariano no es un mal hombre, solo es una persona que ha sufrido, y mucho, e incomprendida. Necesita que alguien lo escuche. Un hombre que se ha visto solo de la noche a la mañana, con dos hijos y un negocio, siendo su mujer el pilar fundamental.

—Yo me quedé sin mi mujer. Desde entonces no he sido el mismo ni lo seré. Ahora solo me quedan mis hijos, pero cada vez que entro a esa habitación… N-no quiero que… que…

—No lo digas, por favor —le imploro.

—Quiero que mi hijo salga bien, quiero que sea feliz y, sobre todo, pedirle perdón. ¿Crees que me perdonará?

—Claro que sí —digo sin pensarlo. Además, es lo que necesita escuchar. Ya bastante tortura interior tiene él mismo como para yo cargarlo con más.

Me abraza sin yo esperarlo. Le devuelvo el abrazo. Mariano necesita también el cariño de un hijo. Mateo y David no han encontrado la forma de dárselo porque no han sabido ponerse en su lugar, además de que creo que nunca se han sentado todos a hablar.

—Te pido perdón a ti también, Álex. Siento lo de aquella noche, siento cómo me comporté contigo. No te merecías nada así, porque eres un buen chico.

—No tengo nada que perdonar. Solo te pido que a partir de ahora dejes de ver la

homosexualidad como una aberración. Somos personas, tenemos sentimientos y nos entregamos igual que otras.

—Lo sé. Y toma mi palabra de que lo haré. Y, por favor, no dejes de venir a ver a Mateo.

—Nunca. —Le vuelvo a dar un abrazo y me levanto—. Verás que pronto despierta. Me tengo que marchar, volveré mañana.

—Gracias, Álex. Cuídate, muchacho.

Le sonrío con calidez y me marcho hacia el ascensor aún anonadado por lo que ha sucedido, pero a la vez contento de ver que Mariano ha comprendido muchas cosas. Eso es la mayor de las satisfacciones.

—¡Cuánto has tardado! —me dice Abraham, que se ha quedado en la puerta. Siempre me acompaña. Me viene bien, porque así, hablando, me distraigo—. Me estaba quedando ya helado.

El invierno se ha vuelto más crudo. Lleva casi cinco días nevando. Todo está colapsado. Para que luego digan que el Cambio Climático no es real.

—¿Y por qué no te has metido dentro? A veces tanta pijería te ha vuelto tonto —me burlo.

—Idiota. No es «pijería», es tener clase —me dice, echando a caminar.

—Joe. ¡Espera, que te lo tomas todo a pecho! —Voy tras él—. Tengo que contarte algo que me ha pasado.

—¿El qué? ¡Cuenta, cuenta!

—Eres una maruja, ¿lo sabías?

—Mi abuela me pegó el gusanillo.

—Anda que echarle la culpa a tu abuela… —Sacudo la cabeza, me giro y miro la ventana de la habitación donde está Mateo. Suspiro. Murmuro un sordo «Te quiero»—. Me ha hablado mi… suegro. Bueno, el padre de Mateo. —No queda bien llamarlo «suegro».

—¿En serio? ¿Y qué ha pasado?

—¿Puedes dejar de poner esa cara de horror? Ja, ja, ja. Me desesperas.

—Perdón, perdón. La emoción me puede. ¿Te hace, antes de seguir, un chocolate caliente, y me cuentas?

—Son ya las doce del mediodía.

—¿Y? Tengo hambre.

—Tú siempre tienes hambre —alego—. Está bien. Vamos.

Abraham es un caso perdido. Ahora lo estoy conociendo mejor. Paso bastante tiempo junto a él. No le gusta dejarme solo para que no decaiga. Se lo agradezco. Cristina me dice que tenga cuidado, que tal vez lleva otra pretensión. No lo creo. Abraham me dejó claro que entre él y yo no habría nada más allá de la amistad. Es un chico respetuoso, no intentará nada. Lo sé.

Nos sentamos en una cafetería cercana al hospital. La mesa pega a una de las ventanas donde justo debajo hay un radiador. ¡Qué frío tengo! Si hubiera nacido en el Polo Norte creo que ya hubiera muerto.

—¿Qué van a tomar? —nos pregunta la camarera, una chica más o menos de mi edad con una sonrisa que cautiva.

—Yo quiero un Nestea —digo al momento.

—Hmm… Yo quiero un chocolate blanco caliente y un donut.

—Así me gusta, cosita saludable para el cuerpo.

—¿No dicen que la grasa ayuda en épocas de frío? Pues yo tengo que aprovisionarme de un

buen abrigo.

—Lo estás diciendo y ni tú te lo crees. Si engordas un kilo y pones el grito en el cielo —me echo a reír.

—Ya… pero bueno, hoy me apetece; ya mañana lloraré.

Pongo los ojos en blanco aguantando una carcajada. Abraham es tonto, y todos lo sabemos, pero es muy gracioso cuando quiere, más ahora que también lo conozco más. Antes no tuve tiempo de conocerlo más allá de las pocas veces que quedábamos con Cristina o en clase.

Es una persona especial, amable. Está ahí siempre que lo necesitamos. No entiendo cómo no ha encontrado ya a una persona buena y que esté por él. Supongo que, a veces, él también se queda cegado por el árbol que no le deja ver el bosque, como le pasó conmigo. Aunque, por fortuna, eso quedó atrás. Ahora dice que no quiere saber nada de tíos, pero es lo que se suele decir cuando no aparece alguien que te haga sonreír todas las mañanas.

El camarero nos traen lo que hemos pedido y Abraham disfruta con cada sorbo que da.

—Anda, límpiate, que tienes la boca que pareces Charlie y la fábrica de chocolate.

—¿Sí? —Se limpia con el dorso de la mano y me mira fijamente, azorado—. Cuéntame qué te ha dicho el padre de Mateo.

No me acordaba ya de eso. Empiezo a contarle la conversación entre ambos, una conversación ante todo inesperada que me ha mostrado la verdadera persona que es Mariano, aunque si se hubiera mostrado así desde el principio Mateo no estaría en el hospital y todo sería fenomenal.

Cuando termino Abraham está entre sorprendido y cabreado.

—Con todo el respeto, pero ese hombre sigue siendo un monstruo. ¿Cómo puede venir ahora con esas? ¿Cree de verdad que su hijo lo va a perdonar? ¡Nunca! Mateo no lo hará.

—Te aseguro yo que sí. Mateo es un trozo de pan. Es una bellísima persona. Y es su padre, a pesar de todo. ¿Qué harías tú en su lugar?

Abraham se queda callado.

—Supongo que perdonarlo, aunque no olvidaría y tendría rencor toda mi vida —dice finalmente.

—Y es lo que le pasará a Mateo en cuanto despierte.

—¿Y cuál es su evolución?

Su evolución… Me encojo de hombros, observando mi vaso.

—El cráneo ya se ha fijado. Creen que no le quedarán secuelas…, pero hay que esperar a ver si despierta o no del coma. —Desvío la mirada hacia otro lado, conteniendo las lágrimas.

Abraham me coge una mano. Me la aprieta con dulzura.

—Álex, Mateo despertará, y será pronto; ya lo verás. —Me sonríe. Una sonrisa mágica y verdadera, una sonrisa que cautiva y que me atrae. ¿Cómo no me he fijado antes en ella?

Me levanto de golpe y salgo a la calle con el corazón acelerado. ¿Cómo he podido pensar así? ¿Cómo he podido pensar que Abraham desprende magia?

Me agarro la cabeza, confuso. ¡Abraham no me puede atraer! ¡No! Abraham es mi amigo, nada más. Miro hacia el hospital. «Te quiero, mi vida. Perdóname», pienso con un nudo en el estómago. ¿Qué está pasándome?

—Álex, ¿qué te ha pasado? —me sobresalta Abraham. Me giro hacia él, ceñudo.

—N-no te acerques —le pido.

—¿P-por qué? ¿Qué pasa? ¿He hecho algo malo?

¡Su maldito cariño, su maldito estar ahí todo el tiempo me está confundiendo!

—P-por favor… P-por favor, no te acerques —lloriqueo. Suena mi móvil justo en este instante, pero no cojo la llamada. Mis ojos están fijos en Abraham. Mi mirada es una mezcla de odio, repulsión y a la vez de deseo, de lanzarme a sus brazos y besarlo, que me dé el cariño que ahora me falta.

—Álex, tío, me estás asustando. ¿No vas a aceptar la llamada?

Salgo de mi ensimismamiento y agarro el teléfono. Tres llamadas de mi madre. Miro la pantalla con manos temblorosas… No… ¿No será…?

—M-mamá. ¿Mamá, q-qué pasa?

Mi madre no puede hablar: está llorando. Mi corazón se encoge. Las manos me tiemblan. Sé lo que me va a decir, lo sé, pero no quiero oírlo.

—Alejandro… L-la abuela… L-la abuela se ha ido.

Mi mundo se detiene a mi alrededor. El móvil resbala de mis manos y cae al suelo. Escucho crujir su pantalla, pero no me importa, ya todo me da igual. Mi abuela no puede haber muerto. No. ¡Mi abuela no!

Me dejo caer de rodillas, pálido. Y lloro, lloro como nunca he llorado, porque se ha ido parte de mi alma. Se ha ido de un plumazo parte de mi infancia, parte de mi adolescencia… parte de mi vida. Se ha ido para no volver. Y ahora todo parece tan lejano..., los momentos con ella, todos los besos y abrazos, conversaciones y consejos…, todo.

Abraham me sacude y me ayuda a ponerme en pie. Lo escucho llamarme, pero es como un eco a lo lejos. La cabeza me da vueltas. Las fuerzas me han abandonado.

—¡Álex! ¡Joder, ÁLEX! —Una bofetada me cruza la cara. Elevo la vista hacia Abraham—. Perdona, pero era la única forma…

Me abalanzo sobre sus brazos; necesito un abrazo.

—Mi abuela… M-mi abuela ha muerto —informo en un hilo de voz.

Ayer tarde estuve con ella, charlando junto a su sillón. Estaba débil, sí, pero no pensé que sería mi último momento a su lado a pesar de que me despedí como si fuera el último. Pero nunca esperamos que lo sea.

—Álex… Yo… Lo siento —me dice Abraham, abrazándome con más fuerza—. Ven, vamos a sentarnos.

—No, no puedo. Voy a la estación; cogeré el primer autobús que salga a mi pueblo…

—¿Y tu hermano? —pregunta.

Mi hermano… Él sabía lo que pasaba, por eso se quedó allí anoche. No quería venirse. ¿Por qué yo no hice lo mismo?

—Mi hermano está ya allí. —Miro hacia el hospital. Si Mateo estuviera a mi lado todo sería mejor.

—Te llevo yo. Tengo el coche aquí al lado.

—Te lo agradezco, pero no —niego. No puedo dejar que me lleve, no después de lo que me ha pasado.

—Venga, no seas idiota. —Me agarra de la mano—. Y no digas nada. Eres mi amigo, ¿vale? No me cuesta nada. Y tampoco te quiero dejar solo en estos momentos.

—Gracias, Abraham.

Subimos al coche y le voy indicando para coger la autovía dirección a mi pueblo, con un horrible nudo en mi estómago. Quiero llegar pronto, y a la vez no. No tengo fuerzas. No sé qué me voy a encontrar, tampoco quiero pensarlo. Cuánto me gustaría llegar y ver a mi abuela sentada en su sofá, sonriéndome. Pero sé qué no será así… No.

Miro por la ventana y justo en ese momento siento una mano posarse sobre mi hombro, una mano inmaterial, pero a la vez candente; una mano indudable. Me giro como un resorte, esperando ver a mi abuela. No la veo, aquí no hay nada salvo su presencia. Mi abuela ha venido a despedirse de mí.

—¿Estás bien? —se interesa Abraham.

Asiento, evitando mirarlo, y mis ojos se anegan de lágrimas una vez más. Mi abuela no se ha olvidado de mí, ni yo nunca de ella.

56

Nunca había perdido a un ser querido, bueno, no siendo consciente de ello, puesto que mi abuela paterna murió cuando yo era un bebé y mi abuelo paterno murió cuando yo tenía casi los diez años, y es algo lejano. En ese momento no eres consciente de lo que pasa. La sensación es diferente, no sabes cómo es el dolor por la pérdida de un ser querido. Ahora sí lo sé. Un desgarrón, no solo del alma, sino también de todo mi interior con un cuchillo candente y siete motosierras. Aun así, no lo crees hasta que no ves el cuerpo del fallecido y todo se te viene abajo, mucho más abajo.

Mi padre sale a recogerme a la puerta del tanatorio, con el rostro desencajado de dolor. Mi abuela ha supuesto mucho para él. Me abrazo a él con fuerza y me deshago en lágrimas.

—Papá… ¡La abuela! ¡La abuela, papá!

Mi padre no me suelta, pidiéndome que me calme. Pero no puedo calmarme. ¿Cómo me voy a calmar? ¡Mi abuela se ha ido para siempre! ¡Para siempre!

—Álex, la abuela ya descansa; ya no sufre —me dice mi padre y empiezo a llorar con más insistencia—. Hasta el último momento se acordó de ti. Hasta el último. Pidió que te dijéramos que te quiere y que eres su niño preferido.

—¡A-abuela, mi abuela! —No pudo decir nada más. Elevo la vista por encima del hombro de mi padre hacia la puerta del tanatorio. ¿Deseo entrar? No sé si estoy preparado.

—Tranquilízate, hijo. —Mi padre me vuelve a abrazar y me besa en una mejilla—. Ven, vamos adentro; aquí fuera hace frío.

—N-no…

—Venga, Álex, aquí no te puedes quedar. No vas a ver nada extraño.

—¿De verdad? —Mi padre asiente—. Está bien. —Suspiro, con un nudo en la garganta. Miro hacia detrás y veo venir a Abraham. Ha estado aparcando el coche—. Papá, es Abraham, mi compañero de clase. Él me ha traído.

—Lamento tener que conocernos en tales circunstancias —comenta mi padre tendiéndole la mano—. Un placer.

—Igualmente —sonríe cordialmente Abraham, estrechando la mano a mi padre, y con la otra dándome un achuchón—. ¿Entramos?

—Entremos.

Haciendo acopio de fuerzas, entro en el tanatorio. Las piernas me tiemblan. Siento las manos más frías que nunca. No me gusta este lugar. A mano derecha hay una salita pequeña donde está parte de la familia velando el cuerpo de mi abuela. Afuera, una sala más grande con sillones.

Mi madre pone la mirada en mí. Su rostro es la viva imagen del sufrimiento. Mi cuerpo se descompone. Mis ojos son dos torrentes de lluvia. Mi madre corre hacia a mí y me abraza.

—¡Mamá! —es lo único que puedo decir.

Mi madre no habla: se desahoga en mi hombro, abrazada a mí. Nos sentamos en uno de los sillones y me da un beso.

—Estate tranquilo —me dice al poco, intentando mostrar una sonrisa donde ahora es imposible—. La abuela no ha sufrido. Se quedó durmiendo…

No hace falta que termine la frase. Por un lado, me alegra saber que no ha sufrido y que ahora, esté donde esté, ella está tranquila, sin dolor y es feliz, acompañada de sus padres y hermanas.

—¿Quieres entrar? —Mi corazón se detiene. No lo sé. No sé qué quiero hacer. No sé cómo me voy a encontrar a mi abuela. Soy un blando. Pero tengo que ser fuerte. Por ella, por mi abuela—. Voy adentro; ven cuando puedas. —Me besa de nuevo y se marcha.

Abraham se sienta a mi lado y me abraza. Me dejo recoger en sus brazos y me quedo mirando un punto fijo, extasiado.

—¿Estás bien? —se interesa.

—Sí… No… Bueno, no lo sé. Creo que esto es una pesadilla, que me despertaré y todo habrá terminado.

Abraham suspira y busca mis ojos.

—Eres afortunado de poder ver hasta el último momento a tu abuela, de haber compartido hasta el último minuto con ella. Yo no pude hacerlo con ninguna de las dos. —La mirada de Abraham se vuelve vidriosa—. Cuando nací, ese mismo día, mi abuela materna falleció. Hace cinco años me fui de viaje con unos compañeros, una semana a Nueva York, y en esos días mi abuela murió. Un infarto se la llevó. No me pude despedir de ella, tampoco pude asistir a su entierro. Me robaron el móvil y no lograron contactar conmigo hasta que yo lo hice varios días después cuando conseguí llamar desde allí…

»Hasta mi regreso no me dieron la noticia.

—Abraham… Yo… Lo siento. No sabía nada.

—Álex, no te digo esto para que te compadezcas de mí. No, te lo digo para que veas que eres afortunado, y que tienes la oportunidad de despedir a tu abuela, la misma que yo no tuve. No la desaproveches por miedo.

Abraham tiene razón: tengo que dejar el temor a un lado y ser valiente.

Le devuelvo el abrazo y me levanto. Me acerco a aquella salita abarrotada de gente. Me hago un hueco y lo primero que veo es a mi abuelo sentado en un sillón, agarrado a su bastón, mirando al suelo, triste. Me abro un poco más de paso y mi corazón se detiene. Todo mi mundo se detiene. Detrás de un cristal está mi abuela, en su ataúd, sonriendo como ella solía hacer. Duerme. Duerme profundo, con sus mejillas rosadas. Parece que va a despertar en cualquier momento, pero solo lo parece.

Corro hacia el cristal y lo golpeo con ambas manos, llorando con el rostro desencajado.

—¡Abuela, abuela! ¡Despierta, abuela! Soy Álex, ¡tu niño! —No sé lo que hago. Mi cuerpo se niega a aceptar que mi abuela no despertará. Escucho llorar a la familia detrás de mí al ver la imagen de desconsuelo—. ¡ABUELA!

Me arrastro por el cristal abajo y me siento en el suelo, negando con la cabeza. Se ha ido para

siempre, y nunca más volverá. Y siempre llevaré la horrible impresión de ver a mi abuela dentro del ataúd en mis retinas, sosteniendo entre sus manos cruzadas el rosario que le regalé por su cumpleaños, su último cumpleaños.

Mi hermano me recoge del suelo. Me abrazo a él como si no hubiera mañana mientras intenta calmarme, pero yo no tengo consuelo.

—La abuela se ha ido; se ha ido para siempre —murmuro.

—Vamos afuera, Álex. —Me acompaña a los sillones con Abraham—. Abraham, ¿te importa traerle una tila de la máquina? Gracias. Álex —me levanta la cara y me mira a los ojos— tranquilo. Ya ha pasado todo.

—La abuela parece dormir, pero no despierta —comento, sorbiéndome la nariz.

—¡Ay, Álex! No hagas la cosa más difícil. Ella está feliz, lo has podido comprobar. No sufre…

—Eso ya me lo ha dicho papá, y no me consuela. Ya no tendremos nunca más ni sus albóndigas, ni sus rezos ni sus historias. Ya nunca más me dirá «mi niño». Nunca más. Se ha ido para siempre.

— Con lo que ella te quería. Ella estará siempre a tu lado, de una forma u otra. No se ha ido del todo.

Miro hacia la salita y asiento. Sé que ella siempre estará a mi lado, pero no será igual. Nunca ya nada será parecido. Se ha ido mi infancia, se ha ido mi apoyo; se ha ido lo que más he querido y siempre querré: mi abuela, mi dulce abuela.

57

—Si quieren despedirse de ella, vengan conmigo —nos dice el chico de la funeraria.

Me pongo en pie al momento: quiero darle un último beso.

—¿Quieres que te acompañe? —me pregunta Abraham, cogiéndome una mano.

Niego con la cabeza.

—Espérame mejor afuera. —Lleva toda la noche conmigo. No se ha separado en ningún momento de mi lado—. Ahora nos vemos.

Tomando aire, voy a despedirme de mi abuela.

Entro por la parte de atrás de la sala y espero mi turno. Me quedo parado, temblándome las piernas. Siento las manos de mi hermano en mis hombros y me acerco finalmente a mi abuela. Me abrazo a ella y vuelvo a llorar las pocas lágrimas que ya me quedan. La beso en una mejilla, pero no la beso a ella; no parece ella. Está fría como el mármol. Sus mullidas mejillas no son las mismas. Es una horrible sensación la que notó dentro de mí.

Pobrecita mi abuela.

—Abuela… Te quiero, abuela. Nunca te olvidaré —le susurro y salgo corriendo, dando un puñetazo al aire. Maldita sea todo. ¡Maldita sea la vida!

Abraham va tras mis pasos. Me agarra antes de que tropiece y caiga rodando por las escaleras mojadas de la lluvia que ha caído durante la noche.

—¡Ey, Álex! ¿Estás bien?

Lo miro a los ojos, esos ojos cargados de ternura. Me sonríe para hacerme sentir mejor, pero es una sonrisa distinta. Es esa sonrisa que me atrae y no sé por qué. Una sonrisa que… Tan similar a la de Mateo…

Lo beso. Lo beso en los labios, deseoso de hacerlo. Pero no sé si es eso. No sé lo que hago. No sé qué me pasa. Estoy confundido. Todo se me está arremolinando en mi interior. La muerte de mi abuela, el coma de Mateo…

Me separo de Abraham, avergonzado, sintiendo que he traicionado a Mateo. ¿Qué he hecho? ¿He besado a Abraham pensando que es Mateo?

—L-lo siento. No sé qué…

—Tranquilo; no digas nada. No pasa nada —resta importancia Abraham, igual de incrédulo que yo. Observa nuestro alrededor: todos nos miran.

Me giro hacia ellos con los puños apretados.

—¿Qué pasa? ¿Nunca habéis visto a nadie besarse? —Estoy descontrolado. Necesito descansar. No sé lo que hago, no sé lo que digo. Ahora mismo me siento como un barco a la

deriva, solo y destrozado. Y aún queda para que aquel horrible y largo día termine. Y, sobre todo, la peor parte.

Abraham me agarra de un brazo y me aleja hacia el coche. Me abraza.

—Tranquilo, Álex. Vamos, te llevaré a la iglesia. ¿Sabes dónde se oficiará la misa?

Asiento con la cabeza. En la iglesia donde mi abuela solía ir a rezar. A la iglesia de La Esperanza. No hay mejor lugar en el mundo para decirle adiós, aunque allí ya poca esperanza puede haber. Ni allí ni en ningún lugar.

Se me rompe el corazón cuando veo depositar el ataúd de mi abuela a los pies del altar. Esta es su misa, su gran misa, dedicada a ella.

Estoy sentado en los primeros bancos, al lado de mi abuelo, mis padres y mi hermano. Me destroza el alma ver a mi abuelo hecho trizas, llorando con la mirada fija sobre el ataúd. Mi abuela, ahí dentro, con la claustrofobia que siempre tuvo... Me dan ganas de correr a su lado, descorrer la tapa y abrazarme a ella y no soltarme. Pobrecita ella.

—Hermanos, hoy nos reunimos en la casa del Señor para dar nuestro más y sentido adiós a nuestra hermana Dolores.

«Dolores». El nombre resuena en mi cabeza. ¿Dolores? Mis manos se cierran en un puño antes de dar un golpe sobre el banco y apuntar con un dedo al sacerdote.

—¡Mi abuela se llama María, no Dolores, idiota! —Me sale desde lo más profundo de mi ser hablar con odio y repugno—. Con lo católica que era mi abuela, y que alguien como tú a los que siempre ha respetado le haga esto…

Un silencio sepulcral cae sobre la iglesia.

—Álex, por favor —me pide mi madre agarrándome con una mano. Sé que tiene el mismo sentimiento que yo en este momento, pero a mí ahora me da igual el respeto. Porque ese hombre que ha confundido el nombre de mi abuela, si de verdad existe Dios, no merece perdón.

El sacerdote murmura un mudo perdón y el oficio continúa. Mi mirada se queda perdida en un punto de la iglesia: un banco que está cerca del altar.

—Abuela, si estás aquí, házmelo saber —murmuro, esperando que así sea. Nada sucede, ni siquiera una vela titila. Mi abuela se ha ido para siempre. Me queda el consuelo de que sé que siendo así descansa para siempre y algún día nos volveremos a ver en algún lugar y que, desde donde esté, será mi ángel de la guarda y me protegerá como siempre lo hizo en vida. Ella, la más grande de todas. Una mujer de hierro. Mi abuela.

—Si alguien quiere decir unas últimas palabras a nuestra hermana María —la mirada del sacerdote se dirige hacia mí, pero no con la esperanza de que sea yo quien hable, sino para que compruebe que no se ha equivocado—, puede hacerlo ahora.

Miro el ataúd. Conteniendo mis lágrimas me pongo en pie y me situó delante de él. Puedo sentir a través de la madera a mi abuela sonreírme.

—Por ti, abuela:

Son tantos los recuerdos que tengo,
todos buenos, nunca malos, que
a pesar de ser cercanos ya no dejan de ser lejanos.
Tus miradas llenas de cariño.

Tus abrazos más que protectores cuando seguía siendo un niño.
Y esos «te quiero, mi niño bonito» que en el pecho tengo como un tesoro,
son pequeños momentos que me desgarran por dentro.
Fuiste tú, abuela María, la que siempre creyó en mí.
Eras tú la que me decía que llegaría lejos si me lo proponía.
Y como tinta en el papel lo tengo grabado en la piel.
He crecido siendo el niño de tus ojos.
Me he convertido en un hombre siguiendo tu legado.
Cada palabra, cada sermón, cada historia que me contabas con pasión.
Relatos que tengo en mi memoria,
y que en cada verso que escribo,
entrelíneas están escondidos.
Y la crueldad del destino,
en el momento en que mi vida comenzaba a tener más sentido,
te marchas como el último día de verano.
Y aunque lo sabías, no he podido decirte lo que te quiero y quería,
tanto como tú desearías.
Y ahora quedan en el aire tus sonrisas y miradas,
en el momento en que me siento en tu sillón, buscando tu calor.
No puedo verte, no puedo tocarte, ni besarte ni abrazarte.
Ahora solo me queda la esperanza de que,
allá donde estés, me cuidas como un ángel más.
No podré borrar de mi cabeza el momento en que de este mundo te
has marchado,
y he sentido un cálido y ultimo etéreo abrazo tuyo,
haciéndome notar que, aunque ya no seas material,
no me abandonarás, y que siempre que lo necesite,
en la distancia te podré encontrar.
No habrá días que no haya una lágrima en mi mejilla cuando al pasar,
vea tu foto en la que junto al abuelo no dejabas de sonreír.
Y aunque no me he podido despedir de ti como te merecías,
esta es mi forma, ahora, de decirte,
que no hay, ni habrá, nada en este mundo que pueda hacerme olvidar...
Olvidar que ya no estás,
y cuánto te voy a extrañar.
Y no hay mejor de hacerlo que como tú siempre de mí querrías:
Con un poema.
Por ti, abuela.
Gracias por todo.

Una salva de aplausos inunda la iglesia. Todos los asistentes se ponen en pie con lágrimas entre los ojos mientras yo me lanzo sobre el ataúd.

—Nunca te olvidaré, abuela. Nunca.

Sin mirar atrás abandono la iglesia. ¿Cómo voy a afrontar esta pérdida? ¿Cómo?

Me siento en un banco frente a la iglesia, en el pequeño parque frente al edificio. Está a punto llover. Entiendo que así sea. Se ha ido lo mejor que ha pisado la Tierra. Hasta el cielo llora, aunque allí arriba, como ella creía, llorarán de alegría de recibirla entre ellos.

Me paso las manos por la cabeza, inquieto. Ya no me quedan casi lágrimas que derramar. Me gustaría sonreír como mi abuela querría, pero no puedo: la desolación se ha apoderado de mí. Todas las desgracias vienen juntas. ¡Cuánto daría por recibir ahora un wasap de Mateo! ¡Daría todo! O una llamada, y volver a escuchar su voz. Lo extraño tanto… A mi lado, apoyándome.

Saco el móvil y busco en la carpeta de imágenes algunas de nuestras fotos que me arrancan una mínima sonrisa. ¡Qué felices éramos en esos momentos! ¡Qué maravilloso era todo! Y se tuvo que torcer, en el mismo fatídico fin de semana.

Abraham sale a mi encuentro justo en el instante en que el cielo se abre y las nubes comienzan a descargar agua con rabia.

—Álex, vamos, aquí vas a coger una pulmonía. —Me tiende una mano, pero yo lo miro y niego.

—¿Adónde voy a ir ahora? En ningún lado voy a tener calma; prefiero quedarme aquí.

Es entonces cuando salen de la iglesia con el ataúd de mi abuela hacia el coche fúnebre. Mi corazón vuelve a sufrir una nueva grieta.

—¿Adónde van ahora? —pregunto, como si no lo supiera.

—Al cementerio, Álex —responde Abraham con pesar en la voz—. ¿Quieres ir?

Lo miro fijamente; no sé si quiero. Va a ser la parte más dolorosa de todas y no he pensado en ella. Ahora sí es el momento de decir adiós, para siempre, a mi abuela.

Haciendo de tripas corazón, asiento: tengo que estar allí.

Subimos al coche y vamos detrás del cortejo fúnebre mientras la tormenta descarga con violencia. Y allí, en la parte baja del cementerio, introducen los restos mortales de mi abuela, en esa capsula del tiempo donde pasará el resto de la eternidad, sola, en silencio. Y pasará frío. Con lo friolera que ella siempre ha sido y con la claustrofobia que siempre ha tenido... Sin luz, en ese pequeño cubículo…

Siento cómo la respiración se me descontrola. Mis ojos son dos torrentes, abrazado a mi madre, intentando que no se venga abajo, diciendo adiós a su madre.

No puedo aguantar más. Cuando el primer ladrillo comienza a tapar el nicho, me marcho corriendo, derrumbado. No puedo mirar atrás: tengo, necesito irme de aquí.

Escucho a Abraham correr detrás de mí, llamándome. No hago caso. La lluvia me empapa. Estoy helado, y no me importa. Ahora mismo me da todo igual.

Me detengo al lado del coche. Abraham me alcanza y me zarandea.

—Álex, ¿estás tonto? ¿Quieres ponerte enfermo? ¿Crees que a tu abuela le gustaría verte así?

—¿Y ya qué más da si se me ha ido?

—Idiota. Vamos, sube al coche —dice, enfadado.

—¿Adónde vamos?

—¿Adónde quieres que te lleve?

Es una pregunta comprometida. Me gustaría ir junto a Mateo, pero necesito pasar la noche en casa, con mi familia, aunque mucho más meterme en la cama.

—Llévame a mi casa; ya regresaré mañana.

—Vente conmigo ahora —me incita, dando marcha atrás con el coche.

Sería una opción, pero no, no puedo.

—Quédate en mi casa esta noche; hay sitio. También estás cansado, llevas toda la noche despierto.

Abraham parece meditarlo unos segundos.

—Gracias. Está bien, así mañana regresamos juntos. —Y me dedica una cálida sonrisa.

Miro hacia detrás por el espejo retrovisor y veo cómo nos alejamos del cementerio.

«Perdóname por dejarte ahí, abuela».

58

Es extraño ver cómo pasan los días y las situaciones se nos vuelven lejanas, o eso intentamos creer. Nosotros mismos lo hacemos así para que las cosas no nos duelan, también porque contamos los días con una fecha, así como las horas. Si no tuviéramos noción del tiempo, supongo que sería mejor. No estaríamos atados tampoco a horarios. ¿En qué se ha convertido la humanidad? Supeditados a un maldito sistema. Somos como robots obedeciendo una orden. ¡Cuánto admiro a los neandertales! Vivían libres; nosotros, no. Somos presas de la esclavitud de todo lo que nos rodea y lo que hemos creado.

Es un día más de bajón. No consigo animarme, por mucho que lo intento. Tres semanas han pasado ya desde la muerte de mi abuela, y me pesa como si hubiera sido ayer. ¿Cómo es posible que ya parezca una eternidad? ¿Cómo es posible que intente recordar su voz y no sea capaz? Maldito cerebro, siempre recuerda lo que no tiene que recordar.

Suspiro y levanto la persiana: un nuevo día, un nuevo amanecer. El sol brilla, débil. ¿Nuevas oportunidades? Puede, no lo veo tan seguro.

Miro el escritorio: está repleto de apuntes y libros. Los exámenes de febrero ya están aquí y apenas estoy estudiando. No me apetece. Sé que debería ponerme las pilas, pero no me concentro. Veo las letras pasar por mi cabeza de un lado a otro, y nada. Este es mi primer y peor curso. No voy bien, no tengo por qué negarlo. Primero una cosa, después otra… ¿Al final vendrá algo bueno?

Acaricio la foto que me dio mi abuela el día que me marché para comenzar el curso y observó al lado la que me regaló mi hermano en Navidad, un montaje con varias fotos donde salgo junto a mi abuela, desde que era pequeño hasta las pasadas fiestas. Me hizo mucha ilusión. En el otro lado tengo una con Mateo.

Mateo…

Van a hacer tres meses ya desde su accidente, y sigue en coma, y ya estoy empezando a tirar la toalla. Estoy empezando a sentir que, a mi pesar, nunca más despertará. Estoy a su lado, le hablo, le cuento lo que hago, incluso algún que otro chiste (aunque no sea bueno con ellos), y nada, ni se inmuta; y salgo de la habitación con el corazón destrozado. Mi Mateo.

Recibo un wasap de Abraham en el grupo donde estamos Cristina, él y yo.

«Dormilón, baja, te estoy esperando para ir al hospital y después a clase. Cris nos espera allí».

Todos los días viene a recogerme. Le he dicho que no hace falta, pero él se encabezona en hacerlo, alegando que así me animaré, saldré de mis pensamientos y tendré distracción. Le

agradezco el detalle, pero no sé, no me gusta. Siento que estoy traicionando a Mateo. Y la verdad, no sé por qué. No ha pasado nada, bueno…, solo aquel beso, pero fue presa del agobio y todas las emociones… Y porque lo confundí con Mateo.

Aún sigo sin entender cómo pasó. Me dio tanto cariño en el momento que me confundí y lo besé, pero nada más, aunque a veces me descubro pensando en él y me aterra que pueda enamorarme de otra persona que no sea Mateo.

¿Qué está pasándome?

—Te dije que tuvieras cuidado, Álex. Abraham va en plan amigo, pero veo las intenciones que tiene. Se resignó en su momento, sí, pero ahora ve posibilidades —me dijo Cris una tarde que quedamos para tomar un café y hablar. Ya era hora de que lo hiciéramos. Habíamos estado un poco distanciados, cada uno por nuestras circunstancias.

—Sí, lo sé, pero… no lo veo así: él solo quiere ayudarme, es mi amigo… Tú harías igual.

—Sí, sin dudarlo. Pero, dime, ¿llevarte a cenar? ¿Regalarte libros? ¿Sacarte a pasear alguna que otra noche?

—Bueno… Si lo analizamos así, tiene pinta de que sí, de que está intentando algo conmigo… —Suspiré y me pasé las manos por el pelo—. Hay algo que no te conté: lo besé el día del entierro de mi abuela.

Cristina puso el grito en el cielo.

—¿Por qué? ¿Qué te pasó para eso?

Intenté explicarme lo mejor que pude, aunque no sé si lo hice bien.

—A ver si lo entiendo: estás falto de cariño, es como que todo ese castillo que habías construido con Mateo se vino abajo de golpe y en Abraham has encontrado ese cariño que te falta, pero sabes que estás enamorado de Mateo y has mezclado a Abraham con Mateo.

—Sí. Fue un arrebato, nada más.

Cristina me acarició una mano con dulzura.

—¡Ay, mi Álex! Hazme caso: pon distancia o puede ser perjudicial para los dos. No quiero que sufras, pero tampoco él. Sois mis amigos, los dos, y deseo lo mejor para ambos. Y es lo que os merecéis.

Ella tiene razón, todos los detalles que Abraham tiene conmigo dejan ver las intenciones, aunque yo lo tengo muy claro: voy a esperar a Mateo, con la intención de ser feliz.

Salgo a la calle con la mochila cargada de apuntes y libros. Cristina y Abraham quieren estudiar en la biblioteca. Espero allí poder concentrarme.

Abraham me recibe con uno de sus abrazos en plan oso amoroso y subimos al coche.

—¿Cómo está hoy lo más guapo de su casa?

—Tocado, hundido y porque enterrado no puede, que si no también.

—¿Algo más? —Abraham pone cara de horror.

—Sí, solo falta que me cague una paloma en la cabeza. Y dando gracias de que las vacas no vuelen, porque sería peor.

Abraham se echa a reír.

—Eres un payaso.

—Pero sin nariz, ni pajarita y desteñido.

—Álex, a este paso te voy a tener que llevar a un psicólogo.

—Mira, tal vez es una opción.

Admito que intento hacerme el tocado y hundido para que él se aleje de mí, en el sentido de las pretensiones que tiene. Mejor crear distancia de una forma u otra; no quiero hacerle daño ni que crea nada fuera de la realidad.

Abraham arranca y salimos dirección al hospital.

—A ver si el ver a Mateo te anima un poco —me sonríe.

—Eso espero. —Aunque lo dudo. ¿Cómo me puede animar ver a mi novio tendido en una cama, muerto en vida? Porque ahora mismo es así.

Llegamos al hospital. El cielo se ha vuelto a nublar y parece que va a llover. Creo que tanto gris es lo que me tiene también algo bajo de moral. Y la lluvia me encanta, y los días así, pero cuando estoy feliz. Ahora pienso que me hunde más.

—Te espero en un banco, que fuera hacer frío —me dice Abraham—. No tardes, please. Ya sabes que Cris después nos echa la bronca.

—Solo cuando no ha tenido fiesta, ya sabes. —Rio por primera vez en toda la mañana.

—Bueno, he olvidado ese detalle. ¡Ja, ja, ja! Venga, entra.

Subo corriendo las escaleras. Paso del ascensor y eso que son cinco plantas. En menos de tres minutos estoy arriba, eso sí, con la lengua afuera y sin apenas poder respirar.

Mateo está solo. Supongo que su padre habrá ido a casa a darse una ducha. Suele hacerlo todas las mañanas a la misma hora cuando yo voy a visitar a su hijo. Lo deja solo muy poco tiempo a solas; no se separa de él. Ahora es David quien lleva el bar junto a un familiar.

Entro a la habitación y ahí está Mateo, tumbado sobre la cama, bien peinado y con un dulce aroma a colonia de bebé, la que a él le gusta. Tiene el mismo gusto que mi abuela. Parece sonreír. ¡Qué guapo está!

—Buenos días, mi vida. —Lo beso en los labios y me siento a su lado, agarrando su mano. ¡Cuánto daría porque me devuelva el beso!—. ¡Qué guapo estás hoy! Con tu colonia preferida. Eres como un bebé, ¿lo sabías? Tu padre te cuida muy bien. Supongo que también tiene remordimientos y está intentando hacerlo lo mejor posible. —Me quedo mirándolo unos segundos y las lágrimas comienzan a aflorar—. No lo estoy pasando muy bien, Mateo; te necesito a mi lado. Te convertiste en un pilar fundamental en el momento en que lo necesitaba, y ahora que también lo necesito, no estás. ¿Por qué no despiertas? ¿Por qué no abres los ojos y me vuelves a mirar con esa mirada tuya que tanto me maravilla? Te amo, mi niño. Regresa pronto con nosotros. —Cojo su mano y la beso.

Me gustaría saber si piensa, si sueña con algo, o si ahora mismo es solo un cuerpo sin más. ¡Qué misterioso es el cuerpo humano y a la vez qué complejo!

Miro detrás de mí y veo la rosa que le regalé el 14 de febrero. Comienza ya a marchitarse, y él ni siquiera ha podido olerla.

Elevo la vista hacia el cielo.

—Abuela, si estás ahí, ayúdalo, por favor; ayúdalo a despertar. —Si me escucha, seguro que lo hace, aunque me duele pedirle ahora por él y no habérselo presentado antes por temor a qué pensaría sobre que yo sea gay.

Cierro los ojos, conteniéndome para no llorar más y me levanto. He prometido no llorar a su lado, pero es difícil, muy difícil.

—Me marcho ya. Te quiero. Vendré de nuevo mañana. —Lo beso, lo acaricio con ternura y salgo justo en el momento en que viene Mariano y tropiezo con él—. Perdón, no te había visto.

—Buenos días, Álex. No te preocupes. ¿Cómo estás? —se interesa.

Me encojo de hombros.

—He vivido mejores momentos.

—Hay que ser fuertes ante las adversidades. —Él sabe bien de lo que habla.

—Lo sé, pero a veces cuesta.

Hace ademán de querer abrazarme.

—¿Me permites?

Acepto y me abraza.

—Creo que lo necesitabas.

Mis ojos se anegan de lágrimas y lloro abrazado a él.

—¿Qué dicen los médicos?

—Todo sigue igual, Álex. Me gustaría darte una buena noticia, pero no hay nada nuevo. —Mira por encima de mi hombro a su hijo—. Pero seguro que pronto los días de calvario terminan.

—Esperemos que así sea. —Me sorbo la nariz—. Te dejo con Mateo. Tengo que irme a estudiar; me están esperando.

—Espero que los exámenes estén yendo bien —me sonríe.

—No todo lo bien que esperaba, ya sabes. Cuida de él en mi ausencia.

—Claro que sí. Cuídate, Álex.

Le sonrío y salgo de allí.

¡Qué extraño me es ahora todo!

Cuando llegamos a la facultad, Cristina está sentada en los escalones de la entrada, esperándonos.

—Vais con diez minutos de retraso —nos dice—. Se me ha quedado el culo helado de estar aquí sentada.

—¿Y por qué no te has sentado en un banco de dentro? —señalo, levantando una ceja. Cris y sus ocurrencias.

—Pues… No lo he pensado, la verdad.

Pongo los ojos en blanco, riendo. Cristina siempre sabe hacerme reír. Se lanza a mis brazos.

—¿Cómo está mi Álex, esta cosita tan guapa?

—Estoy. Con eso basta, ¿no?

—No del todo, pero hoy lo dejamos así.

Abraham cierra el coche con llave y se reúne con nosotros.

—Había un atasco enorme para llegar, como es normal en esta ciudad.

—¿Habéis estado en el hospital?

—Sí —asiento, subiendo los escalones. Una bocanada de calor nos abofetea la cara al entrar en el edificio. Algunos días apenas notamos la calefacción y otros nos cuecen—. Y todo sigue igual.

Cris me pone una mano sobre un hombro y me sonríe con delicadeza.

—Verás cómo despierta pronto.

—Eso dicen todos, pero ya no sé qué pensar. —Me encojo de hombros. No quiero ser negativo, quiero que Mateo despierte, pero cada vez que voy al hospital lo veo más parecido a un muñeco que a una persona.

—¿Y por qué no mejor dejamos ese tema a un lado? —comenta Abraham, colocándose entre medias de los dos—. No creo que a Álex le haga bien; tiene que evadirse del asunto. Así no va a conseguir animarse.

Cristina lo mira fijamente y sonríe de medio lado. Puedo advertir lo que está pensando, pero no quiero darle mucha importancia, por mi bien.

—¿Tú qué tal todo? —me intereso, entrando a la biblioteca.

Buscamos el lugar más apartado, donde apenas haya gente y podamos hablar con tranquilidad. La biblioteca está a rebosar de compañeros, por lo que nos cuesta dar con ese espacio.

—Yo bien, como siempre. —Deja la mochila puesta sobre el respaldo de la silla, saca los libros y añade—: tengo novedades. —Y me guiña un ojo.

—¿Novedades? —Alzo una ceja—. ¿Qué has hecho ya, pillína?

—¿David no te ha contado nada?

Vale, necesito recapitular. ¿David, mi cuñado?

Abro los ojos de par en par antes de sonreír. Ya sabía yo que al final pasaría algo entre ellos.

—¿Qué me tiene que contar? —Hago como si no me imaginara nada—. Aunque, si te soy sincero, llevo tiempo sin verlo.

—Bueno, es normal. Entre llevar el bar y la casa, poco pasa por el hospital. Y cuando él lo hace no coincidís.

—Hablé no hace mucho con él por WhatsApp, pero dos o tres palabras.

—El pobre no lo está pasando muy bien tampoco. Para colmo, tiene toda la responsabilidad del trabajo…

—Pero tú lo estás ayudando a quitarse el estrés, ¿verdad? —interrumpe Abraham, sacándole la lengua.

Cristina lo golpea con el libro y escuchamos cómo varios alumnos nos piden silencio.

—¡Ya tenías tú que saltar!

Menudos son los dos.

—Entonces, ¿David y tú…?

—Sí. Bueno, más o menos. Ja, ja, ja. —La primera vez que veo a Cristina sonrojarse.

—¡Cuenta, cuéntame todos los detalles!

—No hay mucho que contar, la verdad. El día del accidente de Mateo me fijé en él. ¡Y para no hacerlo! ¡Está igual de bueno que Mateo!

—Aunque Mateo es más guapo, y está mal que yo lo diga —señalo, orgulloso.

—Bueno…, te doy la razón. El caso es que esa noche charlamos y tal. Me pidió el teléfono. Días después me llamó para tomar un café y darme las gracias por haber estado esa noche con él y ayudarle a sobrellevar el mal trago del accidente. Seguimos viéndonos varios días más... Después las visitas se hicieron más seguidas… ¡Y hasta hoy!

—¿Y ya es oficial? ¿Sois novios? —Nada me haría más ilusión. Me alegraría tanto por Cristina. Y también por mi cuñado. Lo conozco poco, es cierto, pero ambos son muy similares y encajarán a la perfección. Además, creo que les vendrá muy bien, asentarán la cabeza… Bueno, ¿eso será posible?. No.

—Más o menos. Me lo pidió el otro día. Cerró el bar para los dos y me preparó una cena.

—¿En serio? —decimos Abraham y yo a la vez, poniendo ojitos. ¡Qué monos!

—Sí. Y dentro de una bola de helado metió un cartucho de esos de los huevos Kinder con una nota y un anillo de chocolate (porque sabe que los anillos no me gustan), y en la carta me pedía ser su novia.

»He de admitir que tengo que ser muy especial para él. Según me contó, avergonzado, (porque es muy vergonzoso), era la primera vez que hacía algo así, que nunca una chica le había hecho sentir tanto y tan bien como yo. Y me besó.

—¿Y qué respondiste? —se adelanta Abraham.

—¡Que sí!

—¡OLÉ!

Abraham y yo aplaudimos de emoción. Es tan bonito lo que me cuenta que me emociono. Me alegro mucho por los dos, se lo merecen. Sé que se van a llevar muy bien.

La bibliotecaria se acerca a nosotros con una cara de enfado que intimida.

—Al próximo ruido que hagáis, os marcháis, ¿entendido? —nos amenaza, apuntándonos con el bolígrafo negro que trae en las manos—. Esto es una biblioteca. ¡No un circo!

Asentimos musitando un mudo «perdón» y se marcha.

Cojo la mano de Cristina y le sonrío.

—Enhorabuena. Me alegro mucho por los dos, en serio; os lo merecéis. Ya le diré yo que te cuide bien o se las verá conmigo.

—Él es un bollo de azúcar, no será necesario. —Se vuelve a ruborizar. ¡Está enamorada hasta la medula! Jo, ¡es tan bonito verla así!

—¿Y por qué no es oficial? —pregunta entonces Abraham.

—Aún no queremos decirlo. Preferimos esperar un tiempo a que llevemos unas semanas como novios. Además, tampoco hay prisa, ¿no crees?

En eso tiene razón, lo importante es que disfruten y se lleven bien. Y, por encima de todo, se quieran y no se hagan sufrir.

Suspiro, conteniendo una lágrima, que no sé si es de emoción o de qué es. Me acuerdo demasiado de Mateo en este momento: nuestras primeras salidas, cómo me pidió ser novios… ¡Cuánto daría porque estuviera bien y a mi lado!

No, ahora no, Álex. No te me vengas abajo que todo iba bien hasta el momento.

—Voy al baño —digo veloz, levantándome casi arrastrando la silla.

—¿Qué le pasa? —quiere saber Abraham.

Cristina niega con la cabeza.

—Pobre. No debería haber dicho nada estando él —escucho decir antes de salir de la sala.

Me encierro en un baño y me siento en el suelo, al lado de la taza del váter. ¿Por qué soy tan tonto? ¿Por qué tengo que ponerme de esta forma? Yo también tuve mi momento mágico con Mateo igual que Cristina con David, y no es que tenga envidia, no, simplemente es que ya estoy harto, harto de ver los días pasar, de ver a mi novio en la misma posición, de ver que no hay evolución y no saber si despertará… Lo peor de todo es que temo dejar de amarlo, que lo que siento se apague, aunque creo que esa parte ya ha comenzado, pero no es lo que deseo: tengo que hacer cualquier cosa para que eso no ocurra. Pero ¿el qué?

En este instante llaman a la puerta del baño.

—Álex, ¿estás aquí? —Es la voz de Abraham. Joder, ¿por qué tiene que venir ahora? Quiero estar solo, necesito estar solo.

Contengo mi llanto, intentando no hacer ruido. Abraham vuelve a golpear la puerta.

—Álex, no soy estúpido: sé que estás ahí. Abre la puerta, por favor.

Pongo los ojos en blanco, y suspiro. Si no abro, no se marchará. Me limpio las lágrimas y abro.

—Imaginaba que estarías así.

—¿Has venido a regañarme? Porque si es así puedes marcharte.

—No. —Me abraza—. He venido a esto.

El abrazo me pilla por sorpresa. No lo esperaba, pero no pierdo la oportunidad y disfruto del abrazo, porque lo necesito.

—¿Mejor? —Asiento con la cabeza—. Así me gusta. Tienes que animarte, no venirte abajo a la mínima de cambio, Álex.

—Sí, lo sé, todos me lo dicen; pero es fácil ver la paja en el ojo ajeno.

—Tú y los refranes. No, no es eso. Es por tu bien. ¿Sirve de algo venirse abajo, llorar cada dos por tres, tener caras largas…?

—Ahuyenta a los vendedores a domicilio y te limpia por dentro —digo lo más original que se pasa por mi cabeza.

Abraham pone los ojos en blanco.

—Tengo la solución a tus problemas, pero tienes que ser tú el que decida.

—¿Decidir qué?

¿Qué me quiere decir? No lo entiendo. Tampoco leyendo entre líneas encuentro significado.

—Tal vez dirás que solo pienso en mí, que soy un aprovechado y un caradura, pero no pierdo nada por intentarlo. —Abraham me está asustando. Mi corazón se altera cuando lo veo sacar un papel doblado del bolsillo. No, ojalá que no sea eso. Por favor—. Álex…

—Abraham, no, por favor, te pido que no. —Retrocedo y tropiezo con la puerta del baño.

—Álex, es el momento. Ahora; cógelo y léelo. Por favor.

—Abraham, no puedo, d-de verdad. No insistas.

Abraham me coge la mano y pone el papel en ella.

—Lo estás deseando. Léelo cuando te sientas con fuerzas. —Me da un beso en una mejilla y se marcha.

Me quedo observando el papel, hierático. ¿Qué hago con él? ¿Debo romperlo y tirarlo, o por el contrario debo leerlo? Pero no sé si estoy preparado para lo que pueda leer… Joder. ¡Maldita sea! ¡Cristina tenía demasiada razón! Tendría que haberme alejado, tendría que haber puesto un límite, pero no, yo soy así de listo.

Me paso las manos por la cabeza, angustiado. Miro la taza del váter. Mejor que se lo lleve la corriente, ¿no?

—Perdona, ¿estás usando el baño? —me dice un muchacho alto, frente a mí.

—Oh, n-no. P-perdón. Pasa.

Mierda. ¿Y ahora qué?

Tengo que salir de aquí; necesito aire puro.

Regreso corriendo a la biblioteca. No miro a Abraham al llegar a la mesa. Recojo los libros y los apuntes. Cristina no me quita la mirada de encima.

—Álex, ¿qué te pasa?

—Nada. Tengo que irme.

Me agarra de una mano.

—Álex, no me engañas. ¿Qué pasa? ¿He dicho algo malo? —Niego con la cabeza—. ¡Álex!

—Me marcho —digo sin más.

—Abraham, ¿qué ha pasado? ¿Qué has hecho cuando has ido a buscarlo? —lo increpa Cristina mientras me alejo corriendo hacia la salida de la biblioteca.

—¡Ya está bien! ¡Fuera ahora mismo! —estalla la bibliotecaria dando dos golpes en la mesa con la mano abierta en cuanto salgo por la puerta.

Me lanzo sobre la cama nada más llegar al piso, con un horrible malestar en el cuerpo. ¡Soy idiota! He hecho el ridículo. He hecho una montaña de una piedra. Y encima han echado de la biblioteca a Cris y a Abraham.

Abraham…

Ni siquiera me ha mirado. Se ha hecho el despistado mientras yo recogía mis cosas: ha jugado con mis sentimientos.

Tomo asiento y miro el trozo de papel. ¿Me atrevo a leerlo? Cuanto antes termine, mejor. Lo desenvuelvo y leo la letra de caligrafía de Abraham en un papel que está arrugado y húmedo por mis lágrimas.

Álex, en primer lugar, disculpa esta carta, pero necesitaba hacerlo. No podía permanecer más tiempo guardándome las palabras o voy a reventar.

Desde el primer momento en que te vi algo hizo que dentro de mí una llama se encendiera. Eres una persona muy especial, eres un chico noble, que se hace de querer. Haces que el mundo gire de otra forma, que un día gris de lluvia sea un día de lluvia de color. Haces de las pequeñas cosas grandes momentos. Das todo sin nada a cambio, y ya no se encuentran chicos así.

Cuando tuve que admitir mi derrota ante Mateo sentí como si me hubieras dado una bofetada. ¿Por qué tenía que salir yo perdiendo? Mateo me había ganado. No lo odio por eso, ni mucho menos. Te hacía feliz y eso me alegraba, aunque por dentro me moría de rabia y envidia. ¿Por qué no podía estar yo en tus brazos? Me vi resignado. No tenía nada que hacer… hasta ahora.

El otro día, cuando me besaste, mi mundo dio un giro, y diste alas a mi corazón. ¿Había esperanzas? ¿Por fin te habías fijado en mí más allá de una amistad? Pero me pediste perdón por el beso. No sé si fue un error, no sé si fue por el momento y te viste abocado a un cariño que no tenías. No sé qué te acercó a besarme, pero en mi fuero interno deseo que sea porque algo se ha despertado en ti hacia mí. Y ese algo es que me quieres.

Álex, estoy enamorado de ti. He intentado callarlo, intentado verte como un amigo, pero ahora no puedo. Este tiempo que hemos pasado juntos, cuando he ido a recogerte, a llevarte al hospital, a pasear, a cenar…, todo eso para intentar animarte y distraerte, no ha hecho más que avivar mi amor hacia ti. No puedo seguir así, porque necesito saber si es correspondido. Creo que sí, que sientes algo hacia mí, pero necesito saberlo, por favor.

Espero tu respuesta.

Te quiero.

Abraham.

Me tiemblan las manos cuando termino de leer la carta. Mis peores sospechas se han hecho realidad. ¿Por qué algo dentro de mí me ha dicho que no la leyera, que Abraham se me iba a declarar? Supongo que no ha sido nada en mi interior, ha sido la realidad, el día a día. Y también que Cristina me lo ha estado advirtiendo a cada instante.

¿Qué he hecho? ¡¿Qué he hecho?!

Releo por encima la carta buscando una frase que diga que todo es una broma, que Abraham no está enamorado de mí. Pero no es así, no.

¿Por qué tienen que pasarme estás cosas? ¿Por qué?

Por mi culpa, claro está. ¿Por qué lo besé el día del entierro de mi abuela? No tengo excusa ninguna. No tendría que haberlo hecho. No siento nada por Abraham. Amo a Mateo, lo amo con toda mi alma. Y le prometí que lo esperaría y lo esperaré. Lamento con todo mi corazón el haber creado ilusiones a Abraham, porque era lo último que yo quería.

Me levanto y agarro del escritorio la foto de mi abuela. Acaricio la imagen mientras las lágrimas rozan mis mejillas.

—Abuela… Abuelita, ayúdame a sobrellevar todo esto, por favor. Te echo mucho de menos. No sabes lo que daría por tenerte aquí y tener uno de tus sabios consejos. —Beso el cristal de la foto—. Ayúdame.

Porque si hay alguien que puede ayudarme ahora mismo es mi abuela. Porque he rezado a un dios que me ha ignorado, a un dios que me ha hecho creer que no existe nada divino.

Que todo es falso.

59

No sé si es una luz blanca muy potente, o una sala completamente blanca.

¿Dónde estoy? Miro en derredor. Estoy solo. ¿Es una de esas imágenes que ves cuando estás en una operación y te despiertas? ¡Qué miedo!

No, no es eso.

Un aroma dulzón llega hasta mi nariz. Es colonia de bebé, un aroma inconfundible. Es la colonia que mi abuela solía usar.

Me giro con brusquedad, buscándola. La sala blanca ha desaparecido: ahora es un parque. Es el parque del que mi abuela siempre me hablaba cuando yo era pequeño, el parque donde ella solía jugar.

Sentada en un banco, con un vestido verde precioso, está mi abuela. Mis ojos se llenan de lágrimas cuando corro hacia ella y la abrazo. Nunca pensé que volvería a sentir su abrazo. Nadie me abraza como lo hacía ella.

—¡Abuela! Oh, abuela. ¡Estás aquí! ¿No es un sueño? Pensé que nunca más te volvería a ver.

—Tonterías, mi niño. ¿Pensabas que te iba a abandonar? Nunca lo haría y nunca lo haré. Siempre estoy a tu lado, cuidándote.

—Te quiero mucho, abuela. Perdóname por no haberme despedido de ti.

—No digas bobadas. Sentí tu cariño hasta el último momento, pero que dejara la vida no significa que todo haya acabado.

—Lo sé, pero se hace duro, muy duro. Llegar a casa y no verte, no poder darte un beso ni leerte libros…

—Siempre que quieras puedes hacerlo; estaré a tu lado para escucharlos.

Mis ojos se anegan con más lágrimas.

—Abuela… ¿Por qué tuviste que marcharte?

—La voluntad de Dios es la que dicta nuestro destino.

—No me hables de un dios que no nos ayuda y solo le importa el mal.

—Álex, hablas desde el rencor. —Me acaricia la mejilla—. La vida siempre nos pone a prueba. Hay que pasarlas, continuamente, aunque no queramos. —Me besa la cara—. Prepárate ahora, mi niño: toca una dura prueba.

—¿Qué quieres decir, abuela? ¿Qué significa eso?

—Cuida del abuelo, Álex. Y no olvides que te quiero y que siempre estoy contigo.

—¡Abuela!

Me despierto con brusquedad. Estoy llorando.

Miro a mi alrededor: ha sido solo un sueño. ¿O tal vez no? Me toco la mejilla. Siento ahí el beso de mi abuela. He sentido su abrazo. Mi abuela ha venido a despedirse de mí, porque la última vez no pudo, y a decirme que siempre está conmigo.

Sin embargo, hay algo que me preocupa. ¿A qué prueba se refiere? ¿Será verdad que me espera algo? Tal vez tengo que aprender a diferenciar entre qué es sueño y qué es realidad, aunque en este momento es difícil.

Una sonrisa crece en mi rostro junto a nuevas lágrimas. He visto a mi abuela; estaba tan guapa con ese vestido verde, aunque ese no era el vestido con el que se enterró. ¿Tal vez, por este detalle, no ha sido más que un sueño, provocado por mis ganas de volver a ver a mi abuela? Es probable.

Me vuelvo a tumbar sobre la cama. Miro el reloj: las dos de la mañana. Cuando me levante averiguaré algo.

Me giro hacia la derecha y cierro los ojos. No sé si conseguiré conciliar el suelo de lo contento que estoy.

Puede que haya sido un simple sueño, pero soñar con mi abuela es un soplo de energía.

Gracias, abuela.

60

—Mamá, necesito hablar contigo —le digo a mi madre nada más aceptarme la llamada. Casi no he dormido deseando que llegara el amanecer.

—¿Qué pasa, Álex? No me asustes.

—No es nada, tranquila. Solo… Solo necesito saber una cosa. ¿La abuela tenía un vestido verde? Verde claro, así como brillante o aterciopelado. Bueno, verde y azul. Según le dé la luz tiene un matiz distinto —aclaro, evocando el traje que mi abuela vestía en el sueño.

Mi madre parece meditar.

—Sí, tenía uno como el que me dices. Nunca llegó a ponérselo.

¿Nunca se lo puso?

—¿Por qué?

—Lo compró para el día de tu comunión. Ya sabes lo que le gustaba el verde esperanza. No lo recordarás, pero tres días antes falleció su hermana mayor y tu abuela dejó ese vestido relegado por uno negro, de luto.

—No sabía nada…

¿Así que ese vestido era el que habría llevado en mi comunión? ¿Y por qué aparecía con él en el sueño?

—Nunca después se lo puso. Lo compró con toda su ilusión. Tú nos acompañaste a comprarlo. A ti te gusto ese modelo y ella quiso llevar el vestido que a ti te gustó.

Ahora entiendo. Mi abuela quería que yo la viera con el traje que de pequeño yo propuse para que ella llevara y yo ni acordarme. Era por eso… Mi abuela siempre pensando en mí… Entonces, no ha ido un simple sueño, mi abuela me ha visitado en sueños y me ha abrazado de verdad. Las lágrimas me visitan.

—¿Por qué lo preguntas?

—Porque he soñado con ella y llevaba ese vestido.

Le cuento un poco del sueño y no puedo continuar. Mi madre rompe a llorar de la emoción, contagiándome, y tengo que colgar.

Me siento en el borde la cama limpiándome los ojos. Mi abuela… Siempre preocupándose por mí. Miro su foto. Tengo que ser fuerte, por ella. Beso su imagen y me dispongo a vestirme. A las doce tengo un examen y antes tengo que pasarme por el hospital a ver a Mateo. He quedado con Cristina a medio camino. Necesito hablar con ella y entregarle la respuesta de Abraham. Quiero que sea ella quien se la entregue, no yo. Porque ahora mismo no quiero verlo. Necesito distanciarme de él. Él tampoco me ha dicho nada después. Supongo que ha preferido dejarme

tranquilo para que medite, pero desde el primer momento he tenido clara mi postura. Además, la carta ha servido para aclarar mis ideas y hacerme ver que hacia él no siento nada más que amistad, que aquel beso fue un arrebato buscando cariño, pero sin más; que en él vi a Mateo, que fue una confusión, nada más. Mi corazón ama a Mateo y lo seguirá haciendo hasta que lata, si todo va bien. Porque tendré muchos defectos, pero uno de ellos (aunque se puede ver también como una virtud), es que cuando yo me entrego, lo hago dando todo, y muy mal tiene que ir todo para abandonarlo. Puede haber flaquezas, por supuesto, somos humanos y tenemos momentos de debilidad, pero eso no exime que esté ahí al pie del cañón como un buen guerrero de la luz.

Me peino corriendo el enmarañado pelo. Es pelo de rata. ¡Qué horror! Tengo que ir a cortármelo.

Cojo un bollo de chocolate y un plátano de la cocina y, cargado con mi mochila y la carta en el bolsillo derecho, salgo.

Cuando termino de «desayunar» por el camino saco la carta para releerla. No quiero entregar algo en lo que suene muy brusco y eso que ya la he repasado varias veces. Hay tachones, y mi letra parece echa a puñetazos. Bueno, es letra de medico más que otra cosa.

Abraham, en primer lugar, quiero pedirte disculpas. No ha sido mi intención darte ni falsas ni ninguna esperanza, porque desde el principio sabías lo que hay. Amo a Mateo, ahora más que nunca.

¿Por qué te besé? Fue un acto indebido. Me diste un cariño que en ese momento me faltaba, pero es el cariño de Mateo el que necesito y tal vez vi en ti parte de él y eso me confundió. No debí hacerlo, lo siento. No pensé que ese beso sin más llegaría a darte esas alas… Perdón y mil veces perdón. Me conoces, (o eso creo), y sabes que no me gusta dañar a nadie, y menos a ti porque eres mi amigo y deseo lo mejor para ti; y lo mejor para ti no soy yo. Te mereces a otra persona, a otra persona que esté por ti, que te quiera, y que valore de otra forma todo lo que has hecho por mí.

Por ahora, lo mejor será que estemos distanciados un tiempo. Tienes que olvidarte de mí; pero no te olvides de que soy tu amigo, y espero que sigas queriendo serlo.

Lo siento, Abraham.

Álex.

Creo que no soy brusco, que se lo digo todo con suavidad. Espero que no se moleste, aunque de todo puede pasar.

—¡Ten cuidado que la vas a pisar! —me gritan.

Miro hacia delante con cara de susto y doy un salto. ¿Qué voy a pisar si no hay nada? Levanto la mirada con cara de mala leche. ¿Quién me ha tomado el pelo? Es Cristina. Está en la acera de enfrente, riéndose.

—¡Relaja esa cara que parece que vayas a matar a alguien!

—Hoy no tengo mucho humor.

—¡Vaya! ¿Qué es esta vez?

—Un par de cosas. Ahora te cuento.

—¿Tiene que ver con lo que leías? —Asiento—. Supongo que es la carta que Abraham te dio ayer.

—¿Lo sabes? —me pilla por sorpresa.

—Sí. Conseguí… Bueno, lo obligué a que me lo dijera en cuanto nos expulsaron de la

biblioteca. Yo tenía que saber por qué te habías marchado así. Había varios factores, pero uno tenía que ser el de más peso. Abraham no pareció inmutarse cuando llegaste del baño, así que no cabía la menor duda de que era él.

—¿Por qué no te metes a detective? Se te daría mejor.

Me atiza con las hojas de los apuntes.

—¡Que no se me dé tan bien como a vosotros estudiar no significa que sea tonta! —Se hace la ofendida.

—Eso no lo he dicho yo; lo has dicho tú —matizo, riendo.

—Bueno, eso también es cierto. Y dime: ¿qué te decía en la carta? Aunque supongo que yo tenía razón cuando te dije que tuvieras cuidado y también que no deberías haberlo besado.

—Sí, lo sé. Me arrepiento de todo. No sé por qué lo hice, pero ya no hay marcha atrás. Toma, lee mejor lo que me escribió, así es más rápido. —Busco en el bolsillo de la chaqueta y saco la nota de Abraham que está más que arrugada.

Cristina la lee, veloz. Cuando termina, vuelve a doblarla y suspira.

—Álex… Yo no quería que esto llegara a suceder. Te lo advertí tanto a ti como a él.

—¿Y qué fue lo que te dijo?

—Tenía que hablarlo con él, tenía que protegeros a los dos, pero no ha servido de nada. Le dije que tuviera cuidado, igual que a ti, que tú estabas confundido, necesitabas cariño y en él lo encontraba, pero no de la forma en que él espera. Y él, cabezón, decía que no se iba a rendir, que pasaría lo que tuviera que pasar. —Baja la mirada hacia la carta y echa a andar. Voy tras ella—. Y ha pasado lo que ha pasado.

—Ya. Y me siento fatal. Yo no quería… —Me pone una mano sobre un hombro—. Tendría que haberme distanciado desde el primer momento.

—No toda la culpa es tuya, Álex. No te mortifiques.

—Imposible no hacerlo. ¡Ay, joder! —Miro hacia el cielo que luce despejado—. Soy tonto.

—Sois dos tontos. Espero que esto no rompa vuestra amistad. Y por mí, que estoy en el medio de los dos.

Le tiendo la carta con la respuesta.

—¿Qué es?

—Léela, a ver qué te parece.

Ella lo hace.

—Me gusta, porque te disculpas. Muestras lo que sientes y le dices que quieres ser su amigo. No creo que él se niegue, pero espero que tome la distancia que le pides, porque os hace falta, más a él puesto que tú lo tienes claro.

—Lo sé. ¿Puedes entregársela tú? No quiero hacerlo yo. No me mires así. Por favor, compréndeme.

Cristina asiente no muy convencida.

—Anda, ven y dame un abrazo. —Cristina me abraza con fuerza. Es más que una amiga. Se ha convertido en mi hermana—. Tenemos que darnos prisa si queremos llegar al examen y tú pasar antes por el hospital a ver a Mateo.

—Sí, vamos.

Tardamos cerca de veinte minutos en llegar al hospital. Cristina me acompaña hasta la habitación, pero se queda afuera para dejarme intimidad. Dentro me encuentro a Mariano y a una

tía regordeta de Mateo, junto al doctor, chequeando las pupilas de Mateo. Mariano me mira y nuestras miradas se cruzan. Hay un brillo especial en su mirada, un brillo de esperanza. ¿Qué ha pasado?

—¿Q-qué ocurre? —pregunto entre inquieto y esperanzado.

—Álex… —El tono de voz de Mariano me asusta. Miro el monitor que controla el estado del corazón. Hay actividad. Un peso de encima, fuera. No ha pasado nada grave—. Álex… —Mariano rompe a llorar de emoción—. ¡Mi hijo está comenzando a tener movimiento! Esta mañana ha movido los dedos de la mano. ¡Mi hijo va a despertar!

Me quedo de piedra. No sé cómo reaccionar; no sé si saltar, si correr, si gritar o llorar.

—¿De verdad? —logro decir, con los ojos vidriosos—. ¿No es ninguna broma?

Mariano me abraza.

—Va a despertar, Alejandro. ¡Va a despertar!

Me aparto de Mariano y corro hacia la cama. Me quedo mirando a Mateo, llorando de emoción. Veo cómo sus ojos se mueven bajo los parpados. Los dedos de su mano también se mueven. Elevo la mirada hacia el doctor.

—¿Por qué no despierta ya? —Estoy impaciente.

—Por favor, calma; lo hará de un momento a otro, pero Mateo no necesita ser alterado. Todo tiene que fluir con calma. No sabemos cómo va a reaccionar después de estos meses y del accidente. Ni siquiera sabemos si han quedado secuelas.

¿Qué quiere decir con eso? Un súbito temor me invade. Espero que no haya secuelas, que todo esté bien.

—Prefiero que permanezcáis sentados y esperemos.

Cristina asoma la cabeza en ese momento por la puerta de la habitación. Sonríe con timidez cuando las miradas se dirigen hacia ella.

—Eh… Esto… hola. Disculpad, pero, Álex, tenemos que irnos.

¿Irnos? No, no puedo irme. ¡Me da igual el examen! No me voy a perder el despertar de mi novio.

Miro a Mateo y salgo al pasillo con Cristina.

—¡Mateo va a despertar! Ya hay actividad en sus manos —suelto casi gritando.

—¿En serio? —se alegra—. Quédate. ¡Que le den al examen! ¿David sabe algo?

Sonrío con esa frase. Me encanta ver cómo piensa en mi cuñado.

—No creo. No lo sé. Supongo que de saberlo ya estaría aquí, ¿no?

—¿Y si le aviso?

Dudo.

—Mejor espera. No sabemos cuánto va a…

Un grito de emoción interrumpe mis palabras. Me giro hacia la habitación y veo a Mariano abalanzarse sobre su hijo. Mi mirada se cruza con la de Cristina.

—¡Vamos, ve! —me apremia, dándome un empujón.

Entro apresurado con el corazón dando tumbos en mi pecho. No puedo describir qué sensación me invade por dentro. Emoción con nervios, alegría…

Lloro al ver cómo Mateo abraza a su padre.

—Perdóname, hijo. Perdóname. Yo no quería… Fui un estúpido —se lamenta Mariano, agarrando la mano de su hijo—. Perdóname. —Mateo mira a su padre con cara de aturdimiento.

—Papá, ¿perdonar qué? Tranquilo. —Se lleva una mano a la cabeza—. Me duele un poco.

—Es normal. No te preocupes que pronto se pasará. Bebe agua —le aconseja el doctor—. Por favor, dadle un poco de espacio.

Me mantengo en segundo plano hasta que llega mi turno. Mariano se hace a un lado y nuestras miradas se cruzan. Es el momento más emotivo y bonito de mi vida. Sin embargo, el gesto de Mateo no presenta la misma felicidad al verme que yo.

—Hijo, aquí tienes a tu novio, a Álex.

Mateo mira a su padre, confuso. Mis piernas se detienen al acercarme a la cama. ¿Qué pasa?

—«¿Novio?» Yo no tengo novio.

Varios cuchillos se clavan en mi corazón.

61

—Estuve con Matías, pero que yo recuerde nunca he estado con ningún Álex.

Escucho algo distorsionado lo que Mateo añade sin apartar la mirada de mí. No puede ser, no puede ser que Mateo no me recuerde y sí a su ex...

—Mateo, ¿no lo recuerdas? —se extraña su padre, mirándome con cara de circunstancias.

No me puedo mover, pero quiero salir corriendo. No sé si estoy preparado para escuchar más. No lo sé.

—N-no. No te recuerdo —se dirige directamente hacia mí—. Eres muy guapo y se te ve encantador, pero no recuerdo que seas mi novio, lo siento.

Un nuevo pedazo de mi corazón se cae.

El doctor intercambia una mirada con Mariano.

—Mateo, ¿qué recuerdas? ¿Recuerdas algo del día del accidente?

Mateo nos mira a todos, confundido.

—«¿Accidente?» —se extraña—. ¿Qué accidente?

Mateo no me recuerda, pero tampoco recuerda nada de ese día.

—Hay lagunas en su memoria —informa el doctor—. Pueden que sean pasajeras, puede que no. Tal vez haya que estimularlo para que la recupere.

—Eso quiere decir que la recuperará, ¿no? —Una llama de esperanza se enciende en mí.

El doctor me mira, apenado. No se le ve muy convencido de qué decirme.

—Puede que sí, puede que no. Tenemos que tener en cuenta que ha sufrido un grave golpe en la cabeza.

¿Puedo pasar algo más horrible? ¿Puede sumarse algo más horrible a mi carro de desgracias?

Me acerco a Mateo con reticencia. Necesito besarlo ahora que ha despertado y abrazarlo. Y que me diga que es una broma.

—Mateo, ¿de verdad no sabes quién soy?

Le cojo una mano. Él la mira y la retira.

—Lo siento, ya he dicho que no. No entiendo por qué insistes —se enfada.

Sus ojos no me miran como antes. Me mira como si fuera un auténtico extraño, porque eso es lo que soy para él; en eso es en lo que me he convertido.

Retrocedo, intentando mantener la compostura. Niego con la cabeza. Esto tiene que ser una pesadilla. No puede ser real.

Miro a todos sintiendo la fría mirada de Mateo puesta sobre mí antes de salir corriendo. Mariano va tras mis pasos.

—¡ÁLEX, ESPERA!

Pero no me detengo. Cristina se levanta de una de las sillas y me sigue. Llego hasta abajo del todo y salgo a la calle, destrozado. En medio de la calle me lanzo al suelo, cubriéndome la cara con las manos, liberando el dolor a través de mis ojos. Cristina me alcanza con la respiración entrecortada por la frenética carrera.

—Álex, levántate. —Me ayuda a ponerme en pie mientras la gente pasa a nuestro alrededor, nos mira y murmura. Me arrastra hasta un banco—. ¿Qué ha pasado?

Me lanzo a sus brazos y sollozo con más fuerza.

—Cris… M-Mateo no m-me r-reconoce. ¡No me reconoce!

Cristina exclama, estupefacta.

—¿Estás seguro? Tal vez es por la conmoción…

Levanto la cabeza y niego.

—No, estoy seguro. Me ha mirado con frialdad, como si fuera un total desconocido. ¡Incluso se ha molestado cuando he insistido en que intentara recordarme! Y nada.

—Álex, yo… No sé qué decir.

—No tienes que decir nada. Total, ¿para qué? Todo está claro. Maldita mi suerte, porque cuando aparece se la lleva la corriente.

—No digas eso —se molesta Cristina, frunciéndome el ceño. Me agarra de las manos y me mira fijamente—. Álex, no está todo perdido.

—El doctor dice que no se sabe; puede que recupere la memoria, puede que no. No recuerda ni siquiera el accidente, ni a mí. ¡Ni a mí!

Mis palabras resuenan en mi cabeza. «Ni a mí». ¿Qué he hecho yo para merecer todo esto? Ahora entiendo las palabras de mi abuela y su aviso, lo más duro que iba a llegar; esa dura prueba. Y es esta. Pero yo no estoy preparado para ella. No después de todo lo que he tenido que soportar estos meses.

Ahora mismo no me queda nada de esperanza a la que agarrarme. El universo sabe cómo conspirar contra una persona para hundirla. Conmigo se ha ensañado, y bien fuerte.

Me pongo en pie. Dirijo mi mirada hacia la habitación de Mateo y suspiro. Necesito estar solo, necesito soledad.

—Me marcho —digo sin más.

—¿Adónde vas?

—A casa; necesito pensar.

—Álex. —Cristina me retiene—. ¿Crees que es lo más sensato?

—¿Y qué crees tú ahora que es lo más sensato cuando no te queda nada, cuando has recibido ostia tras ostia? Primero el accidente, después la muerte de mi abuela y ahora esto. ¿Crees que me quedan ganas de ir por ahí fingiendo estar bien, o sonreír? No. No me importada nada ahora mismo. Ve y haz el examen y no te preocupes por mí; estaré bien.

—Álex…

—Me voy, Cris, gracias por estar ahí. —La abrazo de nuevo y me marcho arrastrando los pies hacia mi piso.

¿Qué sentido tiene ahora todo? ¿Podré recuperarme de este batacazo?

No creo que pueda. Porque ya no me queda nada, todo se ha tornado negro. No hay nada, ni un rayo de esperanza al que agarrarme. ¿En qué momento decidí venirme a estudiar a esta

ciudad?

62

—¿Dónde estabas? —pregunta Abraham a Cristina nada más llegar ella a la puerta de la facultad—. ¿Y Álex?

—Álex no va a venir —señala Cristina por lo bajo.

—¿Y eso? ¿No será…?

—Mira, podría ser perfectamente por eso —se encara Cristina, mirándolo con enfado—. Te dije que no hicieras nada, te dije que te alejaras, que lo único que hacías era confundirlo, pero, claro, tú, cabezón, ¿no? Como siempre has tenido todo lo que has querido esto no iba a ser menos. ¡Álex no es un trofeo!

Abraham parpadea, anonadado ante la actitud de Cristina.

—¿Se puede saber qué mosca te ha picado? Álex no es un trofeo, ¿vale? Me encanta. Le quiero, sí, le quiero, y he intentado por todos los medios que se fije en mí, pero los he puesto en una guerra en la que ya tenía vencedor.

—Y sabiendo eso, insistes, y lo haces en un momento en el que él está bajo de defensas, ¿no?

—¿Y él qué? ¡Me besó! —se enfada Abraham, poniendo los ojos en blanco—. Pero ya veo de qué parte estás. Él es más importante para ti que yo.

Cristina relaja el gesto

—Espera. Disculpa. —Cristina se pasa las manos por la cara—. No ha sido una buena mañana. He dejado a Álex destrozado.

—¿Por mí?

Cristina le tiende la carta.

—Toma. Me ha dado esto para ti; léela cuando quieras.

—¿Por qué no me la da él? ¿Está mal?

Cristina mira hacia detrás y suspira, asintiendo.

—Mateo ha despertado y no se acuerda de Álex. No sabe que es su novio. No lo reconoce de ninguna de las formas.

Abraham abre los ojos de par en par, sin dar crédito.

—¿De verdad? —Cristina asiente—. Joder. Pobre. No sé qué decir; tiene que estar hecho trizas.

—Imagina.

—¿Crees que debería hablar con él?

—Ni hablar. Ahora no. No lo intentes, Abraham, por favor. No es bueno ni para él ni para ti. Además, quiere estar solo.

—¡Pero es lo peor que puede hacer!

—En el momento en que nos necesite, nos buscará. —Le da una palmada en el hombro—. No podemos hacer nada. Entro al examen. —Echa un vistazo a la carta que Abraham sostiene entre sus manos—. Léela: entenderás muchas cosas.

Cristina se marcha y Abraham mira la carta sin desdoblarla.

—He sido un idiota.

63

«¿Novio? Yo no tengo novio».

Las palabras de Mateo me asaltan día tras día. No puedo evadir mi mente. No consigo distraerme con nada. Ha sido un golpe demasiado duro. Meses de sufrimiento, pidiendo verlo despertar y poder sentir su voz, besarlo y abrazarlo, y lo primero que escucho son esas frías palabras. Es igual que si me hubieran atravesado el pecho con cuchillos de hielo.

A veces no entiendo,
otras no quiero entender,
por qué la vida nos pone trabas en el querer.

¿Cómo voy a afrontar ahora esto?, me cuestiono. No tengo la menor idea. Temo salir a la calle y encontrarme con él. Mirarlo y no ver en su mirada la calidez con la que solía inundar a mi cuerpo.

En ti existe algo que baña mi alma.
Cuando te miro,
mi mirada cuenta lo que callo.
Cuando me miras,
mi cuerpo se derrite.
Porque en ti encuentro un cielo azul en un mundo gris.
Y ahora no sé cuándo volverás a estar aquí.

¿Qué voy a hacer? Mi corazón late desorbitado cuando pienso en él. Siento una extraña opresión, una angustia que me corroe. No puedo dormir. Los días se me convierten en rutinas. Escucho canciones que muestren lo que siento. De alguna forma, me hacen bien, porque veo que alguien ha sufrido lo mismo que yo alguna vez y han salido a flote. Pero es difícil, muy difícil.

Lloro, incesante. Pido a las estrellas que me ayuden. Miro la luna buscando una solución, pero en ella solo veo las miradas que otras veces he dejado ahí para Mateo.

Me encuentro con las manos vacías. Tenía algo que ahora no tengo. Y ahora me pregunto, ¿lo he tenido alguna vez? El amor es un sentimiento, nada más. Te lleva a estar con una persona, a compartir tiempo. Son momentos, son recuerdos, y en realidad no tienes nada.

Ahora en el aire vuelan sentimientos,

y no puedo sujetarlos.
Te quiero
y no puedo retener lo que siento.

Supongo que la negatividad se ha apoderado de mí, normal teniendo en cuenta los acontecimientos que me han golpeado día tras día.

No quiero estar así. Quiero creer, necesito creer que habrá solución, que esto es solo un mero trámite y el agua volverá a su cauce.

¿Cuánto habrá que esperar?
¿Qué hago ahora con mi alma
que se arrastra por el suelo,
cuando contigo he sentido
lo que nunca había sentido?

Si todo fuera tan fácil, si el agua arrastrase mi dolor… Solo veo oscuridad. Sin luz alrededor. ¿Cómo era ser feliz? Si pudiera deshacer lo andado, detendría el tiempo aquella noche justo en el momento antes de entrar en su casa.

«Me muero por besarte».

Mi abuela tenía razón: la peor parte iba a llegar y la tengo aquí. Y ni lo que antes me hacía feliz lo hace ahora.

No puedo leer, dos páginas y vuelo hacia él. Mi mente no se centra, ni siquiera escribir me ayuda. Ni ver llover, ni pasear por el parque. Nada. Nada me ayuda.

Tengo en mente una frase de mi abuela, grabada a fuego. Una frase sabia, como ella era:

«No dejes que los problemas se hagan grandes. Tal vez parezca que a corto plazo no hay solución, pero no olvides que todo irá a mejor».

Pero mientras todo va a mejor, muero en vida.

64

Cristina abre la puerta del bar, busca con la mirada a David y va junto a él. Su novio está detrás de la barra, sirviendo unos cafés a unos abuelos que vienen de jugar a la petanca.

—Buenas tardes, guapo. ¿Qué me vas a poner hoy? —dice ella, sacándole la lengua.

David la mira, le guiña un ojo y suelta una carcajada, pensando mal.

—A ti te pongo lo que quieras.

—Pues ponme un beso en los labios y tu mirada en la mía.

Los abuelos se giran hacia ella con cara de sorpresa.

—Eso es lo que se llama saber ligar y no lo que nosotros hacíamos en nuestra juventud —comenta uno, removiendo el café con la cucharilla.

—A veces pienso que no fuimos muy listos. ¡Con lo fácil que lo hacen ellos ahora y lo que nos costaba a nosotros! —alega otro.

—Antes eráis más conservadores y la chica esperaba que fuerais a buscarla —añade Cristina, metiéndose en la conversación—. Ahora, el que no corre, vuela.

—¡Ojalá mi mujer hubiera pensado como tú! ¡Qué Dios la tenga en su gloria! —Se santigua—, pero lo que me costó hacer algo con ella, solo lo sé yo.

Cristina mira a David y ríen.

—Las mujeres de antes se perdían lo mejor —dice Cristina sin dejar de reír.

—Ni que lo digas. Además, yo era un portento en la…

David le indica a Cristina con la cabeza que vaya al final de la barra antes de que el anciano termine la frase.

—Lo que va a decir no es acto para menores. He escuchado cosas con las que después puedes tener pesadillas.

—¿Qué cosas? —Ella pone cara de asombro mientras coloca sus manos en el trasero de David, acerca sus labios a los de él, y lo besa.

—Pues… jugar al parchís, al ajedrez, ya sabes.

—Ya, Jaque y Mate, ¿no?

La puerta de la cocina se abre y aparece Mateo.

—Hola, Cris. ¿Qué tal? —le pregunta, acercándose a los dos.

—Bien. He venido a ver un rato a tu hermano y volveré a casa; tengo trabajos que hacer. ¿Tú cómo estás?

—Bueno… Supongo que he estado otras veces mejor. A veces con dolores de cabeza (dicen que puede ser del golpe) —se encoge de hombros—, otras esclavizado aquí en el bar.

—¡Tendrá morro! —suelta su hermano, frunciendo el ceño—. ¡Pero si no haces nada! Encima ahora va a cobrar un pastizal por el accidente y se tirará a la buena vida y a mí me dejará aquí.

Los tres se ríen.

—El del accidente fui yo, ¿no? —Le da una palmada en un hombro, burlón—. Pero te haré un regalito cuando esté de viaje. Te traeré un «Estuve aquí y me acordé de ti».

—¡Claro! Y unas sandalias de esas de los guiris.

—Si también las quieres… Ja, ja, ja. Ve a la cocina, que papá te busca. Ahora regresas con Cris. Me quedo yo con ella.

David se marcha.

—¿Quieres tomar algo?

Cristina niega y se sienta en una silla. Mateo la secunda.

—No hagas caso a tu hermano, ya sabes que no está muy bien de la cabeza.

—Desde que nació. Supongo que se resbaló de las manos del médico.

Cristina pone el rostro serio y mira fijamente a Mateo.

—Dime la verdad, ¿cómo te sientes? ¿Estás bien de ánimos?

Mateo se encoge de hombros y cambia la mirada hacia otro lado.

—No lo sé. Todo ha cambiado de la noche a la mañana. No me siento el mismo. Para colmo, sigo sin recordar nada. No sé desde qué punto he dejado de recordar. Y no estoy feliz. Ni siquiera dibujar ahora me ayuda. Me paso las horas delante del folio y no sale nada, cuando antes no era así. Creo que el golpe me ha dejado fundido algo ahí arriba.

—No digas eso, Mateo. —Le coge una mano—. Tiempo al tiempo, aunque es difícil mientras todo se reajusta.

—Lo sé, pero soy nervioso y estar así me mata. —Suspira—. Creo que me falta algo que antes tenía, como un complemento, no sé.

Cristina levantada una ceja expectante.

—«¿Un complemento?» ¿A qué te refieres?

—No lo sé exactamente. Como un cariño, algo que me hacía feliz; algo que tenía y ahora no. O bueno, que noto que lo tengo dentro, pero no entiendo qué es… No sé si me explico. ¡Bah!, supongo que son bobadas.

—No son bobadas, Mateo. Analízalo bien, tal vez así recuerdes.

—Lo intento, pero todo es nebuloso en mi cabeza. Intento buscar explicación a qué es, pero no sé.

—¿Amor?

Mateo la mira con los ojos de par en par.

—No sé si es amor. No sé qué es.

David sale de la cocina en ese momento. Cristina lo mira con cara de interrogante.

—¿Me habéis echado de menos?

—¡Ni que fueras tan importante! —dice Mateo, dándole una palmada en la cara—. Os dejo solos. Me alegro de verte, Cris.

—Y yo a ti.

Cristina sigue con la mirada a Mateo hasta que entra en la cocina.

—¿Qué te pasa? —pregunta David a su novia.

—Tu hermano… Dice que le falta algo, algo que ha tenido, que lo hacía feliz, pero que no sabe qué es.

—¿Piensas que puede ser Álex, que esté empezando a recordar?

—Sigue sin recordar nada, pero es como si su mente quisiera ya empezar a hacerlo.

—Mateo no sabe nada de Álex desde el día que despertó.

—Lo sé, y ya ha pasado un mes, y Álex me preocupa. No quiere salir; va a clase, y de clase a su casa. Parece un robot. Apenas hablamos. Tampoco lo hace con Abraham, a pesar de que este le tendió la mano como amigo… Álex se ha cerrado en banda. Está muy triste.

—Pobre. Lo que tiene que estar pasando.

—Ninguno lo podemos imaginar. Él quiere mucho a tu hermano.

—Sí. Y lo peor de todo es que no se sabe cuándo mi hermano podrá recordar algo o si lo hará. Borré las conversaciones de WhatsApp que tenía con Álex en su móvil, cambié su tarjeta de memoria con las fotos y las que tenía colgadas en su cuarto también las quité antes de que regresara a casa. Era mejor que no se hiciera preguntas, según nos dijo el doctor. Y viendo todo eso sería chocante y no le haría bien.

—Sí, pero ya ha pasado tiempo, tal vez es el momento de que las vea; quizá lo ayude —sonríe Cristina—. Tal vez es como un chispazo que encienda la luz.

—Sí, pero ¿y si no? Tal vez deberíamos buscar otra forma, sobre todo, para ayudar a Álex.

—¿Y qué es eso que podemos hacer?

David eleva la vista por encima de Cristina hacia la otra punta de la barra.

—Espera; tengo clientes.

Cristina saca su teléfono y abre el WhatsApp. Busca la conversación con Álex.

«Hola, mi cosa guapa. ¿Cómo estás? ¿Te hace dar una vuelta? Tengo ganas de reírme un rato contigo». Lo envía, esperando que Álex responda. La última vez que estuvo en línea fue hace tres días.

—Creo que se me ha ocurrido algo —dice David a su regreso.

—¿Qué?

—¿Y si hacemos que se conozcan de nuevo? Que Álex intente conquistarlo, poco a poco. Tal vez así mi hermano recuerde. Planeemos un encuentro, que suceda algo, no sé. ¿Qué me dices?

—Puede ser buena idea, pero todo está en que Álex quiera. Le he escrito un wasap y no… Espera, me ha respondido: «Un muerto tiene más alegría que yo. No me apetece nada. Prefiero quedarme en casa».

—¡Maldita sea! Está fatal.

—Y estando así, ¿crees que querrá hacerlo?

—Bueno, todo es intentarlo. Eres su amiga, lo conoces, sabes cómo hacerlo entrar en razón.

—No siempre.

—Venga, puede ser bueno. ¿Lo intentamos?

Cristina lo mira a los ojos y termina sonriendo.

—Está bien. Voy a su piso; hablaré con él.

David le agarra los mofletes y la besa.

—¡Ay mi princesa! Verás como sí lo consigues.

—Lo intentaré, pero no me digas más esa horterada de «princesa».

—¿Señorita?

—¡Que te den! Ja, ja, ja. Luego te cuento. Te quiero.

Cristina sale por la puerta del bar. Busca el número de teléfono de Álex y llama, dispuesta a conseguir que Álex y Mateo vuelvan a estar juntos.

65

—Mamá, estoy comiendo, no te preocupes —insisto con desgana ante la pesadez de mi madre.

—Álex, no soy tonta. ¡Que te estoy viendo!

Resoplo poniendo los ojos en blanco. En otro momento hubiera hecho algún chiste, pero ahora no me apetece. ¿En qué momento mi madre se apuntó a esos malditos cursos para aprender a navegar por internet? Y encima la enseñan a usar Skype. La tortura hecha carne cada dos por tres.

¿Y ahora qué le voy a decir? Sí, es verdad, estoy más delgado, por no decir demacrado. Apenas duermo, apenas como. No sé qué me pasa. Nunca pensé que fuera verdad lo de que el primer amor es el que más duele, pero joder que sí.

No sé cómo liberarme de esta garra que me atrapa, no sé cómo pasar página y volver a mi vida normal, pero en el fondo no sé si quiero hacerlo, porque Mateo no me ha dejado; Mateo no recuerda, es algo distinto a una ruptura. Entonces, ¿qué debo hacer?

—Mamá, tranquila. Comeré un poco más. Pero no temas, que en ningún momento he dejado de hacerlo. —Y eso no es mentira.

—¡Más te vale! ¡Que te visto de rojo y vas a parecer un arañazo!

—¡Qué exagerada eres cuando quieres!

—Cuando vengas te voy a pesar a ver.

—Sí, mamá... —digo, empezando a cansarme—. Bueno, tengo que dejarte. He quedado para hacer unos trabajos con los compañeros. Hablamos. Adiós.

Y antes de que diga algo más, desconecto. Bajo la pantalla del ordenador y me lanzo sobre la cama como si fuera una ballena varada (aunque más como una manta raya).

¿Salgo a la calle a pasear? No. ¿Leo? Tampoco. ¿Voy a una librería? Hmm… No. ¿Quieres dos ostias? Sí, ¿alguien se ofrece? Seguro que alguien sí se ofrecería a darme dos bofetadas, tal vez así cambiaré el chip, porque ya me lo pide el cuerpo. No puedo seguir de esta forma. Llevo un mes de esta guisa. Creo incluso que mi piel se está volviendo amarilla de lo poco que ahora me da el sol, aunque no lo sé seguro porque he dejado de mirarme al espejo. Tengo que estar horrible.

Mi móvil vibra. ¿Quién será? Tengo una lista interminable de wasaps. Ni siquiera me apetece contestarlos. ¿Quién soy y que han hecho con el Álex que yo conocía?

Tengo que cambiar. Abro el WhatsApp. Es Cristina. ¿Que si quiero dar una vuelta?

«Un muerto tiene más alegría que yo. No me apetece nada. Prefiero quedarme en casa».

No es mi mejor respuesta, pero es la verdad. Quizás sí debería aceptar y salir. Ya comienza el buen tiempo y ella siempre me arranca más de una sonrisa. Y la tengo abandonada.

Veo que lee el wasap y no dice nada más. Es comprensible; tantas veces he pasado ya de ella, tantas veces ha intentado que salgamos y así distraerme…

Hundo la cabeza contra la colcha y grito. Escucho vibrar con fuerza mi móvil: es una llamada de Cristina. Pretendo colgar; por error la acepto. ¡Mierda!

—¿Sí?

—¡Vaya, estás vivo! Pues quítate el pijama. En veinte minutos estoy en tu casa, que tenemos que hablar. Y no rechistes. Así que ya sabes. —Cuelga sin darme tiempo a decir algo.

Vale. Perfecto. ¡Muy bien! ¡Maravilloso! ¡Espléndido! ¡Y yo con estos pelos!, nunca mejor dicho. Parezco un hombre de las cavernas. Tengo el pelo desastroso que ya de por sí lo es, y me ha crecido de forma desmedida, porque suele hacerlo él, porque es así de majo; y la barba va por el mismo camino.

¡Maldita sea! ¿Por qué? ¡No tengo ganas! Me va a dar la charla, lo intuyo. ¿Y si hago como que no estoy en casa? Bueno, no es tonta. Además, están mis compañeros de piso, abrirán ellos.

—Venga, Álex, tú puedes.

Me meto en el baño. Me doy una ducha y me miro al espejo, por fin. La verdad es que, a pesar de lo que pensaba, no tengo tan mala cara. Pero mi pelo… No sé cuántos botes de gomina voy a usar. ¿Y afeitarme? Eso sí tengo que hacerlo. La barba ya empieza a picar.

Justo cuando termino de vestirme llaman a la puerta. Es Cristina.

—¿Estaba el portón de abajo abierto?

—No, pero llamé a la vecina. —Me guiña un ojo y entra—. Así no te escaquearás.

—Tampoco lo iba a hacer —gruño.

—Por si acaso. ¡Oh, qué guapo te has puesto! ¿Dónde vas, pillín?

Pongo los ojos en blanco.

—Voy a misa.

—No sabía que ahora te habías vuelto tan religioso.

—Cristina —me pongo serio—, disculpa, pero no estoy de humor.

—Cierto, no recordaba que te habías vuelto aburrido.

Eso me ha dolido.

—¿Vamos a salir?

Cristina asiente. Agarro las llaves, la chaqueta, y salimos.

—¿Adónde vamos a ir? —pregunto.

—Había pensado que fuéramos a un café que hay frente al parque. Se está muy tranquilito y tampoco está muy lejos de aquí.

No tardamos mucho en llegar. Tomamos asiento en la terraza y pedimos un café con leche para mí y un Nestea para Cris. El sol brilla y templa el ambiente. Siento cómo todo el vello de mi cuerpo se eriza del placer al recibir la luz solar.

—Creo que ya necesitaba esto.

—Sí, porque estás pajizo.

—¿Tan amarillo estoy?

—Bueno, no para hacerle la competencia a Los Simpson, pero sí.

Y yo que soy de ser blanco de por sí… Nunca me pongo moreno en la playa, pero sí como un

cangrejo.

—¿Qué tal todo? —le pregunto, para cambiar de conversación.

—Bien, harta de hacer trabajos, como tú estarás.

Dudo.

—Sí, aunque por lo menos ya me he quitado varios. Me ha costado; no tengo ganas de nada.

—No hace falta que lo digas.

—Je, je. Ya… ¿Qué sabes de Abraham?

No he hablado con él desde aquel día que me dio la carta. En clase me mira y me sonríe, pero nada más.

—Está preocupado por ti. No te habla como pediste, aunque quiere hacerlo, porque es tu amigo y se preocupa, como es normal, pero no es lo sensato. Te puede hacer bien, o mal.

—Ahora mismo ni siento ni padezco, solo me compadezco de mí.

—¡No digas eso! —Me da un manotazo que me hace daño—. Y eso te lo merecías.

—¡Joder! ¿Qué has desayunado?

—¿Quieres que te lo diga? —dice, picarona, levantando una ceja.

Suelta una carcajada. Me hace gracia.

—No hace falta. Ya lo imagino. ¿Cómo te va con David?

—Nos va muy bien. David te manda saludos. Tiene ganas de verte.

Sonrío y me encojo de hombros, sintiendo cómo mis ojos comienzan a aguarse. Cristina me coge una mano.

—Tranquilo, ¿vale?

Tomo aire y hago la pregunta:

—¿Cómo está Mateo?

—Está muy bien, Álex. Creemos que está dando un paso muy importante.

—¿Un paso? —Mi corazón se acelera.

—Hoy me ha dicho que le falta algo, algo que siente que antes tenía y ahora no; y es algo que lo hacía feliz…

—¡No puede ser! —Mi rostro se ilumina.

Cristina me pide calma con una mano.

—… Pero no sabe lo que es.

—Ah, entiendo. —Es lo único que se me ocurre decir. Yo que había albergado la esperanza… Supongo que no debería haberme hecho ilusiones tan pronto.

Nos traen la bebida. En cuanto el camarero se marcha, Cristina reanuda la conversación.

—Escucha: no te vengas abajo, pero tampoco te exaltes, ¿me entiendes? —Asiento—. Es un gran paso, por encima de todo, porque quiere decir que te ama. Sin embargo, Mateo no sabe aún qué es, pero porque no te recuerda. No sabe que existes dentro de él, aunque suene duro. Sin embargo, su cuerpo ya necesita de ti y está empezando a enviarle impulsos.

No digo nada, pero dentro de mí una parte está dando saltos de alegría y otra está golpeando a esa parte alegre por comenzar a hacerse ilusiones, aunque es normal que lo haga. Lo que Cristina me ha dicho es lo que llevo esperando desde que Mateo despertó del coma. Sin embargo, no es la misma alegría que antes. ¿Por qué? No tengo ni idea. ¿Tal vez porque temo que eso que hacía feliz a Mateo no sea yo, que sea alguna de sus pasiones que ahora no desempeña? Ahora es normal pensar tantas cosas…

—Álex, ¿estás bien?

Parpadeo dos veces y asiento.

—S-sí, tranquila. —Sonrío sin ganas y tomo un sorbo de café. Más amargo no puede estar.

—Anda, échale azúcar, que parece que estás chupando limones.

—¿Ves como no estoy en lo que tengo que estar?

—No, eso parece.

Echo el azúcar y el café cambia de sabor. Esto ya es otra cosa.

—Me alegro de que Mateo esté comenzando a sufrir… cambios.

—Pero no te veo con una llama especial en los ojos.

—Sí, porque es normal. ¿Y si es otra cosa la que le falta y no soy yo?

—No lo creo. Según su hermano, Mateo sigue haciendo todo lo que hacía antes del accidente. Lo único que no está en su vida eres tú. Ha recordado otras cosas, pero no a ti.

—Vaya. —No se me ocurriré qué más decir. Tal vez si no me recuerda es porque no estoy destinado a estar con él.

—Álex, escúchame bien, ¿vale? He estado hablando con David y tenemos una idea. Sí, eres la pieza que falta en el puzle de Mateo. No lo dudamos. Y tú tienes que estar. Eres tú quien tiene que ayudarlo a recordarte.

—Pero ¿cómo? ¡Si aquel día que despertó le faltó echarme del hospital!

—¡Qué exagerado eres! No fue así. Y tienes que comprenderlo; despierta del coma, le dicen que eres su novio; él no te recuerda y tú insistes. Su estado de shock era brutal. ¿Cómo quieres que estuviera?

Viéndolo así, tiene razón. Es posible que fuera algo egoísta en ese aspecto.

—¿Y qué es lo que proponéis? —Quiero saberlo, pero que acepte o me agrade, ya es otra cosa.

—Un encuentro casual; que trabes amistad y que lo conquistes de nuevo, así su mente volverá a comenzar a recordarte.

—¿Y si no lo hace?

Cristina se queda callada, sin saber qué decir. Ninguno de los dos ha sospesado ese aspecto.

—Bueno… N-no… No creo que se dé el caso.

—No me mientas, tú misma estás dudando. —Me tomo el café de golpe—. Esto no lleva a nada, es una locura.

—Álex, no lo tomes así. Cálmate y piensa bien.

—No, no hace falta pensarlo. Ya tengo encima bastante calvario como para cargarme otra cruz más. No podría soportar una nueva desilusión, no en este momento, porque no estoy preparado ni soy fuerte.

Esa maldita idea lo único que va a conseguir es rayarme un poco más.

Me pongo en pie; necesito estar solo.

—No te vayas aún, Álex. —Cristina me agarra de una mano, mirándome a los ojos—. Por favor.

Mis ojos se llenan de lágrimas.

—Déjame irme —casi suplico.

—No, porque vas a encerrarte de nuevo y eso no es bueno.

No puedo aguantarme más y rompo a llorar. Cristina no tarda en abrazarme.

—Álex, no llores, por favor. No quería… ¡Joder! Vamos, anímate; verás como el sol vuelve a sonreírte.

—El día que se apague y deje de dar luz.

Cristina resopla.

—Hijo, ¡qué negativo te has vuelto!

—Por eso mismo es mejor estar solo —me molesto. Me deshago de sus manos—. Mañana nos vemos en clase. Gracias por el café.

Y me marcho.

Escucho a Cristina maldecir detrás de mí.

—Álex, ¡espera!

Me detengo y me giro hacia ella.

—¿Qué quieres?

—Recuerda que siempre voy a estar contigo para lo que sea, ¿vale? Porque eres como mi hermano.

Sonrió.

—Gracias. Hasta mañana.

Me encamino hacia el piso. A pesar de todo, siento que hay un nuevo aire al respirar, que hay algo en mi interior que está comenzando a cambiar, a regenerarse.

Cristina, con su proposición, lo único que ha conseguido es que no logre conciliar el sueño. Doy vueltas y vueltas en la cama y no me duermo. Mi mente no puede estar quieta, ni quiere. Valora los pros y los contras de todo. Y aunque parte pugna por aceptar, otra que pesa también lo suyo dice que no, porque no quiero sufrir. No quiero un nuevo desaliento. Prefiero que todo siga como está, y que si Mateo recuerda y me busca, genial. Si no es así, pues nada, ya se calmará lo que siento y la calma volverá a mí.

Ahora lo pienso muy convencido, pero sé que mañana no será igual. No obstante, tengo que cambiar la forma de pensar: sí o sí. Y sé por dónde voy a empezar a cambiar, y va a ser por el pelo: mañana después de comer iré a cortármelo.

66

—Hola, Abraham. Hola, Cris —saludo nada más entrar a clase. Solo tengo una hora de clase en toda la mañana, y es a la una del mediodía. No es ni una hora buena ni mala: es jodida. Si a primera hora lo es, esta mucho más. ¿No les da pereza a quien hace los horarios ir a clase cerca de la hora de comer, para solo una hora? ¡Ah, cierto!, que quienes hacen los horarios no van a clase.

Abraham intercambia una mirada con Cristina, incrédulo; ella sonríe.

—H-hola, Álex. —La cara de Abraham es de fotografía. Lo entiendo. No se esperaba ni verme de tan buen humor ni saludarlo, teniendo en cuenta la carta, pero la conversación con Cristina de ayer tarde, y mi profunda reflexión en el intento de dormir, me ha venido bien: tuvo efecto, porque no sirve de nada estar mal—. ¿Todo bien?

—Mejor que nunca —sonrío y saco mis libros.

—Vaya, veo que esta noche sí has dormido bien —comenta Cristina, sin dejar de sonreír.

—Pues no he dormido nada. Ja, ja, ja. Tal vez estoy así por eso.

—O eso, o que ha sucedido algo bueno.

—No. —Me encojo de hombros—. Simplemente que ya era hora de levantar cabeza y estar bien, ¿no? La vida es solo una, decía mi abuela. El tiempo que estás mal no lo recuperas.

—¡Tenemos de nuevo al refranero español con nosotros! —se ríe Cristina, abrazándome. ¡Qué tonta es!

—Eso es cierto. Pero a ver cuánto te dura —dice Abraham sin mala fe.

«No me vas a ver mal nunca más, si es lo que crees». Me guardo las palabras.

—El tiempo que haga falta. —Le guiño un ojo.

Cristina se acerca a mí, mirando a la profesora que ya se dispone a comenzar la clase, intentando que no nos vea.

—¿Has pensado en lo que te dije? —Su mirada está preñada de esperanza.

—Sí, pero no voy a hacer nada. Tengo que volver a ser el que era y verme bien. Y dejar que todo siga su curso, porque no se pueden mover las fichas a placer cuando el destino habla. Y ya sé por dónde voy a empezar.

Cristina se lleva las manos a la cara poniendo gesto de asombro y se ríe.

—¡Qué místico te has vuelto ahora!

—¡Silencio ahí detrás y prestad atención! —nos llama la atención la profesora. Las miradas de todos los compañeros se clavan en nosotros.

Cris y yo bajamos la mirada y reímos por lo bajo.

La verdad es que es extraño pensar en el Destino cuando por el mismo tema discutí con Cristina y Abraham el día que descubrimos que Mateo trabajaba en el bar en el que entramos a tomar algo. Supongo que sí, que el Destino de cada uno está escrito, y también el de las personas que se van a juntar con nosotros, cuyo tren va a detenerse en nuestra estación para quedarse, o solo estacionar de forma momentánea.

—¿Dónde vas tan deprisa? —me detiene Cristina al salir de clase. He salido escopeteado.

—Perdona, tengo que ir a casa a comer y después tengo cita para cortarme el pelo.

—¡Ay, que por fin se va a quitar la melena de león! —Se lanza a revolverme el pelo.

—Disculpa, pero no es pelo león, es pelo de oveja, que es peor.

—¡Idiota!

—A little bit!

—Dime la verdad, ¿por qué te quieres poner guapo? Se suele decir que lo hacemos para que la persona que nos gusta, o queremos, nos vea más atractiva.

Puede. No sé. No lo hago con esa pretensión.

—Quiero verme bien. Estoy muy dejado. Lo necesito. —Es la verdad, por encima de todo.

Cristina me abraza y me da un beso en la mejilla.

—Así es como siempre quiero verte.

—Y yo. Y… —Me ruborizo. Estas cosas no se me dan bien—. Quiero pedirte disculpas por cómo me comporté ayer. No estuvo bien, lo siento.

—Está más que justificado, ¿no crees?

Asiento. Cristina es la mejor persona, amiga, pero también hermana. Es una de esas personas que son un regalo. Y ella es como mi hermana, la que nunca he tenido y mi madre siempre ha deseado tener.

—Tengo que irme. Por cierto, si hablas con Abraham... dile que no se haga ilusiones, ¿vale?

No comprendo por qué le digo eso, pero tengo la sensación de que Abraham, ahora que me ha visto mejor y también saludarlo, va a pensar que puede volver a intentar algo conmigo. Abraham es una persona de las que no se rinden por mucho que hayan visto la derrota en frente. Eso está bien, pero hay que saber cuándo una causa es perdida y cuándo hay que retirarse.

—No te preocupes, se lo diré. Nos vemos mañana. —Cristina me da un abrazo y regresa adentro. Hoy ella come en la cafetería de la facultad.

Me giro, observo el gran sol que hoy brilla y me encamino hacia mi piso. Prefiero ir caminando. No quiero meterme en el bus atestado de gente con sus caras de amargados, porque a estas horas es lo único que hay.

Estoy feliz. ¡ESTOY FELIZ!

Busco los auriculares en mi mochila, los conecto al móvil y doy al play. La música es una inyección de adrenalina.

—¿Cómo quieres que te lo corte? —me pregunta el peluquero, un chico mayor que yo, (y por qué no decirlo), bastante mono—. Tienes un pelo muy bonito. No sé si quieres deshacerte de él por complemento.

—Quiero deshacerme de él —digo, mirándome en el espejo. ¡Pero si parezco una oveja!

—¿Un mismo número por toda la cabeza?

No, eso sería parecer una bola de billar.

—Preferiría un degradado por los lados y por detrás. Arriba sí me gustaría tener un poco más

de pelo.

—Entonces te dejaré un poco más arriba así te lo puedes levantar con un pelín de gomina… No, haré otra cosa mejor que creo que te gustará. ¿Hacia qué lado te sueles peinar?

—La verdad, según como me levante.

El muchacho se ríe.

—Pues ahora estarás un tiempo haciéndolo hacia la derecha. ¿Confías en mí?

—Eres el que tiene la maquina en la mano. —Y siento el temblor que la maquina produce al pasar por la cabeza.

Mi pelo comienza a caer. Parecía que no había tanto, pero sí, había, y mucho. ¡Para rellenar un cojín!

Intento no mirarme en el espejo. No quiero verme hasta que esté terminado.

—Y con esto, listo. ¿Te lavo la cabeza? Va incluido en el mismo precio.

—Hmm…, vale. —Eso, que me mimen por un día.

—Y ahora un poco de gomina, y listo —dice, regresando al asiento.

Coge la gomina y el secador y me peina.

—Listo.

Levanto la mirada y me quedo sorprendido. ¡Joder! ¡Parezco otro! Lo que hace un simple corte de pelo. El degradado queda muy bien y me ha peinado un medio tupé hacia la derecha. Y, en el lado izquierda, me ha hecho una raya con la máquina que me queda de muerte. Parezco otro, la verdad. Ahora solo tengo que recortarme un poco más la barba y como nuevo.

—¿Te gusta?

—Me encanta. Gracias.

—¿Sabes que te quedaría bien? Unas mechas aclarando un poco tu color. Te sentarían de maravilla, y con esos ojos, triunfarías. —Me guiña un ojo.

Sonrío con ironía. No sé cómo no me he dado cuenta de que estaba intentando flirtear conmigo. A veces me cuesta pillar las indirectas. Ahora que ha sido más claro, es el momento de retirarme, por mi propia seguridad.

—No, esas cosas no van conmigo. —Una nueva sonrisa y me encojo de hombros—. ¿Cuántos es?

—Ocho euros.

Le doy ocho con cincuenta con propina incluida.

—Gracias.

—Gracias a ti. —Ahora soy yo quien le guiña un ojo y salgo de la peluquería. De vez en cuando también gusta ser pícaro, ¿no? Y tampoco estoy haciendo nada malo.

Ahora, a una librería. Me apetece estar rodeado de libros. Hace tiempo que no voy a una y hoy el cuerpo me lo pide. Recuerdo una pequeñita en una callejuela. La vi un día de pasada. Pero voy a tener que volver a caminar a tientas a ver si la encuentro.

Eso hago, pero no doy con ella. Tendré que resignarme e ir a otra.

Me dispongo a cruzar la calle cuando escucho una moto pitar. Me giro y veo la moto precipitarse sobre mí.

—¡CUIDADO! —me grita el motorista.

Me quedo paralizado.

La moto consigue frenar a escasos milímetros de mí y yo me caigo de culo, pálido. ¡Maldita

sea! ¡Casi me pilla! No he podido evitar pensar en aquella noche en que aquel coche atropelló a Mateo. ¡Qué horror!

—¿Estás bien? —Es un chico. Se baja de la moto, se quita el casco y me tiende una mano.

Me quedo helado y sin respiración.

No, no puede ser. ¡Es Mateo! Si tenía posibilidad de moverme, ya no. Mi cuerpo se ha quedado congelado, mirándolo.

—¿Te ocurre algo? —insiste. No digo nada. Me agarra de un brazo y me pone en pie.

—N-no, estoy bien —logro articular sin saber cómo reaccionar. Mi corazón se va a salir de mi pecho. ¡Está tan guapo! Mi cuerpo me pide abalanzarme sobre él y abrazarlo y decirle que lo he echado de menos.

Me ruborizo. Disimulo sacudiéndome los pantalones.

—Lo siento. El freno de la moto ha fallado. No debería habérsela cogido a mi padre —sonríe —. Lamento el susto.

—No te preocupes —resto importancia mirando hacia otro lado. No quiero que me vea sonrojado.

—¿De verdad? —Me busca la mirada, pero yo rehúyo.

—Sí, no te preocupes, pero ten cuidado, y arregla esos frenos, no vayas a sufrir un accidente.

—Sí, tendré que llevarla al taller.

Le sonrío fugazmente y me dispongo a marcharme o no voy a poder reprimir las ganas que tengo de besarlo y llorar de la emoción de volver a verlo.

—Espera un momento. ¿Tú eres…?

Me pongo rígido. No puede ser. ¿Me recuerda? Me giro, esperanzado.

—¿Eres el chico que decía que era mi novio el día que desperté del coma?

Mi sonrisa se cae al suelo, y la pisa. Bueno, por lo menos me recuerda, aunque no como yo esperaba.

—S-sí, soy yo. Je, je. No tiene más importancia. Mejor olvidar eso. Me alegro de verte bien. Adiós. —Y me marcho, caminando lo más rápido posible.

Las lágrimas quieren aflorar de mis ojos a presión. Esto no puede ser. ¡Casi me atropella! Pero me recuerda, pero no de la forma en que yo quería.

—¡Ey, espera! —me grita Mateo, pero yo hago caso omiso.

Escucho ponerse en marcha la moto y cuando vengo a darme cuenta Mateo frena de golpe delante de mí cortándome el paso.

—¿Por qué huyes de mí?

¿Y ahora qué le digo?

—Es una larga historia.

Intento marcharme por la derecha, pero de nuevo me corta el paso.

—Por favor, espera.

Suspiro y asiento, evitando no llorar. Tengo que ser fuerte. Si esto ha ocurrido, es por algo.

—Está bien, dime.

—No quiero que vuelvas a huir, ¿vale? —Asiento—. La primera vez que te vi no fue bien, y lamento mi actitud, pero comprende que en ese momento me soltáis eso, tú y mi padre, y…

—Tranquilo, lo entiendo. Es comprensible. No pasa nada. —Me siento extraño hablando con él igual que si fuéramos dos completos desconocidos.

—Pregunté a mi padre y a mi hermano quién eras; por qué decía mi padre que eras mi novio, pero no me han dado respuesta. No sé si es verdad que eras mi novio antes del accidente, no consigo recordar nada.

—Tal vez porque debe de ser así —comento, encogiéndome de hombros.

—¿Cómo te llamas?

Un nuevo jarro de agua fría sobre mí.

—Álex…

—Bonito nombre. —Me dedica una de sus mejores sonrisas y me derrito con ella.

—Tiene su encanto. Je, je.

Siento su mirada de aceituna sobre mis ojos, de una forma que nunca he visto, como si quisiera ahondar en mí y descubrir.

—Me gustaría pedirte perdón por cómo me comporté aquel día.

—No…

Me pone una mano sobre los labios, pillándome desprevenido.

—Espera. También quiero recompensarte por el susto de casi atropellarte. ¿Qué me dices?

¡Bum! ¡Badabadabum! Mi corazón creo que se he desencajado y está dando botes por mi cuerpo, al contrario que mi cerebro que está enviando a un batallón de búsqueda y captura para que se calme y no se precipite.

—Tengo prisa —es lo único que digo.

—Álex —solo él sabe cómo pronunciar mi nombre de forma tan especial que es capaz de desestabilizar todas mis murallas—, ¿quieres tomar un café conmigo? Por favor. Me gustaría charlar contigo, o dar un paseo. Y no acepto un «no» por respuesta.

¿Y ahora qué hago? Me muero de ganas de ir con él, pero tal vez no me hace bien. Sin embargo, no quiero arrepentirme después de no haberlo hecho. Luego está la idea de Cris y David. ¿Y si lo intento? ¿Y si este es el primer paso?

Empiezo a jugar con mis dedos, nervioso, mientras sigo sintiendo la mirada de Mateo sobre mí.

—Está bien, vamos.

—Sube a la moto; te llevo.

Pongo cara de horror.

—¿Sin frenos?

—No vamos muy lejos de aquí. No te preocupes, conmigo estás seguro. —Me guiña un ojo y se pone el casco.

¡Ay, abuela! ¡Gracias!

Me subo detrás de él y me abrazo a su cintura.

—Agárrate bien no te vayas a caer.

Lo único que aquí se puede caer ahora mismo es mi baba. Tengo que tener ahora mismo una cara de bobo que tiene que ser inolvidable. Pero es que volver a rodear su cintura y sentir su calor y olor es… es… ¡No tengo palabras!

—Estoy bien agarrado.

Arranca y, marchándonos, me dice:

—Tienes unos ojos muy bonitos.

67

—¿Adónde vamos? —pregunto al verlo tomar una y otra calle y no se decide a detenerse en ningún lado. Para tomar un café no hace falta ir muy lejos, a no ser que sus intenciones sean otras. Y no me extrañaría que sea así. Conozco demasiado bien a Mateo y sé que le gusta sorprender. Seguro que es lo que quiere hacer.

—Ahora lo verás —escucho a duras penas. Entre el ruido que hay en las calles, el viento y el casco que lleva, no oigo muy bien.

Dos calles más adelante se detiene frente a un Starbucks. Se quita el casco y me lo pone en las manos.

—Esto… ¿Qué hago…? —Lo veo correr para entrar en el local—. Mierda. ¡Mateo, ¿adónde vas?!

Se gira hacia mí. Me pide silencio con un dedo en los labios. Me sonríe y me guiña un ojo.

—Tú espera. —Y entra.

¡Ay! Mi corazón bombea sangre a un ritmo desmedido. Cupido vuelve a lanzarme más flechas. Es casi como la primera vez. Estoy enamorado de Mateo hasta los ojos, pero ahora mismo creo que estoy empezando a volver a caer y no debería ser así. Tengo que ir con pies de plomo. Tal vez él solo quiere ser amable. Tal vez él no tiene ninguna pretensión más y yo estoy adelantando acontecimientos.

No tarda mucho en salir con una bolsa de papel.

—No te he preguntado cómo te gusta el café, pero no sé por qué he supuesto que te gustaría más el batido de vainilla. Una corazonada.

Con esto me ha matado, pero en el buen sentido. El batido de vainilla me encanta, y él lo sabe. ¿Puede que haya sido su subconsciente, que le envía pequeños retazos de recuerdos?

—Me encanta el batido de vainilla —sonrío como un niño—. Esa corazonada creo que me conoce bien.

—Sí, incluso mejor que yo, diría. —Me quita el casco de las manos, se lo pone y sube a la moto—. Nos vamos.

Me agarro rápido a su cintura cuando la moto arranca. ¡Casi me caigo! Me he quedado anonadado con eso que ha dicho. ¿Qué significa? ¿Que sí me recuerda, pero está haciendo como que no?

No, no creo que sea eso. Ha sido un comentario de broma, sin más, jugando con el hecho de su pérdida de memoria.

Presto atención al recorrido y veo que me lleva casi a las afueras de la ciudad, cerca del río.

Ascendemos por una carretera bordeaba de árboles que no tarda en convertirse en un camino de tierra, y llegamos a una especie de balcón natural, de piedra, desde donde se ve toda la ciudad.

Me apeo de la moto y observo las vistas tan espectaculares antes de girarme hacia Mateo. No puede ser: me ha traído al mismo lugar que la primera vez.

—¿Te gusta? Veo que sí. Te has quedado más que sorprendido.

Parpadeo. Se me escapa una risita tonta. Desvío la mirada.

—Bueno, sí, je, je. Es eso, me encanta este lugar.

—Es un lugar muy mágico, la verdad. —Se acerca al balcón y se sienta con los pies colgando por delante. Da unas palmadas en la roca invitándome a sentarme. Con la emoción a flor de piel, lo hago—. Toma, tu batido.

—Gracias.

Mateo da un trago a su café y mira hacia delante.

—Este lugar siempre me aporta mucha tranquilidad. No sé lo que tiene, es como si fuera magia. —Suspira. Ahora lo veo triste.

—¿Te ocurre algo?

Mateo me mira y me dedica una cálida sonrisa.

—No lo sé. Llevo varios días muy extraño. Supongo que tiene que ser por la llegada de la primavera. —Se encoge de hombros.

—Puedes contarme todo lo que quieras, con tranquilidad.

—Lo sé, y es lo más chocante de todo. Es como si se te conociera de tiempo atrás, pero mi maldita cabeza no recuerda. Tal vez no es así tampoco, es una sensación. —Se encoge de hombros.

Mi Mateo… Me duele tanto verlo así.

—Supongo que soy muy típico, y por eso lo sientes.

Me mira a los ojos de esa forma que él solo sabe, ahondando en mi ser.

—No, no eres típico: eres muy diferente. Desde que te he mirado a los ojos lo he sentido. No hay muchos así.

—Ni como tú. Los artistas sois muy especiales.

Mateo se echa a reír, azorado.

—Se suele decir. —Suspira—. Sabes mucho de mí y yo nada de ti.

—Solo tienes que preguntar.

—Eso también es cierto. —Me coge una mano. Mi mano que siempre está helada, mi mano que es la mano de un muerto—. Tienes una sensibilidad exquisita.

Las mismas palabras que le dije yo aquel día.

—No es igual que la tuya.

Mateo dirige la mirada hacia lo lejos. El sol comienza ya a ponerse.

—Llevo días que siento que me falta algo, algo que he tenido y no sé qué es. Y me hacía feliz.

—¿Y qué crees que es? —pregunto, nervioso, mirándome las manos.

—No es algo material, eso lo tengo claro. Tampoco es el cariño de mi madre, porque no he tenido carencia de eso, aunque ya no esté y a veces la extrañe como es normal. Es otra cosa, pero no sé decir qué es exactamente.

—Ahí no puedo ayudarte.

—O tal vez sí.

¿A qué se refiere?

—Álex, ¿por qué dijiste que eras mi novio? Tanto tú como mi padre.

—No tiene importancia ahora —digo rápidamente. No quiero tocar ese tema en estos momentos. Tampoco sé qué decir, más allá de la verdad. Y no sé si es lo que él espera conocer.

—Sí que la tiene. Nadie dice que alguien es tu novio así porque sí, y mucho menos un padre. Y no digamos el mío, que no lleva muy bien el tema de la homosexualidad. Aunque he de decir que ahora es otra persona. Es como si hubiera cambiado de opinión.

—Puede que sea así.

Me sostiene la mirada.

—¿Qué sabes, Álex?

—Sé muchas cosas —admito—, pero no sé lo que tengo que contar o lo que quieres oír.

—Todo, empezando por el principio.

—Pero no creo que sea lógico. Los médicos siempre dicen que es bueno que uno recuerde por sí mismo.

—Y también dicen que los alicientes ayudan, ¿no?

Ahí me ha desbancado.

—Sé por qué tu padre está distinto, y tiene que ver por algo que pasó la misma noche del accidente, el detonante del mismo.

—¿Qué fue lo que sucedió? ¿Qué provocó el accidente?

—Deberías preguntarle a tu padre. No soy yo quién debe decírtelo. —Mariano debe enfrentarse a la verdad.

—Mi padre me va a dar rodeos. Ya lo he intentado otras veces, y nada.

—Busca otra forma; siempre la hay.

—Cierto.

—O a tu hermano.

—No había pensado en ello. ¿Lo conoces?

—Sí. Cristina, su novia, es mi amiga.

Mateo abre los ojos de par en par, atónito.

—¿Lo dices de verdad? El mundo es un pañuelo.

—Si yo te contara…

—Hay tantas cosas que tengo que saber, que ordenar; otras tantas que desconozco.

—¿Hay algo más en lo que yo pueda ayudarte?

—Sí, y no.

—«¿Sí, y no?» —repito, sin comprender.

—Quiero saber si antes fuimos novios y, a la vez, no.

—¿Y por qué a la vez no? —pregunto, pero no sé si he hecho bien. ¿Y si me responde con algo que no me es grato?

—Porque lo cambiaría todo.

—¿El qué cambiaría?

—El volver a conocerte de nuevo.

68

El tiempo se ha detenido a mi alrededor. Eso me ha derretido. ¡Quiere volver a conocerme!

—Puede que antes del accidente fueras mi novio, y aún lo sigues siendo, supongo, porque no rompimos, por lo que puedo conjeturar. —Asiento—. Pero no recuerdo nada. Entonces, ¿qué sentido tendría que afirmes que sí, que somos novios, si yo no sé si siento por ti? Y tampoco me gustaría hacerte daño. —Lo veo nervioso y preocupado—. Esto es un sin vivir.

Me hace daño verlo así. No imagino qué tiene que estar pasando por su interior.

—Entonces me reservo la respuesta.

—Pero la sé, porque el día que desperté tú y mi padre lo afirmasteis, mucho más tu actitud. —Me tomo medio batido de un trago—. Lamento el daño que te haya podido causar.

—No tienes que pedirme perdón, feo —se me escapa sin querer el adjetivo cariñoso. Mateo sonríe.

—A veces la vida es tan difícil… Otras nosotros la hacemos.

—Pero en nosotros está que sea fácil.

Suena un teléfono detrás de nosotros. Mateo se levanta veloz y corre hacia la moto. En su mochila, que cuelga del manillar, está el móvil. Acepta la llamada mientras yo miro hacia la ciudad. Es tan bonito esto, a pesar de todo. Sin embargo tengo miedo, mucho. ¿Y si me conoce y no llega a enamorarse de mí? ¿Qué haré? No sé si estoy preparado para una nueva desilusión. Pero mi cuerpo me lo pide, me pide que lo haga. Así estaré cerca de él; será como la primera vez, aunque he de ir con calma, mucha calma.

Al final Cristina va a tener razón: tal vez conquistándolo de nuevo me recuerde, aunque creo que ya lo hace, pero no quiere afirmarlo. Bueno, no del todo, pero recuerda algo. Sabe que le falta una pieza y se imagina que soy yo. Y eso es muy bonito.

Busco en mi chaqueta mi pequeña libreta, la libreta de la discordia con la que, se puede decir, comenzó todo. Descapucho el bolígrafo y escribo:

Afirmé que te esperaría,
aunque fuera hasta el final de mis días,
con la intención de ser feliz.
Y ahora que te vuelvo a ver,
no sé qué hacer.
Pero mi corazón grita que no te deje marchar,

porque siempre me arrepentiré.

Ahora que el tren se detiene de nuevo en mi estación, y el reloj está en hora punta, es el momento de viajar otra vez.

No escucho los pasos de Mateo y cuando me habla, me sobresalta.

—¿Escribes?

—B-bue… S-sí. Me gusta escribir.

—¿Qué sueles escribir? —pregunta, mirando mi libreta.

—A veces poemas, otras veces historias. —La cierro—. Según lo que me pida el momento.

—¿Y qué escribías ahora?

—Un poema.

—Que no voy a poder leer, ¿verdad?

Sonrío y niego.

—Ya me dejarás algún día que lo haga.

—Seguro. —Guardo la libreta.

—Es extraño (quizás no), pero me suena esa libreta.

—Ya la has visto otras veces —señalo.

Mateo me dedica una sonrisa muy cálida.

—Tengo que marcharme: me toca trabajar en el bar. Te llevo a casa, ¿vale?

Me tomo lo que me queda del batido y asiento.

—Gracias.

—Es lo menos que puede hacer.

Nos subimos a la moto y regresamos. Le indico dónde vivo y me lleva hasta casi la misma puerta (porque mi calle está cortada por obras), por mucho que le he dicho que no hace falta, que me deje a mitad de camino, pero sigue siendo el mismo cabezota en ese aspecto.

—¿Volveré a verte, por tanto?

—Si quieres, sí.

—¿Acaso lo dudas?

—Bueno, siempre es mejor preguntar.

—Eso también es verdad. Tendrás mi número, como imagino. Escríbeme y quedaremos otra vez.

—Después te escribo un WhatsApp.

Se dispone a ponerse el casco, pero lo detengo. Necesito saber algo antes de que se vaya.

—Dime una cosa: ¿por qué quieres volver a verme, dejando de lado todo ese tema que tú y yo conocemos?

—Porque creo que eres eso que me falta, eso que me hacía feliz y no sé qué es, ojitos azules. —Me besa en la mejilla. Se pone el casco y se marcha.

69

Entro al piso medio volando. No todos los días te dicen que eres la pieza que faltas en alguien. Mis ojos están húmedos de la emoción, del significado de esas palabras. Puede que después de tanta mala suerte, la suerte vuelve a sonreírme, aunque supongo que hay alguien más echándome un cable, y sé quién es, y se lo agradeceré siempre.

Me lanzo sobre la cama. Busco mi móvil en los bolsillos y abro la conversación de WhatsApp con Mateo. ¡Cuánto tiempo sin escribirle! Me tiemblan los dedos de la emoción.

La maldita aplicación me recuerda el último día que hablamos, aunque ahora mismo no me duele. No creo que nada en este instante me quite la sonrisa de la boca, o eso espero.

«Gracias por el batido de esta tarde, y por el rato que hemos pasado juntos. No sabes cuánto te lo agradezco». Me retengo para no poner un corazón ni un «te quiero». Ya de por sí me siento extraño escribiendo así, porque es como si hablara con un desconocido, pero conocido.

Miro la foto de mi abuela y le sonrío, murmurando un mudo «Gracias». Cuando Cristina sepa todo esto dará saltos de alegría.

Me tumbo todo lo largo que soy sobre la cama, y pataleo de alegría.

Es curioso ver cómo el destino nos unió con un encuentro casual en un medio accidente cuando casi caigo rodando por las escaleras del autobús, y después nos separó con un accidente, y ahora nos vuelve a unir con casi un accidente. Es gracioso. Cierto que casi me atropella con la moto, pero eso ha desencadenado que volvamos a pasar la tarde juntos y que Mateo vuelva a fijarse en mí. Tal vez la idea de Cristina y David no era tan mala. La casualidad ha hecho que ocurra lo que ellos pretendían. ¿No es gracioso?

No voy a perder la ocasión de estar al lado de la persona que amo, ahora que tengo una nueva oportunidad.

70

—¡Uy!, qué feliz estás hoy. Mucho más que ayer, por lo que veo —me dice Cristina nada más entrar a clase. Me mira de arriba abajo y me silva—. ¡Guauuu! ¡Pero mirad qué bombón!

Me sonrojo de pies a cabeza. ¡Qué tonta es!

—¡Calla! —digo en cuanto noto todas las miradas sobre mí—. No es para tanto. —Me quito la mochila y la dejo sobre la mesa.

—¿Que no? Pero si estás guapísimo. ¿A qué sí, Abraham?

Abraham acaba de entrar por la puerta y ni siquiera se ha dado cuenta de que estamos aquí. Me mira una vez como si nada para después volver a hacerlo, anonadado.

—Jo… ¡Estás muy guapo! —dice intentando ser lo más recatado posible y se sienta, evitando mirarme una vez más. No creo que sea para tanto, pero algo me dice que se le ha vuelto a encender esa llama que palpitaba por mí.

Cristina se echa a reír.

—Normal que vengas con esa felicidad: todo el mundo irá piropeándote por la calle. Además, ese corte te resalta un montón los ojos.

—Bueno, vale ya, me vas a sacar los colores hasta en los dedos de los pies —señalo, bajando la cabeza como cuando me regañaban en el colegio por tener mal un ejercicio.

—Como no te los vemos, no pasa nada.

Pongo los ojos en blanco antes de reír.

—¡Ya te vale!

Se lanza a mí y me da un beso.

—Mi hermano querido. Venga, ahora, dime: ¿por qué tan feliz?

¿Se lo digo? ¿No se lo digo?

—¡Anoche estuve hablando con Mateo hasta las cuatro de la mañana!

—¿En serio?

—¿Qué? —escupe Abraham, perplejo—. Oh, digo, ¡genial, ¿no?! —se corrige con la mirada de sorpresa e incredulidad que Cris y yo le lanzamos.

Me doy cuenta de que la noticia no le ha gustado, aunque tengo que tener en cuenta que a él nada de lo que yo haga le va a gustar, mucho menos si es con Mateo o con otro chico, aunque se suponía que ya lo tenía todo asumido, una vez más.

—Ignóralo —me dice Cris haciendo un gesto con la mano a la misma vez—. ¿Y cómo es eso? ¿Lo llamaste? ¿Te llamó? ¿Ha recuperado la memoria? Bueno, si fuera así David me hubiera dicho algo.

—Ninguna de esas cosas. —Me sonrojo de pensar en lo tonta que fue la forma de encontrarnos—. Casi me pilla con la moto al cruzar una callejuela.

—¿De verdad? —se sorprenden los dos—. ¡Lo vuestro son los accidentes! —dice Cristina en broma, aunque tiene razón—. La primera vez fue al bajar del autobús. Casi te escalabras.

—No me lo recuerdes. Ese día mi hermano me dejó en ridículo.

—No, fue la novatada.

—¿De qué habláis? —interrumpe Abraham, sin entender nada.

—Lo sabes, Abra. Fue el día que Álex conoció a Mateo; recuerda —señala Cristina sin quitarme la mirada de encima, emocionada.

—¡No me llames «Abra»! —se mosquea él. Hoy no viene hoy de muy buen humor—. Parece que vayas a decir un conjuro.

—Sí, Abracadabra, la pata de la cabra, que estaba coja y piso una rana.

Es gracioso ver las carcajadas de Cristina por su propia tontería. Lo peor de todo es que su risa es contagiosa, aunque a Abraham no le hace mucha gracia. Se levanta de la mesa, se coloca la mochila al hombro y diciendo un seco «Adiós» sale de la clase.

—¿Y a este qué mosca le ha picado ahora? —gruñe Cristina, alzando las manos en busca de paciencia.

Desvío la mirada de la puerta, y niego con la cabeza.

—Creo que está claro: no le ha hecho ninguna gracia que me haya encontrado con Mateo y hayamos empezado a hablar de nuevo.

—¡Pero si no sabe ni la mitad del cuento!

—Ya, pero los celos que le tiene a Mateo no le hacen racionar bien.

—¿Sabes qué te digo? ¡Que le den! No nos va a amagar el día.

»¡Venga!, sigue contando mientras viene el profesor.

71

Abraham baja los escalones de dos en dos, enfadado y con los ojos vidriosos. Corre hacia la calle y nada más salir estrella su mochila contra el suelo. Se precipita sobre ella y le propina una patada enviándola varios metros lejos de él mientras varios profesores y alumnos lo miran.

—Chico, ¿estás bien? —le pregunta una profesora acercándose a él. Abraham eleva la mirada hacia la profesora, serio.

Sin decir nada, agarra la mochila y se marcha, llorando.

72

—Me llevó al mismo sitio que la primera vez, y allí hablamos —añado nada más llegar a la cafetería. No hemos podido seguir hablando en cuanto han llegado los profesores. Cristina estaba deseando que terminara de contarle todo y yo ya no podía aguantarme más—. ¡Fue tan bonito!

Le cuento nuestra conversación.

—Pobrecito. Su mente ya quiere recordar. Bueno, está empezando a hacerlo, lo que pasa que le envía las señales cifradas —comenta Cristina, pensativa.

—Yo también pienso así. Pero tampoco puedo afirmar que sea eso al cien por cien. —Suspiro—. Me da tanta pena verlo así…

Cris me pone una mano sobre el hombro y me sonríe para alentarme.

—También pienso otra cosa.

—¿El qué? —Cuando Cristina se pone así de misteriosa, miedo me da.

—Que creo que ya te recuerda, o una parte de ti, pero no sabe cómo encajarla.

Esto me pilla por sorpresa. ¿Será verdad?

—No lo sé. Y si fuera así, supongo que me lo hubiera dicho.

—No lo va a hacer, no hasta que junte esas piezas que recompongan toda tu imagen, porque la que ahora mismo tiene son retazos borrosos.

—Cuando me dejó en casa me dijo: «Porque creo que eres eso que me falta, eso que me hacía feliz y no sé qué es».

No voy a olvidar nunca esas palabras.

—¿Y por qué te dijo eso?

—Porque yo le pregunté que por qué quería volver a verme.

Cristina comienza a sonreír poco a poco para después hacerlo ampliamente.

—Eso es lo más bonito que te pueden decir, Álex.

—Lo sé. —Desvío la mirada hacia otro lado, azorado. Estas cosas me dan mucha vergüenza.

—Ahí se deduce lo que te he dicho; vas por buen camino. El Destino pone cada cosa en su lugar, aunque siempre ponga piedras a mitad.

—¿Crees que Mateo y yo estaremos juntos toda la vida?

—Bueno, eso depende de vosotros, ya que podemos cambiar el Destino. Pero no cabe duda de que estáis hechos el uno para el otro. Ambos os merecéis lo mejor.

—Gracias, Cris. —Me emociono al escucharla. La abrazo—. Gracias por estar siempre ahí.

—Estaré siempre que pueda. —Se levanta—. Voy a por una tostada. ¿Quieres algo?

—No, gracias; no tengo hambre.

Mientras ella va a por la tostada yo me recuesto en la silla. Saco mi móvil y veo que tengo un mensaje de Mateo.

«Ojitos bonitos —acompaña la frase de un mono tapándose los ojos—, ¿nos vemos esta tarde? Llevo toda la noche pensando en ti. Ya quiero volver a verte, si me das la oportunidad».

¿Me llamarán loco si me pongo a bailar en mitad de la cafetería?

«Yo también tengo muchas ganas de verte. —Le envío el mismo monito—. ¿A qué hora nos vemos?»

«A las cuatro paso a recogerte si no tienes nada que hacer».

«Deseando estoy de que lleguen las cuatro de la tarde. Te… —Me quedo parado. ¡Casi le digo "te quiero", una vez más!—. Te espero en mi piso», corrijo.

«Allí nos vemos. Hasta luego, guapo». Envía una cara sonrojada y otra lanzando un corazón.

—Aquí está, viene ya, tan feliz, con sus flechas de amor para ti, quizás también para mí… —Cris me pilla cantando.

—¿De quién es esa canción? —Me mira como si estuviera loco.

—De Karina. Ya tienes bastantes años. Tú no habías nacido.

—¿Y tú sí? Ja, ja, ja. Sabía que eras raro, pero no tanto.

—Como a ti solo te gustan las cosas modernas... Pero que sepas que las canciones antiguas eran mejor que las de ahora.

—Si lo dices por el reggaetón, te lo admito.

—Eso fue un acuchillamiento a Mozart y a los grandes de la época. —Venga, a ver quién suelta la tontería más grande.

Cristina muerde su tostada y saca su teléfono.

—He quedado con Mateo esta tarde: una nueva cita —informo—. Espero que todo salga bien.

Cristina no me escucha.

—¿Te pasa algo?

Cristina levanta la vista del teléfono.

—Perdona, hablo con Abraham.

—¿Dónde está?

—Se ha ido a su casa; dice que hoy no quiere saber nada de nadie.

—¿Por qué? —Ella me mira y yo comprendo—. No entiendo por qué vuelve a ponerse así. ¡Ya es obsesión lo que tiene conmigo!

—No le hagas caso. Ya se le pasará. Tú ve y triunfa con Mateo.

—Lo intentaré.

Pero ya no me quedo tranquilo. No sé por qué, pero tengo la sensación de que Abraham es capaz de hacer algo contra mí y Mateo con tal de separarnos. Aunque espero que no, porque si lo hiciera, nuestra amistad se terminaría para siempre.

—Vamos a clase; ya es la hora —me dice Cris sacándome de mis pensamientos. Se limpia las manos—. Y tranquilo, lo conseguirás.

—Sí. —Asiento por no decirle lo que de verdad temo.

73

Mateo se quita el mandil de camarero y lo cuelga en la percha de la puerta del despacho. Entra al baño, se mira en el espejo, se peina un poco el pelo y sale.

—¿Adónde vas tan corriendo? —le pregunta su padre, asomando la cabeza por la puerta de la cocina—. ¿Has hecho lo que te he pedido?

Mateo se gira, poniendo los ojos en blanco.

—Sí, papá. Te he dejado la ensaladilla y dos tortillas en la cámara frigorífica como me has dicho. Tranquilo que está todo bajo control.

—No, si era por asegurarme, nada más.

No cabe duda de que su padre es otro desde el accidente. Muy amable le ha preguntado adónde va. Si hubiera sido antes, lo hubiera hecho gritando.

—Sabes que conmigo no tienes problemas en eso. Si fuera David, sería otra cosa.

Su hermano se acerca desde la otra punta de la barra.

—¿Qué pasa conmigo? —se molesta.

—Nada —le da una palmada en la mejilla derecha—, que te estás haciendo mayor.

David intercambia una mirada con su padre. ¿Qué tontería es esa?

—Me voy. Volveré a la noche. —Agarra dos casos de moto.

—¿Adónde vas? —lo interrumpe su hermano.

—He quedado. —Y le guiña un ojo.

—¿Con quién? —insiste, serio.

—¡Qué preguntones estáis hoy, ¿eh?! No voy a hacer nada malo ni me va a pasar nada por el estilo.

—No lo decimos por eso —dice su padre, saliendo de la cocina. Se limpia las manos en el mandil—; solo queremos saber con quién sales.

—Chismosos, ja, ja. ¡Marujones! —Les saca la lengua y, saliendo por la puerta, añade—. ¡Ah!, es con Álex. —Y cierra la puerta.

David y su padre intercambian una mirada.

—«¿Con Álex?»

—¿C-cómo? ¿Pero…? —Mariano no da crédito—. ¿Cuándo…?

—Papá, deja ya de titubear. ¿Crees que ha recordado? —David se frota la frente, pensativo.

—No tengo ni idea, hijo, pero si ha quedado con Álex, será por algo, ¿no?

—Que yo sepa, Álex no se ha acercado a él desde aquel día en el hospital.

—Normal. Pobre chico —suspira Mariano.

—¿Entonces? —Su padre se encoge de hombros, regresando a la cocina—. Voy a llamar a Cristina para averiguar.

—Chico, ponme un café con leche. De sobre, no de máquina. Gracias —lo interrumpe un cliente.

David deja el teléfono al lado de la máquina de café mientras la llamada sigue su curso.

74

—¿Sabes que mi hermano ha quedado con Álex? —escupe David nada más aceptar Cristina la llamada. Como respuesta, Cristina suelta una carcajada—. ¿Qué te hace tanta gracia?

—¡Yo ya lo sabía!

—¿Y no me cuentas nada?

—Tampoco he tenido mucho tiempo —se excusa ella aguantando la risa.

—Ya, claro. Bueno, cuenta. Entonces, ¿mi hermano ha recordado ya a Álex?

—Nop. Es una larga historia. ¿Tienes tiempo?

—Un segundo. ¡PAPAAAÁ! Atiende la barra. Llamada urgente. Ya estoy. Ahora tengo todo el tiempo del mundo para ti.

75

Estoy nervioso, no, lo siguiente. Es como mi primera cita, porque lo de ayer… Bueno, se puede decir que fue una cita fortuita. No fue nada esperada, aunque fue maravillosa, dicho sea de paso. Pero hoy quiero que sea mejor.

Mateo me ha dicho que no planee nada, que no quiere nada premeditado, que todo salga como tenga que salir. La idea me gusta. Siempre que se prepara algo a veces no sale como se espera. Mejor decidir en el momento. Aunque… Bien, hay cosas que son para decidir al momento; otras con antelación.

Estoy de pie frente al armario y no sé qué ponerme. Ya llevo casi cuarenta minutos y Mateo está a punto de llegar. No quiero ir con cualquier cosa: quiero que me vea guapo. Tampoco deseo conquistarlo con la apariencia. Supongo que no fue eso lo que lo enamoró la primera vez, sino mi forma de ser. Y creo que debe ser la misma quien lo haga recordar.

Sin embargo, es tan difícil… Tengo mucho miedo, para qué negarlo. ¿Y si no vuelve a recordar nunca? ¿Y si no vuelve a sentir nada por mí? Tal vez no debería tener tantas esperanzas ni expectativas, porque cuanto más altas sean más grande es la ostia que te das con la caída. Pero si no hay ilusiones, nada tiene sentido. Las ilusiones son la base de todo.

—¡Menos mal que me corté el pelo, sino me lo estaría arrancando ahora mismo! —exclamo, lanzándome sobre la cama. ¿Qué me pongo de una vez? Cualquier cosa está bien, pero «cualquier» cosa no me convence, es el mayor de los problemas.

Suena mi móvil. Un wasap de Mateo. Es un audio.

«—Ojazos, en nada estoy ahí. Te aviso y bajas. Un besito donde más te guste».

¿Dónde más me guste? Uhmm… Difícil, viniendo de él. Me ruborizo yo solo.

Lo quiero en los labios.

Miro el reloj: son casi las cuatro, y Mateo siempre es puntual. ¡Maldita sea!, me va a pillar sin vestir. Corro al armario, cojo unos vaqueros oscuros y una camisa estilo leñador, roja y negra, y un pantalón marrón claro; una camiseta de tirantes, negra, y una rebeca azul que creo que puede ir a juego. Salgo de la habitación y llamo a la puerta de mi compañera de piso, Marta. Supongo que se sorprenderá de verme. Últimamente apenas nos vemos. La pobre está muy liada y yo que he estado, como aquel que dice invernando….

—¡Voy! ¡Un segundo! —Abre la puerta con una toalla en la cabeza—. ¡Hola, Álex! Estaba secándome la cabeza. ¡Te has cortado el pelo!

—Nah. Ha sido un viento que me ha dado. Ja, ja. ¿Te has lavado la cabeza? —pregunto. Huele a champú de limón anticaspa.

—Sí… —Se sonroja conforme se desenrolla la toalla de la cabeza y la deja caer al suelo—. He cometido una locura. —Se echa a reír.

Me quedo mirándola, perplejo. ¡Se ha teñido de azul oscuro! Intento no reírme.

—Tía, estás loca. ¿Lo sabías?

—Solo un poco. Ya tenía ganas de hacer alguna locura, de cambiar un poco, pero no sé si la jugada me ha salido muy bien.

—No te queda mal al ser azul oscuro, aunque creo que se puede mejorar.

—¿Qué harías tú?

—Tiñe las puntas de rosa: quedarías perfecta.

Abre los ojos de par antes de volver a reír.

—Como se nota que eres gay.

—¿Y eso que tiene que ver? —me sorprendo.

—Porque tenéis buen gusto para estas cosas y sabéis orientar a las mujeres. Casi todos los artistas por eso son gais, por esa sensibilidad.

Bueno, visto así, puede tener razón, pero no valgo para orientar.

—Me alegro haber podido ayudarte, porque ahora te toca a ti ayudarme. ¿Qué me pongo? —Enseño las dos posibilidades—. ¿Este, o este?

—Uhmm… Este. La rebeca azul te quedará bien con esos pantalones. Y la camiseta de tirantes te va a marcar el pecho. —Me guiña un ojo—. Así con quien hayas quedado no te quitará ojo.

—¿Y cómo sabes que he quedado? —me sorprendo.

—Está claro: quieres ir arreglado, por eso me has pedido consejo. De no ser así no me hubieras pedido ayuda.

—También es cierto. Gracias.

Escucho vibrar con violencia mi móvil sobre la mesita. ¡Mierda! ¿Es Mateo?

—¡Ya me contarás con quién has quedado!

—¡Sí! —afirmo, entrando a la habitación. Suelto la ropa sobre la cama y agarro el teléfono. Dos mensajes de Mateo y una llamada.

«Su chofer particular ha llegado. ¿Necesita que suba a buscar al príncipe?»

Me arranca una sonrisa. No le respondo; ahora mismo tengo algo más urgente que hacer: y es cambiarme de ropa.

Diez minutos más tarde salgo a la calle, sonrojado.

—Siento llegar tarde, mi compañera me ha entretenido —culpo a Marta. Es una pequeña mentira piadosa—, pero ya estoy aquí.

Mateo me está mirando a los ojos. Le sostengo la mirada. ¿Cómo alguien puede mostrar tanto a través de la mirada? Hace que todo mi cuerpo se estremezca de pasión.

—¡Qué guapo estás! —me dice con una sutileza que es como un cosquilleo en la piel. Me arregla un mechón rebelde de pelo. El peluquero me peinó muy bien, pero para eso yo soy una causa perdida—. Así estás mejor.

—G-gracias. Tú también estás muy guapo. —Como dos niños, sonrojados y regalándonos cumplidos. Pero es tan mágico el momento.

—Bueno, no te creas. He salido del trabajo, no he tenido tiempo de cambiarme. Eso sí, intenté esta mañana irme arreglado para estar listo para esta tarde.

—Estás perfecto.

Se besa un dedo y me lo sella en la punta de la nariz.

—Sube a la moto. Ponte este caso que he cogido para ti y agárrate a mi cintura que nos vamos.

—¿Adónde vamos a ir? —pregunto mientras me pongo el casco.

—Déjame a mí. ¿Confías?

—Confío.

Arranca la moto.

76

Nos detenemos en el mismo mirador. Miro a Mateo sin comprender. ¿No se suponía que íbamos a otro sitio?

—¿Te he defraudado? —me dice a ver mi cara de incertidumbre.

—Ah, no, no. Pensaba que íbamos a otro sitio, solo es eso. Como dijiste que…

Me pone un dedo en los labios, callándome.

—Sé lo que he dicho. Aun así no te voy a defraudar. —Saca de debajo del asiento una bolsa de papel. La sacude un poco para que suene, sonriendo—. La merienda.

—¿Qué es? —me intrigo.

—Vamos a endulzarnos la tarde: una selección de donuts. —Se relame. Mi cuerpo se estremece con el movimiento de su lengua sobre sus labios. ¡Ay, quiero besarlo ya!

—Quieres decir: vamos a engordar un poquito, ¿no?

—También. A ti no te viene mal.

—Soy de constitución delgada —debato, riendo.

—Ya, y yo soy tonto.

—¿Y te dan paga? —Mateo me mira desconcertado sin comprender. Riéndome, le resto importancia con un ademán de mano—. Venga, te sigo.

Mateo me coge la mano, apretándomela con cariño. Tiene las manos calientes al contrario que yo.

Me conduce por entre los árboles pasando por detrás del arco románico. Seguimos ascendiendo y llegamos a un pequeño claro de árboles donde se encuentran las ruinas de una iglesia románica. El musgo cubre parte de su fachada. Es tan bonito lo que veo. Parece una ilustración. Abro la boca para decir algo, pero no me salen las palabras. Me acerco y acarició una columna.

—¿Te gusta? —me dice, acercándose a mí.

—Me encanta. Este lugar tiene magia.

—Mucha. Aquí es donde suelo venir cuando tengo que hacer alguna ilustración de fantasía. Me inspira. —Se adentra entre las ruinas. Voy tras él. Los rayos de luz se cuelan por entre los huecos de las ventanas semicirculares, estrechas—. Lo descubrí hace tiempo. Supongo que esta parte sí que es menos conocida. Ni siquiera por mis amigos. No me gustaría que alguien lo descubra y esto se vea destrozado.

—Sería una pena —asiento con la cabeza, observando cómo le brillan los ojos. Mateo tiene tanta sensibilidad—. Hoy día no se valora nada.

—Nada. —Se sienta sobre una piedra y deja la bolsa de donuts al lado—. ¿Sabes por qué te he traído aquí?

Niego con la cabeza. La verdad que no me hago a la idea.

—Porque cuando ayer te vi con tu libreta supe que esto te gustaría. Me dijiste que escribías, y este lugar inspira para miles de historias. Y quiero que lo haga contigo.

—¡Eres tan mono!

Me saca la lengua, juguetón. Me incita a sentarme en la piedra que queda a su lado.

—También porque eres especial. Y sé que tú sabrás valorar bien esto.

Le acaricio la mejilla mientras lo miro a los ojos. Comienzo a ruborizarme y le aparto la mirada y la mano.

—Tienes las manos como el hielo.

—Siempre —admito.

—¿Los pies también?

—A veces. En invierno dormir conmigo es una tortura. No me gusta dormir con calcetines y mis pies no se calientan con nada.

—Entonces hay que llevar yelmo y armadura para dormir contigo, ¿no? —se ríe.

—Más o menos, aunque no sé yo que estará más frío de las dos cosas, ja, ja.

—Uhmm… Cierto. Mejor aguantar tus pies. —Busca en la bolsa y saca la cajita blanca que contiene ocho donuts—. Hay cuatro para cada uno. —La abre—. Elige; ¿cuál quieres primero?

Miro los donuts: todos tienen muy buena pintan, pero me decido por el de cebra.

—Gracias —digo y doy un bocado al donut. Esto sí que es placer adulto, como dice el anuncio de la tableta de chocolate—. ¿Sabes? Me siento mal. Ayer me invitaste al batido, hoy a los donuts… No sé, tal vez debería ser yo el que hubiera pagado los donuts. —Aunque no he pensado en eso, ni en nada, solo en que iba a salir con Mateo.

—¿Y? ¿Pasa algo?

—No, pero me da vergüenza. Je, je. —Me sonrojo—. ¿Por qué lo haces?

Me mira a los ojos. Nuestras miradas se cruzan. Mi corazón se acelera y me acerco a él con el deseo de besarlo, pero Mateo gira la cabeza y da un mordisco al donut como si nada. ¿No se ha dado cuenta o de verdad ha evitado mi beso? No sé qué pensar. Quiero creer que no se ha dado cuenta de que quería besarlo.

—Lo hago porque eres muy especial —es su respuesta. Y esa respuesta me gusta, porque, aunque no me recuerde como su novio, me sigue viendo de la misma forma, y eso es un punto a favor, supongo.

—No soy nada del otro mundo. —Esto creo que se lo dije una vez.

Muerdo el donut y echo un vistazo en derredor, deleitándome con la belleza de la iglesia.

—Lo eres, aunque no lo creas. —Me agarra de la barbilla y me gira la cabeza para mirarme —. Me encantan esos hoyuelos que te salen cuando sonríes. —Me sonrojo—. Y cuanto tus mejillas se encienden.

—Y parezco Heidi, ¿no? —Es mi momento de debatir y romper la belleza del momento.

—¡Qué cosas dices! —Se termina el donut, y suspira.

—¿Pasa algo? —pregunto. No me gusta que nadie suspire de esa forma tan desalentadora, como si tuviera un profundo vacío en el interior.

—No sé; es todo tan extraño.

—¿El qué es extraño?

Me vuelve a mirar a los ojos.

—Si estuvimos juntos, ¿por qué no hay fotos nuestras en mi móvil, ni wasaps ni nada por el estilo?

Ahí no sé qué decir. No me esperaba que dijera algo así. ¿Tal vez su padre ha borrado todo después de que no me reconociera? Puede que actuara de buena fe, pero no creo que sea lo más sensato, mucho menos borrar cosas tan personales sin permiso.

—¿Has hablado con tu padre? —pregunto.

Niega con la cabeza y saca otro donut cubierto de chocolate y almendras trituradas.

—No, no me atrevo a hablar aún.

—¿Por qué, si puedo saberlo?

—Porque algo me dice que lo que me va a decir no me va a gustar.

—Si es que te dice la verdad —murmuro.

—¿Qué has dicho?

—Nada, nada. Digo que tienes que enfrentarte a eso. Es probable que lo que oigas te ayude a recordar.

Se encoge de hombros.

—Puede. Sé que han pasado muchas cosas durante mi estado de coma. Mi padre es otra persona. Nunca pensé que pudiera cambiar, y no es el mismo. Ha cambiado a mejor. Está muy amable. Habla de mi homosexualidad como si nada.

—Eso es bueno, ¿no?

—Sí, pero… ¿Tú lo sabes, no es cierto? Lo que ha pasado todo ese tiempo.

—Sí —asiento sin meditarlo.

—¿Y me lo dirás?

Mi alma se me cae a los pies. Quiero, pero yo no soy quien debe hacerlo.

—Estuve todos los días ahí. Iba a mi pueblo para pasar con mi abuela sus últimos días de vida y regresaba para estar también contigo.

—¿De verdad hiciste eso? —se sorprende Mateo, mirándome.

Asiento, conteniendo el llanto, acordándome de esos días de calvario, y de mi abuela.

—¿Y tu abuela…?

Asiento, con un nudo en la garganta.

—Yo… Lo siento. No sabía nada. Bueno, tal vez sí… Lamento no haber podido estar contigo en ese momento, ya sabes. —Mateo está aturdido.

—No digas nada. Tranquilo, no pasa nada.

Me abraza. Ese abrazo suyo que llevo tiempo deseando.

Me dejo llevar y lloro. Pero no sé si lloro de alegría o tristeza. No tengo la menor idea.

—¿Puedo preguntarte algo? —digo, intentando cambiar de tema.

—Claro. —Me quita las lágrimas con los dedos—. Dime.

—Mientras estabas en coma, ¿escuchabas o sentías algo?

—Sí, y no. A veces escuchaba voces, otras no. También soñaba, pero eran sueños extraños: fondos blancos con personas medio etéreas… No sé muy bien. Fue todo muy raro. Y otras…, nada. Supongo que en esos momentos dejaba de existir.

—¿Dejabas de existir? ¿Qué quieres decir?

—Que estaba muerto. —Esta respuesta me sobresalta. ¿Está diciendo la verdad? Lo peor es la naturalidad con la que lo dice—. No me mires así. Es cierto, morir es muy rápido, y nunca lo sabrás porque dejas de existir y ya nos convertimos en energía.

—¿No crees en el alma? —pregunto, recordando la forma en que mi abuela se manifestó conmigo a través del sueño.

—Sí y no. No lo sé. Hay cosas que a veces es mejor no saber.

También tiene razón.

Nos quedamos en silencio, saboreando otro donut.

—Álex, ¿me contarías cómo fue nuestra primera cita?

Me arranca una sonrisa. Será gracioso hacerlo, teniendo en cuenta que fue algo atormentado.

—Claro que sí.

Cuando el sol se pone Mateo me lleva de regreso a casa. A mitad de camino nos cruzamos con Abraham y, a pesar de que llevo el casco, me reconoce. Su mirada nos persigue hasta que nos perdemos de vista, una mirada cargada de odio, pero también de tristeza y envidia. Pobre. Me duele, y eso que intenté acabar con esto, pero él no se rinde. ¡Qué difíciles son los temas del amor!

—Gracias por la tarde, los donuts, traerme a casa y la compañía que me has brindado—le digo al bajarme de la moto en la puerta del piso.

—Gracias a ti, Álex. Me estás haciendo sonreír. En dos días me estás haciendo mucho bien. —Pero ¿en qué sentido? No llego a preguntarlo. «Calma, Álex, calma»—. Contigo me siento genial. Puedo hablar con tranquilidad y desahogarme. Es como si te conociera de hace ya tiempo, valga la redundancia.

Ambos nos reímos.

—Me alegro de que sea así y verte sonreír.

Nuestras miradas se cruzan de nuevo y yo me acerco para besarlo, pero esta vez Mateo sí gira la cabeza a propósito. Eso me duele. ¿No le atraigo?

—Me marcho ya —dice poniéndose el casco.

—¿V-volveremos a vernos? —necesito saber. Levanta el cristal del casco y asiente.

—Tengo que conocer todo lo que escondes en tu interior. —Me guiña un ojo—. One kiss en la nariz.

—«¿En la nariz?» —supongo que lo hace por la rima, pero yo pregunto para alargar el momento de la despedida. Mateo me toca la punta de la misma con un dedito—. Venga, ten cuidado. Buenas noches.

—Buenas noches, guapo.

—¡Y avisa cuando llegues a tu casa! —añado en cuanto se marcha, y Mateo me dice adiós con la mano.

Cierro los ojos y suspiro. ¡Toma, toma y toma! Aunque en mi momento de celebración algo me dice que la cosa no marcha bien: ha rehuido a mis besos. ¿Por qué? ¿Tal vez teme algo? ¿O no ve que sea el momento para el beso?

Supongo que es mejor no adelantar acontecimientos. Saco la llave y me dispongo a abrir el portón. Cuando voy a entrar, me giro, como movido por algo, aguzando la mirada. ¿Hay alguien espiándome? Tengo esa sensación. Aquí no hay nadie. Imaginaciones mías.

Me encojo de hombros y entro, sonriendo de felicidad.

77

Abraham sale de detrás de un coche donde se ha escondido para no ser descubierto, limpiándose el sudor de la frente. Casi lo pilla.

Sin perder tiempo corre en busca de su coche que lo ha dejado aparcado cerca de allí. Da una patada al aire, enfadado.

—No voy a ser aquí yo el perdedor. Ni mucho menos.

Arranca el motor y sigue los pasos de Mateo cargado de rabia. ¿Por qué Álex se ha fijado en Mateo y no en él? Mateo no se merece a Álex.

Cegado por los celos, Abraham adelanta a varios coches y se posiciona detrás de la moto de Mateo casi rozándola. Mateo parece darse cuenta y acelera, y más lo hace Abraham. Sus manos están fuertemente fijadas al volante y su vista pegada a Mateo.

Un semáforo en rojo parece querer cortarle el paso a Abraham, pero este pisa fuerte el acelerador para no perder de vista a Mateo y, cuando viene a darse cuenta, apenas tiene tiempo de reacción. Da un volantazo y logra esquivar la moto, evitando así que Mateo vuelque.

Con un nudo en la garganta, viendo lo que ha estado a punto de hacer, Abraham huye sin mirar atrás, dejando a un perplejo Mateo preguntándose quién es el idiota que casi le hace tener de nuevo un accidente.

78

—Hoy estás taciturno, Álex. ¿Te ocurre algo? —me pregunta Cris al poco de estar en clase, pasándome una mano por la espalda. La miro y me encojo de hombros—. Esa respuesta no me vale.

—No sabía que «taciturno» estaba en tu vocabulario —intento sonreír y, a la vez, así cambiar de tema.

—Suponiendo que me estoy formando para profesora de Lengua y Literatura, sí, aunque no conozco todo el diccionario de memoria. Pero no me cambies de tema. ¿Qué es? Es por Mateo, ¿cierto? —Le sostengo la mirada—. No puedes engañarme. ¿Sucede algo malo?

Suceder no sucede nada malo, o eso creo, o no lo sé a ciencia cierta. Puede que sean imaginaciones mías.

—En el descanso te digo.

—Está bien. Pero anímate, por favor, que no quiero verte más así. Ya pensé que esos días de bajón habían pasado.

—Y han pasado, lo de hoy es una cosa momentánea, no te preocupes.

Todos tenemos ese día que nos levantamos apagados o fuera de cobertura. Seguro que se me pasa a lo largo de la mañana.

A las once salimos en dirección a la cafetería, los dos. Abraham ha dejado de sentarse con nosotros. En realidad, apenas se le ve el pelo. Sé que sigue hablando con Cris, pero ella tampoco sabe qué le pasa. Según ella, está ovulando.

—Toma, un café con leche; esto te pondrá las pilas. Y un croissant de chocolate fundido por dentro —me dice Cris, sentándose—. Esto anima hasta a los muertos.

—Lo que se dice alegría para el body.

—¡Y tanto! —Da un bocado a su croissant y el chocolate fundido le cae por ambas comisuras de la boca.

—Límpiate que pareces Charlie y la fábrica de chocolate —me divierto, dándole una servilleta de papel.

—¡Ojalá!, aunque estaría igual de gorda que Augustus Glub.

—Más o menos, sí. Ja, ja, ja. —Muerdo mi croissant. ¡Qué delicia! Creo que sí me va a venir bien este chute de chocolate.

—Y ahora, cuéntame: ¿ha pasado algo entre vosotros?

Dejo el croissant en el plato. Me limpio la boca, niego y asiento al mismo tiempo.

—Te explicas como un libro cerrado y cubierto de polvo.

—Tonta. A ver, sí y no. Según en el contexto en que preguntes.

—¿Beso, sexo?, por ejemplo.

Niego. Nada de nada.

—He intentado besarlo varias veces, y me rehúye. Llevamos dos semanas saliendo de nuevo, y nada.

—¿En serio? ¿Y por qué crees que es?

¿Me atrevo a decir lo que pienso?

—Porque no le gusto como antes, eso está claro. ¿Qué otra cosa va a ser?

—No creo que sea eso; no pienses así —intenta alentarme.

—Es que es así. Si no, ¿por qué siempre me hace la cobra? Hace como que me va a besar y gira la cara y saca otro tema de conversación.

Tengo en mi cabeza justo el último momento en qué pasó eso. Fue antes de ayer. Fuimos al cine. Le apetecía ver una nueva película de dibujos animados. La sesión era a las seis de la tarde. Me encantó verlo disfrutar como un niño. Después regresamos a nuestro lugar secreto, a la iglesia románica. Había llovido un poco y el arcoíris se veía desde allí con vivos colores. Mateo me preguntó sobre mi futuro, qué me gustaría ser dentro de unos años. Como yo ya sabía, a él le gustaría continuar ilustrando. Ilustrar las portadas de los libros y cuentos, dotar de magia las palabras de los escritores, trabajo que ya tiene, pero que, a raíz del accidente, parece que está flaqueando. Pero también quiere hacer un master de animación 3D. Su sueño desde pequeño es ser animador de dibujos, pero con el nuevo plan de estudios no pudo cursar una asignatura decente en la carrera para formarse. Y el master es demasiado caro y no puede costeárselo, no ahora mismo. No obstante, es feliz con lo que hace. Desempeña su pasión igualmente. Yo le dije que me gustaría ser escritor.

—¿Poeta?

—No solo escribo poesía. A veces relatos cortos, como te dije. También tengo una historia a medio terminar. La comencé este verano, pero después no la he continuado. Tengo la idea, es buena, pero me falta algo, una chispa. Supongo que mis musas han muerto.

—Las musas en ti no mueren, porque tú eres una de ellas.

—¡Qué bonito es eso que me dices! —Le sostuve la mirada. Él me la sostuvo a mí. Me derretía por besar sus labios. Su mirada se asentaba dentro de la mía y me acariciaba desde dentro. Sentía las mariposas revolotear en mi estómago. Nos acercamos para besarnos y, cuando mis labios iban a rozar los suyos, se separó de mí, girando la cara y mirando el arcoíris.

Me quedé con cara de póker, avergonzado. Me froté la frente, disimulando.

—¿Sabes qué sería bonito? Ilustrar yo esa historia de la que me hablas. ¿Por qué no te pones y la terminas?

—Sí, tengo que hacerlo. Supongo que este verano.

He pasado dos noches dándole vueltas al asunto. Tal vez tiene miedo; tal vez no quiere besarme aún por temor a algo, pero no creo que sea porque piense que no me gusta, porque se ve a la legua que bebo los vientos por él.

—Creo que no le gusto como antes, Cris, que me ve como a un amigo, nada más, o ya me hubiera besado, más que besado. Él es muy echado para adelante. Fue él quien me besó primero la primera vez. Él es un chico muy seguro y sin miedos. Y ahora lo veo todo distinto. Es muy atento conmigo, como antes, pero nada más. Está… diferente. ¡Se lo noto!

Intento aguantar mis ganas de llorar. No sé si lo conseguiré mantener.

Cristina me mira sin saber qué decir.

—No sé, Álex. Puede que no sea eso, no te adelantes a los acontecimientos.

—Cris, ni tú misma estás creyendo lo que dices. Dime, si un chico te hiciera eso a ti, ¿qué pensarías?

—Pensaría lo mismo que tú.

—¿Ves?

—Ya, pero tienes que comprender la situación suya. Se puede decir que se está redescubriendo después del coma. Tal vez está recordando, tal vez están aflorando ahora sus sentimientos anteriores y se están mezclando con los nuevos y no sabe a qué acogerse.

También puede ser verdad. Sin embargo, mi abuela solía decir «piensa mal y acertarás», y eso es lo que me pasa ahora, que pensando mal se llega antes a la verdad.

Tomo un sorbo de café que comienza a enfriarse.

—¿Le has preguntando? Puede que así salgas de dudas.

—No me atrevo. ¿Y si me dice que no le gusto, que no soy lo que esperaba?

—¿Y es mejor estar con la agonía de no saber?

—Ya, eso también es cierto. Pero no estoy preparado para escuchar que no le gusto.

—Tienes que ser fuerte, porque lo eres. Además, ya te lo he dicho, puede que no sea eso. No seas negativo. Positividad, o atraerás lo malo.

—Lo malo lo tengo encima. Mi suerte se la llevó la corriente.

Cristina pone los ojos en blanco y suspira.

—Aquí nada se ha llevado la corriente. Si Mateo ha regresado a tu vida es por algo, aunque no de la forma que esperas.

—También lo he pensado. Nos separó un accidente y un medio accidente nos vuelve a unir.

—Y tú tienes la llave para hacer que se una del todo. —Da un mordisco al croissant—. Solo tienes que dar en la cerradura correcta, meter la llave, y girar.

—No la tengo. Estoy haciendo todo lo posible y nada.

Me termino el croissant y me recuesto sobre la silla. Miro en derredor y veo a dos chicos besándose. ¿Y por qué yo no? ¿Qué mal de ojo me han echado? No creo en esas cosas, aunque ya estoy empezando a creer, porque esto ya pasa de castaño a oscuro.

Cristina me agarra una mano, me sonríe con ternura y dice:

—Álex, no quiero verte así, pero haz lo que sientas que es más correcto. Y si ves que esto sigue así, aléjate, por tu bien. Protégete. Tú siempre, por encima de todo, aunque duela. ¿Lo harás?

No sé qué decirle. Sé que tiene razón, y debería hacerlo, pero no quiero dar un paso en falso; hay cosas que hay que meditar.

—¿Lo harás? —me repite.

Le sostengo la mirada.

—Álex. —Su voz suena sería.

Suspiro, relajando los hombros, y asiento.

—Lo haré, lo haré por mi bien.

—Así me gusta, hermanito. Ahora, venga, sonríe y vamos a clase.

Me tomo lo que queda de café y nos dirigimos hacia el aula. Mi teléfono vibra. Es un wasap

de Mateo.

«Guapo, ¿nos vemos esta tarde de nuevo? Tengo ganas de estar contigo». Acompaña el mensaje con un monito tapándose los ojos.

Cuando leo estás cosas me desconcierto más. ¿Por qué no me besa y después quiere quedar porque desea estar conmigo? No lo entiendo.

—Dile que no puedes, que tienes que hacer un trabajo —gruñe Cris detrás de mí. Ha leído el mensaje—. Álex, hazte el duro.

—Pero…

—Es una mentira piadosa, por tu bien. Di que tienes que hacer algún trabajo o algo por el estilo, que has quedado conmigo y algunos más de clase para terminarlo y que es para mañana.

—¿De verdad?

—Álex…

—¿Sabes que hablando así me recuerdas a mi madre? —Cris relaja el rostro, sorprendida con mi comentario. Me echo a reír—. Deberías ver qué cara has puesto.

—No me vas a distraer. Escribe el mensaje.

—Cris… —mi voz suena a suplica.

Me quita el teléfono de las manos; lo escribe por mí y lo envía.

—¿Qué le has puesto? —me molesto, clavando la vista sobre el mensaje.

«Hoy no puedo, lo siento. Tengo que terminar un trabajo con los compañeros y no sé cuándo terminaré». Ha añadido también otro monito.

—¿Qué pensabas que le iba a responder?

—No sé, algo peor.

Cris niega con la cabeza y se encamina hacia el aula.

—¡Hombres! A veces no os entiendo.

—¡Espera! —Voy tras ella—. Tú también eres dura de mollera, ¿eh? No te quejes de mí.

—Ahora no es el turno de meterse conmigo. —Y me lanza un beso a lo Marilyn Monroe.

—¡Qué diva eres cuando quieres! —rio.

—Cuando quiero, tú lo has dicho.

Reviso de nuevo el WhatsApp. Mateo me responde con varios emoticonos llorando, y añade:

«¡Qué pena! No pasa nada, guapo. Haz el trabajo y ya nos vemos en otro rato. Mientras pensaré en ti».

Jo. Sí, pensarás en mí, y después rehúyes un beso, pienso por no decírselo. No le respondo. Cristina tiene razón: tengo que ser duro. Mateo tiene que darse cuenta de que así no me hace bien. Nada bien.

Me guardo el teléfono en el bolsillo y entro a clase.

79

Mateo deja sobre la mesita de noche su móvil y se tumba sobre la cama. Suspira. Se gira, mira el techo y vuelve a suspirar.

—¿Le ocurrirá algo? Ha visto el wasap y no me ha respondido —piensa en voz alta. Se gira colocándose en posición fetal—. Tal vez se ha dado cuenta de mis dudas.

Llaman a la puerta en ese momento.

—Adelante.

Mariano abre la puerta.

—¿Qué haces así en la cama? ¿Te encuentras bien?

Mateo asiente, sentándose.

—Bueno, yo me voy al bar, que hemos dejado a tu hermano solo.

—Vale, yo iré después.

—¿No te ibas a tomar el día libre? Habías quedado con Álex, si no recuerdo mal.

—Sí, esta tarde, pero no puede, tiene que terminar un trabajo. —Se encoge de hombros.

Mariano levanta la ceja derecha.

—¿Va todo bien? ¿Cómo ha ido estos días?

Mateo se sorprende de que su padre le pregunte eso. Nunca se ha preocupado por cómo le ha ido en las citas que ha tenido.

—Bien, va todo bien.

—¿Vas recodando algo?

Mateo niega con la cabeza.

—Nada de nada.

—Bueno, no desistamos; ya lo harás.

—Seguro.

—Me marcho ya. Nos vemos luego.

—Sí, papá. ¡Que sea leve!

Y antes de que Mariano cierre la puerta, Mateo se levanta apresurado y lo detiene:

—Espera. He invitado a Álex a casa, a cenar —miente.

—¿Y él ha aceptado? —se sorprende Mariano, evocando aquella fatídica noche.

—Sí, ¿por qué no iba a querer? —se extraña Mateo.

—No, por nada. Aunque preferiría que fuera mejor un café a una cena; no tengo buenos recuerdos.

—«¿Buenos recuerdos?» ¿Puedes ser más claro, papá? —se molesta Mateo.

Mariano le resta importancia con un ademán de mano.

—No tiene importancia. Lo que hagas estará bien. Aunque, ¿puedo preguntar por qué quieres que cenemos todos juntos?

—Porque tenemos que hablar todos juntos; lo necesito.

Mariano asiente. Le da un beso en la mejilla como hacía años que no hace.

—Avisa cuando sea la cena.

Se marcha. Mateo se queda apoyado en el marco de la puerta, sin dar crédito a ese beso. ¿Qué pasó para que su padre haya cambiado tanto? ¿Tal vez el verlo al borde de la muerte es lo que le ha hecho cambiar su forma de ser? Han pasado tantas cosas durante su coma, y ninguna conoce. Ni siquiera por qué tuvo ese accidente, o cómo fue.

Cierra la puerta y se lanza sobre la cama. Ya es hora de conocerlo todo; lo necesita.

Coge el móvil y busca en la carpeta de imágenes. Allí está, la foto que se hizo con Álex cinco días atrás en las ruinas de la iglesia. ¡Está tan guapo! Sin embargo, no sabe qué le pasa; se siente extraño. Le encanta la forma de ser de Álex, y lo guapo que es, pero más su interior. Pero esa atracción es débil. Le falta algo, algo que encienda la chispa. Ya le ha cortado varias veces cuando se iban a besar. Al principio ha tenido el deseo, pero al tener sus labios tan cerca… Es como si la magia se rompiera, como si no viera a Álex como algo más, sino como a un amigo.

Sí, eso es, lo ve como a un amigo. Pero se siente tan bien con él…

¿Qué le sucede? Es la primera vez que alguien le gusta y, sin embargo, lo ve como un amigo. Y sus ganas de estar con él y pasar el rato aumentan.

—No quiero hacerle daño —murmura, abrazado a la almohada—. Es demasiado buen niño. No se merece que le haga sufrir. Debo darme un ultimátum. Si no recuerdo en unos días, ni veo que empiezo a sentir por él, se lo diré.

Mira el techo de la habitación. Abre el WhatsApp. Busca la conversación con Álex y escribe:

«Me gustaría tomar algo contigo, con mi padre y mi hermano, en casa. Una cena, o un café. Espero que te guste la idea, ojitos bonitos. One kiss en la nariz».

Cierra los ojos y suspira. ¡Qué difícil es todo!

80

Tengo un wasap de Mateo y llevo toda la tarde comiéndome las uñas por no abrirlo. Pero me he prometido, y también a Cristina, ser fuerte y hacerme valer, demostrar a Mateo que conmigo no se puede jugar. Es demasiado duro, lo sé, y no quisiera hacerlo, pero ¿qué otra salida me queda si no es esta? Espero que tenga efecto.

Me dejo caer en el sofá, rendido. ¡Menuda tarde! No he estado quieto en ningún momento con tal de distraerme. He estado visitando librerías y después tomando café con Cris. Y ella, valiente ella, me ha quitado el móvil las tres últimas horas justo al verme tan desesperado por ver qué me ha escrito Mateo. Lo hace por mi bien, pero qué tortura.

—Algún día me lo agradecerás.

—O te odiaré —le he dicho.

—También pueden ser las dos cosas.

Agarro el mando de la tele. La enciendo y hago un poco de zapping. No hay nada que merezca la pena. La apago y entonces ya sí que agarro el móvil. Nada más hacerlo recibo otro mensaje, también de Mateo.

«Me gustaría tomar algo contigo, con mi padre y mi hermano, en casa. Una cena, o un café. Espero que te guste la idea, ojitos bonitos. One kiss en la nariz.

¿Dónde estás? Me tienes abandonado». Lo acompaña de un emoticono llorando y un muchacho caminando.

Jo, pobrecito. Pero tengo que ser fuerte. Yo puedo. Yo puedo. No puedo. No.

«Fei, discul…»

La llamada de mi madre se cuela mientras estoy escribiendo. ¿Qué querrá a estas horas? Bueno, no es que sea muy tarde: son las nueve de la noche.

—¿Mamá?

—«¿Mamá?» Eso me pregunto yo. ¿Tienes madre?

Me quedo callado. ¿A qué viene esto?

—¿Qué estás diciendo?

—No te hagas el tonto. ¡Llevas casi una semana sin llamar! No te he llamado a propósito a ver si nos extrañabas y llamabas, pero nada. ¡Como si no tuvieras familia!

Resoplo. Mi madre puede ser una tortura y hacerse muy bien la herida cuando quiere.

—Mamá, no es para tanto. Han sido unos días duros en la facultad: que si las clases, que si los trabajos…

—¡Y yo voy y me lo creo! ¿Y no has parado a comer? ¿Ni a descansar? ¿Ni para dormir?

Álex, hijo, ¡que llamar es un minuto! Preocuparse por nosotros, otro minuto. O escribir un wasap, que bien que te pasas el día conectado, ¿eh?

Eso me sí que me ha pillado en calzoncillos.

—¿M-me espías?

—¿Yo? No, solo me he dado cuenta mientras esperaba a ver si escribías.

—Lo siento, mamá. No he podido, ¿vale? Tampoco es para tanto. ¿Me vas a echar el sermón todo el rato?

Mi madre se calla unos segundos.

—No, ya me he desahogado.

—Pues podrías haberlo hecho de otra forma; papá estaría encantado.

—También lo hice ayer, que hay que decirlo todo.

Mi madre es muy natural.

—¿Y papá? ¿El abuelo y Tico?

—Todos bien. Tico por ahí anda. Ayer se metió debajo de un coche y se llenó de grasa. Y me costó atraparlo y ducharlo. Ya lo conoces.

Me echo a reír. Ese es mi perro.

—No te rías, que es tu perro y lo tienes abandonado.

—Bueno, no puedo tenerlo aquí, ya lo sabes.

—Eso son excusas. Has estado aquí y apenas le has hecho caso.

—Porque ahora os quiere más a vosotros que a mí.

—Por algo será.

Pongo los ojos en blanco y aparto un poco el teléfono mientras mi madre sigue gruñendo.

Escucho la puerta de la calle cerrarse y a Marta decir «Hola».

—Mamá, te dejo. Vienen mis compañeros de piso y vamos a cenar. Pasad buena noche. Os quiero. Hasta mañana.

Cuelgo. Es mentira que vayamos a cenar juntos, pero es una buena forma de terminar la llamada.

—Hola, Álex. Pensaba que no había nadie —dice mi compañera, entrando en el salón.

—Llevo ya rato aquí. ¡Ostia! No me había fijado en el pelo. ¡Me encanta!

—¿A que sí? —Marta gira para que se lo vea. Se lo ha cortado bastante por los lados, casi rapado y arriba lleva una especie de tupé peinado hacia detrás que termina en el cogote. El color azul oscuro le queda genial, pero lo mejor son las mechas rosas que se ha puesto en las puntas—. ¿Y a que no sabes de quién ha sido la idea?

—Del corte, mía no.

—Eso ha sido una locura. —Se ríe.

—Una más de las tuyas, ¿no?

—Totalmente. ¿Has cenado? Voy a preparar pizza casera. ¿Quieres? Así charlamos, que hace mucho que no lo hacemos.

—Por mí, sí. ¿Te hecho una mano?

—Me cambio y te espero en la cocina.

Regreso al WhatsApp. Mateo va a pensar que no quiero saber nada él, que leo los mensajes y paso.

«Fei, disculpa. Ha sido un día largo. He llegado hace nada a casa y me ha llamado mi madre

y no he podido escribirte. ¿Qué tal la tarde? Y…» Le doy a la tecla de enviar mientras miro su primer mensaje. ¿Quiere que tomemos algo con su padre y David? Enseguida me viene a la mente aquella noche del accidente. No quise ir a cenar ya no solo porque no tenía cuerpo después de conocer la triste noticia de mi abuela, sino también porque algo me decía que no lo hiciera. Esa vibración que te dice que a veces es mejor no hacer unas cosas porque no van a salir bien y después de que ocurren te arrepientes.

Mateo quiere repetir. ¿Por qué? ¿Tal vez su subconsciente es el que se lo propone? Es probable que estando todos juntos recuerde. Pero me preocupa que ocurra algo malo otra vez. Aunque si pienso que eso va a ocurrir, por mal camino voy.

«Y me encantará tomar algo contigo y tu familia. ¿Cuándo quieres que sea?»

Mateo se conecta de inmediato.

«No te preocupes. Espero que haya ido todo bien. Yo en el trabajo. Te he echado de menos. —Un nuevo monito tapándose los ojos—. Me gustaría que fuera cuanto antes. ¿El sábado a mediodía? Mejor una comida».

¿Por qué quiere que sea cuanto antes? ¿Tiene algo preparado? Tengo la sensación de que esto lo hace con algún fin.

«Vale. No hay problema. Entonces nos vemos el sábado».

«Sí, en mi bar».

Y así podremos hablar, pienso, pero no me atrevo a decirlo. Mejor no preocuparlo ahora.

—Álex, ven. Ya estoy —me llama Marta desde la cocina.

—¡Voy!

«Feo, voy a preparar la cena. Mi compañera me espera. Después hablamos. Un besito enorme».

Y cierro la aplicación y me encamino hacia la cocina, triste. Sigo sin entender por qué en el amor todo es tan difícil.

—¿Te encuentras bien? —me pregunta Marta nada más entrar en la cocina—. Te veo pálido.

—No. Nada. Supongo que será del hambre. —Sonrío sin ganas.

Marta saca entonces del frigorífico dos botellas de vino tinto y refresco de limón para preparar un buen vino de verano.

—Mira que tengo. ¿Estás preparado?

Suelto una carcajada. Marta sabe montarse buenas cenas. Asiento. Estoy preparado. Me vendrá bien un poco de alcohol y diversión para despejar la mente.

81

Me levanto de la cama, nervioso. He tenido varias pesadillas. No puedo seguir así: tengo que decírselo.

Busco mi teléfono y abro el WhatsApp. Busco la conversación con Mateo. Lo último que hay es su mensaje de buenas noches y un corazón. Sonrío al verlo, pero no lo hago con alegría.

«Mateo, necesito hablar contigo». Y tras varios minutos de dudar, lo envío.

Me acuesto de nuevo en la cama con un fuerte dolor de cabeza. No debería haber bebido tanto vino tinto con limón. La cabeza me va a estallar.

Me paso las manos por la frente. ¿He hecho bien en enviarle el mensaje? Esté bien o mal, ya no hay marcha atrás.

Me muevo un poco hacia la derecha. Ahora también me duele la barriga. Intento ponerme en posición fetal para ver si así se me pasa, pero al moverme me sube una arcada. Me arrastro veloz hasta el borde de la cama y vomito.

—¡Aghh! Anoche me excedí comiendo.

Me dejo caer sobre la almohada, tiritando de frío. Va a ser un día largo.

82

Me despierto cerca de las once de la mañana con un fuerte dolor de estómago y un zumbido molesto que no sé de dónde proviene. La cabeza me da vueltas y estoy temblando. Creo que tengo un corte de digestión. No sé cuántas veces he vomitado, pero el suelo de la habitación, al lado de la cama, da asco verlo. ¿Quién me mandaría a mí hartarme de comer y beber?

El zumbido sigue escuchándose. Miro en derredor, ¿es una mosca? Pero aquí no hay nada. Sigue escuchándose. Presto atención y meto la mano debajo de la almohada. ¡Siete llamadas y cuarenta wasaps! ¡Qué solicitado estoy! Los mensajes son de Cristina, Marta y Mateo. Las llamadas, de Mateo y Cristina. La última llamada es de ella. Me dispongo a abrir los wasaps cuando entra una nueva llamada de Cristina.

—Hola, Cris. ¡Mátame! —es lo primero que digo, sintiendo cómo nuevas ganas de vomitar ascienden por mi estómago.

—¿Qué te pasa? —se ríe.

—¡Que estoy fatal! Me ha sentado mal la cena y he vomitado ya no sé cuántas veces.

—¿En serio? ¿Te encuentras muy mal?

—Todo me da vueltas y me duele mucho la barriga.

—Entonces hoy no vienes a clase, ¿no?

—Son las once ya pasadas; no llegaría ni a la clase de las doce y media. Y estando así, mucho menos.

—Si sigues así avísame y te llevo al médico, ¿vale?

—Sí, no te preocupes. Luego me pasas los apuntes.

—¡Por supuesto! ¡Cuídate, hermanito! ¡Adiós!

Cuelgo. Subo un poco la persiana y me recuesto. Esto es una tortura. Nunca he estado tan mal. Y con lo poco que me gusta vomitar… Tengo la boca pastosa y con ese asqueroso sabor a agrío. ¡Aggh! No quiero más pizza ni vino en mi vida. ¡Nunca!

Regreso la vista al teléfono. Abro los wasaps de Cris y ni siquiera los leo, total, ya hemos solucionado su duda con la llamada. Paso a los de Marta.

«Creo que la cena me ha sentado mal —me dice, poniendo un emoticono con los dientes apretados—. Llevo vomitando toda la noche y tengo que ir sí o sí a clase que tengo que exponer. ¿Tú estás bien?» El mensaje es de las nueve de la mañana; ya estará en clase.

«No estoy mejor que tú. Me duele la barriga de forma atroz. Y la cabeza. Y también he vomitado», lo envío añadiendo un emoticono con una mascarilla tapándole la boca y otro con un termómetro.

De nuevo me muevo hacia el borde de la cama y vómito.

—¡Qué asco! —exclamo poniendo énfasis en cada palabra. ¿Y si llamo a mi madre para que me diga qué me puedo tomar? Aunque ya sé la respuesta: ve al médico.

No quiero ir al médico. ¿Para que me pinchen? Ni loco. Las agujas y yo no nos llevamos bien.

Me limpio la boca con el dorso de la mano y vuelvo al wasap de Mateo. Hay cerca de diez, y un audio. Mi mensaje lo ha preocupado. Me pregunta qué me pasa, que no suena nada bien eso de «tenemos que hablar». Esa frase nunca ha sonado bien. Da más miedo que meter la mano en el bolsillo y no encontrar el móvil.

No estoy para muchas explicaciones. Hoy no puedo hablar con él; lo primero es estar bien.

«Mateo —mi voz suena carrasposa cuando comienzo a enviarle el audio—, hoy no estoy bien. Me he levantado vomitando. Me sentó mal la cena. Perdona, fei».

Lo envío y me tapo la cabeza con la almohada. Tengo que tener la cara como un muerto.

El teléfono vibra. No es un mensaje, es una llamada. ¿Quién será? Salgo de debajo de la almohada y veo la llamada entrante de Mateo. No puedo evitar sonreír. Lo he preocupado, lo sé, y tampoco era esa mi intención.

—Álex, ¿qué te pasa? —su voz suena angustiada.

—Nada grave. No te preocupes —intento tranquilizarlo.

—No me engañas. Te noto fatal. ¿Qué tienes?

No voy a poder engañarlo, no va a dejar de insistir hasta que se lo diga.

—Creo que es un corte de digestión. Estoy desde bien temprano vomitando, me duele la cabeza y tengo escalofríos. Estoy helado.

—¿Y no se te pasa?

—No, no se me pasa. Y tengo el suelo de la habitación con un charco enorme de vómito.

—¿Qué cenaste?

—Pizza casera que hizo mi compañera y dos botellas de tinto con limón entre los dos. Nos dimos un buen atracón. La pizza era enorme. —Me entran ganas de vomitar otra vez con solo pensar en ella.

—¿Hay alguien ahí contigo?

—Creo que no. Estoy solo, ¿por qué?

—Porque te puedes marear estando así. Voy ahora mismo para allá y vamos al médico.

¿Médico? Ni hablar.

—No, no hace falta. Ya me encuentro algo mejor. En nada se me pasa.

—¡Álex! ¿Me quieres hacer caso? En menos de veinte minutos estoy ahí. Prepárate, y con cuidado, no te vayas a marear.

—No te preocupes, tonti. Estoy bien.

—Salgo para allá. Un besito. —Corta la llamada.

¿Y siendo así conmigo cómo me voy a hacer el duro con él? Me está demostrando que sí le importo, que está por mí. Como dijo Cristina, tal vez han sido paranoias mías.

Salgo de la cama por lo pies de la misma para no pisar el vómito. Me pongo las zapatillas, me ato la bata y salgo a por la fregona. Voy a limpiar esto un poco. Los tiritones que doy no son normales. Estoy demasiado débil. El cubo pesa como un saco de cemento. Pero tengo que limpiar; no quiero que Mateo vea este estropicio.

Después de casi arrastrar el cubo y la fregona hasta el cuarto, me pongo a limpiar. Mi móvil vuelve a sonar. Lo apreso veloz. Es Mateo.

—Dime.

—Echa la llave del piso por la ventana que entro.

¿Sabe cuál es mi habitación? Me acerco a la ventana, subo más la persiana y abro la ventana, asomándome. Allí está Mateo, vestido con un jersey azul que le queda de maravilla.

—¿Cómo sabes cuál es mi ventana? —es lo primero que digo.

—No preguntes bobadas ahora y lánzame la llave —gruñe. Creo que está más preocupado él por lo que me pasa que yo.

—Voy. —Corro a la puerta de la habitación, quito las llaves y se las lanzo—. Tercero B.

—Subo.

Cierro la ventana dando nuevos tiritones, me quito la bata y agarro la fregona. Y no he recogido ni un poco cuando un fuerte dolor me atraviesa el estómago. Se me nubla la vista y pierdo el conocimiento.

83

—Álex, ¿dónde estás? —pregunta Mateo cerrando la puerta del piso. Camina un poco y se asoma al primer cuarto—. ¿Álex? ¡Álex!

Álex está tendido sobre el suelo, con medio cuerpo sobre el charco de vómito y la fregona encima de él.

—¡Joder! ¡Qué cabezota eres, ¿eh?! —Lo aparta del vómito y le da cachetadas en la cara. Está helado—. Álex. ¡Álex, despierta! —El muchacho no reacciona. La voz de Mateo suena angustiada y sus ojos están vidriosos—. ¡ÁLEX! —Lo abofetea de nuevo y Álex parece volver en sí.

—¿Q-qué pasa?

—¡Qué susto me has dado, tonto! No te muevas, ¿vale? —Mateo se pone en pie dejándolo recostado sobre el suelo. Abre el armario y saca unos pantalones y un jersey—. Hay que quitarte eso. Estás manchado por todos lados.

—¿Para qué? —pregunta Álex, aturdido.

—Nos vamos al hospital. ¡Casi te me matas! ¿Qué hubiera pasado si no llego a venir? ¡Eres tonto, Álex! Te dije que no te movieras. —Le quita la bata y el pijama y le pone la ropa. Lo levanta en brazos y agarra las llaves del piso—. Vamos.

—¿Adónde vamos? ¡Ay! —se queja Álex.

—¿Qué te duele?

—Aquí, en la barriga.

—No creo que sea apendicitis.

Salen del piso, apresurados. Mateo recuesta a Álex en el asiento trasero del coche y enciende el motor.

—La próxima vez que te sientas mal avísame y no digas que no tienes nada, ¿vale?

—Sí…

—Y si tienes que vomitar, vomita; ya se limpiará.

Mateo acelera y dejan atrás el piso. Álex se tapa la boca intentando retener las ganas de vomitar con el movimiento del coche.

84

—¿Ves por qué no quería venir al médico? —gruño cuando las enfermeras nos dejan a solas en la sala de curas de urgencias—. Me han sacado sangre y ahora para colmo suero en vena. ¡Con lo poco que me gustan a mí las agujas! —lloriqueo.

—¿Por qué no dejas de quejarte? —dice Mateo, negando con la cabeza. Parece divertido de verme quejarme tanto—. No es tan malo. Si no llego a traerte te me mueres allí.

—No es apendicitis, ya lo han dicho.

Todas las pruebas que me han hecho han sido para eso, para desestimar que no era apendicitis. Solo ha sido un corte de digestión, y grande. Creo que el vino estaba en mal estado.

—¿Y? Tenías unos dolores horribles. Ibas en el coche casi chillando.

—¿En serio? —Él asiente y yo me sonrojo—. No me acuerdo de nada.

—Normal, delirabas. Tenías hasta fiebre.

—Pero ya me encuentro mejor con este chute en vena.

—Te ha cambiado hasta el color de la cara; estabas pálido. —Mateo se acerca más a mí y me agarra una mano. Se sienta en el borde de la camilla—. Me tenías muy asustado. Pensé que te habías muerto. Estabas frío. Cuando te he visto tirado en el suelo no sabes el pánico que me ha entrado.

Busco su mirada: está vidriosa. Mateo se ha asustado mucho. Está tan preocupado por mí... No me alegra estar así ni mucho menos, pero me está sirviendo para comprobar que sí siente algo por mí. Ahora mismo me lanzaba a sus brazos y le arrancaba el beso que llevo días queriendo obtener de sus labios. Sin embargo, algo me dice que no, que no lo haga, que deje que sea él.

Si no lo hago yo, ¿lo hará él?

—No quise asustarte en ningún momento.

—Lo sé, tontito. No te preocupes por eso. —Me acaricia la cara con los dedos.

—Me encanta tu colonia.

—¿Sí? —sonríe.

—Sí. Las noches en que tú estabas en el hospital notaba el mismo olor antes de dormir y así me quedaba durmiendo. Era como si te sintiera cerca.

—¿Sabes que eso es lo más bonito que me han dicho nunca? Que recuerde. Seguro que antes tú me has dicho otras cosas bonitas, pero no recuerdo.

—Lo que haya dicho, dicho queda. Es el momento de empezar una nueva página, ¿no crees?

—Sí, es cierto. —Pero lo dice sin alegría. Una sombra de tristeza cruza sus ojos. Se sienta de espaldas a mí y hunde los hombros, suspirando—. ¿Volveré a recordar? —No sé si me lo

pregunta a mí.

Le pongo una mano sobre un hombro.

—Claro que lo harás. Poco a poco.

—Ya ha pasado tiempo, y nada. Me has hablado de cómo nos conocimos, nuestras citas, me has llevado a sitios donde ya hemos estado… y ni con eso consigo que mi mente recuerde.

—Bueno, no hay que darle mucha importancia.

—¿No? Sí hay que dársela. Pero esos momentos de los que me has hablado me han demostrado que me has hecho muy feliz, que he sido muy feliz. Y nada de eso lo encuentro en mi cabeza. Es como si alguien hubiera pasado con una brocha y pintura blanca y hubiera pintado los recuerdos. Intento rebobinar la cinta en mi cabeza, pero nunca se detiene en lo que quiero. Tal vez debería pasarme a DVD, que puedes buscar escenas por capítulos…

—No digas sandeces. Mateo, no te aflijas por eso, por favor. Estoy aquí contigo, y tú conmigo. ¿No es eso lo importante?

—Pero no es igual, Álex. Nada es igual. —Se levanta.

Trago saliva. No me gusta cómo suena eso. ¿Qué le ocurre? ¿Tiene dudas?

—Mateo, mírame a los ojos. —Niega con la cabeza—. Por favor, hazlo. —Oigo cómo suspira de nuevo y veo que está llorando—. Fei… —Mateo se lanza a mis brazos y se deshace en lágrimas sobre mí mientras lo acaricio—. Tonto, ¿qué ocurre? ¿Por qué lloras? Y sonríe mejor que llorar. Tú sonrisa es lo más bonito que se puede ver en el mundo.

Mateo se sorbe la nariz y se endereza, limpiándose las lágrimas con el dorso de la mano.

—No sé qué me pasa. Me siento extraño; muy extraño. Contigo me siento bien y a la vez es como si algo me retuviera.

—¿Como si algo te retuviera? Explícate.

—No sé muy bien qué es. Es… miedo.

—«¿Miedo?»

Justo en ese momento entra el médico. ¡Qué oportuno es!

—¿Cómo te sientes? —me pregunta. Estoy abstraído mirando a Mateo mientras sale al pasillo y no presto atención—. ¿Alejandro?

—¿Sí? Perdón.

—¿Cómo te sientes? —vuelve a repetir.

—Bien, ya no me duele nada. Estoy perfecto.

El doctor me quita el suero y me pone un algodón con un esparadrapo para que corte la gota de sangre que sale.

—Ya no tenemos que preocuparnos más. Ahora a casa, descanso y dieta blanda hasta mañana.

—No creo que hoy coma mucho —digo, recordando la pizza—. No tengo buenos recuerdos de anoche.

El médico suelta una carcajada y me pone una mano en un hombro.

—Yo también he sido joven y algo parecido me ha pasado. Y créeme, al rato te da hambre, por mucho que niegues.

—Supongo —me limito a decir, con tal de cortar la conversación. Quiero que se vaya ya, necesito hablar con Mateo.

—Cuídate, Alejandro, y espero volver a verte, pero en otro sitio. —Y sale.

Mateo entra y me ayuda a bajar de la camilla.

—¿Nos vamos? —me sonríe algo más calmado.

—Sí. Pero antes tenemos que hablar. Respóndeme a la pregunta que te he hecho; es la primera vez que te veo tan serio.

—Álex, temo que nada vuelva a ser como antes. Y no recordar nada no facilita las cosas.

—¿Qué me quieres decir entonces? —siento que mi corazón se va a hacer pedazos en cualquier momento.

—No quiero decir nada; solo eso.

—¿Seguro? —Lo conozco bien y sé que está dudando.

—Sí, tonti. —Me acaricia la barbilla.

Y mirándome así, ¿cómo no lo voy a creer? Aunque creo que el amor me está cegando.

Salimos de urgencias y subimos al coche.

—Álex, necesito que hagamos algo. —Esto me pilla desprevenido. ¿A qué se refiere?—. No puedo esperar a mañana. Necesito que vayamos a hablar con mi padre y con mi hermano, los cuatro. Necesito salir de dudas. No puedo seguir así.

—¿Qué dudas?

—Necesito saber qué pasó esa maldita noche del accidente, la noche que lo cambió todo y no para bien.

Asiento sin mediar palabra. No sé si será bueno que conozca qué pasó, porque va a cambiar, y mucho, la forma de ver a su padre a partir de ahora, pero yo no puedo hacer nada.

Puede que hablando recuerde todo o, por lo menos, cambie y ese miedo y lío que tiene en su cabeza respecto a mí tome otro giro.

85

Mateo detiene el coche dos calles más atrás del bar. Se apoya en el volante y suspira.

—¿Estás bien? —me intereso, dándole un ligero apretón en un brazo.

—Eso creo.

—¿Estás seguro de lo que vas a hacer?

Mateo me mira fijamente como si estuviera haciendo una radiografía a través de mis ojos de lo que pienso.

—¿Tengo algo que temer?

No sé qué decirle. Temer no, pero lo que va a conocer no le va a hacer para nada gracia.

—No, no tienes nada que temer. Solo te digo que lo pienses bien.

—Algo sucedió esa noche que provocó el accidente, ¿verdad?

Más o menos él ya tiene sus conjeturas y no va por mal camino.

—Sí, y no. Fueron un cumulo de cosas lo que sucedió ese día.

—¿Por qué no me lo quieres decir?

Mateo me está poniendo entre la espada y la pared.

—Porque no me compete, Mateo. No insistas. —Desvío la mirada. Tiene que ser su padre quien lo haga.

Mateo me agarra de la barbilla y me gira la cara hacia él.

—Perdona, no quería…

—No pasa nada. Te entiendo.

—Entonces, ¿todo tiene que ver con mi padre?

Desvío la mirada otra vez. No soy nadie para poner el dedo acusador, aunque creo que ya se lo he afirmado.

—Está bien. Vamos. —Abre la puerta, se baja y corre a abrirme la puerta—. ¿Estás bien? Tal vez no debería haberte traído ahora, teniendo en cuenta que has salido de urgencias hace nada.

—No te preocupes. Lo único es que cuando llegue a casa el vómito del suelo voy a tener que arrancarlo con una espátula —rio, imaginando cómo se habrá quedado la habitación.

—¡Aggh! ¡Calla! —se asquea Mateo dándome la mano. Me ayuda a bajar y nos encaminamos hacia el bar. Me abraza por la espalda—. Gracias por estar aquí conmigo ahora.

—No me las des. —Mis ganas de besarlo se ponen en marcha. Mis labios se acercan a los de él y Mateo vuelve a darme plantón tirando de mi brazo.

Tomo aire, intentando no sulfurarme. Otra vez me lo ha vuelto a hacer. No lo voy a consentir más. Después hablaré más serio con él.

Entramos en el bar. Mariano acaba de colgar el cartel de «abierto» y Mateo lo gira ante la incredulidad de su padre y hermano.

—Hola —digo tímidamente levantando una mano.

Mariano suelta un trapo que tiene en las manos y se dirige hacia nosotros en plan amenazador.

—¿Por qué has girado el cartel?

—Tenemos que hablar —dice Mateo, frunciendo el ceño.

—¿Y para eso tienes que cerrar el bar?

—Tenemos que hablar, papá —repite. Mateo está enfadado.

Mariano me mira a mí. Intento hacerme el despistado.

—¿De qué quieres hablar?

—De la noche del accidente.

El semblante de Mariano cambia. Su piel palidece.

—¿D-de la noche del accidente?

Mateo nos lleva hasta una mesa y nos sentamos. Le pide a su padre que se siente. David apaga la televisión y se apoya en la barra.

—¿Cómo me atropelló el coche?

—B-bueno, no lo sé muy bien. El que estaba allí y lo vio bien fue Álex.

Las miradas se clavan en mí. No me gusta recordar cómo vi a Mateo volar por los aires ni con la cabeza abierta tendido en el suelo.

—¿Por qué no empezamos por el principio? —opino, sintiéndome intimidado con las miradas—. Mariano, ¿por qué no le dices la verdad?

Mariano titubea. No lo veo capaz de decir nada.

—Papá, ¿qué hiciste esa noche? —increpa Mateo, dando una palmada sobre la mesa.

Mariano no dice nada.

—Papá estaba enfadado contigo porque llevaste a Álex a cenar a casa para que lo conociéramos —informa David para sorpresa de todos.

—No es de extrañar teniendo en cuenta la aversión que tenías hacia que sea gay. Digo «tenías» porque ahora eres otro.

—Todos nos damos cuenta de nuestros errores a lo largo de nuestra vida y cambiamos a mejor —se defiende Mariano, cabizbajo.

—¿Qué te hizo cambiar? ¿Qué te hizo cambiar durante mi coma? —Mariano no vuelve a hablar. Mateo mira a su hermano—. David, ¿qué pasó? Dímelo.

Mi corazón se acelera. La situación es igual de tensa que la noche del accidente y no quiero que suceda nada parecido.

—Papá... —dice David, pero su padre no levanta la cabeza de la mesa. David suspira y sale de detrás de la barra—. Papá no dejó de gruñir en toda la noche. Se enfadó porque yo estaba haciendo zapping y me lo recriminó. Tú nos pediste que nos comportásemos. Habías preparado la cena para que estuviéramos todos juntos y presentarnos a Álex, y te molestó que papá no dejara de echar «mierda» sobre todo.

Mi corazón se va alterando más conforme va llegando al culmen del asunto. En mis retinas veo claramente la escena. Mateo va cambiando la mirada de su hermano a su padre.

—Papá te dijo que cómo podías llamar «novio» a Álex. Que una pareja se forma entre un

hombre y una mujer. Que dos tíos juntos dan asco.

Las palabras son como un jarro de agua fría sobre todos. No es bueno recordarlo, no.

—Papá puso el grito en el cielo y soltó su mejor vocabulario por la boca. Y… Y…

—¿Y qué? —grita Mateo. Le pongo una mano sobre un brazo pidiéndole calma.

—Papá dijo que no eras su hijo, que eres una aberración. Que mamá te aceptara no significaba que él también. Y que se avergonzaba de que seas de su propia sangre.

Los ojos de Mateo están vidriosos. Mira a su padre con desprecio. Imagino lo que está sintiendo ahora mismo.

—Álex se encaró a papá y salió detrás de ti; huiste escaleras abajo.

Tomo aire para coger el relevo. No me es placentero ver sufrir a Mateo, pero tampoco a Mariano. Él se arrepintió en su día, pero Mateo no va a querer escucharlo después de esto.

—Salí detrás de ti. Me pediste que te dejara solo. No atendías a razones… Cruzaste la calle. Un coche venía a toda velocidad… Te advertí… —Las lágrimas brotan en mis ojos—, pero fue demasiado tarde. Cuando me di cuenta estabas tendido sobre el suelo, en un charco de sangre.

Mateo sigue mirando a su padre con desprecio, aguantando las ganas de llorar. No puede hacerlo por mucho más tiempo. Se pone en pie, con los puños apretados. Clava la mirada en Mariano.

—Papá, ¿cómo pudiste decir eso? —grita, señalándolo con un dedo.

—Hijo, yo… —Mariano se acerca a él, pero Mateo se aparta bruscamente de él.

—No te acerques a mí. Ahora eres tú el que me da asco.

Negando con la cabeza, sale a la calle.

Mariano se derrumba en el suelo, llorando.

Me quedo sin saber qué hacer. No soy bueno para estas situaciones.

Miro a David. Él asiente y salgo detrás de Mateo. Lo encuentro no muy lejos de aquí, en una pequeña placeta, sentado en un banco, llorando desconsolado.

—Mateo… —Me siento a su lado y lo abrazo—. Tranquilo.

—Álex, déjame solo, por favor. Necesito estar solo.

—No te voy a dejar solo, no ahora.

Me mira a los ojos.

—No recuerdo nada, pero lo que mi padre hizo no tiene nombre. ¡Aahh! —grita, desquiciado. Se levanta y da una patada al aire. Se agarra de la cabeza, sulfurado—. ¡Estoy hecho un maldito lío!

—¿Por qué?

—Por todo. Primero esto, después…

—Después, ¿qué?

Mateo evita mirarme a los ojos.

—Mateo, mírame y dime qué es.

Él rehúye y echa a caminar. Voy tras él, lo agarro del hombro y lo giro hacia mí.

—Mateo, dime la verdad: ¿sientes algo por mí? Bésame —me atrevo a decir de una vez, sabiendo que todo lo que le ocurre converge en el mismo punto.

Mateo se pasa las manos por el pelo, inquieto. Se muerde el labio inferior antes de mirar al suelo y decir:

—No siento nada por ti, Álex. Te veo como un amigo. Y no sé por qué si antes te he amado

como nunca he amado. ¿Por qué no puedo recordar?

Doy un paso atrás, con el corazón hecho trizas en el suelo. Por algo no quería hacer esa pregunta, porque la respuesta era más que obvia.

—Álex…

Niego con la cabeza.

—No digas nada. Te agradezco tu sinceridad; es mejor así. —Me sorprendo a mí mismo estando tan entero.

Me giro y me alejo.

—¡Mierda! ¡Álex, espera! —Mateo corre detrás de mí. Me agarra una mano y me mira a los ojos—. Lo siento, no sé qué me pasa. ¡Eres un chico espectacular! Pero no consigo sentir nada hacia ti. No nace nada nuevo, y no entiendo.

—Tal vez porque no hace falta. El sentimiento ya está en ti —digo casi en un murmullo.

—¿Qué?

—Analízate, Mateo, solo te pido eso. Adiós.

Me alejo hecho pedazos. No debería haberme hecho ilusiones, no debería haber sido tan iluso. Mateo nunca va a recordar. Y no se va a dar cuenta de que nada puede nacer de nuevo en él porque ya me ama de antes.

Siento que aquí ya todo ha terminado.

86

Mi reloj se ha parado.

¿Y ahora qué? ¿Qué voy a hacer?

Mi sueño, mi ilusión… todo devastado como el más terrible de los huracanes. Estaba viendo venir la situación, pero he preferido hacer caso omiso a esa percepción. Ahora no me queda más que un agrio sinsabor, y la satisfacción de que, a pesar de todo, lo he intentado, he luchado por conseguir que Mateo o recordara o volviera a sentir algo por mí.

La pena es que él sí siente por mí, pero está tan ofuscado que no se da cuenta de lo que su cuerpo le está gritando.

¿Se dará cuenta en algún momento?

¿Algún día?

Espero que no sea demasiado tarde.

87

Mendigué un beso donde ya no quedaba un «te quiero»,
allí donde no quedaban melodías para hacer cada nuevo día.
La luz se tornó oscuridad.
La lluvia golpeó con fuerza el cristal.
¿Eras tú el que decía que no habría ningún final?
El árbol dejó de dar sus frutos.
No había calor que lo acogiera entre sus brazos.
¿De verdad creía que solo la muerte nos separaría?
¡Qué inútil de mí pensar más por ti!
Ya no había razón para estar unidos.
Fuimos escogidos entre un millón.
¡Maldito el dios que ante ti me cruzó!
Un roto más a mí ya maltrecho corazón.
¿Qué fue lo que en ti cambió,
si decías que por mí darías la vida entera?

Lanzo mi libreta sobre la cama, aguantando al máximo mis lágrimas. Necesitaba desahogarme escribiendo. Es posible que ahora mismo lo vea todo demasiado negro, pero ¿cómo no hacerlo? Abres tu corazón y te lo destrozan. Tampoco es que Mateo lo haya querido así. Todo ha cambiado de la noche a la mañana, nos hemos visto abocados, ambos, a esto.

Como decía Meryl Streep, en su papel de Donna Sheridan, a Pierce Brosnan en Mamma mia! de camino al altar para acompañar a su hija en la ficción, Sophy: «Va todo al ganador, a quien jugó mejor. Me toca a mí perder, ¿qué le voy a hacer? Quise ver en ti, un lugar seguro. Un muro alrededor, ese fue mi error…»

Sí, está claro: los dioses, un solo dios, el Destino o quién haya sido, ha marcado nuestro azar. Mi dado ganador se ha caído de la mesa y he perdido.

Tal vez estoy siendo algo drástico. Supongo que en estas situaciones todos somos iguales y, aunque puedas verlas venir, nunca te las esperas.

Agarro la fregona y limpio el estropicio que he formado esta mañana en mi cuarto. Una pocilga está más limpia en este instante.

Cuando termino, agarro la foto que me regaló mi abuela, la beso y me tumbo en la cama.

—No te puedes ni imaginar, abuela, cuánto desearía ahora un consejo y un abrazo tuyo.

88

«Álex, sé que estás ahí. Contesta, por favor».

Es el vigésimo tercer mensaje que Cristina me deja. Los leo en la barra de notificaciones, sin abrir. No me apetece hablar con nadie ahora mismo. Ayer no hice caso del móvil en toda la tarde. Me metí en la cama y solo salí para cenar, y porque ya lo necesitaba.

«Álex, David me lo ha contado todo: sé lo que ocurrió ayer. No trates de escurrir el bulto y pasar de todos. ¡Háblame de una vez!» Añade una cara de demonio muy enfadado.

Pongo los ojos en blanco y me siento en la cama. Subo la persiana y el sol entra por la ventana calentando la habitación. Me dispongo a responderle cuando me llega un mensaje del todo inesperado; es de Mateo.

«Álex… Yo… No sé cómo pedirte disculpas por lo de ayer. Tal vez no fue la mejor manera de decir las cosas. Fue un cumulo de cosas... Comprendo que ahora no quieras saber nada de mí, pero no puedo seguir con el remordimiento; necesitaba pedirte perdón».

Lo leo, pero no respondo. Es lo mejor. Sí que respondo a Cris:

«Mateo me dijo que no siente nada por mí. Todo se ha terminado». Prefiero ser conciso que no alargarme.

«¿Estás bien?» Me responde al instante.

«Estoy todo lo bien que se puede estar en estos momentos», respondo con sarcasmo.

«No merece la pena venirse ahora abajo, ¿eh? Que te conozco».

Demasiado tarde, pienso; ya he tenido mi ración a lo largo de la noche.

«No os preocupéis por mí; esto se me pasa en nada».

«Y yo me chupo un dedo, ¿no?»

«Si te gusta más eso, puedes hacerlo».

Me envía varios emoticonos mirando de soslayo, y un demonio.

«Álex, no intentes hacer la vista gorda…»

Cristina sigue escribiendo y yo cierro la aplicación. No tengo ganas de que me caliente la cabeza, no ahora.

Vuelvo a abrirla y escribo:

«Cris, por favor, ahora no tengo ganas de hablar. ¿Podemos hacerlo más tarde?»

Prefiero estar en calma.

«—A las diez de la noche paso a por ti. La semana que viene es Semana Santa y hasta después no nos vemos porque yo no voy a EntreCampos. Vamos a salir de fiesta y no acepto un «no» por respuesta. Paso a recogerte. Y no hagas como que no hay nadie en el piso porque

encontraré la forma de entrar y sacarte a rastras», me amenaza en un audio.

¿Qué? ¿Cómo? ¿Cuándo? A ver, vayamos por partes. Uno: ¿ya ha comenzado la Semana Santa y yo sin enterarme? Dos: es raro que mi madre no me haya dicho nada. Supongo que pasa de mí a estas alturas de la película. Tres: ¿por qué tengo que verme abocado a salir de fiesta? No tengo humor para ello. ¡Maldita sea! ¿Por qué Cristina siempre tiene que decidir por mí? No pienso salir de casa, no, de ninguna manera. Por muy cabezona que se ponga, tire el timbre de la puerta abajo o me avasalle a llamadas y mensajes, no: voy a ser firme en mi decisión.

Cierro el WhatsApp. Hoy estoy rebelde; paso de responder.

Me pongo en posición fetal y me cubro con las sábanas hasta la cabeza. El maldito teléfono vuelve a vibrar.

«Algún día me lo agradecerás», añade Cristina.

«O te odiaré», respondo con un demonio y otro emoticono con los dientes apretados.

Me dispongo a poner el móvil sobre la mesita y llega un mensaje de Mateo. ¡Qué solicitado estoy! No llego a abrirlo. Lo leo desde la barra de notificaciones.

«Comprendo que no quieras ni responderme. Nunca quise hacerte daño. Perdón y mil veces perdón. Entenderé que no quieras volver a saber nada de mí nunca más».

Lanzo el móvil con rabia a mis pies, llorando, despechado y dolido. Ese es el problema, que quiero saber de él. Las lágrimas templadas me calientan las mejillas. Deseo cerrar los ojos y aparecer diez años después y que todo el dolor que siento ahora haya desaparecido.

La puerta de mi habitación se va a venir abajo con tanto golpe. Me giro sobre la cama, adormilado, a punto de caer fuera.

—¿Quién es? —pregunto con la voz pesada.

—¡Álex, abre ya la puerta! —¿Es la voz de Cristina?—. Te dije que encontraría la forma de entrar a por ti.

Sí, es ella. Pero ¿cómo ha conseguido entrar? ¿Y qué hora es? Busco el móvil y no lo encuentro. Está todo oscuro. Enciendo la luz y lo veo tirado en el suelo. Son casi las nueve de la noche. Tengo no sé cuántos wasaps de Cris y Mateo. Y veinte llamadas de Cris, dos de mi madre y una de Mateo. Las de mi madre eran ya de esperar. Supongo que querrá saber cuándo me voy para el pueblo. Después le escribiré un wasap.

Cristina vuelve a aporrear la puerta, exaltándome.

—O abres la puerta o la derribo a porrazos.

—¡Ya voy, ya voy! —me enfado.

Abro y veo a Cristina con los brazos en jarra frente a la puerta, mosqueada.

—Así pareces mi madre —señalo, haciéndome a un lado para invitarla a cenar.

Cristina entra.

—Pensaba que ya no me ibas a abrir.

—O eso, o me derribas la puerta —advierto, señalando sus palabras.

—Eso no lo dudes. —Se sienta en la cama—. ¿Por qué no me has cogido el teléfono ni me has respondido a los wasaps?

—¿Cómo has llegado hasta aquí si nunca antes has venido? —pregunto, extrañado, ignorando sus preguntas.

—No me cambies ahora de tema.

Pongo los ojos en blanco.

—Llevo todo el día durmiendo. Sí, no me mires así. ¿Pasa algo?

—Álex… No quiero ser una pesada ni nada por el estilo, pero dime, ¿crees que eso es lo mejor qué puedes hacer?

—¿Por? —Me encojo de hombros—. Tengo cansancio acumulado. No he podido remediarlo.

Cristina me mira de reojo como una psicópata.

—Y yo soy tonta, ¿verdad? Has estado llorado, se te nota en la cara.

Me encojo de hombros y suspiro.

—¿Has venido a regañarme?

—No. Ven, anda. —Cristina me abraza—. Mi hermanito. Todo esto lo hago por tu bien; no me gusta verte mal. —Me mira a los ojos y le sostengo la mirada—. Nada ni nadie merece ni tus lágrimas ni tu malestar.

Mi Cristina…

—No tienes que preocuparte por mí. Estoy bien, de verdad. —Le sonrío lo mejor que sé para que se conciencie.

—Bueno… Por si acaso. Je, je.

—De verdad, estoy bien —afirmo, sentándome en la cama, bostezando. Cuanto más duermes más quieres.

—Ahora, responde: ¿cómo has llegado hasta aquí?

—Oh, me ha traído Abraham.

—¿Abraham? —me sorprendo—. ¿Ya habla?

—Sí, y está abajo, esperando.

—¿Viene con nosotros? —Eso sí que es una gran sorpresa.

—Sí. Sabes que la fiesta le encanta y, por otro lado, no nos veremos hasta otra semana; no hay que perderse esta oportunidad.

—No hay nada que tú no consigas, ¿eh? —Cristina hincha el pecho, orgullosa—. Pero tengo que dejar algo claro.

—Habla.

—No quiero que Abraham intente nada esta noche. —Es lo que menos necesito en estos momentos.

—¿Intentar? ¿Por qué lo dices? Abraham no sabe nada.

—Ah, vale. Je, je. Mejor. —Me he adelantado, cierto, pero es mejor dejar todo claro.

—Venga, cámbiate; no le hagamos esperar.

—Sabes que no tengo ganas, ¿verdad?

Cristina resopla. Se lanza hacia el armario, lo abre y se frota la barbilla.

—Decidiré yo por ti.

—Si eso quieres… —Me tumbo en la cama y en un abrir y cerrar de ojos veo varias prendas de ropa caer sobre mi cara. Cristina me da una palmada en el muslo y se dirige hacia la puerta.

—Tienes dos minutos. —Y cierra.

—¡Eres una pesadilla! —exclamo, riéndome.

—¡Te he escuchado! —replica Cris dando un golpe en la puerta.

—Esa era mi intención. —Comienzo a vestirme.

Dos minutos más tarde la puerta se abre y aparece Cristina.

—¿Listo?

Me miro de arriba abajo, y asiento.

—Sí, aunque… ¿Por qué has tenido que elegir la misma ropa que llevé al primer aniversario del mes con Mateo? —No lo entiendo. Tal vez ha sido casualidad, sin más.

Cristina se queda callada sin saber qué decir. Titubea.

—Ha sido lo que más me ha gustado. Ni me acordaba que eso fue lo que te pusiste ese día.

¿Seguro?

—Además, ¿por qué te pones a pensar ahora en eso? —me reprocha.

—Porque, tal vez, desde ese día, no me la he puesto. —La miro de soslayo.

Cristina pone los ojos en blanco y eleva las manos en busca de paciencia.

—¿Nos vamos?

—Sí, será lo mejor.

Agarro las llaves, mi cartera, una chaqueta fina y salimos.

—Por cierto, estás muy guapo.

—Je, je, je. Gracias.

Estaré muy guapo y todo lo que ella quiera, pero no me sienta nada bien tener que llevar la misma ropa que vestí el día que Mateo y yo celebramos un mes de novios. Puede que haya sido casualidad el que Cristina haya elegido esta ropa (que no me ha quedado claro), pero no me hace nada bien, no en este momento. En mi retina veo a Mateo diciéndome que no siente nada por mí y mi corazón vuelve a resentirse.

—¿Estás bien? —se interesa Cristina cuando llegamos abajo.

Asiento sin decir nada, aunque mis ojos están vidriosos. No sé cómo va a terminar la noche, solo espero que bien y yo no lo haga llorando.

Abraham nos espera calle abajo dentro de su coche.

—Hola, Abraham —saludo, montándome en la parte trasera.

Abraham se gira, me estrecha la mano y me sonríe.

—¡Hola, Álex! ¿Todo bien? —Asiento con la cabeza. Mejor decir eso que dar explicaciones —. Me alegro; así es como debe ser.

Me quedo parado. ¿Abraham sabe algo? ¿Cristina se lo ha contado? No creo. Ella me ha asegurado que no. Creo que deliro. Abraham lo ha dicho de forma general, como diciendo que pase lo pase (y él no sepa nada) siempre debo estar bien. Abraham no es mala persona, nunca he pensado que lo sea. Creo que es un niño incomprendido, que siempre lo ha sido, y necesita que alguien lo comprenda.

—¿Adónde vamos a ir? —pregunto en cuanto el coche se pone en marcha.

—Primero, a cenar. ¡Tengo más hambre que un cocodrilo! —exclama Cristina, subiendo el volumen de la radio.

—¿Adónde? —insisto.

—Ni idea: hoy elige Abraham.

Abraham me mira a través del retrovisor y me guiña un ojo.

—Os voy a sorprender.

Miedo me da cada cuando dice que nos va a sorprender.

—¡Aquí estamos! —dice Abraham después de aparcar el coche y caminar casi un kilómetro hasta llegar al restaurante. No había aparcamiento más cerca—. ¡Rica comida italiana! —Imita el acento italiano.

—¿Hidratos de carbono para la noche? —digo, como si eso me preocupara.

—¿Nunca has cenado pizza de noche, lasaña, etc.? —me increpa Abraham, con cara de duda.

—Bueno, sí… Pero no quiero pizza. Definitivamente, no. —Teniendo en cuenta cómo terminé el viernes, no deseo ver una ni en pintura.

—¿Por qué no? —pregunta Abraham abriendo la puerta del restaurante.

—El viernes acabé en urgencias por culpa de una pizza. No vuelvo a comerla en un tiempo.

—Tienes que contarme qué pasó con eso. Cuando te llamé estabas fatal. ¿Fuiste al médico? —señala Cris.

—Sí… —El viernes fue un día para olvidar, pienso para mí—. Pero no tiene importancia; estoy bien.

—Ahora me cuentas. —«Y no te vas a librar de hacerlo», le falta añadir.

Un camarero con acento italiano nos lleva a la mesa que Abraham ha reservado para tres esta mañana. Nos toma nota de la bebida y nos deja la carta para elegir. Hay un aroma delicioso a pizza y pasta. ¿De verdad voy a ser capaz de no comer pizza?

—Yo quiero una pizza boloñesa —apunta Cris cerrando el menú casi nada más abrirlo. Me mira—. Cuenta: ¿fuiste solo a urgencias?

—Aún no he elegido la cena —reprocho con enfado. No quiero hablar de ese tema, prefiero pasar página.

—Pues elige y cuenta.

No sé por qué decidirme. La pizza me trae malos recuerdos, pero eso no significa que todas las veces me vuelva a ocurrir lo mismo. Por otro lado, el médico me dijo que dieta blanda y un atracón de pizza no creo que sea lo más adecuado.

—Una ensalada de pasta.

—¡Qué light estás! —se ríe Abraham.

—Estoy a dieta blanda —refuto, con cara de enfado. Estoy un poco alterable, tengo que admitirlo.

—¿Qué tenías? —pregunta entonces Cris.

En ese momento regresa el camarero con las bebidas y nos toma nota de la cena.

—Un corte de digestión, aunque creo que había algo en mal estado en la cena, porque mi compañera de piso también se puso enferma.

—¿Qué cenasteis? —se interesa Abraham.

—Pizza casera y dos botellas de tinto con limón. Supongo que fue el vino. ¡Menudo atracón me di!

—¿Y con quién fuiste al médico?

—Con Mateo —digo sin pesar.

Abraham se atraganta con el trago de Coca-Cola cuando digo el nombre de Mateo. No sé por qué, pero me esperaba una reacción así.

—¿Lo llamaste tú? —quiere saber Cris, ignorando a Abraham.

Para evitar más preguntas, les cuento más o menos cómo fue todo; así es más rápido.

—¿Perdiste el conocimiento? —se alarma Cris.

—Normal. Tanto vomitar, la tensión por los suelos… Menos mal que él estaba cerca —señala Abraham con cara de preocupación.

—Sí, porque tengo la manía de cerrar por la noche mi puerta con llave. Doy las gracias a que

salí a por la fregona y no cerré. Bueno, y a que le di las llaves por la ventana. Je, je.

—¡Ni que te fueran a violar, Álex! —gruñe Cris, frunciendo el ceño—. No vuelvas a hacer eso nunca más, por cualquier cosa.

En verdad tiene razón. Es una imprudencia cerrar por dentro, pero creo que es costumbre desde que estoy en este piso. También hay que tener en cuenta que es la primera vez que tengo cerradura en la puerta de mi habitación, y me ha gustado.

—Tranquila, que me ha servido de escarmiento.

—Entonces, con Mateo, todo bien, ¿no? —Abraham formula la pregunta del millón.

Cristina me mira fijamente y niega disimuladamente con la cabeza. Me queda claro: Abraham no sabe nada. Mejor hacer como que todo está genial.

—Sí, perfecto. Sigue sin recordar, pero no pasa nada. Lo hará a su momento. —Y tomo un trago de Nestea—. Gracias por preguntar.

—Podríais haber invitado tú a Mateo y Cris a David.

—David se reunirá después con nosotros.

—Mateo tenía trabajo que hacer. Además, esto ha sido de forma fortuita —alego, encogiéndome de hombros—. Por cierto, ¿adónde vamos a ir después? —pregunta importante.

—A la disco: a la Bim Bam, la noche hace Bum.

—¿A una discoteca gay? —escupo. Por el nombre ya se sobreentiende. Cristina asiente—. ¿No había otro sitio? Además, yo no pago diez euros por entrar a una disco. ¡Ni siquiera puedo beber!

—¿Quién ha dicho que vayas a pagar? —Cris alza una ceja, sonriendo con picardía.

—¿Qué quieres decir?

—Que tu entrada la he pagado yo. Corre de mi cuenta, así que no se hable más.

—Cris…

—He dicho que callado.

Resoplo y no digo nada. ¡Con lo que me gusta que decidan por mí!

Agarro el móvil; tengo que escribir un wasap a mi madre. Reviso la barra de notificaciones. Es extraño que no tenga un mensaje de Mateo. ¿Se habrá rendido? No sé si eso me alegra, o me entristece.

—¡Dame eso! ¡Hoy nada de móviles! —Cris me quita el móvil.

La mirada que le lanzo es de psicópata.

—Iba a escribirle un mensaje a mi madre. ¿Puedes devolvérmelo? Gracias. —Mi voz suena demasiado borde.

Con una sonrisa a modo de disculpa, Cris me lo da.

—Disculpa.

Resoplo. Menuda noche me espera.

Cuando llegamos a la discoteca cerca de las doce y media está ya a rebosar. Abraham y Cris parecen encontrarse a gusto, pero yo no. Los lugares de ambiente no son lo mío. Hay demasiado baboso, y ahora mismo tengo bastante mal humor y a la mínima estallo. Espero que no pase nada.

—¿Qué vas a tomar? —me pregunta Cris, de camino a la barra.

—¿Qué? —grito. Con la música tan alta no me entero de nada.

—¿Qué vas a querer beber? —repite, haciendo énfasis en cada palabra.

—Nada. —Me ayudo de las manos—. ¡No puedo beber nada! ¡Dieta blanda!

Cristina sacude la cabeza y asiente.

—Tú te lo pierdes.

Ella se pide un Ron con Coca-Cola y Abraham un Puerto de Indias con Seven Up. Van a empezar fuerte, sí.

—¿Quieres un poco? —me ofrece Abraham.

Voy a responderle cuando mi mirada se detiene en dos bultos que se acercan a nosotros. Con la luz psicodélica no logro advertir quiénes son, pero cuando están más cerca siento que la música y todo se detiene a mi alrededor. No puede ser. ¡Es Mateo! Pero ¿cómo? ¿Por qué? ¿Es una encerrona? Espero que no sea así, Cris no me haría esto. Abraham… No, él definitivamente no. Y David… No, él tampoco. Supongo que Mateo se habrá acoplado. ¿Y justamente tenía que ser hoy?

Me giro hacia Abraham. El pobre se ha quedado más a cuadros que yo. Le arrebato el vaso y me bebo medio de un trago.

—¿No decías que no podías beber? —se ríe Cris, estupefacta de verme beber así.

—Lo voy a necesitar —digo.

Mateo se planta frente a mí.

—Hola, Álex —me saluda. Trago saliva, intentando mantener la calma—. ¿Todo bien? —Su voz suena con tanta dulzura.

—S-sí. ¿Y tú? —logro responder.

—Bueno, he vivido tiempos mejores, la verdad. —Se encoge de hombros.

—¿Has arreglado la situación con tu padre? —me atrevo a preguntar.

—Sí, y no. La cosa va para largo.

—Imagino. —«Y el día que recuerdes todo irá a peor», me callo la frase.

David me separa de su hermano y me abraza.

—¿Todo bien, Álex?

—Sí, todo bien. No te preocupes.

—Mi hermano me contó lo que pasó. Se ha empeñado en venir cuando le he dicho que tú también venías. Espero que no te moleste.

Le quito importancia con un ademán de mano.

—No pasa nada, tranquilo.

—¡Vamos más al centro! ¡A bailar! —grita Cris con fuerza justo en el momento en que se acaba la música.

Nos echamos a reír cuando las miradas se centran en ella. Suele pasar en estos sitios.

Nos vamos al centro y Cris me saca a bailar. Intento despejar la mente y hacer como que Mateo no está aquí, así evado la mente y no pienso en nada. De vez en cuando bebo algún que otro trago del vaso de Cris. No debería, pero lo necesito.

La noche sigue su transcurso. Dos horas más tarde empiezo a cansarme. Noto a Mateo con deseo de acercarse a mí, pero por algún motivo no lo hace.

Abraham tiene cara de enfado desde que ha visto a Mateo. Le ha pillado por sorpresa tanto o más que a mí. He perdido la cuenta de cuántas copas ha bebido ya. A veces baila y veo que se tambalea.

—¡Dile a Abraham que no beba más! Se supone que después tiene que llevarnos —le digo a

Cris al oído. Y ya no solo por eso, Abraham borracho no me da buenas vibraciones.

Cris asiente y se va a bailar con él. Siento unas manos que se ponen en mi cintura justo en este momento. Me giro y me encuentro a Mateo sonriéndome con su sonrisa que me quita el hipo. Tiene ganas de bailar conmigo.

—¿Te diviertes? —me pregunta. Está intentando romper el hielo. Se me hace extraño tenerlo aquí y no prestarle atención. ¿Por qué? ¿Por qué es tan fácil? Supongo que es el alcohol.

—Sí. —Levanto el pulgar—. La música es horrible, pero estoy bien.

—¡Ja, ja, ja! ¡Sí, un poco! ¿Quieres algo de beber? Voy a por una copa.

Niego con la cabeza.

—No, he bebido demasiado y no debería haberlo hecho: dieta blanda.

—Pobre. Pero estás bien, ¿no?

—Sí, claro, estoy bien.

—Me alegro, guapo. Voy a pedir. ¿Me acompañas?

Quiero ir, pero prefiero declinar la invitación.

—No me gustan las aglomeraciones. Me quedo aquí.

—Vale. —Me pellizca con dulzura una mejilla y se marcha hacia la barra.

¡Está tan guapo! ¿Por qué se me tortura de esta forma? Suspiro cerrando los ojos, y me giro. Me sobresalto cuando veo a Abraham mirándome con los ojos dilatados. Está muy borracho.

—¿Estás bien, Abraham?

Me agarra de los hombros, tambaleándose.

—Álex… Yo… No ce si estoig borraxo, o cómo egtoy, pero ci ce que tengo celog. ¿Por qué no me hag elegido a mí? ¿Qué veg en Mateo? —Me entristece ver a Abraham decir esas palabras. Sus ojos están a punto de desbordarse en lágrimas—. Álex… Yo… Te amo.

Y antes de que yo pueda decir algo, se lanza y me besa sin poder detenerlo. ¿De verdad esto está pasando?

—¡Abraham, para! —grito, separándolo de mí.

Escucho un vaso romperse a mis espaldas justo en el corte del cambio de canción. Me giro lentamente, temiéndome lo peor. Mateo no nos aparta la mirada, perplejo. Parece evadido. ¿Le ocurre algo?

—Mateo, ¿e-estás bien? —Le pongo una mano en un brazo, pero se aparta con brusquedad, mirándome con repugno.

89

Las manos de Mateo tiemblan mientras mira con rencor a Álex. Todo a su alrededor parece detenerse. Todo a su alrededor parece avanzar a cámara lenta. La gente se mueve a su lado, bailando, bebiendo, divirtiéndose, mientras él solo escucha el crujir de su corazón tratando de seguir adelante. Se siente estúpido, engañado y traicionado. ¿Álex no ha perdido el tiempo? ¿Todo este tiempo ha estado con Abraham? Él siempre ha confiado en él, creyendo que era su alma gemela, dándole todo lo mejor, poniendo especial cuidado en que estuviera lo mejor posible y él…

—¿Cómo has podido hacerme esto? —gruñe casi escupiendo las palabras.

En su mente aparecen imágenes de Álex besándose con Abraham, de Álex abrazado con Abraham, de Álex pasando el tiempo con Abraham, felices, como ellos solían hacer antes de que el accidente lo cambiara todo, cuando ambos daban la vida por el otro.

La rabia se acumula en su cuerpo. Aunque algo en su interior le dice que Álex no es así, que nunca no lo traicionaría, que Álex no ha dejado de amarlo, sabe bien lo que ha visto y una imagen vale más que mil palabras, y con eso le es suficiente.

90

Permanezco perplejo, mirando a Mateo. ¿Estoy escuchando bien?

—¿Hacerte qué? —¡Mierda! ¿No se suponía que no sentía nada por mí? ¿Y Abraham no tenía un momento más oportuno para besarme?—. ¡Yo no he hecho nada! ¡Abraham me ha besado a la fuerza, Mateo!

Mateo se ríe con sarcasmo.

—¡No le eches la culpa! ¿Has aprovechado mientras he estado en coma y sin memoria? Espero que hayas disfrutado.

¿Qué? Esto no me puede estar pasando. ¿Mateo ha recordado? ¿Tenía que ser justo en este momento, justo cuando Abraham me besa y no después de hacer todo lo posible porque me recuerde?

—Deja que te explique, por favor —imploro con la mirada vidriosa.

—No, no te me acerques. Ahora me queda todo claro. Pensaba que no eras así…

—¡Mateo!

Con una mirada cargada de desprecio, se marcha. Jarros de agua fría, losas, bofetadas…, todo se abalanza sobre mí. ¿De verdad todo se ha terminado aquí, de esta forma? ¿Y sin ni siquiera darme la oportunidad de explicarme? Quiero marcharme, que la tierra me trague y me escupa más allá del Polo Norte.

Cristina se acerca corriendo al escuchar nuestras voces.

—Álex, ¿estás bien?

Rompo a llorar, negando.

—¡Quiero irme ya! ¡No tendría que haber venido, joder! ¿Por qué me has obligado a venir?

Abraham se acerca por el otro lado.

—Álex…

—¡No me toques! —chillo, alejándolo de mí como si apestara—. ¡Vete, VETE!

—Te… amo… —termina su frase, totalmente borracho, y me vomita en los pies.

¡Lo que me faltaba!

Me alejo de ellos en dirección a la puerta oliendo a vómito. Tengo que hablar con Mateo, tengo que aclararlo todo. Pero cuando salgo Mateo no está por ningún lado.

Me dejo caer de rodillas al suelo, abatido. ¿Por qué me tienen que pasar estas cosas a mí?

Cristina sale a mi encuentro y me ayuda a levantarme.

—Álex, lo siento. —Me abraza—. No llores, por favor.

—Es lo único que me queda. —Me separo de ella—. Me marcho. La fiesta se ha terminado

para mí.

—¿Te vas a ir andando, solo? —se alarma.

—Sí, ahora mismo me da todo igual.

Me encamino calle arriba, cuestionándome qué hice mal en la otra vida para que ahora lo esté pagando de esta forma.

Me quito del cuello el collar con el colmillo del perro de Mateo. Varias lágrimas gigantescas caen de mis ojos, observándolo. Ahora es lo único que me queda de él.

¿Cómo llegué anoche a casa? Es lo primero en lo que pienso cuando me despierto. Llegué y me acosté incluso vestido, agotado. Recuerdo haber recorrido calles sin ton ni son, vagando como un alma en pena. Entre el alcohol que bebí (que no fue mucho, pero lo suficiente para trastocarme) y las emociones de lo ocurrido, me sentía como un barco a la deriva, perdido en medio del océano, nunca mejor dicho. La discoteca está en la otra punta de la ciudad, nunca he llegado tan lejos, y regresar a pie fue toda una odisea.

Consulto la hora: las once de la mañana. Una llamada y un wasap de mi madre.

«¿A qué hora coges el bus?» No me acordaba que le había dicho que hoy iría al pueblo.

Me siento en la cama y miro por internet los horarios. A las tres y cuarto hay un autobús dirección a EntreCampos. Es el perfecto, así tengo tiempo de preparar la maleta.

«Después de comer», respondo y busco la conversación con Mateo. ¿Hago bien en escribirle? Necesito explicarle lo que en verdad sucedió, aunque después, aun así, siga sin querer saber nada de mí.

¡Cuál es mi sorpresa cuando veo que no puedo ver ni su estado de WhatsApp ni su foto! ¡Me ha bloqueado! No puede ser. No, esto es más de lo que puedo soportar.

¿Mateo me ha desterrado de su vida para siempre?

Ahora sí que sí tengo más ganas de irme a mi pueblo y no regresar nunca más a esta dichosa ciudad. ¡Maldita la hora en que vine a estudiar aquí!

91

David golpea con insistencia la puerta de la habitación de su hermano. No hay respuesta; no deja de repetir la llamada.

—¿Quieres hacer el maldito favor de abrir la puerta, Mateo? —grita David, enfadado—. Sé que estás ahí. Tengo que hablar contigo.

—No la voy a abrir; quiero estar solo. ¿Qué parte de «quiero estar solo» no entendéis?

—No me pienso ir de aquí hasta que no me dejes hablar contigo. Puedo derribar la puerta, ¿sabes?

—¡Cuando quieres puedes ser una pesadilla! —exclama Mateo, sulfurado.

Se escucha girar la llave al otro lado y se abre la puerta.

—Ahora entiendo por qué mamá se negó a que pusieras una cerradura a tu puerta.

—¿Qué quieres? —Mateo es directo.

—Hablar contigo.

—Si es sobre Álex, pierdes el tiempo.

David resopla y, llevándolo agarrado de un hombro, sienta a su hermano en la cama.

—¿De verdad vas a ser así con él cuando ha estado día y noche a los pies de tu cama en el hospital, incluso cuando su abuela se estaba muriendo e iba y venía desde su pueblo para estar contigo y con ella? No sabes ni la mínima parte de lo que pasó mientras tú estabas en coma para que ahora lo trates de esa forma por un simple beso que él ni dio ni quiso.

Mateo se queda mirando a su hermano sin dar crédito a lo que ha escuchado.

—¿Lo dices en serio?

—Sí. Y ahora que he captado tu atención, ¿me dejas que te explique todo bien?

92

—Abraham, abre, soy Cris. Estoy en la puerta de tu piso.

—¿Cris? —repite Abraham con la voz pesada—. ¿Qué quieres? Me va a reventar la cabeza. ¿Por qué hablas tan fuerte?

—Y más que te va a doler si no abres ahora mismo. —Y cuelga el teléfono.

Abraham le abre la puerta y Cris sube hasta el cuarto piso. Golpea la puerta con energía.

—¡Para! ¡Me va a estallar la cabeza con tanto golpe!

—Te lo tienes merecido. —Cierra la puerta.

—«¿Merecido?» ¿Qué he hecho yo?

—¿Que qué has hecho? ¿Tienes los santos cojones de preguntarlo? ¿Acaso no lo recuerdas?

—No recuerdo nada de anoche. ¿Hice algo malo? —pregunta, llevándose una mano al pecho, sorprendido.

Cris se sienta en el sofá.

—Besaste a Álex delante de Mateo y le dijiste que lo amabas. ¿Te parece poco?

Abraham abre los ojos de par en par.

—¿Qué?

—Sí, lo hiciste, y Mateo recordó justo en ese momento y no quiere volver a saber nada de Álex. ¡Piensa que ha estado contigo todo este tiempo!

—Mira, eso me gusta.

Cristina le lanza un cojín contra la cara, enfadada.

—¿Cómo puedes ser tan egoísta? ¿Sabes cómo se ha de sentir Álex en este momento?

—Bueno, estará mal, es normal. Pero ya se le pasará y se dará cuenta de que Mateo no es la persona adecuada para él. —Se encoge de hombros—. ¿Para eso todo este jaleo?

Cristina frunce el ceño. Se levanta y se acerca lo más cerca posible a él poniéndole un dedo en el pecho.

—Pensaba que eras de otra forma, pero me estoy llevando una sorpresa. Si de verdad lo amas arreglarás este desaguisado, porque toda la culpa es tuya. Y por encima de todo es tu amigo y no se merece que le desees ese mal.

Se dirige hacia la puerta.

—¿Y si no quiero? —protesta Abraham.

—Olvida que eres mi amigo.

Cristina sale cerrando la puerta de la vivienda con violencia.

93

Compro mi billete de autobús y bajo hacia los andenes por las escaleras mecánicas con un profundo desasosiego en el pecho. Pienso que, en cualquier momento, o justo al subirme al bus, aparecerá Mateo, arrepentido, me pedirá perdón y todo volverá a ser como antes, pero ¿para qué me quiero engañar? Estas cosas solo pasan en las películas, no en la vida normal. Entre Mateo y yo todo se ha terminado. Empezó todo muy bien, pero el profundo declive que una cosa tras otra ha producido no tiene remontada. No.

Ya es la hora de subirme al bus. Camino con lentitud hacia él. A pesar de todo, sigo pensando que Mateo aparecerá. Pero no, no aparece, por más que vuelva la vista Mateo no está por ningún lado. Subo y me siento al fondo, en los últimos asientos, afligido. A veces no es bueno tener tantas esperanzas.

«Mamá, ya voy para allá», informo a mi madre y me recuesto en el asiento mirando por la ventana.

Conforme dejamos atrás la estación de autobuses mis ojos son dos torrentes de lágrimas.

Mateo, te quiero.

Mi padre me recoge en la parada de autobuses de mi pueblo. ¡Qué viaje más largo! Se me ha hecho eterno. Mi cabeza no ha dejado de pensar en todo el tiempo, ni siquiera me he podido quedar dormido. Tampoco es que yo sea capaz de hacerlo ni en un coche ni en un autobús.

—¿Qué tal, hijo? —se interesa mi padre, abrazándome.

—Bien, papá —respondo con aplomo.

—Pues no te veo muy bien.

—El viaje se me ha hecho muy pesado. Creo que estoy algo mareado —miento.

—Bueno, ahora te tumbas un poco en tu cama y se te pasa.

—Sí.

Aparcamos el coche en la puerta de casa. Me bajo con la pena de mi pecho más grande. No es grato regresar de esta forma a mi casa. La última vez que estuve fue el día de la muerte de mi abuela. Desde entonces no he vuelto, y no sé cómo de grato va a ser.

—Toca a la puerta, que te abra mamá.

Tomando aire, eso hago.

—¡Mira quién está aquí! —exclama mi madre nada más abrir la puerta—. Hijo, cada vez estás más delgado.

—Mamá, no empecemos con eso —pido, y le doy dos besos.

—¿Qué mosca te ha picado?

—Nada —digo entrando en casa.

—El viaje no le ha sentado muy bien —añade mi padre.

—¿Seguro? —Olvido que mi madre tiene un radar especial para saber cuándo hay una mentira de por medio. En nada va a saber lo que me ocurre, seguro. Mientras tanto, que la situación siga así.

Entro al salón. Mi perro se abalanza sobre mí para saludarme. Su rabo no deja de moverse de un lado a otro, golpeando todo lo que encuentra a su paso.

—Yo también me alegro de verte, chiquitín. —Levanto la vista y veo a mi abuelo, al lado del sillón vacío de mi abuela. ¡Qué extraño se me hace entrar y no ver aquí a mi abuela!, ni escuchar su voz ni que me pregunte cómo estoy. Va a ser una semana dura, sin duda.

Beso a mi abuelo.

—¿Cómo estás, abuelo?

Se encoge de hombros.

—Cada día más sordo, pero bueno.

—Yo te veo muy bien, abuelo.

Él no vuelve a decir nada; se encierra en su mundo. Me pregunto qué pensará ahora sin mi abuela. Aunque sea doloroso, tal vez se pregunta cuándo se irá con ella.

—Álex, ¿has comido? —me pregunta mi madre entrando al salón.

—Sí, mamá. Además, ahora no tengo hambre. —Al final con la broma voy a empezar a creer que tengo el estómago revuelto.

—Esta noche no te libras de cenar muy bien. ¡Qué vas a desaparecer de lo delgado que estás!

—Todavía no me lleva el viento por muy fuerte que sople, mamá —rio—. No te preocupes, que estoy bien, ¿vale? Voy a tumbarme un poco en mi cuarto. ¿Vienes, Tico?

Mi perro ladra, moviendo el rabo, y subimos a mi cuarto. Dejo la maleta al entrar y me lanzo sobre la cama en plan mísil. Tico se abalanza sobre mí y comienza a lamerme la cara y las manos, juguetón.

—Tú sí sabes cómo hacerme sentir bien, ¿eh, Tico? —Se me queda mirando como si me entendiera.

Se tumba a mi lado con los ojos cerrados. Lo acaricio mientras miro mi habitación, mis estanterías llenas de libros y películas; esto también es una inyección de energía.

Mi vista se detiene en mi escritorio donde tengo otra foto de mi abuela el día de mi comunión. Me quedo mirándola.

—Abuela, necesito hacerte una visita, cuanto antes —le digo con una lágrima recorriendo mi mejilla.

Necesito estar a solas con ella, y hablar. Ella siempre me ayudaba a que las penas pasaran más rápido. Sé que, de una forma u otra, ella me echará una mano.

94

Abraham se detiene frente a la puerta del bar de Mateo. Mira la carta que lleva en las manos. Toma aire y entra. Hay dos o tres ancianos tomando café. Aún es temprano. Abraham busca con la mirada a Mateo. No lo ve por ningún lado, sí a David. Se acerca a la barra.

—Hola, David.

David levanta la vista y se queda parado, sorprendido por ver allí a Abraham.

—Hola, Abraham. No sé si es buena idea que estés aquí. —Mira hacia la derecha temiendo que Mateo salga y lo vea allí.

—Sí, lo entiendo, pero necesito hablar con tu hermano; tengo que aclarar lo que ocurrió en la discoteca.

—No sé si mi hermano querrá hablar contigo.

—Lo intentaré por todos los medios. Por favor ¿puedes decirle que estoy aquí?

David asiente, suspirando.

—Ahora vuelvo.

No se ha dado la vuelta cuando Mateo sale de la oficina. Su cara de sorpresa cambia a rabia cuando ve a Abraham.

—¡Tú! ¿Se puede saber qué coño haces aquí? —le increpa, lanzándose hacia él.

David se interpone entre los dos frenando a su hermano.

—Mateo, no; Abraham ha venido a hablar contigo.

—Yo no tengo nada que hablar contigo. —Habla con ira.

—Entiendo que no quieras hacerlo, pero, por favor, escúchame, por el bien de todos. —Para Abraham ya es difícil mirarlo a la cara, no solo por saber que a quien Álex ama es a él, sino también por haberlo perseguido con el coche y casi hacerlo volcar de la moto, hecho del que, a pesar de todo, se arrepiente.

Mateo mira a su hermano y este asiente sin relajar el ceño fruncido.

—Pero rápido. Ven conmigo.

Mateo lo conduce hasta la oficina. Lo invita a tomar asiento, pero Abraham se niega.

—Fui yo el que besó a Álex; él no me besó —dice, tragándose su orgullo—. Álex está tan o más enamorado de ti como el primer día —habla sin rodeos.

Mateo se queda congelado, asimilando sus palabras.

—¿Álex dijo la verdad?

—Sí. ¿Acaso dudas de su palabra, conociéndolo más bien que ninguno?

Mateo se deja caer en la silla, aturdido y dolido. Su mirada cargada de reproche se centra en

Abraham. Se abalanza sobre él, dispuesto a golpearlo.

—¡Tú lo has jodido todo!

—¡Mateo, para! —lo detiene de nuevo David entrando como un rayo en la pequeña habitación—. ¡Abraham solo quiere ayudar!

—«¿Ayudar?» ¡Por su culpa he roto con Álex! ¡Por su culpa se ha ido todo a la mierda!

—Si no fuera por mí no hubieras recordado nada —añade Abraham, haciendo que Mateo se aparte de encima de él.

Mateo lo mira de soslayo. ¿Encima quiere que le dé las gracias?

—Ahí tiene razón —confirma David, ayudando a Abraham a levantarse del suelo.

Mateo se da la vuelta, presa de una mezcla de sentimientos encontrados.

—Escúchame, Mateo: esta guerra está ganada. Amo a Álex, igual que tú, pero yo no tengo nada que hacer contra ti. Os dejo vía libre a los dos. Solo quiero que Álex sea feliz, esté con quién esté. Y su decisión es estar contigo. —Le tiende la carta—. Solo te pido que le des esto de mi parte. —Mateo mira la carta, después a Abraham—. Por favor. Él también necesita mis disculpas. Prefiero hacerlo así que no en persona, porque es la mejor forma.

Mateo coge la carta, asintiendo a regañadientes.

—Otra cosa —Abraham le pone una mano a Mateo sobre un hombro—: cuida de él y hazlo lo más feliz posible. Álex se merece eso y mucho más. Y, a pesar de todo, me alegro de que haya decidido estar contigo.

—Eso si ahora decide escucharme.

—Adiós. —Abraham sale de la oficina sin más.

Mateo se sienta en la silla, mirando la carta. David se acerca a su hermano.

—¿Qué vas a hacer ahora?

—N-no lo sé. Me avergüenzo de lo que hice, no actué bien.

—¿Temes que Álex no quiera saber de ti? —Mateo asiente—. Después de todo lo que te conté ayer, no sé cómo sigues pensando eso. Nadie ha hecho por ti lo que Álex.

—Lo sé, y yo me he comportado como un auténtico idiota.

—Aunque es probable que, teniendo en cuenta que no lo dejaste que te explicara qué sucedió, tal vez no quiera ahora hablar contigo.

—¿Intentas hacerme sentir peor?

David sacude la cabeza, negando.

—¿Y todavía sigues ahí sentado, sin hacer nada? —lo regaña. Lo agarra de un brazo y lo pone en pie—. ¡Vamos, tío! ¡No vas a encontrar a nadie como Álex! ¡Ve y discúlpate! ¡Ahora!

Mateo mira a su hermano. Sonríe y lo abraza.

—Gracias, hermano. Deséame suerte.

—No la necesitas. —Le tiende las llaves del coche—. Te lo he aparcado dos calles más abajo.

Mateo asiente y sale corriendo, con el corazón desbocado, esperando que Álex lo perdone.

95

—Mamá, salgo —informo a mi madre, agarrando las llaves de casa.

Mi madre aparece por la puerta de la cocina, cucharon en mano. Tiene la costumbre de empezar a cocinar siempre a las diez de la mañana.

—¿Adónde vas? Podrías llevarte a pasear a Tico, ¿no? Tanto que lo quieres y casi nunca lo sacas.

Sabía que diría eso.

—Mamá, lo sacaré después, te lo prometo, pero ahora no puedo; tengo otra cosa que hacer y no puedo llevarlo conmigo. —Tico ya espera sentado a mi lado, esperanzado.

—¿Qué te traes entre manos? —Mi madre se me acerca, amenazante.

—Nada, mamá; cosas mías. ¿Puedo irme?

—No te tengo sujeto para que no puedas marcharte. Y no soy tonta: a ti te ocurre algo. Estás más raro de lo normal.

—No tengo la regla ni nada por el estilo, mamá. No te preocupes por mí, estoy bien. —Abro la puerta y me dispongo a salir.

—No tardes. Antes de las dos te quiero ver aquí.

—Sí, mamá. Adiós, mamá.

Cierro la puerta y suspiro. No recordaba lo que era estar con mi madre.

Miro a ambos lados de la calle; no hay ni un alma. Mi pueblo es un pueblo fantasma, siempre lo he dicho; solo hay abuelos y apenas se hace nada por fomentar, digamos, la colonización por parte de los jóvenes. De aquí a diez años mi pueblo estará desierto sino antes.

Subo al máximo la cremallera de mi chaqueta y me marcho calle arriba. Estamos ya en abril y aquí aún hace frío. No es que yo sea muy caluroso, pero cuando hace frío, lo hace.

Necesito encontrar una tienda abierta para comprar una vela. Le he robado uno de los mecheros de la cocina a mi madre para encenderla. Voy con cuidado de no encontrarme a nadie por el camino; es lo que menos deseo ahora. Quiero hacer mi cometido, sin más.

Entro en una de las tiendas de barrio de toda la vida. La dependienta, una mujer mayor, está siempre igual: arrugada como una pasa. Desde pequeño he creído que tiene más de noventa años y siempre ahí, al pie del cañón. Y desde que tengo uso de razón la llevo viendo igual. Los años han pasado de golpe por ella, y se ha quedado detenida en el tiempo.

Compro la vela y me encamino hacia el cementerio. No he estado desde que dimos sepultura a mi abuela y no va a ser grato volver allí después de ese día, pero se lo debo a ella.

Hay gente que teme a los cementerios cuando allí nada ni nadie te puede hacer daño, ni

siquiera los muertos. Hay que temer más a los vivos. La calma y silencio sobrecoge, es cierto, sin embargo, hay personas a las que les fascinan, sobre todo los cementerios antiguos por la belleza de sus tumbas, adornadas con esculturas que son auténticas obras de arte.

Me encamino hacia el fondo del cementerio, la última hilera de nichos donde mi abuela está enterrada. Hecho un vistazo a la calle donde mis abuelos paternos están enterrados. Hace tiempo que a ellos tampoco los visito, pero ellos me perdonarán; hoy mi misión es otra.

Busco la tumba de mi abuela: quinientos sesenta y nueve. Mi mirada se detiene en su foto, como siempre ella solía estar, sonriendo.

Nada más verla, me derrumbo. Me arrodillo delante de la tumba y acaricio las letras de su nombre, llorando.

—Abuela… ¿Por qué te fuiste tan pronto? —Aún sigo sin comprender por qué tuvo que marcharse en un suspiro. La vida es como la llama de una vela, esa que con un leve soplo de aire se apaga—. Aún nos quedaban tantas cosas por vivir juntos…

Me sorbo la nariz y saco la vela de la bolsa. La pongo delante de la lápida y la enciendo.

—Sé que esto es una miseria, abuela, pero tú siempre preferías velas a las flores. Espero que esta te sirva. Es mi manera de pedirte perdón. No te fui sincero, ni siquiera cuando supe que te quedaba poco a nuestro lado. Me queda esa espinita en el pecho de no haberte dicho que soy gay. Sé que, de alguna forma, tú lo sabías. Nunca lo dijiste, pero estabas al corriente. Supongo que también esperabas que yo te lo dijera, pero no soy valiente, nunca lo he sido. Tenía miedo de qué pensarías de mí. Sin embargo, me has estado ayudando todo este tiempo, has estado a mi lado, y te lo agradezco, abuela. Porque sin ti no podría haber sido tan fuerte. Pero ahora ya no puedo serlo más. Ya no. —Sollozo con más fuerza—. Te necesito a mi lado, abuela. N-necesito de tus consejos, que me abraces y me mimes; que me des los consejos que siempre me dabas. Escuchar tu voz, mecerme con ella…

»No fui valiente de decirte esto en vida, abuela, y lo siento. Y es como una condena, aunque sé que tú no me guardas rencor, nunca. A veces miro al cielo buscando la estrella que más brilla. Cuando su brillo es más fuerte, sé que eres tú lanzándome un beso.

»Abuela…

Beso las letras de la lápida con un beso impregnado en mis dedos. Me siento en el frío suelo y me abrazo a mis rodillas. Sollozo con más insistencia.

—Ayúdame, abuela, ayúdame ahora a superar esto. Necesito que la suerte vuelva conmigo.

96

—Abrid, por favor. ¡Abrid! —se desespera Mateo, presionando el timbre del portón del piso de Álex—. ¡Vamos! ¿Es que no hay nadie? ¡Joder!

Se escucha descolgar el telefonillo.

—¿Quién es? —pregunta una muchacha.

—¿Está Álex? S-soy Mateo.

—¿Álex? Álex no está; se ha ido ya.

—¿Cómo que se ha ido ya? ¿Adónde? —Mateo palidece.

—A su pueblo, a pasar Semana Santa.

—Mierda. ¡Gracias!

Mateo se dirige hacia su coche, con los puños apretados. Se sube y golpea el volante repetidas veces.

—¡Idiota! ¡Idiota! ¡Idiota! ¿Y ahora qué?

Se recuesta sobre el asiento, pasándose las manos por la cara. ¿Cómo va a encontrar ahora a Álex? Agarra el teléfono, busca su número; llama, pero él no acepta la llamada. Vuelve a insistir, y nada. ¿Dónde está?

Una idea cruza su cabeza; tal vez sea la solución. Busca en la agenda de teléfonos y llama.

—¿Cristina? ¡Oh, gracias! Necesito hablar contigo.

—¿Qué pasa? —se altera Cristina al escuchar la voz angustiada de Mateo.

—Necesito tu ayuda.

—D-dime.

—Álex se ha ido a su pueblo. Eres de allí, ¿no es cierto?

—Sí, ¿por qué?

—Llévame hasta allí, por favor; necesito pedirle perdón.

—Sí, claro. Pero ¿Álex se ha ido ya? No me ha dicho nada…

—Sí. He estado en su piso y su compañera me ha dicho que se ha ido. Dime dónde vives que voy a por ti ahora mismo. —Mateo anota la dirección en la parte trasera de un ticket de compra—. ¿Estás lista?

—¡No! Tengo que terminar mi maleta.

—Tienes veinte minutos.

—Ok. ¡Ok! ¡Todos los tíos sois iguales! Cuando os entra la prisa sois un incordio.

—Ja, ja, ja. Sabes que es por un bien mayor.

Mateo cuelga y sale del aparcamiento.

97

—¿Me puedes decir ahora a qué viene todo esto? —dice Cristina nada más subirse al coche. Se pone el cinturón y mira fijamente a Mateo—. ¿Qué ha pasado?

—Abraham ha hablado conmigo y me ha explicado lo que sucedió.

—¿De verdad? —sonríe Cristina, entre alegre y sorprendida. No lo veía capaz de hacerlo. Sabe que tiene una deuda pendiente con su amigo.

—Sí, y me ha dado esto para Álex: una carta.

—«¿Una carta?»

—Sí. Necesita pedirle perdón y no puede hacerlo en persona. Me ha dicho que esta guerra la ha perdido, que quiere que Álex sea feliz y que conmigo lo será (o por lo menos es lo que él ha elegido) y nos deja vía libre.

—«¿Vía libre?»

—Sí, es como si se marchara. Ha sonado ha despedida. La verdad es que ha sido muy extraño.

—Después hablaré con él. Toma esta salida de la autovía. Sí, por ahí. —Mira la carta—. Mateo, dime una cosa: ¿por qué desconfiaste así de Álex la otra noche?

Mateo mira a Cris con los ojos vidriosos.

—Porque fui un idiota. La situación me pilló por sorpresa. Recordé todo de pronto. Fue como si hubieran encendido una bombilla en mi cabeza. Había tenido pequeños retazos antes, pero estaban como inconclusos… No sé. Pero cuando vi aquello todo se aclaró en mi cabeza; temí lo que una vez me sucedió y… Fui un completo gilipollas.

—Sí, teniendo en cuenta todo lo que Álex ha hecho por ti.

—Lo sé. Ha estado ahí siempre, incluso intentando conquistarme de nuevo por si no lograba recordar…

—Muy pocas personas hacen eso.

—Lo sé, por eso estoy tan arrepentido. Solo le he causado daño. Espero que consiga perdonarme.

—Lo hará.

—¡Ojalá! ¿Sabes dónde vive?

Cristina mira a Mateo, pálida.

—¿Qué pasa?

—¡No sé dónde vive!

—¿Qué? ¿Y cómo vamos a dar con su casa?

—No sé. El pueblo no es que sea muy grande: ocho mil y pico habitantes…

—Casi nada. Dos o tres casas, ¿no? —dice Mateo con ironía—. ¿No sabes de alguien que pueda saber dónde vive? —Cristina niega con la cabeza—. ¡Mierda! ¿Puede haber algún problema más?

—Tranquilo, lo averiguaremos.

—Sí, aunque me cueste ir casa por casa preguntando.

—Esa es la actitud. ¡Esa salida no! ¡La siguiente!

—Ve más pendiente de la carretera que del móvil. ¡Al final nos vamos a perder!

—¡Perdón, perdón! Estaba hablando con Abraham.

—¿Y?

—Dice que se marcha a Galicia; va a pedir el traslado de expediente y su idea es irrevocable.

—Por un lado, lamento que tenga que recurrir a eso.

—Lo que es capaz de hacer el amor. —Cristina pone los ojos en blanco—. Los hombres sois un drama.

—A veces mueve montañas. —Guiña un ojo—. Otras, nos vuelve tontos. Pero ¿qué sería de la vida sin amor?

—Nada, ese es el problema.

98

Escucho unos pasos detrás de mí.

—Chico, te vas a mojar —me dice el sepulturero, sobresaltándome. Ha empezado a llover de repente, pero yo sigo aquí sentado, tal vez esperando una señal que me diga que mi abuela está conmigo en este momento, aunque sé que no llegará.

—Da igual. No importa —digo, restando importancia con un ademán de mano.

—Toma, chico. —Me da su paraguas—. Yo tengo otro en la caseta. Si vas a estar más tiempo aquí por lo menos no te mojarás.

—Gracias —digo sin más regresando la mirada a la lápida.

Agarro el paraguas y me cubro con él. Muevo la vela y la coloco justo debajo de la repisa de la lápida que hay sobre la de mi abuela para evitar que el agua la moje y apague la llama.

Me llevo la mano a mi bolsillo buscando mi móvil. Se me hace extraño que mi madre no me haya llamado ya para saber dónde estoy. Mi móvil no está en el bolsillo. Un miedo irracional me asalta. ¿Dónde está? ¿Lo he perdido? Me levanto, mirando en derredor. No está por ningún lado. Me detengo. ¿No lo dejé en casa cargando? Sí, no he salido con él. Me quito un peso de encima. A este paso voy a terminar perdiendo la cabeza.

Miro la tumba de mi abuela, sonriendo con tristeza.

—En nada me marcho, abuela, pero prometo volver. ¿Vale?

Un escalofrío me sacude. Me giro con brusquedad al sentir cómo una mano se posa sobre mi hombro derecho. No es un gesto frío, sino cálido, aunque sea inmaterial.

—Gracias, abuela. Gracias por estar conmigo.

99

—Nada, no acepta la llamada. —Cristina tira la toalla después de veinte intentos llamando a Álex.

—¿Ves? Te lo he dicho.

—Que no acepte tu llamada es normal —refuta Cristina—, pero la mía no. Y, que yo sepa, conmigo no está enfadado.

—¿Qué crees que es entonces?

—Nada, que está durmiendo. —Se encoge de hombros.

—Álex no duerme hasta cerca de las dos del mediodía, mucho menos estando lloviendo; es escuchar llover y se pega a la ventana a ver las gotas recorrer el cristal.

—Eso también es cierto.

—Tal vez ha salido y se ha dejado el móvil.

—También puede ser. Aparca aquí, en esta calle —pide Cristina no muy lejos de la entrada del pueblo.

—¿Qué propones? ¿Qué hacemos? —pregunta Mateo, comenzando a desesperarse.

—No lo sé. Tú decías ir llamando puerta por puerta hasta dar con su casa, ¿no? Pues hagamos eso.

—¿No me ves capaz? —Mateo levanta una ceja.

—De eso y mucho más.

—Entonces, andando, no se hable más.

—Hmm… ¿Tienes paraguas? —matiza Cristina cuando Mateo se dispone a abrir la puerta.

—No. Un poco de lluvia no hace daño.

—Ya, claro. ¡Y me he pasado dos horas esta mañana alisándome el pelo para nada, ¿no?!

—¡Siempre es el pelo! ¡Ja, ja, ja! ¿Quieres ayudarme, o no? Pues vamos.

—¿Y si llamo una última vez? —Ella pone cara de angelito.

Mateo asiente con la cabeza.

—Está bien: una última vez. —Cierra la puerta.

Cristina llama y espera. Justo en el momento en que va a colgar, dándose por vencida, la llamada es aceptada.

—¿Álex? ¿Dónde estabas? ¡Te he llamado veinte veces, tío!

—¿Quién eres? —pregunta una voz femenina al otro lado dejando a Cristina parada. Mira la pantalla del móvil. Sí, es el número de Álex. ¿Entonces?—. ¿Hola? ¿Hay alguien ahí?

—¡Habla! —insta Mateo.

—Sí. S-soy Cristina, amiga de Álex. ¿Quién eres tú?

—Soy su madre.

—¡Oh! Pensaba que me había equivocado. ¿Puedes decirle a Álex que se ponga?

—Álex no está en casa. Se ha marchado no sé a dónde y se ha dejado el móvil cargando.

—¿No sabe de verdad adónde ha ido?

—No. ¿Quieres que le deje un recado?

—Sí, que me llame en cuánto vuelva. Gracias. Adiós.

Mateo mira a Cristina fijamente.

—¿Qué? ¿Dónde está?

—En su casa, no. Su madre dice que ha salido y no sabe dónde ha ido. El teléfono lo ha dejado cargando.

—¡Mierda! —Mateo golpea el volante—. ¡Pero podrías haberle pedido la dirección de su casa!

Cristina se sonroja, se encoge de hombros y le pasa una mano por la espalda a Mateo.

—Tranquilo. Ya estamos aquí, ¿no? Más cerca de él, es lo bueno de esto.

—El pueblo no es muy grande. ¿Adónde crees que ha podido ir?

Cristina se encoge de hombros.

—Ni idea. Tal vez a ver a alguna de sus amigas, o…

Cristina deja de hablar y mira a Mateo con una amplia sonrisa.

—¿O? ¿Qué estás pensando?

—Puede que esté en un sitio.

—¿Dónde?

—Arranca y sigue todo recto: vamos al cementerio.

—«¿Al cementerio?»

—Es posible que Álex haya ido a visitar la tumba de su abuela.

99

Me pongo y me limpio las lágrimas con el dorso del puño de la chaqueta.

—Adiós, abuela, volveré pronto a visitarte. Lo prometo. Te quiero.

Me encamino hacia la salida del cementerio casi arrastrando los pies y las manos heladas. No sé si voy mejor de lo que he entrado, o peor. He conseguido liberar todo el remordimiento que tenía encima respecto a mi abuela. Ahora me siento más liviano. Aun así, me queda el sin sabor de no poder abrazarla ni escuchar unas palabras suyas de consuelo. Solo me quedan las que vuelan en mi memoria.

—¿Te marchas ya, chico? —me dice el sepulturero acercándose por entre una de las calles de nichos.

—Sí. Usted ya querrá cerrar.

—Bueno, aún me queda un poco, por si quieres aprovechar.

Niego con la cabeza; ya he tenido suficiente. Cierro el paraguas y se lo entrego.

—Gracias por el paraguas.

—Llévatelo y otro día lo traes; aún sigue lloviendo.

—Se lo agradezco, pero ya no llueve con tanta insistencia. Son unas cuantas gotas nada más. No hace falta, de verdad. Gracias.

No sé por qué todos en el pueblo dicen que el enterrador es mala persona. Supongo que la gente le teme por su profesión, tan respetable como otra, dicho sea de paso. Aunque a mí no me gustaría trabajar de enterrador ni mucho menos.

A lo lejos se escucha el frenazo de un coche y ambos giramos la cabeza hacia la derecha.

—¡Parece que alguno viene con prisa por si cierro antes de tiempo! —sonríe el sepulturero.

—Sí. ¡Ja, ja! Siempre solemos esperar a última hora. Adiós.

Me encamino de nuevo hacia la salida. Tomo unos segundos para girarme y mirar al fondo del cementerio donde dejo a mi abuela antes de volverme y caminar hacia la puerta, cabizbajo.

Meto las manos en los bolsillos y salgo de allí por el camino bordeado de altos abetos.

Un escalofrío me sacude cuando una mano me toca el hombro. ¿Quién puede ser, y más en este lugar? Me giro con la vista puesta en el suelo para no llevarme un susto. Mi mirada se detiene en unos pies que están a unos pasos de mí. Levanto la cabeza y mis ojos se abren de par en par. ¡No puede ser!

—M-Mateo.

—Hola, tontito —me dice con su voz cargada de ternura y vergüenza, y sus ojos vidriosos.

—P-pero ¿qué haces tú aquí? —No salgo de mi asombro.

Miro por encima de su hombro y veo a Cristina dando saltos mientras mueve los brazos como si intentara hacer un ángel en la nieve, llamando así mi atención. Y entonces levanta un pulgar y se marcha.

—Álex, yo… Lo siento —dice Mateo. Tiene un nudo en la garganta—. La otra noche fui un completo estúpido. No pensé antes de actuar. Recordé de repente, todo… cuando te vi besar… cuando Abraham te besó… Las palabras salieron de mi boca casi sin pensar… Sé que nunca me traicionarías… Lamento todo el daño que te he hecho. Por favor, perdóname.

No sé si darle una bofetada, dar saltos de alegría, llorar o salir corriendo.

—No digas nada. Por favor, déjame hablar. No sé por qué desconfíe de ti. Te conozco y sé que es lo último que harías. Comprendo también que no quieras saber nada de mí después de esto, pero tenía que intentarlo. He llegado aquí con ayuda de Cris. Aunque tuviera que haber cruzado medio mundo para ir en tu busca, lo hubiera hecho encantado.

Mis ojos comienzan a brillar de la emoción. No quiero llorar. ¡No quiero llorar! Pero es tan bonito lo que dice. ¿Cómo voy a estar enfadado con él? No, tengo que hacerme el duro.

—Abraham fue a verme esta mañana y me contó todo; tú no hiciste nada.

—¿Abraham? —me sorprendo.

Un relámpago cruza el cielo y se oye tronar.

—Sí, y me dio esto para ti. —Mateo busca en el bolsillo de su pantalón y me tiende lo que parece un papel arrugado—: una carta.

La cojo, anonadado. Las cartas de Abraham nunca han sido buenas.

—¿Debo abrirla? —pregunto, mirando los profundos ojos aceituna de Mateo.

—Tú mismo; es tu decisión.

—Vale, eso me deja igual.

Con nerviosismo, abro el sobre y saco la nota. Es simple:

Álex, te pido perdón por no saber retirarme cuando debía haberlo hecho.

Te deseo todo lo mejor junto a Mateo; él sabrá hacerte feliz.

Tu amigo,

Abraham.

Suena tan a despedida…, aunque sus palabras me reconfortan. Espero que algún día él pueda encontrar a alguien que sepa hacerlo feliz, tanto como Mateo a mí.

Hablaré con él en otro momento.

—¿Todo bien? —me pregunta Mateo mientras guardo la carta. Lo miro y asiento. ¿Por qué no se digna a acercarse a mí?

—Dime una cosa: ¿por qué cruzarías el mundo para llegar adonde yo esté?

Mateo me mira fijamente a los ojos, sonriendo:

—Porque estoy tonta, loca y completamente enamorado de ti.

—Con eso me basta —digo y me lanzo a sus brazos para besarlo como nunca antes lo he hecho, feliz.

El cielo se abre y la lluvia comienza a caer sobre nosotros. Escucho a Cristina sorberse la nariz a lo lejos mientras aplaude.

—¡Te quiero, mi niño!

—Te quiero, mi monito.

Cristina comienza a dar palmadas más fuertes, loca de felicidad.

—¡Jo, qué bonito! —exclama.

Mateo y yo nos miramos y nos echamos a reír antes de volver a besarnos. Y entre la lluvia se cuela un arcoíris que brilla sobre nosotros con más fuerza que nunca.

Agarrado de la mano de Mateo nos dirigimos hacia su coche, empapados. Miro una última vez más hacia detrás y dedico una de mis más alegres y mejores sonrisas a mi abuela.

—Gracias.

Epílogo

¡Qué bonitos son los atardeceres, ¿verdad?! No importa el sitio desde donde se contemplen siempre tienen la misma belleza. Esos naranjas, rojos y amarillos; ese cielo en llamas. Esas nubes que cubren el cielo al finalizar el verano. ¡Qué idílico!

¿Cuántos suspiros habrán arrancado? ¿Cuántos «te quiero»? ¿Cuántos primeros besos? ¡Ay!, qué bonito el amor, ¿cierto?

Ahora, puedo admitir que lo es.

Estoy sentado junto a Mateo en mi lugar preferido de mi pueblo, en este pequeño claro de árboles de la montaña con vistas a EntreCampos. La tormenta de verano ha cesado y el arcoíris brilla majestuoso frente al sol. Mateo deja su libreta con la que está ilustrando y me abraza por la espalda.

—Sigo sin entender cómo has preferido venirte conmigo al pueblo en las vacaciones de verano —digo, echando un vistazo a su dibujo. Es una pasada ver cómo consigue esos tonos de grises. Me ha estado retratando mientras yo leía.

—No me iba a quedar yo solo en el bar, ¿no? Mi padre, por fin, de vacaciones, y mi hermano también aquí con Cristina durante todo el mes. Yo no podría ser menos, ¿no crees?

—Sí, pero con lo aburrido que es estar aquí, y yo pasando la mayor parte del día estudiando para recuperar en septiembre las asignaturas suspensas…

—Pero estando a tu lado nada es aburrido, tonti. ¿Sabes lo que es pasar un verano a tu lado? Lo que siempre he deseado.

Lo beso y muerdo el labio inferior.

—Eres lo más bonito que alguien puede tener a su lado.

Mateo me acaricia la cara.

—¿Recuerdas el poema que nos enemistó la primera vez?

—Sí, como para olvidarlo. —Me lo conozco de memoria. Lo recito—:

Creo que mi vida es para ti,
desde el primer momento en que te vi.
¿Por qué? Aún no lo sé.
No sé si es tu sonrisa, o tu mirada lo que me cautiva.
No sé si son tus abrazos, o todos tus besos.
No sé si es tu piel al rozar con la mía,

solo sé que quiero que formes parte mía.
Quiero que seas mis buenos días,
lo primero que vea cada nuevo amanecer.
Abrazarte cada noche,
y poder dormir en tus ojos, cuidando de tu corazón.
Poder sentir lo mismo que Julieta,
y dar mi vida entera.
Un amor sin barreras,
una pasión sin cadenas.
Y al final comprenderé por qué te di mi vida entera.
—Ahora sí sé por qué mi vida es para ti desde el primer momento en que te vi.
—¿Ah, sí? ¿Por qué? —Sonrío, con las mejillas encendidas como Heidi.
Mateo me mira fijamente a los ojos.
—Porque con solo una mirada se sabe quién es tu alma gemela; y tú eres la mía.
Dejamos que nuestros labios se vuelvan a unir.
—Y pensar que decías que quien besa a alguien bajo un arcoíris esa persona será el amor de su vida para siempre. ¿No es casualidad? Y aquí estamos, tú y yo, después de un beso bajo un arcoíris y todo lo que ha pasado desde entonces.
Y hoy, en este momento, en el mismo lugar donde creí que nunca encontraría el amor, puedo admitir que el amor es algo que mueve más que montañas, que a todos nos llega en el momento adecuado y que, como dijo mi madre, solo hay que dejarse llevar, hacer que fluya y no forzar nada. Porque si el amor es una droga, es una de las mejores y, a la vez, magia, que puede existir. Y, por encima de todo, que el amor sea el que tú has elegido. Seguir el dictado de tu corazón y también el de tu orientación, porque de nada sirve vivir negando lo que eres, lo que sientes y deseas. Uno es libre de elegir, ahora y siempre. Y nunca rendirse hasta el final, ni siquiera cuando no te queden cartas con las que apostar.
Porque la vida es un segundo que se compone de momentos que son milésimas de segundos. Y son como el agua que se escapa entre los dedos cuando intentas atraparla. Solo hay que saber administrar bien el tiempo para que cada instante quede grabado, siendo lo que perdurará siempre, igual que el primer beso de la persona amada. Ese beso que te hace despegar del suelo y creer en el polvo que desprenden las mariposas con un simple…
—Te quiero, Álex.
—Te quiero, Mateo.

Gracias, abuela,
porque sin ti, esta historia nunca hubiera nacido.
Te echo de menos.